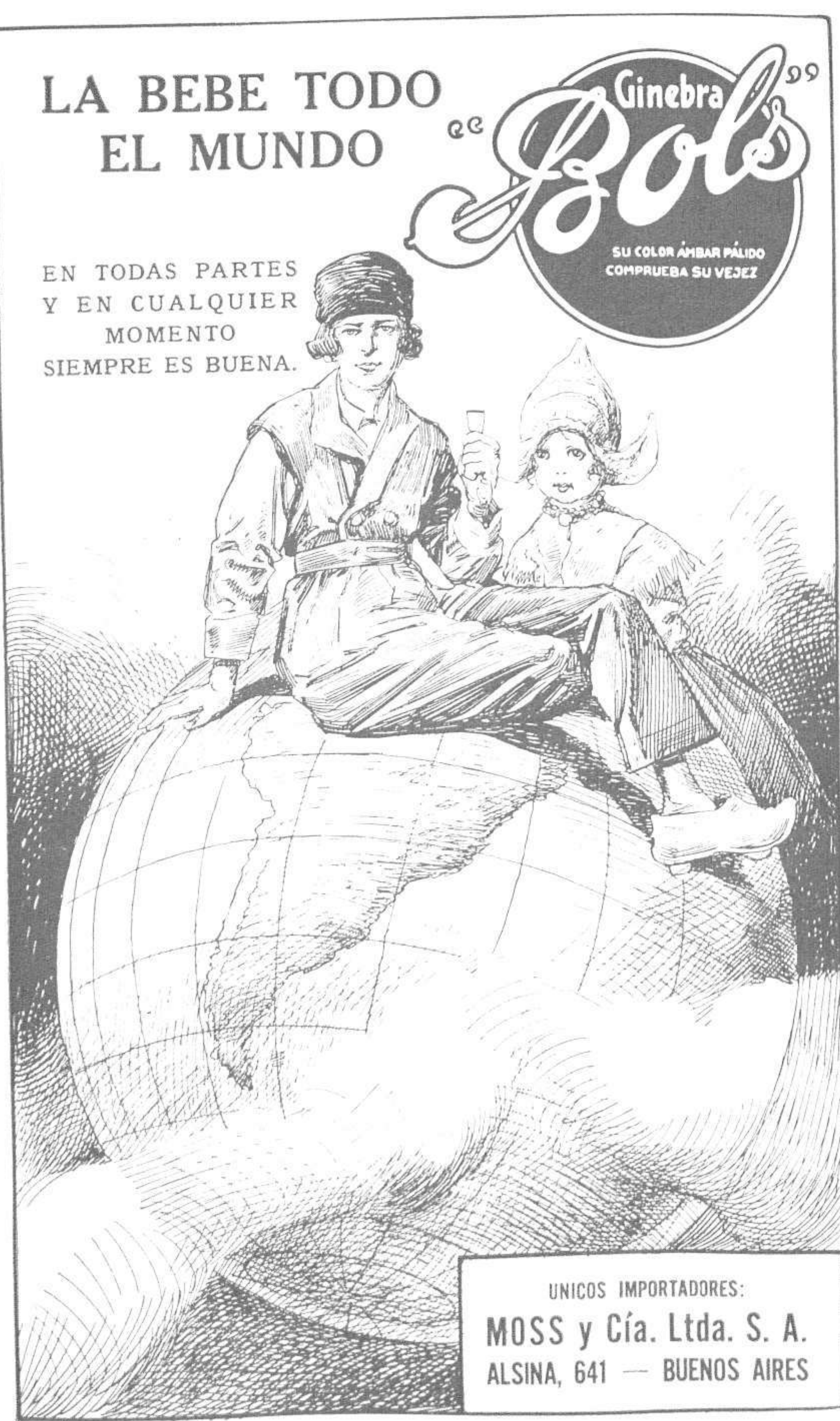


CARAS Y CARETAS

1816 · 9 de JULIO · 1923


LA BEBE TODO
EL MUNDO
"Ginebra Bols"
SU COLOR ÁMBAR PÁLIDO
COMPRUEBA SU VEJEZ
EN TODAS PARTES
Y EN CUALQUIER
MOMENTO
SIEMPRE ES BUENA.
UNICOS IMPORTADORES:
MOSS y Cía. Ltda. S. A.
ALSINA, 641 — BUENOS AIRES



Milagros

Lo que primeramente aconteció no fué un milagro, hablando con propiedad; pero sí fué un admirable caso.

Supongamos, lector, que usted tiene veintiún años, y que durante todos ellos viene usted deseando, además de algunas deslumbrantes joyas, un automóvil (cualquier clase de automóvil que camine) y un rancho con árboles frutales; y supongamos también que en la risueña mañana en que cumple usted sus veintiuna primaveras llega a las puertas de su hogar de familia un abogado, el cual, exhibiendo parsimoniosamente unos papeles respetables, le informa, en nombre de la ley, que una vieja hermana de su madre, de la que nadie oía hablar hacía muchos años, ha tenido a bien fallecer, dejándole a usted heredero de mil dólares en moneda y de un pintoresco ranchito situado en uno de los hermosos valles entre las ciudades de Salinas y Monterrey, república de Méjico.

¿Verdad que sería deliciosa tal sorpresa para usted?

Pues de esta suerte la experimentó Ruddy Copeland, tal como lo acabo de decir. A los cinco días de tener veintidós años adquirió un «magnífico» Ford de segunda mano. Era lo suficiente para un muchachón fresco, guapo, atrevido y sonrosado y muy a propósito para rodar por esos caminos de Dios.

Ya tenemos a nuestro héroe llegando, en su armatoste, a la vieja misión de San Juan.

Y aquí se nos presenta el primer milagro; pero mucho me temo que estos tiempos de escepticismo no sean los más propicios para dar crédito a fenómenos maravillosos.

No lejos de la ciudad, sobre una eminente colina, una especie de taumaturgo y sus discípulos habían levantado sus tiendas, por así decirlo. El «milagrero» vestía una larga y amplia túnica blanca que hacía juego con su barba del mismo color, cayendo en lluvia nívea sobre su pecho. Juzgándole por su aspecto, el hombre estaba presentado a la manera bíblica. Su fervor era incansable. Desde que los primeros rayos del sol coronaban de oro los picachos hasta bien entrada la noche, el hombre predicaba y predicaba con voz mansa y uniforme, no carente de energía, asegurando que todas las enfermedades se curan con una medicina: la voluntad impuesta por la gracia de Dios; y él era uno de sus humildes sacerdotes, con bastante poder para extender sus manos litúrgicas y curar al pueblo con sólo concentrarse.

Una inmensa muchedumbre cubría gran parte de la superficie de la colina: hombres y mujeres y niños, crédulos y miserables, pendientes de los milagros del «Santo»; gente venida, mucha de ella, desde los últimos confines de la comarca..., cientos de millas caminadas a pie, de noche y de día, a la inclemencia del tiempo, trotando cansinos por atajos y despeñaderos; enfermos y sudorosos, pero con los ojos brillantes por un destello de ese don celestial que nos hace la vida soportable: la esperanza.

Era un espectáculo en extremo pintoresco y a la vez un cuadro de aguafuerte contemplar aquella gris muchedumbre semejante a una gran mancha sobre la verdura del paraje.

Rostros contraídos por la ansiedad, cuerpos inválidos, muletas, zurrones, harapos, y un murmullo, un carraspeo saliendo de todas las negras bocas angustiadas como una extraña oración implorante.

Ruddy Copeland, desde el camino, contemplaba con gran curiosidad el espectáculo que se le ofrecía.

De pronto, un movimiento — un oleaje — agitó aquellas masas. Muchos caían al huir, y otros, en precipitado desorden, iban descubriendo parcelas de césped en aquella verde extensión.

Era que alguien había anunciado la presencia de un leproso, y entonces, como por arte de magia, una forma gris fué destacándose aislada.

Diez días llevaban aquellas gentes de espera, suspendidas del poder del «Santo». Ruddy se acercó lo bastante para escuchar sus prédicas, sin distinguir su figura.

Por turno de colocación avanzaban los enfermos hacia el pináculo desde el cual el «milagrero» se imponía. Arrastrábanse los enfermos hasta cerca de sus pies, y sus familiares, a corta distancia, vigilaban el maravilloso acontecimiento que anhelaban.

A Ruddy comenzaba a molestarle tanta ignorancia; sentíase enfermo ante el cuadro, y su buen sentido práctico no se resignaba a creer en curaciones sin la intervención de médicos y cirujanos.

«No deberían permitirse estas torpes enseñanzas — pensó con un dejo de lástima y de rabia.

Acercándose un poco más a la masa, trató de indagar, con simples y directas preguntas, qué personas se habían curado realmente, pero fracasó en su intento. Los curados estaban por lo visto en primera fila y luego desaparecían sin dejar aparente testimonio de su pretendida curación.

Se cansó de mirar. Su corazón, tan razonable como sensible, se disgustó, y dando media vuelta y encogiéndose de hombros, de nuevo subió a su modesto coche y cruzó la montaña para llegar a Salinas, donde hizo en seguida averiguaciones para dar con su rancho recién heredado.

A pesar de que la palabra «rancho» es muy elástica, porque abarca una innumerable y variada nomenclatura de propiedades rústicourbanas, Ruddy acabó por dar con sus tierras, de cuya casita tenía las llaves en el bolsillo.

Bonita casa. La tía difunta, hosca y misántropa, sabía vivir con comodidades. El nuevo hogar de Ruddy era sencillo y placentero.

Apenas se posesionó de su hogar, nuestro héroe sintió una sensación molesta en el estómago: es que estaba vacío. Su juventud triunfante reclamaba alimentos, pero, después de una rápida búsqueda por todos los cajones y muebles de la cocina y demás piezas, se convenció de que, de haber ratones en el edificio, lo estarían pasando bastante mal.

— Bueno — se dijo: — iré hasta Monterrey y me proveeré de comestibles. Antes de un par de horas estaré de regreso.

Subió a su automóvil y dió vueltas al volante; y cuando, con profunda admiración, contempló el paisaje que se le ofrecía: la bellísima iglesia centenaria de las Misiones, situada sobre la cúspide de una montaña; pinos airosos formando graciosas y frescas bóvedas, lozanas praderas verdeantes ro-

deando aquellas cumbres, y luego, abajo, la bahía de aguas inquietas y espumosas, Ruddy comprendió, por primera vez durante sus veintidós años, que las cosas no solamente deben considerarse por su lado utilitario, sino también por su belleza.

Y este fué el primer milagro que sorprendió su juvenil entusiasmo por la naturaleza hasta entonces por él desconocida.

Comió en un restaurante y se proveyó de lo necesario para su despensa. Luego, conversando con algunos vecinos, le informaron que a setenta millas de distancia existía un espléndido paraje con árboles seculares y enormes al lado de una villa asomada al mar, que se llamaba Alameda del Pacífico, donde asentábase la vieja Misión del Carmelo, teniendo por escenario la magnífica falda de aquellas montañas. Sus moradores, verdaderos artistas y hombres de letras, vivían en cordial comunión amistosa, sin haber entre ellos ni envidiosos ni envidiados.

Ruddy determinó visitar tal paraje antes de regresar a su rancho.

A su paso por la ciudad de Monterrey tuvo oportunidad de tratar y observar personas muy «extrañas»; personas identificadas con la belleza de las cosas e ignorantes en apariencia del sentido utilitario que de ellas se afana por extraer el hombre «práctico».

Un sentimiento nuevo y fresco le invadió. Hasta entonces, y de una manera absoluta, sus únicos héroes ejemplares eran las personas de iniciativa, los luchadores sin tregua, los que sabían, rectos y recios, labrarse una fortuna, meta de todo esfuerzo humano.

Y ahora, como una grandiosa cortina que se descorre, comenzaba a adivinar un mundo nuevo donde el arte y la literatura florecían en miles de matices encantadores y sorprendentes.

Una tierna emoción, un anhelo desasosegado conturbó, exaltándolo, su corazón mozo y optimista.



Ruddy la tomó en sus brazos y la condujo al asiento del "auto".

II

Una muchacha hallábase sentada a la abierta ventana de una casita de modesta apariencia. Un carro fúnebre y un lujoso automóvil se hallaban frente a la puerta. Algunos hombres salían de la casa cargando un ataúd, que fué colocado en la carroza. Dos gruesas mujeres, cubiertas de negros velos, presenciaban la fúnebre maniobra.

Uno de los hombres saltó sobre el asiento delantero del automóvil, lo hizo retroceder, describiendo una curva, y se emparejó a la ventana abierta desde donde la muchacha contemplaba el fúnebre desfile. Le tomó una mano, murmuró algunas frases, en tanto que ella, con la cabeza, asintió dos o tres veces con aire de resignada conformidad.

Luego Ruddy se dió cuenta de que el hombre del automóvil se dirigía hacia la montaña.

Habiéndose alejado de aquel lugar algunas millas, inconscientemente, como obedeciendo a una voluntad superior, dió varias vueltas al volante y de nuevo se acercó rápidamente a la casita.

Allí estaba ella, el gracioso semblante velado por un mudo dolor, la mirada perdida en la lejanía. Adivinábase que algo terrible acongojaba su alma.

Ruddy la miró con evidente simpatía. Después de unos minutos de contemplación dió velocidad y se alejó cosa de una milla, pero otra vez retrocedió con su máquina como empujado por una irresistible atracción.

Detúvose a pocos metros de la ventana, abandonó el asiento y fuése hacia la triste figura, con el sombrero en la mano, sonriendo con la mayor amabilidad.

— Por favor, ¿podría usted obsequiarme con un vaso de agua?

Ella, saliendo de su abstracción, le miró y se puso colorada.

— Estoy inválida, señor. Estoy hecha una lástima. Y ahora peor que nunca. No puedo andar.

Ruddy sintióse hondamente impresionado.

— Pero, siendo así — y lo siento mucho, señorita, — usted puede necesitar algo y... ¿está usted sola en la casa?

— Yo he de esperar aquí hasta que venga alguien a quien conozco, pero usted puede servirse el agua si gusta.

La casa parecía dividida en dos partes. Una era la pieza donde hallábase la muchacha sentada, con una manta que cubría sus rodillas; la otra era un dormitorio. Existía una escalerilla entre ambas.

Ruddy, penetrando en el edificio, descubrió una especie de cubilete y un depósito con llave. No se sirvió; ya no tenía sed.

El aspecto de todo aquello demostraba la pobreza de la finca.

— Debe de ser muy humilde esta gente — pensó — y con seguridad que viven desamparados.

Por otra parte, la hermosura melancólica de la muchacha y su abandono sacudían su sensibilidad, despertando sus más nobles sentimientos.

Con frecuencia había oído hablar que en Monterrey y sus contornos abundaba la buena sangre castellana y que sus mujeres eran muy hermosas. Respecto a la infeliz baldada, cuyas facciones eran de una singular perfección, parecía indudable su origen español. Sus ojos vivísimos, obscuros y penetrantes, recordaban los de las andaluzas.

Ruddy posó una de sus manos en el puño de la cerradura.

Ella le miró con triste sonrisa comunicativa.

— ¿Quiere usted decirme qué hora es?

El visitante echó mano a su reloj y le dijo la hora.

— ¿Es todo lo que desea, señorita? ¿Puedo hacer alguna cosa por usted? Disponga de mis servicios. Nada tengo que hacer. Soy un extraño en Monterrey. Apenas acabo de llegar. Todo esto me gusta. Es muy precioso. Yo desearía serle útil en algo, con toda lealtad.

— Mi tío — contestó la muchacha con su graciosa sonrisa melancólica, — mi tío, con el que vivía, murió ayer. Hoy fueron a enterrarlo algunos vecinos amigos. Cuando regresen, decidirán de mi suerte. Yo no puedo trabajar y, por otra parte, carezco de recursos. Tampoco me pertenece la casa.

Ruddy, pendiente de los labios de la huérfana, tomó una silla y se sentó a su lado.

— ¿Son parientes de usted los que llevaron a enterrar los restos de su tío?

Ella hizo seña negativa con la cabeza.

— No; son vecinos. Muy buena gente, muy bondadosa en el poco tiempo que la hemos tratado; pero son pobres y mucho temo molestarlos.

— ¿Ha pensado usted algo acerca de su porvenir?

Ruddy, al decir esto, adquirió un ingenuo aire de millonario.

— Tendré que ingresar en alguna institución benéfica — replicó ella con un dulce tono no excluído de entereza.

El joven extranjero, demostrando su creciente interés, de nuevo preguntó:

— ¿Por qué no puede usted caminar? ¿Cuál es su defecto?

— Ninguno... Nadie sabe exactamente mi enfermedad — replicó ella con la eterna sonrisa vagando en sus labios. — Pero no puedo andar. Tuve una fiebre escarlatina y desde entonces estoy así. Antes teníamos algunos recursos y todos los fué entregando mi pobre tío a médicos y farmacéuticos. ¡Qué bueno era y cuánto hizo por mí!

Ruddy sintió que algo entrañable y desconocido invadíale el corazón, virgen y noble todavía: un sentimiento de piedad, de ternura y de atracción ante aquella hermosa y desvalida muchacha, cuya serena resignación ante la miseria agolpó sobre sus ojos la humeda niebla de unas lágrimas reprimidas.

— No se apure usted... no se apure. Usted no irá a un asilo. Yo... yo la ayudaré y Dios nos ayudará.

De repente, se acordó del «milagrero» de la colina



Ella, mirándole con adoración, le escuchaba pendiente de sus labios.


La inválida apareció en la puerta como obedeciendo a un irresistible anuncio telepático.

de San Juan. Y le acometió una duda. ¿Sería un embaucador, acaso un inconsciente inofensivo, o habría algo de poder magnético, fluídico...?

Con discreción, demostrando su escepticismo, pero dejando, sin embargo, un resquicio por donde pudieran penetrar los rayos de la esperanza, Ruddy le habló de la posibilidad de una tentativa, ya que el pueblo creía y confiaba en sus maravillosas curaciones.

—Quizá por sugestión... se han dado casos de muchos enfermos de los nervios curados... Nada se pierde y siempre hay que pensar en mejorarse.

Escuchaba la muchacha con atención y un rayo de esperanza pareció brillar en sus pupilas.

—¡Oh! ¡No sé..., no sé! ¡Si el cielo quisiera!...

—No hay que desesperar nunca, aunque la gente, usted sabe, es demasiado crédula. Y no hay ningún daño en intentarlo. Si usted quiere...

—¡Oh, sí! ¡Por favor, lléveme! ¡Lléveme, por favor!

III

Si el pueblo de Monterrey y el vecindario de los alrededores se hubiera tomado el trabajo de leer un ejemplar del diario «El Heraldo», se habrían ahorrado las últimas peregrinaciones hacia la colina de San Juan, porque, habiéndose alarmado las autoridades con la no explicable popularidad del «milagrero», dispusieron incautarse de su persona, considerando sus prédicas contrarias a la ciencia y al orden público. El hombre fué detenido y encarcelado por vagabundo y charlatán. Un fuerte resfriado y una aguda ronquera le habían maltratado su salud, sin que todo su poder curativo le bastara para restablecerse.

Ruddy, con ademán resuelto y viril delicadeza, tomó a la muchacha de la silla y la colocó en el único asiento disponible de su «auto», empuñó el volante y abrió la marcha hacia la montaña.

Durante el trayecto apenas cambiaron algunas palabras. Ambos hallábanse embargados por hondos sentimientos de difícil análisis.

El, todavía sorprendido por la aventura, ponía desde luego todo su corazón en la empresa. Su naturaleza pujante de buen muchacho ingenuo que se asoma, por vez primera, al mundo de las emociones, sensibilizábase al contacto de su fortuita compañera, símbolo de la debilidad y de la hermosura.

—Hasta el fin del mundo; yo no contrario mis impulsos. Esta casualidad, este pequeño milagro, me arrastra porque la Providencia lo consiente —se dijo para su fuero interno.

Ella, flor rústica, delicada y enferma, soñaba despierta... soñaba que una de sus más radiantes fantasías de doncella imaginativa con el cuerpo

atado a una silla y la mente libre, iba a plasmarse ahora, a convertirse en dulce realidad, cristalizando en un amor como llovido del firmamento, un amor de cuento de hadas. El príncipe ansiado durante noches y noches de vigilia; el caballero apuesto que una mañana llegaría a su puerta para saludarla con gentil sonrisa, encendiendo en su pecho, con el fuego de sus ojos, la chispa inextinguible, había llegado — ¡y en qué ocasión! — Era de carne, no era un ser quimérico; su aliento cálido le había rozado sus vírgenes mejillas; sus brazos la habían ceñido, castos y vigorosos, y estaba allí, a su lado, llevándola hacia arriba, hacia la bendita esperanza, esa lucecita verde que baila ante nosotros guiñándonos sus resplandores en un perenne brillo de sus facetas.

— ¡Ah! — pensó, acordándose de sus solitarias lecturas españolas cuando, contemplativa y anhelante, buscaba en las páginas de los libros bellos vasto campo para dilatar sus juveniles entusiasmos: — ¡Ah! La fortuna no hay que buscarla; viene ella cuando Dios lo quiere. Y este milagro, este milagro...

Y su inocente fatalismo (sedimento árabe de algún remoto antepasado) le hizo acordarse de una estrofa que solía repetir para consolarse de su forzada quietud:

Se parece el que va tras la fortuna,
cuanto mas requerida más ingrata,
al cisne que hunde el cuello en la laguna
para buscar el disco de la luna
que en el movible espejo se retrata.

— ¿Va usted bien, señorita? — susurró, rompiendo el silencio, su cordial protector.

— ¡Oh, Dios mío, Virgen de Guadalupe! — exclamó ella como si rezara.

Y no pudo decir más. La luz de sus negros y almendrados ojos, muy abiertos, perdíase en el horizonte. El rocío de dos lágrimas anegó sus pupilas, y su pecho, en un blando suspiro, dió su nota arrulladora.

IV

Cuando llegaron al pueblo de San Juan y se enteraron de la prisión del «milagrero», la decepción sufrida por la muchacha fué muy profunda. Plegáronsele las alas del corazón y hundió su rostro en las manos para ocultar su pena.

Ruddy la consoló como mejor pudo; luego, notando el desfallecimiento de la infeliz, le trajo café con leche y pasteles.

Era una situación crítica la de ambos y había que afrontarla con honradez y con valentía, sin vacilaciones ni promesas. El heredero norteamericano, con ese rápido y recto sentido de las cosas que es una de sus características raciales, contempló a la compañera unos instantes; luego tomó sus manos y las examinó con tierna curiosidad. Ella sintió un estremecimiento grato al contacto de su protector. Su languidez, al extinguirse la esperanza en el milagro, manifestábase en la expresión abatida de su rostro.

Durante cerca de un minuto, sintiéndose muy juntos en los reducidos asientos del «auto», no hicieron más que leerse los pensamientos.

El yanqui, con mimos de hermano mayor, enlazó su talle con suavidad; la cabeza de ella inclinóse sobre el pecho del generoso mancebo. Semejaba, por su candor, una paloma que pliega sus alas y se esconde en el nido.

Y él habló entonces así, desbordando con claridad la ola de sentimientos que le embargaban:

— No hay que afligirse, no nos aflijamos. Yo estoy resuelto a cuidarla, a no abandonarla nunca. Es mi gusto y mi obligación... la obligación de un hombre honrado. Yo la he encontrado a usted y usted me pertenece desde ahora y yo la quiero ya con toda mi alma. Es la primera mujer del mundo a quien le digo esto, se lo juro. Tengo un rancho, una casita, árboles frutales, un caballo. Una tía me lo ha dejado; está a quince millas de aquí y es para los dos... para siempre. Usted será mi esposa y acaso su juventud y mis cuidados lograrán devolverle la salud perdida. *I love you, my dear!* Yo le pido formalmente su mano.

La muchacha escuchó estas sinceras y cálidas frases con los párpados semicerrados, disfrutando del encanto de tan noble declaración; abriéronse sus labios para exhalar un suspiro, y luego, alzando el rostro tinto en delicioso rubor, su boquita, como una flor, ofrecióse esponjada, y entonces, en un beso que fué un pacto y una entrega, ambos quedaron enlazados para siempre.

V

Vivian Ruddy y su esposa Isabel en santa paz y amor. El rancho, atendido por él y algunos peones, rendía lo suficiente para que la pequeña familia viviera con campesina comodidad.

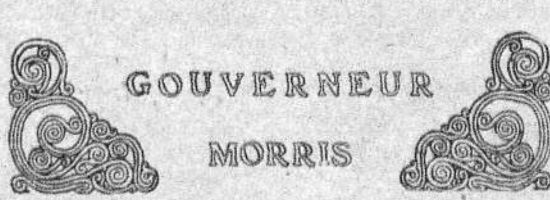
La familia la constituían los padres y un lindo bebé de dos años, un angelote trigueño que ya balbuceaba algunas palabras.

Imposibilitada la madre para atenderlo, Ruddy, en los ratos de ocio, era padre y niñera a la vez de la hermosa criatura.

Una fría mañana de invierno, a consecuencia sin duda de una fuerte corriente de aire, los pulmones del niño sufrieron una seria acometida; su aspecto pálido y la tos que le ahogaba hicieron que el padre, sentado a su cabecera, en un momento de alarma, echara una mirada de desesperación hacia la puerta abierta que daba al gabinete de la inválida.

Ruddy no gritó, no lanzó exclamación alguna con cuyo sonido herir la sensibilidad quintaesenciada de su esposa, una sensibilidad agudizada por la quietud; a todo más habría lanzado un suspiro, una especie de silbido sordo — aliento entrecortado — al contemplar con paternal lástima el rostro del enfermito; se limitó a mirar la puerta tras la cual se hallaba su compañera..., y la puerta se abrió, y una mujer pálida, con los ojos brillantes, tambaleándose como una borracha, avanzó con los brazos tendidos hacia el niño y el padre.

Fueron unos instantes únicos, de una emoción intensa; los brazos del padre y de la madre confundiéronse con los del hijito; tres cabezas se apiñaron sobre la almohada, y entre sollozos reprimidos, exclamaciones y besos, la madre — todas las madres son milagrosas — aprisionaba a su bebé contra su pecho y lo paseaba por la habitación prendido de su cuello, *sin acordarse* de sus piernas impedidas.



«Adivina o te devoro.»
La Esfinge.



LA AVENTURA DE TSË-I-LA

Al Norte de Tonkín existe, internándose tres leguas, la provincia de Konang-Si, de ríos auríferos, y cuya grandeza se extiende hasta las fronteras de los principados centrales del Imperio de en Medio, desparramando sus ciudades en la vasta extensión de la selva.

En esta región la serena doctrina de Lao-Tsen no ha extinguido aún la violenta credulidad hacia los Pusahs, especie de genios populares de la China. Gracias al fanatismo de los bonzos de la comarca, la superstición china, aun en las clases elevadas, fermenta con más vigor que en los Estados más próximos al Pei-Tsin (Pekín), y difiere de las creencias manchús en cuanto admite las intervenciones *directas* de los dioses en los asuntos del país.

El penúltimo virrey de esta inmensa dependencia imperial fué el gobernador Tchë-Tang, que dejó la memoria de un déspota sagaz, avaro y feroz. Véase a qué ingenioso secreto aquel príncipe, escapando a mil venganzas, debió el vivir y morir en paz en medio del odio de su pueblo, al que desafió hasta el fin, sin pena ni peligro, ahogando en sangre el más ligero descontento.

———

Una vez, quizá ocurriese esto unos diez años antes de su muerte, un mediodía estival, cuyo ardor secaba los estanques y achicharraba las hojas de los árboles, arrojando destellos de fuego sobre los altos tejados de los kioscos, Tchë-Tang, sentado en una de las salas más frescas de su palacio, sobre un trono negro incrustado de flores de nácar y embutidos de oro puro, y reclinado con languidez, se acariciaba la barba con su mano derecha, mientras que la izquierda se posaba sobre el cetro tendido en sus rodillas.

Detrás, la estatua colosal de Fo, el dios inescrutable, dominaba su trono sobre las gradas de la escalinata, vigilaban sus guardias cubiertos con armaduras de cuero negro, con la lanza, el arco o la larga hacha empuñadas. A su derecha, de pie, su verdugo favorito le abanicaba.

Las miradas de Tchë-Tang erraban sobre la multitud de mandarines, de príncipes de su familia y sobre los grandes oficiales de su corte. Todas aquellas frentes eran impenetrables. El rey se sentía odiado, rodeado de asesinos, y consideraba, lleno de mil sospechas indecisas, cada uno de los grupos donde se hablaba en voz baja. No sabiendo a quién exterminar, se extrañaba, a cada momento, de vivir aún, y reflexionaba, taciturno y amenazador.

Abrióse una puerta, dando paso a un oficial que conducía, de la mano, a un joven desconocido, de grandes ojos azules y de bella fisonomía. El adolescente vestía túnica de seda escarlata, recogida con un cinturón de oro.

Prosternóse delante de Tchë-Tang, bajo la severa mirada del virrey:

— Hijo del Cielo — dijo el oficial: — este joven ha declarado no ser más que un obscuro ciudadano de esta población y llamarse Tsë-i-la. Sin embargo, despreciando los tormentos y la muerte, él ofrece probar que trae para ti una misión de los Pusahs inmortales.

— Habla — dijo Tchë-Tang.

Tsë-i-la se levantó.

———

— Señor — dijo con reposada voz: — sé lo que me espera si no estoy acertado en mis palabras. Anoche, durante un terrible sueño, los Pusahs favoreciéronme con su visita, haciéndome dueño de un secreto que espantaría a los mortales entendimientos. Si te dignas escucharme, reconocerás que no es de humano origen, porque sólo con oírlo despertará en tu sér un nuevo sentido. Su virtud te comunicará al momento el don misterioso de leer, con los ojos cerrados y en el espacio que media entre la pupila y los párpados, *los nombres, en caracteres de sangre, de todos aquellos que pueden conspirar contra tu trono o tu vida, en el momento preciso en que sus espíritus conciban tal designio.* Estarás pues, al abrigo, para siempre, de toda funesta sorpresa y envejecerás apaciblemente en el uso de tu autoridad. Yo, Tsë-i-la, juro aquí por Fo, cuya imagen proyecta su sombra sobre nosotros, que el mágico poder de este secreto es tal como te digo.

Ante un discurso tan extraño, hubo en la asamblea un estremecimiento seguido de un silencio sepulcral. Una vaga angustia conmovió la cotidiana impasibilidad de los rostros.

Todos examinaron al desconocido, que, sin temblar, testimoniaba así que era el depositario del mensaje divino de que se decía portador. Muchos se esforzaron en vano por sonreír, pero no osaban mirarse, palideciendo de la seguridad dada por Tsë-i-la.

Tchë-Tang observó aquel malestar denunciador.

En fin, uno de los príncipes, sin duda para disimular su inquietud, exclamó:

— ¿A qué escuchar los disparates de un insensato borracho de opio?

Los mandarines añadieron, algo animados:

— ¡Los Pusahs sólo inspiran a los viejos bonzos del desierto!

Y uno de los ministros:

— Debe someterse previamente a nuestro examen el secreto de que ese joven se cree depositario, antes de ser sometido a la alta sabiduría del rey.

Replicando irritadísimo uno de los oficiales:

— Además de que es posible que no sea más que uno de ésos cuyo puñal espera el momento en que el rey esté distraído para clavarse en su corazón.

— Que se le encierre — gritaron todos.

Tchë-Tang extendió sobre Tsë-i-la su cetro de oro, donde brillaban caracteres sagrados.

— Continúa — dijo impasible.

Tsë-i-la repuso entonces, agitando un pequeño

abanico de varillaje de ébano y refrescando con él sus mejillas.

— Si algún tormento fuese suficiente a persuardir a Tsë-i-la de traicionar su secreto, revelándolo a otro que no fuese el Rey, los Pusahs, que escuchan invisibles, no me hubiesen escogido por intérprete. ¡Oh, príncipes, no! Yo no he fumado opio, yo no tengo nada de loco, ni llevo armas. Unicamente, oíd lo que añado. Si yo afronto la muerte lenta, es porque un secreto como el mío vale, si es cierto, una recompensa digna de él. Tú solo, ¡oh Rey!, juzgarás, pues, en tu equidad, si merece el premio que te pido. Si, repentinamente, al oír las palabras que lo anuncien, sientes dentro de ti, bajo tus ojos cerrados, el don de esa virtud viviente y su prodigio, habiéndome hecho noble los dioses y habiéndome inspirado con su soplo de luz, me concederás la mano de Li-tien-Së, tu radiante hija, la insignia principal de los mandarines y cincuenta mil lianos de oro.

Al pronunciar las palabras «lianos de oro», un imperceptible tinte de rosa subió a las mejillas de Tsë-i-la, que procuró ocultar aproximándose el abanico al rostro.

La exorbitante recompensa reclamada provocó la sonrisa de los cortesanos y apretó el corazón sombrío del rey, donde se agitaban el orgullo y la avaricia. Una cruel sonrisa pasó por sus labios, y miró al joven, que añadió con intrepidez:

— Espero de ti, Señor, el real juramento, por Fo, el dios implacable que se venga de los perjuros, que tú aceptas, según que mi secreto te parezca positivo o quimérico, acordarme la recompensa pedida o la muerte que te plazca.

Tchë-Tang se levantó y dijo:

—¡Lo juro! ¡Sígueme!



———

Algunos momentos después, bajo bóvedas, que una lámpara suspendida sobre su hermosa cabeza alumbraba, Tsë-i-la, amarrado con finos cordeles a un poste, miraba, en silencio, al rey Tchë-Tang, cuya alta estatura aparecía, en la sombra, a tres pasos de él. El rey estaba de pie, arrimado a la puerta de hierro de la caverna; su mano derecha se apoyaba sobre la frente de un dragón de metal cuyo ojo único parecía observar a Tsë-i-la. El traje verde de Tchë-Tang resplandecía; su collar de piedras preciosas relampagueaba; sólo su cabeza, rebasando el disco de la lámpara, permanecía en las sombras.

Bajo el espesor de la tierra nadie podía oírles.

— Te escucho — dijo Tchë-Tang.

— Señor — dijo Tsë-i-la: — yo soy un discípulo del maravilloso poeta Litaï-pë. Los dioses me han concedido en inteligencia tanto como a ti te han concedido en poder, y me han regalado la pobreza para que ella engrandezca mis pensamientos. Yo les agradecía diariamente tantos favores y vivía apaciblemente, sin ambiciones, sin deseos, cuando, una tarde, sobre la terraza elevada de tu palacio, en la parte alta de los jardines, el ambiente plateado por los rayos de la luna, vi a tu hija Li-tien.-Së, cuyos pies besaban las flores de los árboles copudos, perdiéndose con las brisas de la noche. Después de aquella noche mi pincel no ha vuelto a trazar una sola línea, y siento que ella también piensa en este rayo de amor en que me abraso por ella... Harto de languidecer, prefiriendo la muerte más espantosa al suplicio de vivir sin ella, he querido, por un rasgo heroico, de una sutilidad casi divina, elevarme, ¡oh Rey!, hasta tu hija.

Tchë-Tang, por un movimiento de impaciencia, sin duda, apoyó el pulgar sobre el ojo del dragón. Las dos hojas de una puerta se abrieron sin ruido, dejando ver el interior de una caverna próxima.

Tres hombres, con traje de cuero, estaban al lado de un brasero, donde encandecían hierros de tortura. De la bóveda pendía una fuerte cuerda de seda, bajo la cual brillaba una caja de acero redondo, con una abertura circular en medio.

Aquello era el aparato de la muerte terrible. Después de atroces quemaduras la víctima era suspendida en el aire, atado un brazo a aquel cordel de seda, en tanto que el pulgar de la otra mano era amarrado por detrás al pulgar del pie opuesto. Se ajustaba entonces la caja de acero en la cabeza de la víctima, y cuando descansaba sobre los hombr s, se metían dentro dos ratas hambientas. El verdugo imprimía un movimiento de balance a todo aquel horrible conjunto y luego se retiraba, dejando al reo entre las tinieblas, para volver al día siguiente.

Ante tal espectáculo, cuyo horror, de ordinario, impresionaba aun a los más resueltos:

— ¡Olvidas — dijo fríamente Tsë-i-la — que nadie, excepto tú, debe escucharme!

Las puertas se cerraron.

— ¿Tu secreto? — gruñó Tchë-Tang.

— ¡Mi secreto, tirano, es que mi muerte precederá a la tuya esta noche! — dijo Tsë-i-la con el rayo del genio en los ojos. — ¿Mi muerte? Pero ¿no comprendes que es lo único que esperan allá arriba los que aguardan temblando tu regreso? ¿No significará ella que mis promesas han sido falsas?

¡Qué alegría no sentirán, riendo silenciosamente en el fondo de sus corazones de tu credulidad burlada!... ¡Y esa será la señal de tu perdición!... Seguros de la impunidad, furiosos por la angustia pasada, ¿cómo, delante de ti, que te habrás empequeñecido por la esperanza fallida, vacilara aún su odio? Llama a tus verdugos: seré vengado. Pero conozco que tú estás ya casi convencido de que al hacerme morir, tu vida será sólo cuestión de horas; y que tus hijos, degollados, según la costumbre, te seguirán, y que Li-tien-Së, tu hija, flor de delicias, será también víctima de tus asesinos.

¡Ah! ¡Si fueses un príncipe profundo! Supongamos que de pronto, al contrario, regresas, con la frente como agravada por la misteriosa clarividencia predicha, rodeado de tus guardias, la mano sobre mi espalda, a la sala de tu trono, y que allí habiéndome tú mismo revestido la túnica de los príncipes, y enviado a llamar a Li-tien-Së, tu hija y mi alma, luego de habernos prometido, ordenes a tu tesorero que me cuente, de una manera oficial, los cincuenta mil lia-

nos de oro. ¡Ah! Entonces yo te juro, que, a semejante vista, todos esos cortesanos, cuyos puñales en la sombra han salido a medias de la vaina contra ti, caerán desfallecidos y prosternados, y que en lo porvenir nadie osará admitir en su espíritu un mal pensamiento contra ti. ¡Así, pues, medita! Todo el mundo sabe que eres razonable y clarividente en los consejos de Estado; no será, pues, creíble que una vana quimera haya sido suficiente para transfigurar, en algunos instantes, la desagradable expresión de tu cara, que debe aparecer victoriosa y tranquila... ¡Cómo! ¡Tú, tan cruel, me dejas vivir! ¡Se conoce tu soberbia, y me dejas vivir! ¡Se conoce tu avaricia, y me prodigas tu oro! ¡ Se conoce tu orgullo paternal, y me das tu hija por una palabra, a mí, desconocido transeúnte! ¿Qué duda podría subsistir ante todo esto? ¿Y en qué quieres tú que consista el valor de mi secreto, inspirado por nuestros seculares genios «sino en la absoluta creencia de que lo posees»?... Unicamente se trataba de *crear ese secreto*, y eso lo he hecho yo. El resto depende de ti. Yo he cumplido mi palabra. Además, haberte exigido la dignidad principal y el oro, que yo desprecio, no ha sido más que para aumentar el precio y, por consiguiente, dejar imaginar por esa munificencia arrancada a tu famosa sordidez la espantosa importancia de mi imaginario secreto.

Rey Tchë-Tang: yo, Tsë-i-la, atado por tu orden a este poste, exalto, ante la muerte terrible, la gloria del augusto Li-taï-Pë, mi dueño de pensamientos de luz, y te declaro que la sabiduría habla por mí. ¡Volvamos, te repito, con la frente alta y radiante! ¡Prodiga hoy los indultos en acción de gracia al cielo! ¡Luego promete ser inexorable en lo porvenir! Ordena que se celebren fiestas luminosas en honor del divino Fo, que me ha inspirado esta sublime astucia.

Yo, mañana, habré desaparecido. Iré a vivir con la elegida de mi corazón en cualquier provincia lejana y feliz, gracias a los lianos de oro. El botón diamantino de los mandarines, que habré recibido de tu munificencia, con tantos transportes de orgullo, no será jamás usado por mí, porque tengo otras ambiciones; yo creo solamente en los pensamientos armoniosos y profundos, que sobreviven a los príncipes y a los reinos; siendo rey en el imperio inmortal, no ambiciono ser príncipe en los vuestros. ¿Has comprendido que los dioses me han dado la firmeza de corazón y una inteligencia tan grande, por lo menos, como la de cualquiera de tus cortesanos? Puedo, pues, mejor que uno de ellos, llevar la alegría a los ojos de una joven. Pregunta a Li-tien-Së, ¡mi sueño! Estoy seguro que, al mirarse en mis ojos, ella te lo dirá! En cuanto a ti, cubierto por una protectora superstición, reinarás, y si abres tu corazón a la justicia conseguirás que el temor se convierta en aprecio hacia tu trono afirmado. ¡Ese es el secreto de los reyes dignos de serlo! No tengo otro que facilitarte. ¡Pesa, escoge y falla! He dicho.

Tchë-Tang, inmóvil, pareció meditar algunos momentos. Su enorme sombra se prolongaba, truncándose, sobre la puerta de hierro. De repente, fué hacia el joven, y poniéndole ambas manos sobre los hombros, miróle fijamente, en el fondo de los ojos, como presa de mil sentimientos indefinibles.

Después, tirando del sable, cortó las cuerdas que sujetaban a Tsë-i-la, y echándole el regio collar sobre las espaldas: — ¡Sígueme! — le dijo.

Subió los escalones de la cueva y apoyó su mano sobre la puerta de la luz y la libertad.

Tsë-i-la, a quien el triunfo de su amor y de su repentina fortuna había desvanecido bastante, contempló el regio presente.

— ¡Cómo! ¡Este collar además! — murmuró. — ¿Por qué, pues, te calumnian? ¡Esto es mucho más de lo prometido! ¿Qué quiere pagar el rey con este collar?

— ¡Tus injurias! — contestó desdeñosamente Tche-Tang, abriendo la puerta frente a los rayos del sol.



VILLIERS DE L'ISLE ADAM

DIBUJOS DE GIGLI.

PARQUE

Las antiguas arañas de todos los salones
se han encendido frente al crepúsculo amatiste.
— Entre la lluvia y la arboleda, los balcones
amarillos evocan no sé qué historia triste... —

Es como un baile antiguo de amor, que reviviera
esta tarde afligida, de nostalgia y de encanto.
— La arena está mojada, y, en lo solo de afuera,
por las ramas, se esconde no sé qué amor de llanto...

Silencio. Huele a rosas pisadas. En la noche
que entra, alumbran más los dorados cristales.
— Al fin de la avenida se pierde un viejo coche
que se lleva, ¡y por siempre!, no sé qué madrigales...—

Juan Ramón Jiménez



LA ULTIMA ESPERANZA

Fastidiado,
derrotado,
sin brillar en ninguna carrera,
don Carmelo
del Anzuelo
suele hablar de esta honrada manera:

— Tan perspicuo,
tan conspicuo
como yo, no hay sujeto en el globo.
Me sorprende
¡se comprende!
que me venza en la vida el más bobo.

Estudiante
descollante
me aprendí doce libros de historia.
Y mi tía
repetía:
«Este chico será un zanagoria».

Presuroso
y afanoso,
yo vivía en continuo paseo.
Vi a Fulano
y a Mengano
y no pude encontrar un empleo.

Fuí tribuno
cual ninguno.
¡Aquello era la cima del arte!
Me escuchaban
y exclamaban:
«¡Que se vaya a gritar a otra parte!»

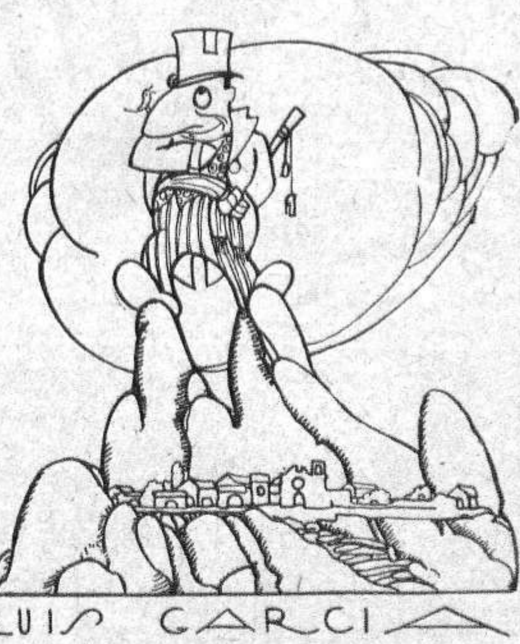
Tinterillo
de un caudillo,
corregía su prosa enigmática.
¡Por supuesto!
perdí el puesto
por saber demasiada gramática.

Elecciones
a montones
reclamaba mi nuevo partido.
¡Qué tumultos!
¡Y qué insultos!
Y yo nunca salía elegido.

Lo que quiero,
lo que espero
es salir de una vez del mal paso;
algo estable
y aceptable
como premio de tanto fracaso.

Nuestro jefe,
mequetrefe
a quien nadie le gana a la morra,
hoy me dijo:
«Calma, m'hijo.
Serás cónsul muy pronto en Andorra».

Yo, ese cargo,
sin embargo,
no lo acepto, ¡sería inocente!
Con mi nombre
cualquier hombre
puede ser un ministro excelente.



LUIS GARCIA

DIBUJOS DE MACAYA

Banquetes

Socios del Club Najatico reunidos en un fraternal almuerzo de camaradería conmemorando el 6.° aniversario de la fundación de dicha entidad.



Demostración de aprecio ofrecida por los amigos y compañeros de tarea al señor Juan Yacolucci con motivo de su onomástico.

ELOGIO SENTIMENTAL DEL ACORDEÓN

¿No habéis visto, algún domingo, al caer la tarde, en cualquier puertecillo abandonado del Cantábrico, sobre la cubierta de un negro quechemarín, o en la borda de un patacho, tres o cuatro hombres de boina que escuchan inmóviles las notas que un grumete arranca de un viejo acordeón?

Yo no sé por qué; pero esas melodías sentimentales, repetidas hasta el infinito, al anochecer, en el mar, ante el horizonte sin límites, producen una tristeza solemne.

A veces el viejo instrumento tiene paradas, sobrealientos de asmático; a veces la media voz de un marinero le acompaña; a veces también, la ola que sube por las gradas de la escalera del muelle y que se retira después murmurando con estruendo, oculta las notas del acordeón y de la voz humana; pero luego aparecen nuevamente y siguen llenando con sus giros vulgares y sus vueltas conocidas el silencio de la tarde del día de fiesta, apacible y triste.

Y mientras el señorío del pueblo torna del paseo; mientras los mozos campesinos terminan el partido de pelota, y más animado está el baile en la plaza, y más llenas de gente las tabernas y las sidrerías; mientras en las callejuelas, negruzcas por la humedad, comienzan a brillar, debajo de los aleros salientes, las cansadas lámparas eléctricas, y pasan las viejas, envueltas en sus mantones, al rosario o a la novena, en el negro quechemarín, en el patacho cargado de cemento, sigue el acordeón lanzando sus notas tristes, sus melodías lentas, conocidas y vulgares, en el aire silencioso del anochecer.

¡Oh, la enorme tristeza de la voz cascada, de la voz mortecina que sale del pulmón de ese plebeyo, de ese poco romántico instrumento!

Es una voz que dice algo monótono, como la misma vida, algo que no es gallardo, ni aristocrático, ni antiguo; algo que no es extraordinario, ni grande, sino pequeño y vulgar, como los trabajos y los dolores cotidianos de la existencia.

¡Oh, la extraña poesía de las cosas vulgares!

Esa voz humilde que aburre, que cansa, que fastidia al principio, revela poco a poco los secretos que oculta entre sus notas, se clarea, se transparenta, y en ella se traslucen las miserias del vivir de los rudos marineros, de los infelices pescadores; las penalidades de los que luchan en el mar y en la tierra, con la vela y con la máquina; las amarguras de todos los hombres uniformados con el traje azul sufrido y pobre del trabajo.

¡Oh, modestos acordeones! ¡Simpáticos acordeones! Vosotros no contáis grandes mentiras poéticas como la fastuosa guitarra; vosotros no inventáis leyendas pastoriles como la *zampoña o la gaita; vosotros no llenáis* de humo la cabeza de los hombres como las estridentes cornetas o los bélicos tambores. Vosotros sois de vuestra época: humildes, sinceros, dulcemente plebeyos, quizá ridículamente plebeyos; pero vosotros decís de la vida lo que quizá la vida es en realidad: una melodía vulgar, monótona, ramplona, ante el horizonte ilimitado...

Pío Baroja.

Ramón Bergman



Distinguido crítico teatral de nuestro colega "La Epoca", cuya desaparición ha sido hondamente sentida en los círculos periodísticos y literarios.



Buena Precaución

El hombre resfriado, que no por eso deja de fumar, se pasaría la noche tosiendo por causa del cosquilleo de garganta, si no tuviese la precaución al acostarse de ponerse en la boca una

Pastilla iodeína Montagu

Su acción es prodigiosa; hace desaparecer de la garganta ese cosquilleo que excita a toser y duerme uno como un lirón. Al día siguiente amanece muy mejorado, con la boca fresca y con el estómago en buen estado.

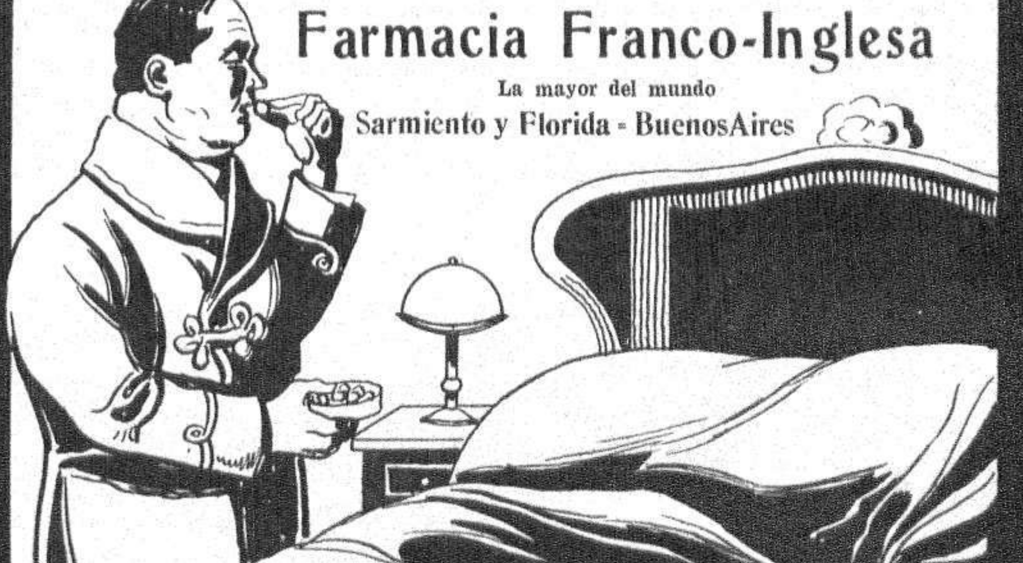
En todos los casos de ronquera, resfrío, asma, bronquitis, enfisema, las **Pastillas iodeína Montagu** son el más certero remedio.

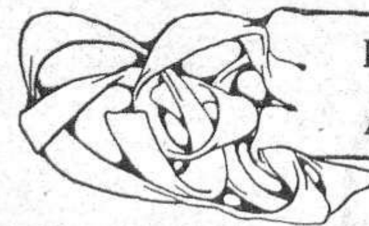
En todas las farmacias.

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo

Sarmiento y Florida - BuenosAires

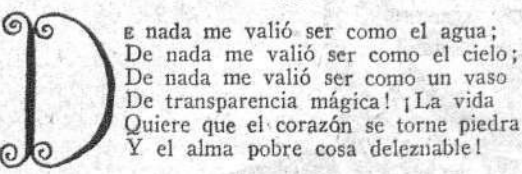




E L E G I A

Por

ALFREDO R. BUFANO



De nada me valió ser como el agua;
De nada me valió ser como el cielo;
De nada me valió ser como un vaso
De transparencia mágica! ¡La vida
Quiere que el corazón se torne piedra
Y el alma pobre cosa deleznable!

Llegué a ti con los ojos asombrados,
Llena mi boca de palabras buenas,
Mis manos anhelosas de unas manos
Que supieran curar la herida oculta;
Llegué a ti como el triste peregrino
Después de luengo andar, sediento y mustio,
Y tú, Samaritana, me negaste
El sorbo de agua que Jesús pedía.

Llegué a ti como el pájaro a la rama
En cruda noche de tormenta y duelo,
Pero tú, nido blando, abandonaste
Al ave en pleno bosque pavoroso,
Sin que su canto trémulo lograra
La divina merced del dulce amparo.

Llegué a ti despojado de la carne,
Todo espíritu y música y perfume,
Como un anacoreta milagroso
A la ermita lejana del desierto;
Y después de rasgar mis vestiduras
Entre las fuertes zarzas del camino,
Y después de llagar mis pies desnudos
Sobre la ardiente arena y los guijarros,
Y después de verter más de una lágrima
En la infinita soledad nocturna,
Llamé a tu puerta y respondió a mi ruego
El terrible silencio de la esfinge.

¡De nada me valió ser como el agua!
¡De nada me valió ser como el cielo!
¡Hay que ser lobo, y yo soy corderillo;
Hay que ser huracán, y yo soy brisa;
Hay que ser portentoso roble adusto,
Y yo apenas soy frágil jazminero
Soñando bajo el claro plenilunio!

¿Ves como sobras, corazón doliente?
¡Yo bien te lo decía: no podemos
Hacer nada, ser nada y gozar nada,
Oh pobre corazón envejecido!
¡Yo bien te lo decía: no podemos
Sino escondernos en nosotros mismos!
¡Somos dos cosas viejas en el mundo!

Y tú, alma escondida, ¿también lloras?
¡Razón te sobra, pequeñuela pálida!
¡Deja tu hábito blanco y ponte este
Traje talar de austero franciscano!
¿No te dejaron ser como querías?
¡Paciencia! ¡Hora celeste ha de llegarnos
En que podremos ser lo que no somos
En este mundo vanidoso y triste!

¿Y ahora? ¡Ahora!... ¡Ahora!... ¡Alma, seamos
Como el agua y el cielo y como el vidrio
De transparencia mágica; seamos
Como una estrella solitaria y dulce
O una leve canción que llora y pasa
Sobre el mudo camino desolado!



— ¿Sabe usted, mi amiguito, lo que se debe observar los viernes?
— Sí, señor cura. El viernes cambian el programa en el cine.



— Veo con agrado, María, que usted es buena con los animales.
— No, señora, no es bondad; es comodidad para lavar los platos.



MALTA URANO

IMPORTADA

LA PREFERIDA POR LOS MEDICOS PARA SU CONSUMO PROPIO

ES un buen tónico para dar fuerza al débil, para rejuvenecer al anciano, para robustecer a la madre que cría, para nutrir a la niña inapetente. Se digiere fácilmente y es tolerada por los estómagos más delicados.

Su poder nutritivo es mayor que en sus similares; el contenido en las botellas es mayor también. Por estas dos condiciones debe considerársele más barato que los otros, aunque en apariencia cueste algo más.

No es dulce como no debe serlo ninguna malta de buena calidad; es de sabor agradable y estimula el apetito.

Venta en los almacenes y farmacias, y si en alguno de ellos no la encuentra diríjase a sus únicos importadores.

1170 - BARTOLOME MITRE - 1174

Unión Telefónica, Rivadavia, 1990 - Coop. Telefónica, Central, 133





Gran Concurso Literario 1923

Buenos Aires, 12 de mayo

CARAS Y CARETAS abre desde la fecha un concurso de novelas cortas inéditas. La extensión no podrá exceder de ocho páginas de texto de nuestra revista. (Aproximadamente 9.000 palabras.)

Los originales deben estar escritos a máquina y firmados con un lema igual al que, en sobre cerrado, acompañe a la novela.

Podrán presentarse a este concurso todos los escritores residentes en la República Argentina.

El asunto es libre, con la sola limitación de que no haya en la obra nada que ofenda a la religión ni a la moral.

Los premios serán los siguientes:

Primer Premio, **2.000 $ m/n** y medalla de oro

Segundo Premio, **1.000 $ m/n** y medalla de oro

Tercer Premio, **500 $ m/n** y medalla de oro

CARAS Y CARETAS podrá adquirir por la suma de 200 $ m/n cada una de las novelas recomendadas por el jurado.

El jurado estará compuesto por los señores don Enrique R. Larreta, Dr. Carlos Ibarguren y don Luis Pardo, de CARAS Y CARETAS.

El concurso, abierto desde la fecha, quedará clausurado el día 21 de septiembre.

N. B. — El sobre debe venir escrito en la forma siguiente: Sr. Director de CARAS Y CARETAS. Para el Concurso Literario 1923. Buenos Aires.

8 HERMANOS

PROVEEDOR DE S. A. R. EL SERMO. INFANTE
D. FERNANDO



En atencion a las circunstancias que concurren en la razón comercial "Freixas & Cia" por el producto "Licor de los Ocho Hermanos", SU ALTEZA REAL el SERMO. SEÑOR INFANTE DON FERNANDO MARIA se ha dignado gustosísimo concederla el Título de Proveedora de su Casa.

Madrid 6 Abril 1922.

El Secretario-Tesorero de S. A. R.,

Gabriel Pastor







Desfile de jugadores y autoridades que concurrieron al torneo atlético realizado ultimamente en esta localidad.

El gobernador señor Cantilo dando el puntapié inicial en el match de football realizado entre los equipos del Colegio Militar y San José.



Una jugada peligrosa ante la valla del San José.



La madre que da Levadura a su nene, no necesita recurrir a purgantes.

Sus digestiones son perfectas, asimila bien, duerme bien y está siempre sano y contento. Las erupciones de la piel y la constipación están para siempre vencidas.

Cuidado con las imitaciones.

Exigir Levadura de Frutas Gibson.

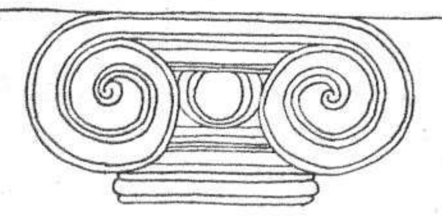
FARMACIA Y DROGUERIA

DIEGO GIBSON

192, DEFENSA, 192 - Unica Sucursal: FLORIDA, 159 - (Pasaje Güemes)

Unión Telefónica del 5921 al 5925, Avenida

EL ENFERMO





Los eugenistas — ¿no es este el nombre que les dan? — piden que para casarse se exija a los contrayentes un certificado de buena salud. La idea me parece buena, pero me pregunto si entonces no disminuirían mucho los casamientos. Pues las razones en que los eugenistas fundan la necesidad del certificado son de tanta importancia que hay para creer que más de la mitad de las mujeres tendrían que quedar para vestir imágenes sagradas. Además, que, según yo creo, bastarían doscientos pesos para conseguir un certificado de buena salud. Más o menos es ese el precio de los certificados de mala salud para ser exceptuado del servicio militar.

En todo caso, conozco uno que cuando se casó no hubiera necesitado certificado de buena salud.

— Yo mismo soy el certificado — hubiera podido decir él.

Bastaba verle «la color del rostro», el brillo de los ojos, la agilidad del cuerpo, la solidez de la dentadura, el vigor del cabello, y reparar en su constante actividad y buena disposición, para comprender que en él se daba ese «pleonasmo» de «mens sana in corpore sano».

Llamábase Gilberto Núñez.

Por cierto que continúa llamándose así, pues no ha cambiado todavía de nombre.

Pero desde que se casó, Gilberto empezó a sentirse mal. «¿Efecto del matrimonio?» — preguntarán muchos solteros y, sobre todo, muchos casados. Y estos últimos tal vez añadan: «A mí me sucedió lo mismo». Ignoro si fué efecto del matrimonio. Los historiadores no lo sabemos todo. Me inclino a creer que no sería por eso, porque el matrimonio es una institución santa y respetable. No por otra razón la respetan tanto los casados... y las casadas. No sería por eso, no. Sería, más bien, por alguna otra cosa. Probablemente porque su destino era sentirse mal después de casado. Empezó, digo, a sentirse mal. ¿Qué tenía? Tenía de todo menos buen humor. Se sentía mal de todos los órganos y regiones. Sus afecciones eran tan numerosas que Gilberto Núñez hubiera podido pasar por un muestrario patológico. Por lo cual yo creo que en realidad no tenía nada, porque no hay mejor certificado de buena salud que el sentirse enfermo de todas las enfermedades. Verdad que esto es ya una enfermedad, pero una sola, y que a todo tirar puede conducir al paciente a la casa de orates.

«¡Pobre señora de Núñez», dirán las señoras, «con un marido que siempre se está quejando de que tiene alguna cosa o que le duele algo!». Lo mismo digo yo. Y ella, por su parte, decía:

— ¿Para qué me habré casado yo? Para pasarme la vida untando de untura blanca a mi marido; poniéndole fomentos secos y mojados; preparándole te de manzanilla, te de ruda, te de tilo; para inspeccionarle la garganta varias veces por día; para ponerle porrones de agua caliente a los pies y envolverlo en mantas y frazadas...

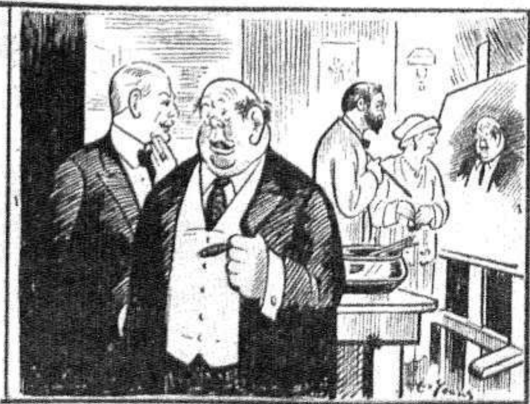
Y enumeraba todas las obras de misericordia a que la había obligado el matrimonio.

— Para esto — añadía, — mejor hubiera sido casarme con un viejo rico. No me daría más trabajo, y en cambio me daría más dinero. Quizá bastante para poder ponerle una enfermera.

— Pero, vamos a ver, ¿qué tienes, qué es lo que sientes? — le preguntaba a Gilberto su mujer.



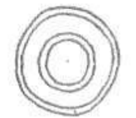
EL. — No sé si recuerdo su último nombre.
ELLA. — Es mejor que recuerde el primero. El último cambia tan a menudo...

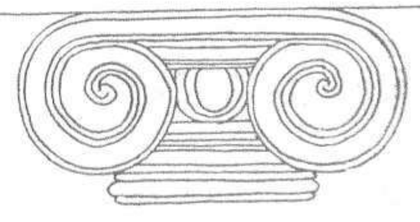


— ¿No cree usted que le ha hecho justicia?
— Sí; pero yo lo que quiero es gracia.

Por

ENRIQUE M. RUAS





— Algo a los pulmones, algo a la cintura, algo al vientre, algo a la garganta, algo al corazón. Lo único que tengo bueno, hija mía, es el estómago. ¡Dios me lo conserve! El día en que también el estómago me falle, perdido soy. Yo debo tener un principio de tuberculosis, alguna afección cardíaca, a veces creo que voy a sufrir un ataque de apendicitis, y temo que el día menos pensado se me declare un cáncer a la lengua. A propósito, hazme el favor de ver cómo tengo la lengua.

— ¡Jesús, Ave María Purísima! No digas disparates.

¿Cuántos médicos no consultó Gilberto? Bastaba que oyera hablar bien de un médico para que en seguida fuera a consultarlo:

— Doctor, me pasa esto y aquello. Yo no sé lo que tengo. Lo único que sé es que el día menos pensado, ¡adiós!

— Lo que usted tiene son aprensiones — le respondió uno.

— ¿También eso? — esclamó él. — ¡Ah, doctor, no me lo hubiera dicho!

Y todos los médicos le contestaban que no tenía nada, que se fuese tranquilo, y le decían que si se cuidaba bien, viviría más años que una tortuga.

Pero para lo único que servía esto era para desilusionarlo de la ciencia médica. ¡Tanto médico como había en Buenos Aires y ninguno que fuese capaz de acertarle con la enfermedad y darle una receta!

Un día de invierno estaba Gilberto Núñez en la sala de su casa, bien arropado, mirando a la calle a través de los vidrios de la ventana. Vió que en frente se efectuaba una mudanza. Un nuevo inquilino venía a ocupar la casa.

— ¿Sabe usted quién es? — le preguntó a la sirvienta.

— Diz que un doutor — respondió ella.

— ¿Médico?

— Sin, siñor; destes que curan.

Era quizá el único médico que faltaba por consultar. Gilberto fué a verle al día siguiente. Le dijo todo lo que le dolía y todo lo que tenía: los pulmones, el corazón, los riñones, la garganta, la cabeza, el hígado, el costado... ¡Ah! y el espinazo.

El médico, después de auscultarlo bien, le preguntó observándolo fijamente:

— ¿Y el estómago, no le duele también?

Gilberto titubeó:

— ¿El estómago?... Pues mire, no se lo quería decir por no alarmarme a mí mismo, pero creo que tengo dilatación de estómago.

El médico se quedó pensativo.

— ¿Qué le receto yo a este tonto, que no le haga daño?

Pero se le ocurrió una idea:

— Bueno — dijo por fin, — esto es claro; usted tiene que dejar el tabaco.

— ¿El tabaco? — exclamó Gilberto.

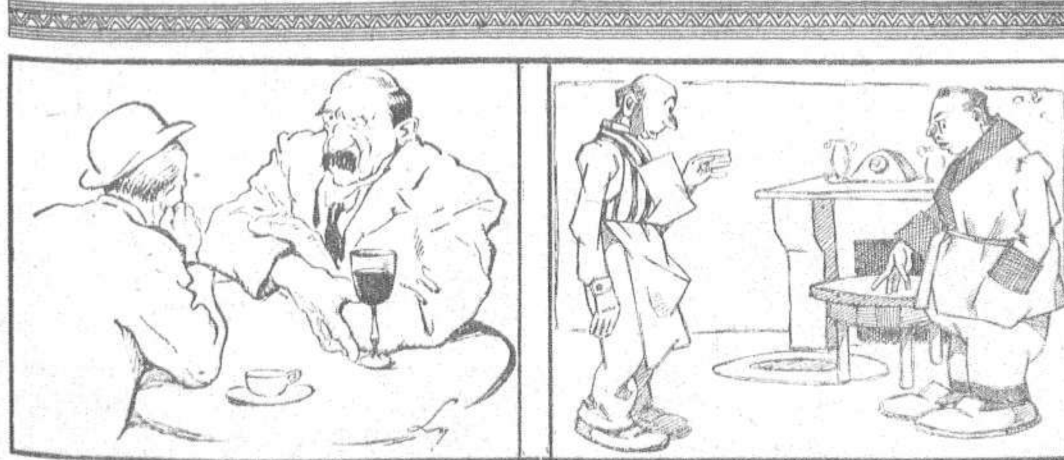
— Sí, señor; tiene que dejarlo cuanto antes, inmediatamente, hoy mismo.

— ¡Pero si yo en mi vida he probado el tabaco!

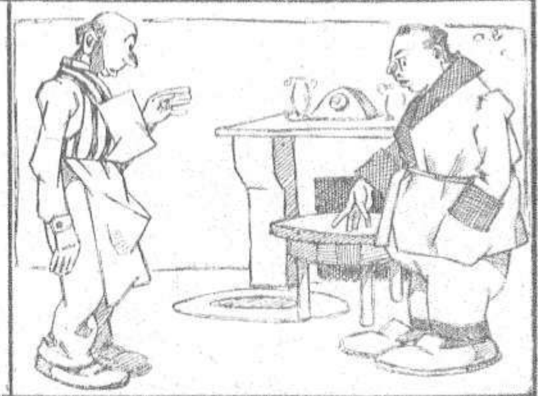
— Bien — respondió el doctor sin inmutarse, — en ese caso, fume usted un buen cigarro después de cada comida.

— ¡Pero, doctor!...

— Aquí no hay doctor que valga; usted se fuma el cigarro y me deja en paz.



— En otro tiempo yo cambiaba de cuello todos los días y de un billete de cincuenta pesos todas las semanas... Ahora cambio un billete todos los días y el cuello semanalmente.



— Es el presidente del Comité Electoral del señor... ¿Lo hago entrar al salón?

— No: llévalo a la bodega.

De Villa Domínico

El señor Enrique Gueraldini rodeado por un núcleo de amigos que lo hicieron objeto de una demostración de aprecio por ser el primer aviador surgido en esta localidad.

Tanto las Estrellas del Teatro Argentino como las del Londinense



coinciden en afirmar que para el embellecimiento de la tez no existe substancia alguna de efectos tan maravillosamente eficaces como la

CERA PURA MERCOLIZADA



María Esther Lerena.

"Nuestra cara difícilmente resistiría a la deletérea acción de los afeites que se usan en las caracterizaciones teatrales, si no pudiéramos contar con la cera mercolizada que tiene la propiedad de devolver a la piel su natural y primitiva tersura."

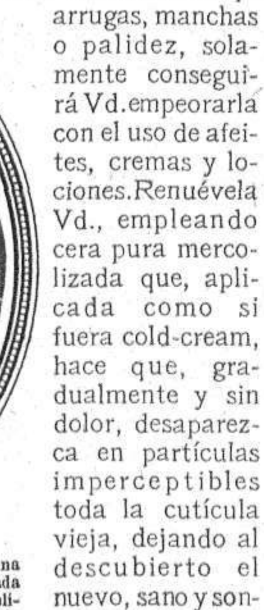
María Esther Lerena

María Esther Podestá de Pomar.

"De los numerosos preparados de tocador que me ha tocado en suerte probar, ninguno puede sufrir el parangón con la cera pura mercolizada, pues es el único que logra dar a la tez ese aspecto siempre brillante y terso que constituye el complemento necesario de un rostro hermoso."

María Esther Podestá Pomar

Si su cara demuestra imperfecciones,



arrugas, manchas o palidez, solamente conseguirá Vd. empeorarla con el uso de afeites, cremas y lociones. Renuévela Vd., empleando cera pura mercolizada que, aplicada como si fuera cold-cream, hace que, gradualmente y sin dolor, desaparezca en partículas imperceptibles toda la cutícula vieja, dejando al descubierto el nuevo, sano y sonrosado cutis que toda mujer posee debajo del viejo. Y esto... mientras Vd. duerma.



Gladys Cooper.

"Para la renovación del cutis no hay ninguna substancia cuya eficacia pueda ser comparada con la de la cera mercolizada, pues, ésta, aplicada durante unas cuantas noches, hace que la cutícula vieja desaparezca, por medio de una suave absorción. La cara, tratada de esta manera, bien pronto aparece completamente rejuvenecida."

Gladys Cooper



Lola Membrives.

"He comprobado que la cera pura mercolizada tiene la virtud de dar al cutis ese aspecto terso y fresco, propio de la infancia, tan difícil de conservar en medio de las molestias e incomodidades que impone la vida de teatro."

Lola Membrives

Almanaque biográfico nacional

Por J. M. BARRIA



General Lorenzo Winter. — Doctor Leandro N. Alem.



Doctor Miguel S. Coronado.



Doctor Agustín Alvarez.



Coronel Julio Campos.



Señor Sixto J. Quesada.

DÍAS		AÑOS — Nacimiento	AÑOS — Muerte	JULIO — Patriotas, guerreros, héroes y benefactores de nuestra vida política y social
1	Domingo	1833		Echagüe, doctor Leonidas.
2	Lunes		1900	Mansilla, Pref. G. de Ptos., Carlos A.
3	Martes		1900	Lezica, benefactor Enrique.
4	Miércoles		1922	Lamarca, doctor Emilio.
5	Jueves		1915	Winter, general Lorenzo.
6	Viernes		1895	González Catán, doctor Mauricio.
7	Sábado		1859	Murature, mártir capitán Alejandro.
8	Domingo	1814		Gainza, general Martín.
9	Lunes	1859		Tomkinson, Carlos.
10	Martes		1896	Alem, caudillo doctor Leandro N
11	Miércoles		1917	Marcó del Pont, doctor José.
12	Jueves		1922	Tello, doctor Jorge E.
13	Viernes		1872	Fragueiro, doctor Mariano.
14	Sábado		1915	Coronado, doctor Miguel S.
15	Domingo	1857		Alvarez, escritor doctor Agustín.
16	Lunes		1915	Moreno, Josué.
17	Martes	1875		Gibert, doctor Pedro J.
18	Miércoles	1855		Revilla, doctor Enrique.
19	Jueves		1902	Paz, diplomático Alejandro.
20	Viernes		1916	Reynal, doctor Nicomedes.
21	Sábado		1918	Semprum, doctor José R.
22	Domingo		1919	Ruiz, general Ramón H.
23	Lunes		1921	Serú, doctor Juan E.
24	Martes	1854		Latorre, doctor Aniceto.
25	Miércoles		1922	Urdinarrain, doctor Agustín.
26	Jueves		1896	Campos, coronel Julio.
27	Viernes	1856		Capdevila, general Alberto.
28	Sábado		1907	Quesada, Sixto J.
29	Domingo		1904	Islas, doctor Tomás.
30	Lunes	1866		Riestra, Mariano de la.
31	Martes	1826		Aráoz, Daniel.

FÁBRICA DE LOS BIZCOCHOS CANALE

EL PRODUCTO MÁS GENUINO DE LA INDUSTRIA ARGENTINA

PARFUMERIE

L. T. PIVER

PARIS



VIVITZ

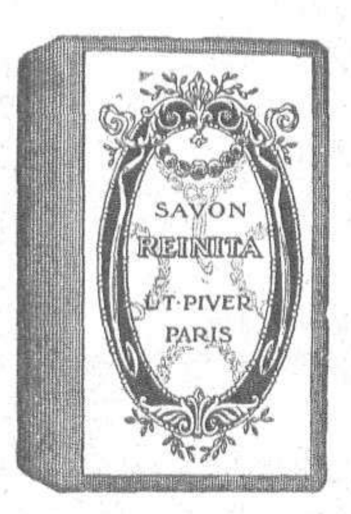
Nuestras cajas
contienen
110 GRAMOS NETO
de Polvo



AZUREA

JABON REINITA

De Perfume
agradable
y
persistente



Indispensable
para el tocador
y
el baño

EXIJALO EN TODAS LAS BUENAS CASAS

EL HOGAR EN EL CAMPO

CREPÚSCULO

El cielo está amatista, la aldea sonrosada.
La fronda verdinegra casi inmovilizada.
Un penacho humeante sale de cada techo.
La sopa está en la mesa: vecinos, buen provecho.
Presumo,
que mi casa tendrá también su poco de humo.

PAZ

Paz de nuestra casita,
ruido de alegres platos en la mesa.
Abajo, todo lámparas.
Arriba, todo estrellas.

INVIERNO

La lámpara encendida.
Noche. Invierno.
Un gran montón de libros
y un gran montón de besos.

FERNÁNDEZ MORENO



LOS INCONVENIENTES

Por

EL VIZCONDE DE LASCANO TEGUI

I

Hasta la muerte vamos tropezando con algo.
Alguien nos pone piedras en todos los caminos,
y aunque triunfamos como el ingenioso hidalgo,
molidos y maltrechos nos dejan los molinos.

Siempre un inconveniente... Se desgarran los tules
en la danza de Anitra bajo el pie que las cela.
— Por un hombre que tiene tan sólo ojos azules,
las niñas de mi pueblo llegan tarde a la escuela.

II

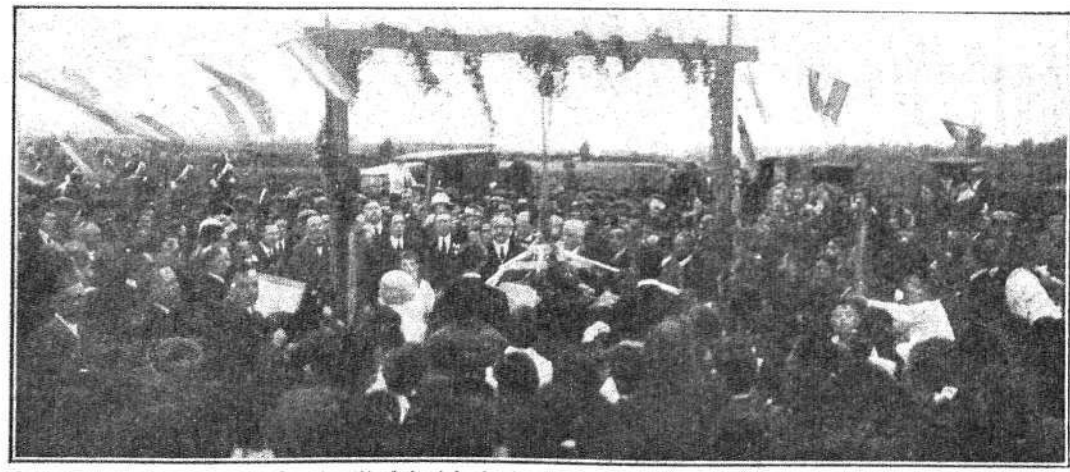
De las tres iglesias que en el sitio de Candia,
alzábanse celosas a las estrellas, la de los
Cordeleros era la más alta de ellas. Y servía de observatorio
a la tropa sitiada.

La de San Marcos, servía para tocar a rebato cuando los turcos
atacaban.

Pero la más hermosa de las tres era, sin duda, la de San Francisco,
con sus grandes columnas de mármol rosa y su gran cúpula dorada.
Sólo, que siendo la más hermosa, no podía servir para nada.


GRAN EXITO-TEATRO COLISEO
Concertola
Los célebres COROS UKRANIANOS
que tanto entusiasmo suscitan entre nuestros entendidos en música clásica podrán oirse en cualquier Grafófono y con la
Concertola
TOCA TODA CLASE DE DISCOS CON Y SIN PUA
magníficamente reproducidos en los nuevos DISCOS BRUNSWICK según el siguiente detalle:
Discos dobles «BRUNSWICK», de 25 ctms., sello ORO, a $ 6.00 c/uno
Cantados por la soprano Mme. NINA KOSHETZ, del Teatro de la Opera Imperial de Moscú y solista de los COROS UKRANIANOS
15029 Al the Ball (En el Baile). Melodía. Tschaikowsky.
None but the Lonely Heart (Unicamente el Corazón Solitario). Melodía. Tschaikowsky.
15031 Eastern Romance (Romanza de Pascua). Melodía. Rimsky-Korsakow.
Humoresque. Moussorgsky.
Cantados por los COROS NACIONALES UKRANIANOS
15032 Our Lady of Potchaiv (Nuestra Señora de Potchaiv). Con solo por el barítono P. Ordynski. Leontovich.
Over the Vast Plains (Sobre la vasta llanura). Stetzenko.
15033 The High Mountain (La Montaña alta). Lyssenko.
Hey Hear Baryshpol. Koshetz.
Con solo por el tenor G. Leoniv.
15034 Shtchedryk and Koza. Leontovich.
Poor Hawthorne. Con solo por la soprano T. Georgievska. Koshetz.
15035 In the Jordan. Stetzenko.
Cuckoo, Grey Cuckoo. Stetzenko y Kolomyika. Kolessa.
Si aun no posee "CONCERTOLA" adquiera uno de estos magníficos aparatos aprovechando nuestras ofertas especiales.
Tenemos modelos desde .... $ 45
NO TENENOS SUCURSALES.
NO CERRAMOS LOS SABADOS.
PIDAN CATALOGOS. N.° 21: Grafófonos, Concertolas y Victrolas. N.° 22: Todos los mejores discos de las buenas marcas. Enviando $ 0.20 en estampillas.
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
CASA AMERICA
AVENIDA DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES

De Llavallol (F. C. S.)



Público que concurrió al acto de la colocación de la piedra fundamental del edificio que construirá la Sociedad Cosmopolita de Socorros Mutuos. A esta ceremonia asistió el gobernador, señor Cantilo, y un destacado núcleo de autoridades provinciales.

EL "ESSNER HOF" DE KRUPP

Una de las formidables agrupaciones industriales del Ruhr es la fábrica Krupp de Essen, que durante la guerra ocupó a 140.000 obreros. Sin embargo, hace un siglo no era más que la modesta forja de un herrero, Krupp, quien personalmente hacía herraduras, clavos y otros utensilios de hierro, y personalmente iba a venderlos después al mercado. En 1915 el káiser estuvo presente en las fiestas de conmemoración del centenario de la firma, y exaltó con palabras inflamadas al humilde fundador. Una de las características de la casa Krupp, al menos antes de la guerra, era la señorial hospitalidad. Sus fábricas de armas tenían una clientela tan vasta que decidió construir un hotel suntuoso, el «Essner Hof», destinado únicamente a albergar a los clientes exóticos. Este hotel costaba a la casa Krupp cerca de un millón al año. Allí, según el periódico «Excelsior», se podían encontrar oficiales de todos los ejércitos, desde el peruano hasta el chino, los cuales permanecían en «Essner Hof» mientras la fábrica daba cumplimiento a los contratos celebrados, a fin de vigilar los trabajos respectivos. Esta vigilancia a veces duraba meses enteros. Estos oficiales técnicos de todos los países se entendían a las mil maravillas, aunque en realidad, en muchas ocasiones, cada uno estaba vigilando las armas con que su país iba a atacar al país del colega. La regla de aquel hotel ideal era ésta: que los pasajeros, al despedirse, no recibían la cuenta de sus gastos. De éstos se encargaba la firma Krupp, pues la ganancia la obtenía ampliamente en los contratos celebrados.


REGALAMOS
$ 3.90
$ 14.
Obsequiamos a todo comprador de una o más alhajas con un hermoso anillo enchapado en oro, con una piedra de color.
DE NIQUEL con máquina buena, contragolpes con cadena. Precio de reclame ... $ 3.90
PLATA 800, tres tapas, máquina Suiza, chato, bien observado, con cadena, $ 14.00
PULSERA con reloj, enchapado en oro, máquina observada. Precio reclame ..... $ 12.—
ESPLENDIDA OFERTA PARA NOVIOS
UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS
de oro 18 kilates, verdosos, de 6 gramos c/uno con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 kil. con 5 brillantitos, todo por sólo $ 30.
El mismo juego con el cintillo de oro 18 kilates, a .... $ 45.
N.º 499. — AROS de oro 14 kilates y piedras químicas, a ...... $ 12.00
N.º 500. — PLATA, color punzó y camafeo blanco, a pesos 3.50
N.º 92. — ANILLO marquise, ench. en oro 18 kil. y piedras fantasía, $ 4.00
N.º 136. — PLATA 900, con iniciales grabadas o esmalte, a ... $ 5.00
N.º 90. PLAQUE de oro 18 kilates y piedras químicas, a pesos .. 6.00
N.º 186. — AROS de plata con perlas macizas, a pesos.......... 3.00
N.º 501. ENCHAPADO en oro 18 kilates con piedras fantasía, a... $ 5.00
ELISA
¡ULTIMA MODA!
PULSERA PARA SEÑORA O SEÑORITA, con cinta de moaré fino y de plata 900, con iniciales o nombre que se desee, en esmalte .... $ 5.00
La misma de oro 18 kilates, garantido .... $ 15.
Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno.
N.º 502. PRENDEDOR enchapado en oro y camafeo fino, a ..... $ 2.00
La Suiza Americana
RELOJERIA - D. SEITLER - JOYERIA
BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES
N.º 503. AROS de plata color punzó o azabache, el par......... $ 3.50

De San Fernando

Miembros del Club del Progreso reunidos en sesión extraordinaria para elegir nuevas autoridades directivas.

Grupo de niñas que tomaron parte en la velada infantil organizada por el Comité Billiken Ideales Juveniles a beneficio del hospital local.

La FARÁNDULA

Por

Carrasquilla Mallarino

He visto tantas cosas; he observado, estudiado y comprendido tanto... Sobre todo «comprendido», que es lo principal en todo ejercicio de análisis y de pensamiento, que créame, Emilio, me da miedo por mi corazón y por mi dignidad de mujer.

— Pero a su edad, a esos bellos veintidós años ¿puede concebirse un escepticismo semejante? ¿Es posible renunciar a la luz en plena alborada, esquivar la alegría juvenil de vivir y querer la penumbra, casi la noche, y la melancolía, casi la tristeza? ¿Es comprensible que usted, una niña que no ha tenido aún tiempo de asistir a los tres o cuatro actos de ninguno de esos dramas de la vida real que forman la experiencia, crea que basta la intuición para ahondar de improviso los misterios del dolor y para fallar sobre lo que significa la existencia? ¿Es aceptable, Angelina, que usted renuncie a su porvenir, al porvenir a que su belleza, su talento, su nombre tienen derecho, por correr tras un miraje de perfeccionamiento, tras una quimera, tras la vana ilusión de una ventura superior a lo que un ser humano p diera alcanzar en este mundo? ¡Angelina: créame! Usted delira, usted divaga, usted quiere encontrar la realidad huyendo de ella, usted pretende resolver en un renunciamiento inútil el problema de la felicidad que no quiere ver resuelto en el ambiente que la vió nacer, colmándola de gracias y de dones. ¿Es posible? ¿Es verdad? ¿No está usted sugestionada por un libro estrambótico, de esos que las mujeres leen en ciertos momentos de alma que, coincidiendo con ciertos momentos de cuerpo, las suelen inducir en errores lamentables? Y, finalmente· ¿está usted segura de sus fuerzas físicas y morales para llegar a bastarse a sí misma en todo, para siempre y lejos de mí?

El mundano sutil calló y, en espera de la respuesta, clavó fijamente su vista escrutadora de psicólogo elegante en los ojos de aquella soñadora extraordinaria que quería huir de todo huyendo de sí misma y buscar en rudos avatares la renovación y el camino de la verdadera dicha.

— ¡Estoy plenamente segura de mi misma! Y en cuanto a no haber tenido tiempo de presenciar todos los episodios de una de esas historias que muestran la realidad al descubierto, permítame que guarde reserva... ¿Para qué iría yo a referirle una por una las fases dramáticas que puede haber tenido la vida de una mujer de veintidós años? Usted, poseedor de artes y recursos mundanos y sutiles, hombre para quien la existencia no puede ser sino un entretenimiento curioso y frívolo, no querría seguramente fatigarse en las elucubraciones sentimentales que a mí me han llevado a esta decisión inquebrantable.

La noble mujer hablaba y se defendía con altura, sin incurrir en la eterna vulgaridad del reproche insultante ni apelar a las lágrimas del despecho; y a fe que su actitud era todo un sistema digno de estudio y de meditación por parte de sus hermanas en Eva.

— Pero, óigame, Angelina: con esta confidencia que usted me hace estoy tan desconcertado que temo perder mi buen humor y mi elegante indiferentismo, como usted me ha dicho, y volverme loco o santo o filósofo, y seguirla a usted... es decir, seguirla, no: imitarla... ¡Qué sé yo!

— ¿Imitarme?... Con todo, es usted mucho más débil que una mujer. — Y luego, con una sonrisa inteligente: — De modo que yo venzo?

— Angelina: las mujeres vencen siempre. Y yo, ante usted, he sido siempre un vencido.

Emilio dijo esta última frase con una melancolía y con acento tan bien fingidos, que la joven sintió como un relámpago de duda y de esperanza. Pero ¡no! Recordó al punto sus terribles motivos de odio al mundo de la mentira y del engaño, y concluyó:

— ¡Qué buen actor sería usted! — Y, tras una pausa: — Lo dicho dicho, ¿eh? Con ello evitaremos comentarios vulgares, si es posible, y cada uno tomará su ruta. Usted continuará su vida a su antojo y sin que yo tenga que ser su víctima por miedo al escándalo. Yo, yo haré la mía.

Se hicieron un saludo, mirándose acaso por la vez postrera; y Emilio Bridal alejóse del sitio solitario del jardín mirando hacia atrás a cortos intervalos y visiblemente intrigado, preocupado tal vez, como un bolsista en quiebra.

En cambio, la bellísima Angelina Zúñiga, con decidido andar, tomó la angosta senda hasta el automóvil que la esperaba no lejos de allí.

Madre: no me caso ya. Todo está roto con Emilio — dijo Angelina rotundamente al llegar a su casa.

— ¡Pero no es posible, hija mía! ¿Qué va a decir todo el mundo? ¡Qué barbaridad! ¿Cómo has podido decidir así, súbitamente, un asunto de tal gravedad, echándote y echándonos a todos como pasto de las malas lenguas? ¡Seremos

el blanco del ridículo, Angelina, hija querida.

— Y bien, madre, ¿qué quieres? ¿Qué es preferible? ¿Casarme con ese hombre y ser perfectamente desgraciada durante toda la vida o parte de ella al menos, o sufrir altivamente las impertinencias del qué dirán y las burlas de las amigas durante un plazo relativamente corto? Porque este es el caso, madre: yo he llegado al convencimiento de que ese hombre no me merece. No me preguntes cómo ni por qué; pero créeme, madrecita... No me puedo casar con Emilio. Tanto, que él lo ha comprendido. El ha visto en mis ojos el frío del desencanto y del desprecio, y apenas si ha sabido defenderse con argumentos retorcidos cuando yo, sin pronunciar las palabras rudas y directas con que hubiera podido fulminarlo, le dejé entender que cambiaba de idea por seguir un ideal más próximo a la dicha que un matrimonio interesado y calculado como un negocio en el que yo seré nada más que la mercancía. Sí, madre: la vulgar mercancía, yo, una criatura sentimental, capaz de infinitas ternuras, que creí en el amor por él mismo y en la felicidad porque me sentí buena. ¡No, madre, no! Yo renuncio a la vida del gran tono y del gran mundo... Pero no vayas a pensar ni por un instante que estoy imbuída de ingenuo misticismo y que me dispongo a hacer votos aparatosos de renunciamiento a la vida tal como es preciso comprenderla y vivirla. En una palabra: que no pienso meterme en un convento ni nada parecido. La bondad y la virtud no necesitan uniforme ni clasificación.

La madre de la extraña mujer que así hablaba en vísperas de su matrimonio, anunciado para el próximo veinticinco de abril con bombos y platillos y a todos los vientos, no supo qué responder y se quedó perpleja mirando de hito en hito a Angelina. Mas dijo al cabo:

— ¡Es extraordinario el cambio que se ha operado en ti y de una manera tan inesperada! Parece, hija mía, que hayas envejecido de ayer a hoy... o algo mucho más triste: que te hayas vuelto loca... Pero, óyeme Angelina: ¿no estás loca, verdad?

— ¡Nunca fuí más cuerda, mamaíta!

— Pues entonces dime el por qué de tu tremenda resolución, de ese rompimiento que nos va a causar tantos disgustos. ¿Qué te ha pasado, Angelina?

La joven se preparaba mentalmente a responder, temerosa de causar con el secreto una pena más aguda a su mamá, cuando la camarera llamó y penetró en la estancia anunciando una visita inexcusable.

— Don Pedro de Lemos y su señora están en el salón. ¿Qué digo?

— Pues, naturalmente, que ya vamos.

Madre e hija se miraron con estupefacción indecisa. Hubiérase dicho que a fuerza de conversar sobre el gravísimo asunto se hubieran olvidado del mismo.

Don Pedro de Lemos y su esposa eran los padrinos escogidos por el novio y muy amigos de la familia de la novia.

— ¿Qué hacemos? — exclamó la señora Zúñiga.

— Nada más que decirles lo que he resuelto. La verdad no debe aplazarse y mucho menos en este caso. ¿Qué más daría decirla después?

— Bueno, Angelina: yo no comprendo nada en definitiva. Será preciso que hables en seguida con tu padre, en tanto que yo recibo la visita y disimulo un poco.

— No. ¡No hay nada que disimular! ¡Caramba! — dijo exasperada la joven. Y dando escape, al fin, a la indignación que le quemaba el alma y el cerebro, abrió su saquito portátil que aun tenía en la mano desde su vuelta a casa, sacó una carta de cuyo sobre sin pegar salía una punta de papel de seda rojo, tomó a su madre del brazo, llamó a su padre al pasar, y los tres penetraron al salón donde los de Lemos esperaban impacientes.

Hechos los saludos y sentados todos los circunstantes, la señora de Lemos quiso hablar sin demora de los preparativos, de la fiesta, de los detalles en fin del inminente casamiento; pero Angelina Zúñiga, muy dueña de sí y con la firmeza de las mujeres dignas que sufren con discreción pero que se defienden y actúan enérgicamente, alargó a don Pedro de Lemos la carta aludida, rogándole que la leyera en alta voz.

— La simple lectura va a resolver la situación al punto, sin que tengamos que discutir nada ni buscar componenda alguna — expresó Angelina, concluyendo: — lea usted, señor de Lemos... ¡Se lo ruego! Es necesario que no todas las mujeres se echen a morir con estas cosas y que no todas las familias, por cubrir apariencias y temiendo ridículos vanos, sacrifiquen a sus hijas... Señor de Lemos — repitió con un incontenible sollozo la señorita Zúñiga: — lea usted eso y acabemos de una vez con el asunto!...

El padrino de Emilio Bridal, ostensiblemente preocupado, sacó las gafas, se las caló y dió lectura al documento, que decía primero en una nota con escritura femenina:

«Para que se entere la novia a tiempo y no la esposa demasiado tarde.»

Luego la carta decía, con gruesa escritura masculina:

«X X, Marzo 25 de 1920.

«Mi muy querida... (Aquí un nombre rayado e ilegible): Me llegó tu carta que me ha desesperado, y no pudiendo volar hacia ti inmediatamente, van estas líneas llevándote mi amor inquebrantable. ¡Sé paciente y ten confianza! No creas que te he abandonado ni que te abandonaré. Tengo entre manos un negocio considerable y decisivo que realizaré de hoy en un mes fecha por fecha. Después de realizarlo tendré que permanecer aún durante un corto tiempo aquí, a fin de recoger toda la ganancia... Y luego... entonces sí que volaré en tu busca y para siempre.

«Te adoro como en los mejores días de nuestra pasión. Tuyo,

EMILIO».

La sorpresa de todos, por cuyas manos fué pasando la carta, no pudo ser más dolorosa. Sólo Angelina, que había logrado permanecer altivamente enérgica, dijo a la postre:

—Que se compre un marido... bien para la que le agrade y pueda. Pero que los simuladores «realicen negocios considerables y decisivos» en detrimento de las mujeres que aun saben amar sinceramente... es infame, y yo protesto en nombre de mi sexo incomprendido y vilipendiado.

Mas, ¿de qué modo había ido esa terrible misiva a manos de Angelina? ¿Por correo, acaso, desde la ciudad de X X?

—Las crónicas sociales de los diarios han anunciado, en efecto, la boda, y es lógico pensar que una mujer abandonada y vengativa recurra a ese medio extremo—expresó la señora de Lemos.

—Mas, ¿si fuese una impostura; un documento en el que se imitara bien la letra de Bridal? — se aventuró a decir el señor de Lemos.

—Ni lo uno ni lo otro — afirmó secamente Angelina.

—¿Cómo, pues?—inquirió el señor Zúñiga.

—La misma interesada, la persona que vino hace tres días a verme, diciéndose modista, después de referirme su triste historia y de borrar su nombre, me entregó la carta — respondió Angelina, agregando: — «Usted ve, señorita —díjome la mujer: — yo habría podido aceptar la complicidad de explotarla a usted, pero no pude. Yo lo amo, señorita, hondamente. ¡No me lo quite usted!»

* * *

HERIDA por su cruel desencanto, pero fuerte, sostenida en todos los instantes por su dignidad inteligente, Angelina se retiró de la sociedad, y conformándose cada día más con su vida independiente, con la paz interior de su alma, se dispuso a vivir en sí misma. Su naturaleza afectiva y sensible llegó a adormecerse un poco; y dos años después del infausto acontecimiento, la señorita Zúñiga era el alma del hogar paterno y la consejera de sus dos hermanos, que en aquel momento salían de la adolescencia y se lanzaban a la vida.

Jorge y Luis comenzaron, por tanto, sus andanzas de señoritos enamorados en la ciudad inmensa de las tentaciones; y no tardaron el uno y el otro en contar con amiguitas que les amasen rendidas y de las cuales Luis y Jorge no hacían otro caso que el que ocasionalmente hacen los niños ricos de los juguetes.

Entonces, a medida que el tiempo fué pasando con toda su grávida elocuencia y que Angelina observaba con detenimiento las andanzas de sus hermanos, nuestra protagonista fué siguiendo las dos vidas como hubiera seguido dos novelas de minuciosa trama. Y llegó a tanto su interés apasionado por esos estudios, que bien pronto fué no ya la consejera y confidente de los muchachos, sino que, dados su madurez y cierto escepticismo, cierta varonilidad delicada que Jorge y Luis estaban habituados a encontrar en su hermana; Angelina llegó a penetrar todos los secretos y aventuras de los caballeritos donjuanescos.

Los chicos Zúñiga lograron dominar muy pronto los recursos todos de la galantería; y como eran gentes de fortuna y de la audacia que ella da, no les resultó difícil contar, al cabo de tres años de farsas y aventuras, con dos verdaderos escalafones en los que figuraban mujeres de toda clase, cada una de ellas protagonista de un episodio más o menos grave, menos o más amargo.

El archivo galante de los hermanos fué pronto un curioso acopio de documentos en que, entre frases de amoríos ingenuos, malvados o calculados, encontraba Angelina sorprendentes enseñanzas. Orientábase así más y más la digna observadora en el camino de las realidades que componen eso que llamamos la existencia, y su espíritu suave, su temperamento sincero, su corazón heroicamente puro a través de las adversidades y de la rudeza de los estudios específicos, se fueron iniciando en las amarguras esenciales, en las falsías veleidosas, en las simulaciones que entretejen los lazos del hombre y la mujer.

Mas, pasado el tiempo, llegó un día en que Luis, el mayor de los hermanos de Angelina, pensó en casarse e inició las gestiones para realizarlo.

La novia era una niña gentilísima y pura, de mejor posición que los Zúñiga, la que llegó a amar a Luis con un amor profundo del que Angelina pudo ser testigo y dar fe si ello hubiese precisado.

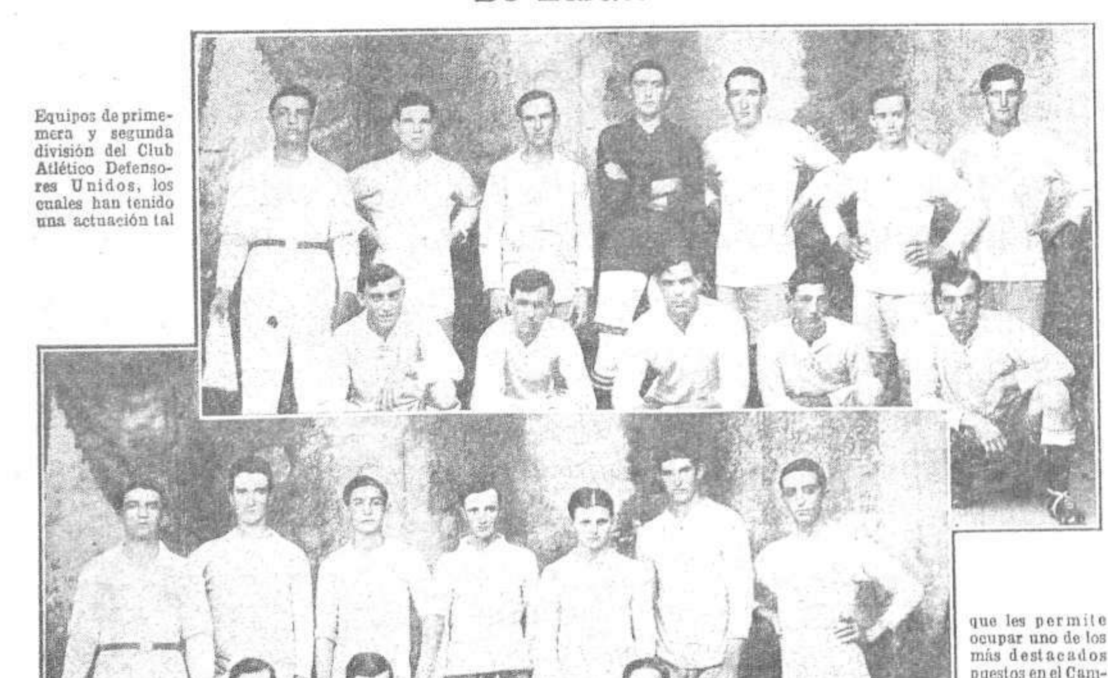
Sabedora, por tanto, la señorita Zúñiga, de que su hermano iba a casarse por mero cálculo y de que tenía dos compromisos amorosos que debían impedírselo, díjole una noche, angustiada en sus sinceridades justicieras:

—¡Pero, oye, Luis: tú no puedes cometer esa infamia! ¡Tu honradez se opone!

—¡Cállate, boba! — respondióle el joven, burlonamente, agregando: —Tú no conocerás nunca el mundo ni la vida. ¡Pobre Angelina!... ¿No sabes todavía que esto es una farándula?...



F I N



Equipos de primera y segunda división del Club Atlético Defensores Unidos, los cuales han tenido una actuación tal que les permite ocupar uno de los más destacados puestos en el Campeonato de la Asociación Zarateña de Football.

Bodas de oro y de plata



Señor Fortunato Riccinto y señora rodeados por sus hijos y nietos el día en que festejaron sus bodas de oro. — Carmen de las Flores.



Distinguidas familias de esta ciudad que concurrieron al domicilio de los esposos Kehoe-Mackey para expresarles sus plácemes en el 25.° aniversario de su enlace. — Rosario.



Señor Eugenio Hernandonera y señora Petrona Piñeyro, destacados vecinos de esta localidad, que ha celebrado recientemente sus bodas de plata. — Magdalena.



Señor Ignacio Battilana y señora, que han celebrado las bodas de plata, recibiendo con tal motivo espontáneas manifestaciones de simpatía de sus relaciones.


GUARDE ESTE CUPON, TIENE VALOR
Serie D
548765
La Perfumería Higiénica
Brissac.
entregará gratis una caja de
Polvo Grasoso Brissac a toda persona
que en canje remita veinticinco de
estos cupones más 20 cts. para flete.
Unicos Concesionarios: L. AUBERT y Cía.
J. Newbery, 3443-55
U. T. 2045, Belgrano
Bs. Aires
Este cupón es copia del que va dentro de la caja y no tiene ningún valor
Es motivo de grata emoción
para toda dama al ser admirada por su belleza.
Si emplea en su toilette el
POLVO GRASOSO
Brissac.
que por sus componentes purísimos no tiene rival, conseguirá estos fines.
L. AUBERT y Cía.
JORGE NEWBERY, 3443/55.
Unión Telefónica 2045, Belgrano.
Representantes en Montevideo:
SASSOLI y ALONSO
Rondeau, 1440/42
$ 1.40 la caja
Poudre Grasse Brissac
POLVO GRASOSO BRISSAC
BRISSAC
PARFUMERIE

NOTAS SOCIALES

Muchas y muy brillantes han sido las fiestas ofrecidas recientemente por nuestros altos círculos mundanos; el comentario anota, como es natural, detalles de suntuosidad, de exquisita elegancia, de animación... Y refleja también, hay que confesarlo, esa lamentable tendencia de ciertos círculos muy *snobs*, empeñados en aparentar modalidades y expansiones reñidas en absoluto con la tradición de recato y cultura de la aristocracia porteña...

La crónica elige una fastuosa residencia que se levanta, según se asegura, entre jardines que evocan el misterio encantador del palacio de Armida... Pero no se escuchan en el boscaje misterioso aquellas divinas melodías de Lulli, ni de Gluck; han corrido nuevas centurias, y la sociedad porteña dedica todas sus preferencias a la música consagrada hoy como elemento de bullicio y animación para determinados centros. Casi podríamos preguntarnos ahora: ¿por qué criticábamos el que se organizara un festival de índole especialísima en una elegante sala de espectáculos? ¿Por qué tanto discutir si era o no correcto el asistir a él? El forastero que, en llegando a nuestra prodigiosa cosmópolis, hubiera contemplado el animado baile del palacio que evoca las maravillas de la residencia de Armida, bien pudo creer que se tratara de un festival análogo al que suscitara tan vivo comentario... Si faltaban en él las famosas *vedettes* profesionales, no faltaban en cambio las expansiones que hubiéramos deseado menos bulliciosas tal vez, y seguramente de mejor tono...

Vibraban las risas mientras la cadencia breve, o ¡tan lánguida! a veces, de los bailes modernos arrastraba las siluetas siempre esbeltas, siempre exageradamente delgadas... ¡Qué lejos estamos de aquellos benditos tiempos del Señor en los que se exigía a toda dama de alcurnia el porte majestuoso de la matrona romana! A las mismas estrellas del arte — sobre todo si debían evocar en el teatro la figura histórica de alguna soberana — les estaba vedado aspirar a la corona si no eran dueñas de un físico arrogante; pero los gustos han evolucionado mucho, ¡qué duda cabe!

La silueta de la mundana ultra-chic *no tiene revés ni derecho*, como oí decir días pasados, y con suma gracia, a una destacada personalidad femenina: «Si nos detenemos un instante a observar esas flexibles, menudas siluetas de mujer, llega el momento en que no sabemos si vienen o se alejan; ¡es tan difícil distinguir el revés del derecho!» Y como sucede con las siluetas, acabará por suceder con las costumbres, lectoras amigas... Dentro de poco veremos figurar solamente a las siluetas juveniles en los bailes ultra-chic; hay la decidida intención de desterrar a las mamás — por jóvenes que ellas sean — de las fiestas modernas... Las gentiles invitadas que no disponen de un hermano complaciente deben ser satélites obligados de las amigas que pueden reemplazar al severo *chaperón*... En cambio, las que no tienen hijas que llevar a esas fiestas no pueden perder la ocasión de lucirse en ellas rivalizando con las que viven la primera y radiante juventud... Además, todo el encanto del trato franco y cordial entre nuestras mundanas y nuestros *snobs* corre serio peligro ante la refinada liberalidad de interesantísimas siluetas femeninas...

Pero no es el caso de vagar también nosotras eligiendo temas tan llenos de peligros cuando nos hemos propuesto anotar alguno de los latidos del complicado engranaje de la vida nuestra. El comentario nos sugiere muchos descubrimientos... A cada instante se nos repite que la alta sociedad femenina porteña es eminentemente conservadora, y que desaprueba, por consiguiente, toda manifestación que pueda revelar alguna inclinación por las luchas de la política... Sin embargo, se asegura que una importantísima corporación femenina ha pesado, y pesa con autoridad indiscutible en la formación de la terna en que figura el nombre del futuro jefe de la Iglesia Argentina... Se mencionan los nombres de las prestigiosas personalidades que han solicitado el voto de tal o cual congresal para el eminente prelado cuya actuación — toda benevolencia y serenidad — augura otra era de paz y de tranquilidad... Pero tal vez no hayan considerado aquellas eminentes personalidades femeninas que la evolución de la sociedad humana obliga a todo pastor de almas a tomar parte activa en la lucha para orientar y dirigir las fuerzas que creen ser útiles y buenas, sencillamente porque no proceden mal; esa convicción no puede bastarnos hoy... Hay que buscar el bien y luchar sin descanso por alcanzar el ideal de progreso y confraternidad humana...

Y entre tanta impresión amarga o sutilmente irónica, una nota intensamente conmovedora...

Se celebra bullicioso y brillante festival organizado por uno de los distintos círculos de estudiantes que hacen gala de ingenio y de alegría: la elegante sala está colmada de una asistencia rumorosa, que subraya con alegre aprobación cada número del programa... De pronto alguien descubre entre los espectadores al joven estudiante que fuera no ha mucho uno de los más entusiastas organizadores de ese género de fiestas; la juvenil alegría ha vencido una vez más al dolor y a la tristeza; llenos de luz los ojos, compartiendo las horas gozosas de sus compañeros, su admirable energía, su generosa fortaleza de alma enternecen, pero elevan nuestro espíritu al revelarnos que sus alas pueden romper la helada envoltura del mal inexorable... Hacia él, hacia el alegre compañero de otros días, fueron todos los homenajes del cariño y todos los augurios que predicen un riente porvenir...

La dama duende.

Buenos Aires, junio 27 de 1923.

Sra. Herminia Ortega de Napolitano



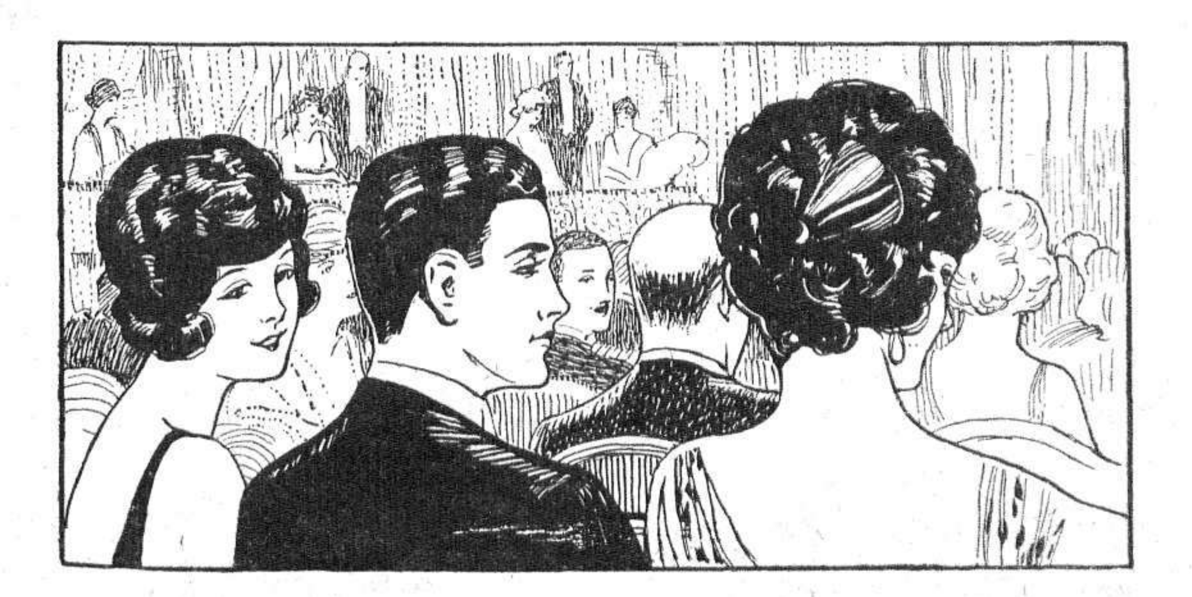
Distinguida intelectual cuyo fallecimiento ha sido dolorosamente lamentado en la sociedad de Mendoza, donde era una de sus más destacadas figuras.



PEDRO BIGNOLI LTDA
COPAS PARA PREMIOS
EL MAS EXTENSO Y SELECTO SURTIDO.
VISITEN NUESTRA NUEVA EXPOSICION 1er. PISO. HAY ASCENSOR
PEDRO BIGNOLI
679 — Copa para premio, de níquel «Silver» dorado al interior; de 39 ctms. de alto, a pesos 85, y de 34 ½ ctms. N.° 1290, a........ $ 70
PEDRO BIGNOLI
708 — Copa para premio, de metal plateado, dorado al interior, de 17 ½ centímetros de alto, a.............. $ 4
PEDRO BIGNOLI
2278 — Copa para premio, en metal plateado, interior dorado, alto con base 25 ctms., a $ 15; N.° 2631, de 18 cts. de alto, a......$ 5.50
50240 — Lindísimo grupo de petit bronce, especial para premio, titulado «Football», de 72 ctms. de alto, a pesos 250; de 53 ctms. alto, $ 150; y de 34 ctms. de alto, a $ 50
ATENDEMOS PEDIDOS DEL INTERIOR POR CARTA.
PEDRO BIGNOLI
2817 — Copa para premio, de plata «Würtemberg», dorada al interior, de ctms. 42 de alto, a $ 80; la misma, N.° 2761, de ctm. 32 ½ de alto, $ 40
1871 — Copa para premio de metal plateado, dorado al interior, 42 ctms. de alto, a pesos 45; N.° 1872, de 37 ctms., a $ 35; y N.° 1884, de 34 ctms., a $ 27
PEDRO BIGNOLI
2011 — Copa para premio, con tapa, en finísimo metal blanco plateado, dorado al interior, con base, de 50 centímetros de alto, $ 33
PEDRO BIGNOLI
2735 — Copa para premios, de metal plateado, dorado al interior, de 37 ½ centímetros de alto, a.............. $ 32
GRANDES BAZARES Y PARAGÜERÍAS SUD AMERICANOS
Pedro BIGNOLI Ltda
CARLOS PELLEGRINI 300 Esq SARMIENTO 1002
OBJETOS PARA REGALOS = EXPOSICIÓN PERMANENTE

De General Rodríguez

Grupo de concurrentes al almuerzo campestre ofrecido por el señor Martignoni a los empleados locales del Ferrocarril del Oeste.



Una cabellera hermosa y abundante es el mejor atractivo personal.

Tanto en el teatro como en toda reunión social y en la vida diaria, el cabello es el adorno que mayor encanto confiere a un bonito rostro de mujer y el que más realce da a una arrogante figura de hombre.

Breves minutos diarios que Vd. dedique a su cabellera evitarán su caída, recuperará el que haya perdido, y devolverá a sus CANAS el color primitivo. Use para ello el

ESPECIFICO BOLIVIANO



Se ha comprobado científicamente que esta sabia preparación, compuesta de vegetales escogidos de la flora boliviana, cura positivamente la **CALVICIE**, tonificando la raíz capilar, lo cual determina el brote de cabello nuevo en abundancia.

Con su uso las **CANAS** recuperan en poco tiempo su color natural, se elimina la caspa y la cabellera adquiere brillo, flexibilidad y profusión.

Hombres y mujeres de destacada actuación social en el continente han usado este notable Específico y en numerosas cartas describen los excelentes resultados obtenidos.

Use usted **BENGURIA** si desea ser admirado por su cabellera. Escriba hoy mismo al doctor Rafael Benguria B. pidiendo detalles. A vuelta de correo recibirá la contestación.

UNICO LUGAR para la venta del **ESPECIFICO** en esta ciudad, atendido personalmente por su propietario

Dr. RAFAEL BENGURIA B.

Avenida de Mayo, 1239 — Buenos Aires — Unión Telefónica 5753, Rivadavia

AGENCIAS PARA LA VENTA DEL ESPECIFICO

En Rosario de Santa Fe: "La Buenos Aires", Córdoba esquina Entre Ríos.— En Mendoza: Casa Riba, San Martín, 1456. — En La Plata: Jockey Club, Avenida 7 esquina 51. — En Santiago de Chile: Moneda esquina Estado. — En Montevideo (R. O.): Sarandí, 429.

ATIENDO PEDIDOS Y CONSULTAS DE PROVINCIAS POR CORRESPONDENCIA

Público congregado en la plaza General Belgrano escuchando la interesante disertación que el R. P. Dionisio R. Napal pronunciara sobre problemas sociales.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!



LA VOZ DEL CÓNDOR

Fué una tarde inolvidable en el Cerro de la Gloria, desde cuyas cimas se domina el Campo del Plumerillo, esa inmensa fragua donde San Martín trabajara el bronce de sus granaderos.

Iba a entrarse el sol. Sobre la más alta cresta del monte se posó un cóndor. Su voz augusta, de ronco metal y de viento, habló así:

«Soy el primogénito de los Andes. Nací de la roca viva como el torrente. Hermano soy del agua que riega y fecunda los valles, en tanto yo surco los aires y voy sembrando en el infinito el alto ejemplo de mis alas.

«En mi corazón late el corazón de América. Conozco los ensueños y heroicidades de la vieja raza y el verbo de las generaciones nuevas.

«Hombres: mirad mi bravura e impavidez; la elegancia de mi vuelo; mis alas que embisten a la tormenta y mi soledad heroica cuando, posado en la más alta cima, veo el discurrir de los hombres en el bajo y el desfile de los astros en el cielo. Miradme y decidme si en mí no palpita el numen de América, y algo así como la encarnación de su alma infinita y honda...

«Y yo os digo, pueblos neolatinos, que levantéis los ojos y el espíritu hasta mí y escuchéis mis palabras. No os hablaré con las voces de gesta que oyeron las razas primitivas, las generaciones fundadoras, los ejércitos de la libertad. La canción épica que enseñé a San Martín ha callado en mi garganta. Mi voz tendrá acentos de academia, de tribuna, y tal vez de plaza pública caldeada por las pasiones grandes y menores de la multitud.

«Y bien; yo os digo que nuestras palpitaciones territoriales deben comulgar en el gran amor de América, y empalmar en la más hermosa armonía vuestros problemas materiales y morales.

«Fomentad el intercambio de ideas y productos; de emociones e informaciones; de hombres determinativos: escritores, estadistas, poetas, creadores de industrias, altos profesores y huestes de juventud estudiosa y pueblo obrero.

«Tended al mayor conocimiento y a la buena amistad y haced que sean una sola religión de amor, un amplio solar común las patrias que España fundara en las tierras descubiertas por aquel navegante que dirigía sus tres carabelas inspirado por Dios...

«Y haced que este canje moral sea una profesión de fe, una política creadora y una didáctica en cada pueblo del continente.

«Es necesario que las naciones indoespañolas, sin perder las llaves del hogar propio, abran sus puertas a las corrientes fraternales que vienen de allende las fronteras, ya que una misma es la sangre y el idioma, únicos los orígenes y una sola la cumbre de perfección humana a donde van todos los caminos.

«Mientras los pueblos que hablan la lengua de Castilla en ambas vertientes de los Andes, a la sombra de los grandes bosques, a lo largo de los ríos caudalosos, en la llanura vasta y en el hondo valle no se adentren pacíficamente los unos en los otros, sin más pasaportes que la hidalguía y la hospitalidad, que fueron siempre las virtudes de la raza, será un mito la armonía internacional, y una ficción la unidad de la familia americana.»

El cóndor calló un momento; y después de mirar en torno, de otear los primeros astros que asomaban en el cielo, continuó:

II

Yo, desde la altura en que vivo, miro a los cuatro horizontes, y sin hacer un balance de las fuerzas vivas que mueven a cada país, y de los ideales que las impulsan hacia arriba, os diré que los pueblos de América están más vinculados a la Europa milenaria que a los convecinos y hermanos.

«Europeos, o mejor dicho extraamericanos, son los capitales y la técnica que empujan vuestras industrias, catean vuestras minas y vanse río arriba en procura de nuevas conquistas.

«Europeos son los libros y profesores — malos y buenos — que gracias a un reclame, hecho con tacto y diligencia, relampaguean en vuestro ambiente y pasan...

«Extraamericanos son los métodos, el arte, la política, la didáctica, los intereses, las pasiones, los hombres y mujeres que encuentran eco y amplia resonancia en los grandes rotativos y sobresaturan la curiosidad pública.

«Pero ¿sabéis de los dolores, de los ensueños, de los problemas materiales y espirituales del drama y del poema de vuestros hermanos de allende la línea fronteriza?

«Poco o casi nada. En cambio yo todo lo veo y lo sé sin descender de mi altura solitaria, de mi imperio azul y luminoso.

«No es que mi orgullo indígena me haga adverso al arte, a la técnica, al oro y al músculo del viejo mundo, sino que sueño que dejéis cuanto antes de ser las naciones tributarias, obligadas a aceptarlo y obedecerlo todo, sin derecho al examen y a la compulsa, por aquello de que las tribus han de cumplir el mandato de sus patriarcas.

«Yo no os formulo un ideal exclusivista ni un plan de aislamiento y rompimiento con la Europa que ya se encorva bajo la carga de su hierro homicida y de sus dogmas. De ninguna manera. Sólo os pido entre vosotros mayor ecuanimidad, más justicia; y una atención y una noble inquietud por todo lo que atañe a vuestros hermanos, que también tienen sus obras, sus ideas, sus problemas, su arte y su ciencia; en una palabra, su ritmo americano que, os lo preanuncio, dará la pauta de la humanidad futura.

«Y es necesario que viváis la vida profunda y fecunda dentro de este ritmo, que yo lo siento en el empuje de mis alas, en las curvas amplias de mi vuelo, en la fuerza de mi garra y de mi pico, en la luz de mis pupilas y en el diástoles de mi corazón.

«Sembrad en vuestro surco la buena simiente de que habla el Evangelio, y nunca las anémonas amargas que envenenan y matan. Y regad los campos con el sudor de vuestro esfuerzo, y si queréis con lágrimas felices, pero jamás con la negra sangre de las batallas.

«Sois la esperanza, el último refugio de la humanidad; y el dulce prado a donde vendrán, huyendo de Caín, las blancas ovejas de Abel...»

Nuevos astros aparecían en el firmamento; y el ave heráldica prosiguió:

«Y no hay en esta profesión de fe idealista una actitud beligerante ni menos una postura vanidosa. Sólo os pido que sembréis y cosechéis lo vuestro; que llenéis con vendimia propia las trojes para la raza misma y para todos los pueblos del mundo, por aquello que dijera un gran hermano mío: «La América para la humanidad».

«Interpretad mis palabras: amor, bello y fuerte amor necesitáis para comprenderos, y no asambleas de notables que a nada llegan; ni ministros ceremoniosos y brillantes que nada saben del corazón del pueblo; ni acorazados ni cañones que matan.

«En vez de todo eso, que viajen entre vosotros las ideas y productos, las aspiraciones de paz y de cultura; y las grandes almas que están creando una vida mejor en el surco, en la fábrica, en la cátedra, en la biblioteca, en los talleres, estudios y laboratorios.

«Pueblos hermanos: abrid vuestros brazos en la actitud de la fusión cordial pa a que al fin yo pueda contemplar la nueva epopeya de América, el nuevo paso de los Andes y de los grandes ríos por huestes que vayan cantando himnos de trabajo y lleven en una mano la oliva de paz y en la otra la lámpara del amor.»

III

La voz del cóndor calló; pero el eco prolongó su resonancia a través de los campos y de las sierras, que ya la prima noche cubría de sombras. Y en medio de la noche aquella voz, no sólo resonaba sino alumbraba también, como la voz de Dios en las cumbres del Sinaí.

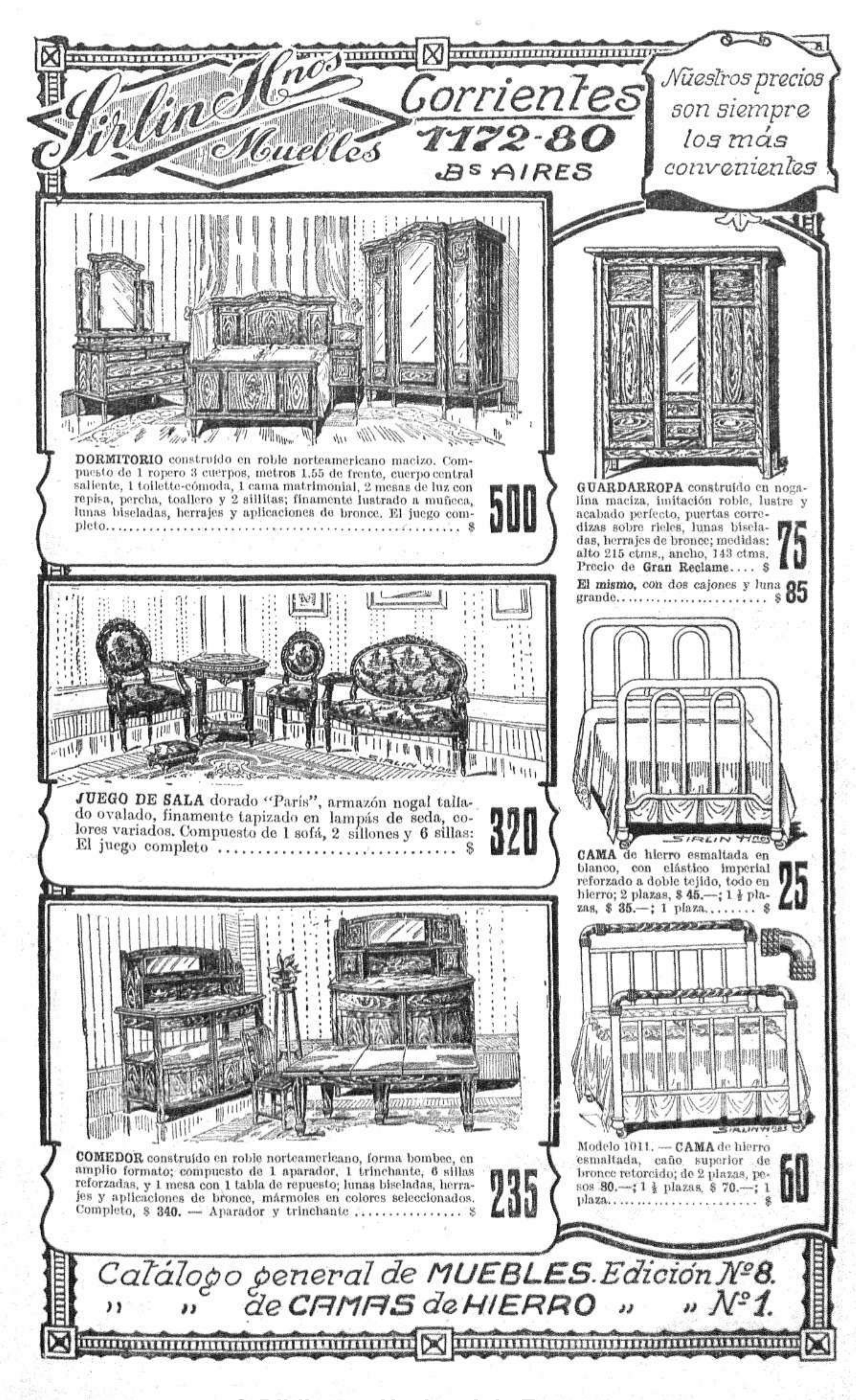
CÉSAR CARRIZO

DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA.



De Carmen de las Flores

Miembros de la comisión directiva y subcomisión de fiestas del Centro Popular Las Flores a quienes débese el prestigio alcanzado *por esta entidad, cuyo primer aniversario fué celebrado recientemente.*



Sirlin Hnos
Muebles
Corrientes
1172-80
Bs AIRES
Nuestros precios son siempre los más convenientes
DORMITORIO construído en roble norteamericano macizo. Compuesto de 1 ropero 3 cuerpos, metros 1.55 de frente, cuerpo central saliente, 1 toilette-cómoda, 1 cama matrimonial, 2 mesas de luz con repisa, percha, toallero y 2 sillitas; finamente lustrado a muñeca, lunas biseladas, herrajes y aplicaciones de bronce. El juego completo.. $ 500
GUARDARROPA construído en nogalina maciza, imitación roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, lunas biseladas, herrajes de bronce; medidas: alto 215 ctms., ancho, 143 ctms. Precio de Gran Reclame.... $ 75
El mismo, con dos cajones y luna grande.......................... $ 85
JUEGO DE SALA dorado "París", armazón nogal tallado ovalado, finamente tapizado en lampás de seda, colores variados. Compuesto de 1 sofá, 2 sillones y 6 sillas: El juego completo .... $ 320
SIRLIN HNOS
CAMA de hierro esmaltada en blanco, con elástico imperial reforzado a doble tejido, todo en hierro; 2 plazas, $ 45.—; 1 ½ plazas, $ 35.—; 1 plaza........ $ 25
COMEDOR construído en roble norteamericano, forma bombee, en amplio formato; compuesto de 1 aparador, 1 trinchante, 6 sillas reforzadas, y 1 mesa con 1 tabla de repuesto; lunas biseladas, herrajes y aplicaciones de bronce, mármoles en colores seleccionados. Completo, $ 340. — Aparador y trinchante .... $ 235
Modelo 1011. — CAMA de hierro esmaltada, caño superior de bronce retorcido; de 2 plazas, pesos 80.—; 1 ½ plazas, $ 70.—; 1 plaza........................ $ 60
Catálogo general de MUEBLES. Edición Nº 8.
" " de CAMAS de HIERRO " " Nº 1.



XEREZ-QUINA RUIZ

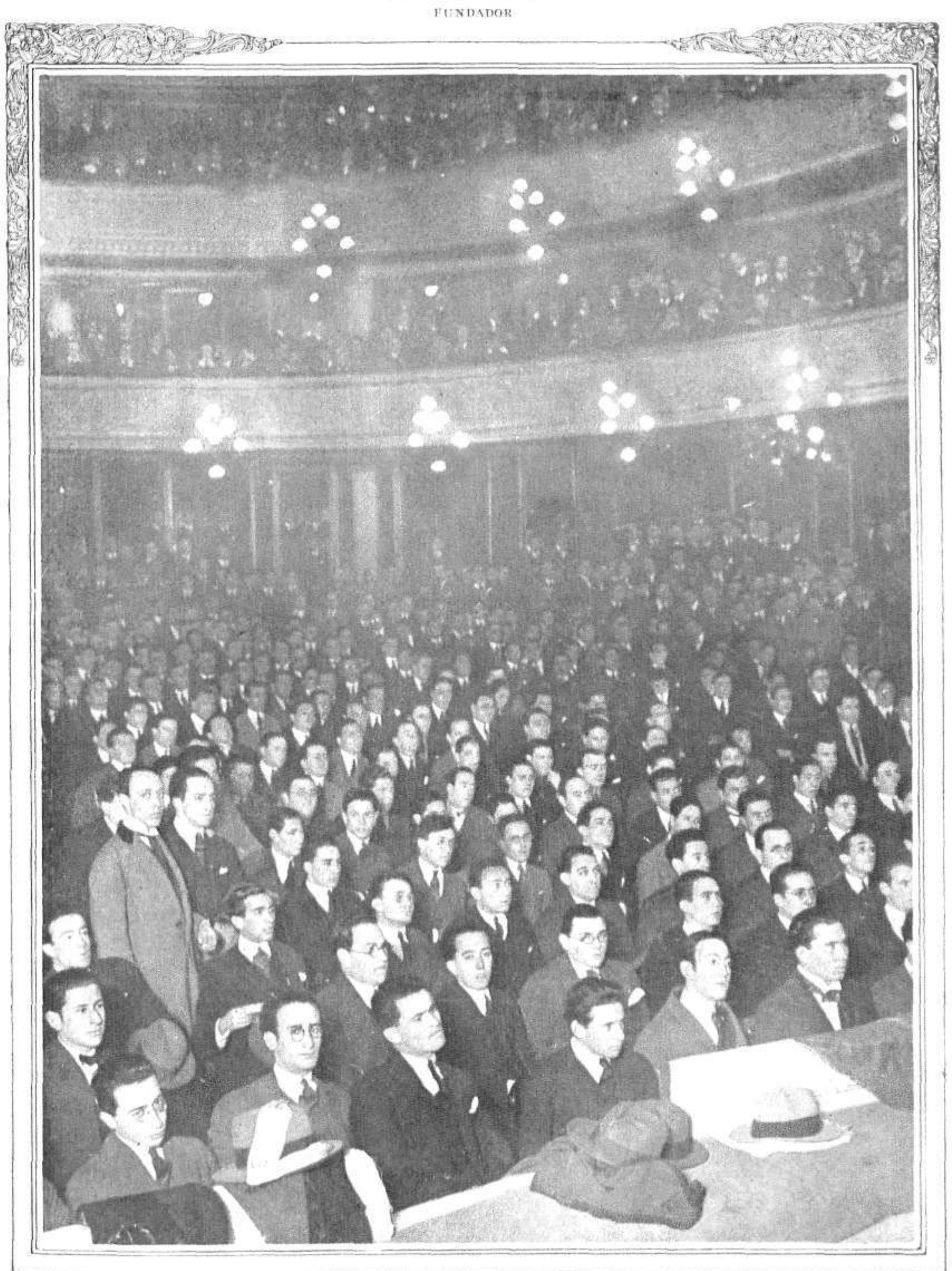
Vino generoso, tónico, estomacal y estimulante compuesto con base de buen Jerez y quina absolutamente pura.

Su notoria suavidad lo hace muy agradable a las señoras antes de las comidas, y con el agregado de un poco de agua o soda es un excelente tónico aperitivo para los niños.

BUENOS AIRES, 7 DE JULIO DE 1923

AÑO XXVI CARAS Y CARETAS N.° 1292

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



EL CONFLICTO EN LA FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS

ENTUSIASTA ASAMBLEA DEL CÍRCULO MÉDICO Y ESTUDIANTES DE MEDICINA

Aspecto que presentaba la sala del teatro de la Opera, totalmente ocupada por los estudiantes, durante la reunión convocada a fin de resolver la actitud frente a la situación porque atraviesa dicha Facultad debido a la renuncia del decano y de los miembros del Consejo Directivo. En las resoluciones que se tomaron en la importante asamblea se abogó por el mantenimiento pleno de la autonomía universitaria, dándose un voto de adhesión a los renunciantes.

FOTO DE BELL.

CARACTERIZADOS PERSONAJES PERTENECIENTES A LAS ALTAS ESFERAS OFICIALES Y A LA CULTA SOCIEDAD QUE CONCURRIERON AL SUNTUOSO BANQUETE OFRECIDO POR NUESTRA LEGACIÓN PARA CONMEMORAR LAS FIESTAS PATRIAS.

"CARAS Y CARETAS"

EL ANIVERSARIO ARGENTINO BRILLAN

LA OBRA DE ACERCAMIENTO QUE REALIZA
ACOGIDA EN LA SOCIEDAD Y



NUESTRO REPRESENTANTE PRESIDIENDO LA VELADA EN LA ACADEMIA MERCEDARIA EN QUE SE PRONUNCIARON DISCURSOS Y SE RECITARON POESÍAS POR LOS ESTUDIANTES, DESARROLLÁNDOSE UN PROGRAMA EN EXTREMO SIGNIFICATIVO POR SU FRATERNIDAD PERUANO-ARGENTINA.



EL SEÑOR LEVILLIER PRONUNCIANDO SU DISCURSO EN LA ACADEMIA MERCEDARIA.



EL DIPLOMÁTICO ARGENTINO RODEADO DE DISTINGUIDAS PERSONAS A LA PUERTA DEL MUSEO BOLIVARIANO, DONDE SE INAUGURÓ LA SALA SAN MARTÍN, CONCURRIENDO EL MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES, SEÑOR SALOMÓN, Y PERSONALIDADES DEL MUNDO OFICIAL Y POLÍTICO.

ASPECTO DEL AMPLIO SALÓN DEL CLUB DE TENNIS DONDE SE LLEVÓ A CABO UN ESPLÉNDIDO BAILE DEDICADO POR DESTACADAS FAMILIAS LIMEÑAS EN HONOR DEL MINISTRO SEÑOR LEVILLIER, FIESTA QUE CONSTITUYÓ UN ACONTECIMIENTO.

EN EL PERU

TEMENTE CELEBRADO EN LIMA

EL MINISTRO LEVILLIER OBTIENE AMPLIA EN EL PUEBLO PERUANOS



GRUPO DE DAMAS QUE FUERON INVITADAS A LA RECEPCIÓN OFICIAL CELEBRADA EN LA LEGACIÓN.



SEÑORAS Y CABALLEROS QUE DIERON REALCE A LA HERMOSA FIESTA DEL CLUB DEL TENNIS DADA EN OBSEQUIO DE NUESTRA REPRESENTACIÓN OFICIAL.



OTRO ASPECTO DE LA SELECTA CONCURRENCIA AL BAILE, EN QUE APARECE EL SEÑOR LEVILLIER RODEADO POR UN NÚCLEO DE CONOCIDAS PERSONAS.

Fotos enviadas especialmente para CARAS Y CARETAS.

CARAS y CARETAS en los MINISTERIOS

CON el MINISTRO de GUERRA

Coronel Agustín P. Justo



El Ministro de Guerra

Se me pregunta que es lo que necesita el ejército y yo digo: ante todo el cariño de su pueblo. Otórgueselo amplio, sincero, sin restricciones, y los representantes y gobernantes que él se ha dado dictarán y ejecutarán las leyes que exige su desenvolvimiento y le proporcionarán los elementos y la pericia que necesita para ser, en el presente y en el futuro, lo que ha sido siempre. ejecutor abnegado de la voluntad nacional, sin otro interés propio que el de ser el primero en el sacrificio.

Si el cerebro y el músculo han de hacer, en la comunión del trabajo, tierra de promisión de la tierra de los argentinos, ello habrá de verificarse al amparo del orden y de la libertad interna que el ejército protege, y bajo la égida de la paz, que sólo se asegura cuando los que pueden tener interés en alterarla saben que junto con la voluntad inquebrantable de respetar y de ser respetado, existe plena capacidad para efectuarlo.

Inspírese así nuestro pueblo, y su ejército será el hogar común de nuestra juventud, su más alta escuela de civismo y de argentinidad y, con ello, el mejor sostén de la paz.

Coronel Agustín P. Justo

Buenos Aires, mayo de 1923.

El ejército de una democracia y, sobre todo, de una democracia americana, es muy difícil de definir. Su rol es exclusivamente defensivo... Más bien que un ejército es, pues, el plantel, el cuadro que dirigirá la defensa de la nación en caso de ataque exterior. Un ministro es, entonces, el rector espiritual y el técnico que posee la dirección y la preparación del hombre a uno de esos instintos naturales de protección. Ese maestro y previsor al mismo tiempo es hoy un joven militar que une a la preparación racional de su destino un espíritu de noble sacrificio y al par que un patriótico entusiasmo vital.

Maestro de varias generaciones de oficiales, el coronel Agustín P. Justo, ex director del Colegio Militar, ha venido por tanto mérito justificado al ministerio de su ramo. Su persona física, robusta y feliz, su elocuencia cálida y afectuosa, seducen al redactor.

— CARAS Y CARETAS — le digo — ofrece al señor ministro una de sus páginas para que exprese la necesidad más inmediata del ejército y de la que deseara obtener una satisfacción sea ya del país o del Congreso.

— La paz de América está asegurada — responde el coronel Justo. — Nuestras relaciones con los países vecinos son fraternales, y no aspirando a ninguna hegemonía, el ejército argentino desenvuelve normalmente sus órganos de defensa, siguiendo la indicación de los técnicos. Son a veces éstos los que en la modernización de los armamentos exigen una ayuda financiera mayor. Es la única carga que pudiera parecer pesada si no fuera necesaria dentro de la definición misma de la defensa nacional. Y, por otra parte, estamos contestes en la economía de hombres que se realiza en el resguardo de las fronteras poseyendo un buen material. En este punto está puesta, pues, toda la aspiración de un ministro moderno.

— ¿Quiere usted, coronel, darme un autógrafo donde responda a la pregunta?

El coronel Justo no titubea. Con redacción elegante responde a mi solicitud. Su espíritu latino está lleno de bondad y de sol. La página que me entrega busca con la precisión de una abeja ática la gota de néctar y va hasta el corazón de la juventud que es carne y espíritu al mismo tiempo de ese ejército que ha de hacer, como dice el coronel Justo, la égida al amparo de la que se ha de hacer «tierra de promisión de la tierra de los argentinos».

BALTASAR

CARAS y CARETAS en los MINISTERIOS

Con el Ministro de Marina

Almirante M. Domecq García

DE LAON



El Ministro de Marina

Si anhelamos que las cualidades morales de la juventud sean inspiradas en la lectura de las notables obras de Smiles, cuya importancia comprendió el ilustre general Mitre al ofrecernos su versión al castellano, del mismo modo, si anhelamos ver a nuestro país encaminado hacia sus grandes destinos, es indispensable que estadistas y gobernantes tengan siempre presente la obra del capitán Mahan titulada «La influencia del poder naval en la historia», en la cual está claramente demostrado que toda nación de gran potencialidad económica, como es la nuestra, necesita del apoyo de una marina que le asegure su desarrollo.

M. Domecq García

Buenos Aires, junio 1.º de 1923.

La marina tuvo en otra época grandes velas blancas y los mascarones de proa eran dorados. En los castillos del barco iba un grumete joven mirando las estrellas para orientarse en la noche. El mar conservaba misterios que venían de las religiones panteístas, sirenas y leyendas como la de Xerjes, que castigó al mar encrespado con un látigo y luego vertió sobre sus olas aceite para apaciguarlo.

Las marinas de hoy son otras. El barco de acero es la fortaleza que avanza grave sobre el mar de la ancha espalda, que no tiene misterio y que no infunde temores. Los «dreadnoughts» no poseen la elegancia, a pesar de sus níqueles y sus aparatosas arquitecturas, de las fragatas de las escuadras que sucumbieron en Trafalgar. No. Pero el almirante M. Domecq García, sobre el casco de acero que cumple una dura misión de seguridad, recorriendo las extensas costas argentinas, ha sabido dar a la oficialidad de nuestra marina, que lo comanda, ese no sé qué de romántico y entusiasta que distinguía a los varones de las marinas históricas. Ha inflado el velamen con su patriotismo. Ha dorado de nuevo el mascarón de proa con su hidalguía.

— Este ministerio — me dice al requerirle uno de sus proyectos — trabaja en el silencio. Es una misión de paciencia y responsabilidad. No tiene nada de político. Cumple su programa velando por el estado del material. Las fuerzas navales y su tripulación son dignas de su cometido. La salud moral de sus hombres, encomiable. Es un ejemplo de honestidad que me es grato reconocer en mi calidad de jefe, y mi honor más alto está en ser uno más de entre tantos. — El almirante Domecq García dicta a su secretario el autógrafo que reproducimos, y se siente en la voz del militar la cuerda de su patriotismo que vibra, sincero, trasparente, nítido.

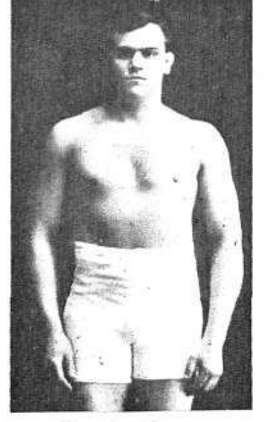
ITALIA



ROMA. — El Honorable Mussolini en la inauguración del Congreso Internacional Femenino entre las personas que lo presidieron.



El alcalde de Fiume y otros personajes ante la tumba del soldado desconocido durante el patriótico homenaje que se le rindió.



Van der Veer.



MILAN. — Un culminante momento en el match Spalla-Van der Veer, que dió la victoria al primero, proclámandole campeón de todos los pesos en Italia.



Erminio Spalla.

FRANCIA



El presidente de la república, M. Millerand, y su comitiva oficial en la tribuna del Palacio del Rhin pocos momentos después de llegar a Estrasburgo.



Recepción popular dedicada en honor del presidente de la república francesa a su paso por la plaza principal de la ciudad de Than



La delegación de garibaldinos llegados a París para visitar la tumba del soldado desconocido desfilando bajo el Arco del Triunfo.

DEL EXTRANJERO

BRASIL



Personalidades que asistieron al gran banquete ofrecido por el ministro de Relaciones Exteriores al embajador argentino señor Mora y Araujo, nota diplomática de cordialidad y acercamiento en extremo simpática.

ESPAÑA



Regulares de Caballería de Ceuta desfilando después de la ceremonia de la entrega de la bandera a su regimiento.



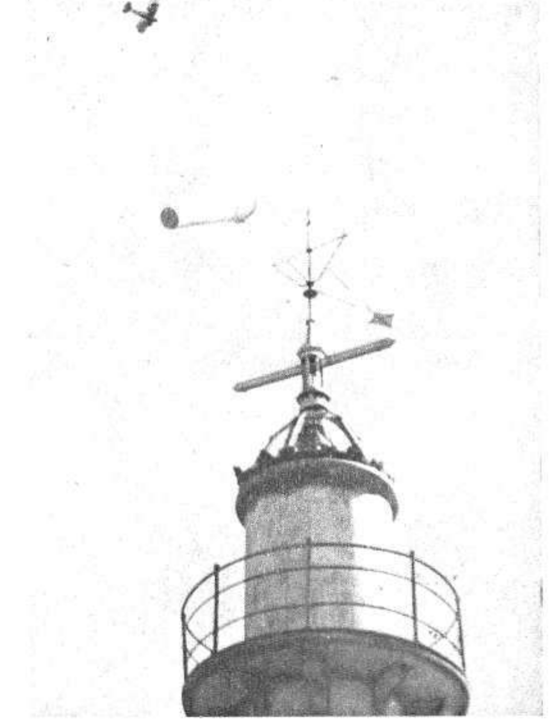
El teniente coronel jefe de los Regulares de Ceuta dando las gracias al rey por la concesión de la bandera.



Los famosos aviadores Gago Coutinho y Sacadura Cabral a su llegada a Madrid, donde fueron recibidos por el ministro de Portugal en España y otros personajes.



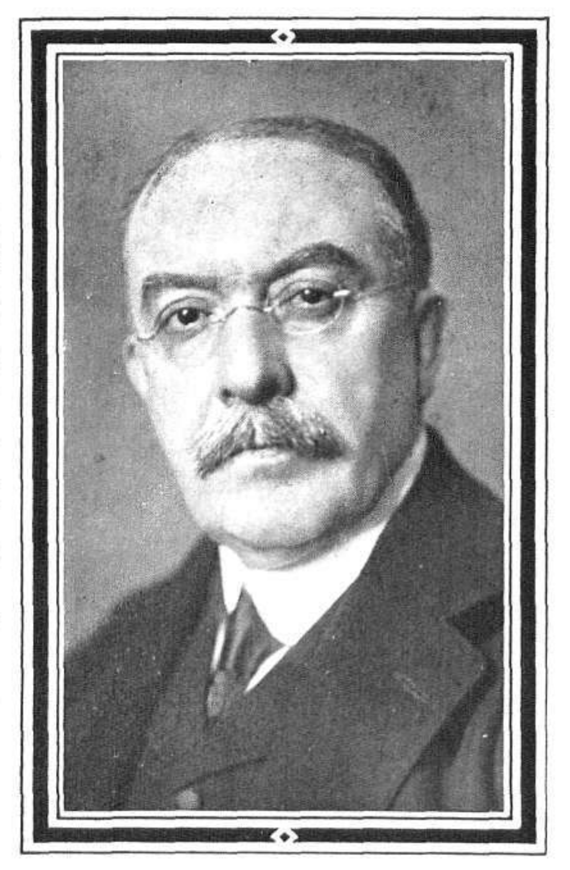
Preparando el aeroplano para continuar el viaje a París, luego de haber empleado tres horas y media en el trayecto desde Lisboa.



El aparato "Latecoère", que conduce a los intrépidos pilotos, visto evolucionando desde la torre de observación del aeródromo de Cuatro Vientos.

FOTOS DE NUESTROS CORRESPONSALES.

Doctor ELEODORO LOBOS



Como si no quisiese dar descanso al sentimiento nacional, la muerte se ha llevado a otro argentino eminente: el doctor Eleodoro Lobos. Cuando se escriba la historia del progreso material de la república en los últimos treinta años, la personalidad del doctor Lobos se destacará en toda su grandeza. Perteneciente a esa clase de hombres superiores que los ingleses llaman «hombres que se han hecho a sí mismos», el doctor Lobos tuvo como aspiración fundamental de su vida prepararse para trabajar lo más eficazmente posible en bien del progreso nacional.

Argentino hasta la médula de los huesos, no concebía la vida del buen ciudadano sino en función del bien que podía hacer a su patria; y cuando fué al gobierno, no tuvo otro programa de trabajo — y era un trabajador infatigable — que ése. La visión de la grandeza del país, del porvenir brillante que le estaba reservado, no se apartaba jamás de su noble espíritu, y toda su conducta como hombre público y como ciudadano, fué siempre fiel a ese ideal patriótico y cultural. Su muerte puede, pues, y con sobrado motivo, ser considerada como un duelo de carácter nacional.

LA TERNA ARZOBISPAL

OBISPOS ELEGIDOS POR EL SENADO PARA CONSTITUIRLA



Monseñor Miguel De Andrea

OBISPO TITULAR DE TEMNOS, QUE OBTUVO EL PRIMER TÉRMINO DE LA TERNA, CON 11 VOTOS, PARA LA ELECCIÓN DE ARZOBISPO.



Monseñor Francisco Alberti

OBISPO TITULAR DE LA DIÓCESIS DE LA PLATA, QUE FUÉ ELEGIDO POR 14 VOTOS PARA EL SEGUNDO TÉRMINO DE LA TERNA.



Monseñor Abel Bazán y Bustos

OBISPO TITULAR DE LA DIÓCESIS DE PARANÁ, A QUIEN LOS 9 VOTOS DE LOS SENADORES COLOCARON EN EL TERCER LUGAR.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

DOCTOR ANTONIO MORA Y ARAUJO

POR SIRIO

Como el Brasil es tan gentil,
siempre agasaja a este señor
que es el primer embajador
de la Argentina en el Brasil.



SENCILLO TAPADO CON AMPLIAS MANGAS, CUELLO BLANCO DE SEDA Y SIMPLES ADORNOS DE «SOUTACHE».

ELEGANTE TAPADO CON NOVEDOSAS APLICACIONES EN EL CUELLO, EN LAS MANGAS Y EN LOS COSTADOS.

ATRACTIVO VESTIDO BELLAMENTE BORDADO, AL QUE COMPLETA EL TAPADO CON BOCAMANGAS, CUELLO Y BAJOS DE PIEL.

ORIGINAL TAPADO, RECOGIDO CON GRAN BROCHE AL COSTADO, LUCIDO, COMO LOS ANTERIORES, EN LAS CARRERAS DE AUTEUIL.

FOTOS ENVIADAS POR NUESTRO CORRESPONSAL EN PARÍS.



HOMBRES CÉLEBRES

DANTE

Dante Alighieri nació en la ciudad de Florencia en 1265, tal vez el día 30 de mayo. Todo el mundo le admira bajo el nombre de Dante. Pertenecía a una aristocrática familia florentina.

Huérfano de padre desde chiquito, su cariñosa mamita se cuidó de que el muchacho aprovechase aquel gran talento que tenía. Le buscó un magnífico profesor, el célebre Brunetto Latini, quien supo enseñarle muchísimas cosas útiles y amenas.

Créese que Dante estudió luego en una universidad, tal vez en la de Bolonia. Era muy joven cuando ya dominaba las lenguas clásicas, la jurisprudencia y la teología.

Hay hombres muy sabios a quienes estorba la sabiduría, pues se vuelven pedantes y dejan de ser artistas. Dante conocía el latín a la perfección, pero le gustaba más la lengua corriente, la que hablaba el pueblo, el idioma italiano. Por eso escribió en italiano, demostrando que ese idioma

es tan hermoso como el latín y que con él se pueden transmitir a los hombres las verdades y las bellezas más sublimes. Dante es, por lo tanto, el padre de la lengua italiana. Aprende, niño, a tener amor y respeto al habla que te legaron tus ascendientes.

Dante, cuyo rostro parece el de un hombre severísimo y frío, tuvo un corazón lleno de amor hacia su patria y sus semejantes. Prueba de esto es el cariño que siempre tuvo a Beatriz, hija de Folco Portinari, de la cual se enamoró cuando él era muy joven. En honor de Beatriz compuso el libro «Vida Nueva», obra poética de inapreciable valor.



En aquellos tiempos Italia estaba dividida en pedazos; los italianos no habían conseguido su sueño patriótico de la unidad. Y dentro de estas divisiones, una gran división política separaba más a los italianos.

En Florencia, como en las demás ciudades, luchaban dos partidos: los güelfos, partidarios del Papa, y los gibelinos, sostenedores del poder imperial que quería adueñarse de la península.

La familia Alighieri estaba afiliada al partido güelfo, y Dante fué una de las figuras más eminentes de la causa güelfa en Florencia.

Beatriz, que se había casado con otro, murió en 1291. Dante se casó y tuvo cinco hijos; pero siempre recordaba a su amada, que fué para él la personificación de la belleza y de la bondad.

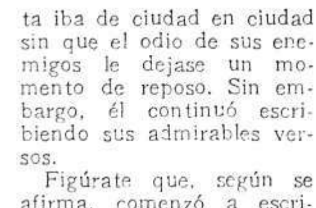
En 1300 los güelfos lo eligieron prior de Florencia, demostrando mucha moderación. Hacía justicia sin distinguir entre amigos y enemigos y buscaba pacificar su ciudad natal.

Un año después, al triunfar sus adversarios, se le desterró primeramente y luego le condenaron a muerte. Sus enemigos le acusaron de ladrón, y aunque nada pudieron probar, él vióse precisado a huir. Su casa fué incendiada; pero su esposa y sus hijos continuaron viviendo en Florencia.

Desde entonces el genial poeta anduvo errante de ciudad en ciudad, alejado de su familia y de su tierra natal.

Afortunadamente encontró amigos y admiradores que le auxiliaron.

En 1310 el emperador Enrique VII le prometió levantarle el destierro, cosa que no se realizó, pues poco después moría el soberano. El infortunado poe-



ta iba de ciudad en ciudad sin que el odio de sus enemigos le dejase un momento de reposo. Sin embargo, él continuó escribiendo sus admirables versos.

Figúrate que, según se afirma, comenzó a escribir en 1289 su obra maestra, «La Divina Comedia», libro inmortal que terminó poco tiempo antes de morir en 1321.

Por fin, en 1319 encontró hospitalidad segura en el palacio de Guido Novello de Polenta, señor de la ciudad de Ravena. En aquella casa pudo Dante poner término a «La Divina Comedia».

En el verano de 1321 fué a Venecia encargado de una misión diplomática. Allí enfermóse y le trajeron a Ravena donde murió el día 14 de septiembre. Está enterrado en la capilla de la Virgen de la iglesia de San Francisco. Se le han erigido muchas estatuas.

La rabia de sus enemigos, a quienes había metido en el «Infierno» de su «Divina Comedia», le persiguió después de la muerte. Hubo hasta quien quiso desenterrar sus restos y quemarlos, sosteniendo que era un hereje.

Por lo que vas viendo en estas biografías comprenderás que no resulta muy cómodo ser hombre célebre. La injusticia, la miseria, la cárcel y toda especie de peligros amenazan constantemente al genio. Hay personas ruines y llenas de envidia que se complacen en no reconocer el talento y en perseguirle.

Yo no sé, lectorcito, si entre nosotros vive actualmente algún hombre de genio. Eso lo dirá la posteridad. Pero, por si acaso, respeta siempre a los hombres que valen y no pongas piedras en su camino. Porque si duro es alcanzar la gloria padeciendo infortunios, más ingrato es figurar en la historia como verdugo o perseguidor de los grandes hombres.

La fama de Dante es universal.

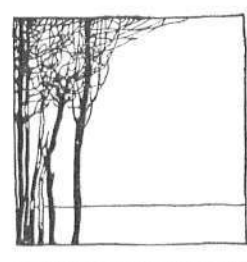
Actualmente se le considera como el más grande poeta del mundo. Sus admiradores escriben libros y libros para comentar el maravilloso poema, interpretando los pasajes oscuros y alabando sus excelencias.

Cuando seas mayor, lee «La Divina Comedia» en el original. Vale el trabajo de hacerlo. Sus tercetos conmueven y deleitan a todos los hombres que tengan corazón y fantasía.

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA

Gideón, mago y detective



Gideón, el negro viejo, iba por el camino en su desvencijado carricoche del que tiraba una pobre mulita gris; y el espectáculo que ofrecía hubiese ido muy bien en la escena o en el cinematógrafo. Tan grande era la desproporción entre el pasajero y su vehículo que parecía que el equilibrio iba a romperse y que Gideón se inclinaría hacia atrás haciendo que la bestiezuela quedase pendiente de las lanzas y en el aire. El vestido de Gideón no era menos raro que su equipo, pues llevaba un levitón negro de clérigo protestante, cuyas faldas se agitaban ridículamente con el aire, en el angosto pescante, arrastrándose casi en el polvo del camino. Llevaba en la cabeza una especie de chistera y colgábanle de las orejas dos brillantes argollas, dándole una apariencia de viejo cacique congolés que hubiese devorado a un misionero, vistiéndose después con sus ropas rituales.

En el mismo cinematógrafo Gideón hubiese sido un carácter. A veces predicaba doctoralmente, verboso como era; otras conjuraba de manera que antojábase misteriosa, pero lo cierto del caso consistía en que donde quiera que iba el negro, a quien alimentaban los cuervos, según se creía, reuníanse las gentes formando turba para oírle y contemplarle.

Extraordinarias y contradictorias cosas se decían de Gideón. Si, de acuerdo con lo que decían los negros, era un conjurador y un adivino, de acuerdo con lo que los blancos manifestaban era un farsante, un artista de la ilusión...

Mas, cualquiera que fuese la fuente de su poder, el negro había sido llamado varias veces para servir a la policía de la ciudad. De vez en cuando Gideón desaparecía durante algún tiempo y le pasaban otras tantas cosas extraordinarias. Pero en el momento que nos ocupa, a despecho del mal camino y del calor sofocante, de la levita y del sombrero de pelo, Gideón no sudaba siquiera. Había quienes pensaban que el negro estuvo en el infierno por un largo tiempo y que por ello estaba aclimatado a los calores semitropicales de las llanuras de la Carolina del Sur; pero donde quiera que hubiese estado y cualesquiera cosas que hubiese visto en su larga y misteriosa vida, estaba a la sazón comprometido en una empresa muy acorde con su temperamento. Gideón staba en camino de investigar los actos de un fantasma o espanto que arrojaba piedras a las gentes.

La actividad sin precedentes del fantasma extraordinario había extendido la alarma y el miedo por todo el vecindario, y operaba en ese momento, desde hacía varias noches, en la antigua casa de la familia Petigro. Las señoritas Cintia y Bety Petigro, hermanitas que vivían allí, estaban aterradas. Cada noche a eso de las diez les tiraba el fantasma varias piedras contra los vidrios de las ventanas del salón de recibo donde acostumbraban a entonar himnos religiosos. Y en la noche a que nos referimos particularmente, el lanzamiento de las piedras había comenzado, con el respectivo pánico de las chicas, quienes, suspendiendo sus oraciones musicales, salieron pidiendo auxilio, antes de cuya llegada cayó otra piedra en los cristales de la alcoba. Los negros campesinos de los alrededores y los sirvientes de la residencia acudieron tan pronto como les fué posible a prestar el auxilio pedido por las damas, y mientras los unos buscaban por todos los rincones de la mansión y los otros registraban los vericuetos exteriores, como arrojada desde los aires por una mano invisible, cayó otra piedra. Esta vez en el comedor, rompiendo los cristales y rodando luego por el suelo.

Aquella noche fué, por tanto, una noche de terror para las señoritas Petigro, para los criados y para los campesinos que habían acudido a socorrerlas. Ada, la camarera, que dormía en la habitación vecina a sus amas, aterrada como nadie, sufrió un ataque de histerismo que agravó la situación de la casa de las señoritas Petigro.

Mas otras y otras noches de espanto siguieron, durante dos de las cuales un magistrado y dos alguaciles contemplaron la caídas de las piedras arrojadas por manos invisibles a intervalos, con el consiguiente rompimiento de cristales.

Detrás de todos los citados acontecimientos había una leyenda basada sobre un hecho histórico, a saber: Antes de la Guerra Civil, el viejo capitán Petigro, muerto desde hacía años, había tenido muchos disgustos con un esclavo que llevaba el nombre sugestivo de Caín. Ese esclavo había atentado abiertamente contra la vida del capitán, huyendo luego y escondiéndose en los campos y pantanos de tal modo que se perdió la esperanza de encontrarlo.

Entonces, una noche, mientras el capitán leía junto a una ventana del salón, cayó una piedra rompiendo la vidriera e hiriendo la cabeza del antiguo soldado, quien, revólver en mano, corrió buscando al agresor, y al oír sus pasos y ver su silueta le hizo fuego. Era el fugitivo Caín.

—¡¡Yo lo maldigo, capitán, a usted y a sus descendientes hasta la quinta generación!! ¡Gloria! ¡Aleluya! ¡¡Amén!!

Así dicen que fueron las últimas palabras del fugitivo Caín.

Gideón iba pensando en todo ello a lo largo de su camino. De vez en cuando le hablaba a la mulita, sin insultarla, diciéndole: «¡Vamos! ¡Vamos! ¡Dalila!»

Mucho antes de llegar a las plantaciones de la familia Petigro comenzó a encontrarse con grupos de gente de color que volvían a sus chozas; y a la caída del sol vió de lejos la casa hacia donde lo llevaba su misión, y distinguió a un grupo de blancos en el patio delantero. En extraño contraste con el misterio que reunía a aquella gente, una muchacha negra recogía flores en el jardín lateral,

las que servirían sin duda para adornar la mesa del comedor esa misma noche, pues las Petigro no negaban su hospitalidad ni en sus noches de terror.

A través de los árboles el viejo Gideón se acercaba a la mansión, en la cual distinguió los vidrios rotos que le daban un aspecto desastroso y triste.

Su llegada llamó mucho la atención de los negros, y uno de ellos vino hacia Gideón, ayudándolo a apearse y llevando luego la sagrada mula al corral. Una negra gritó: «¡El Liberador ha venido!», lo que hizo sonreír a alguien, aunque no de corazón. Un hombre blanco, que no era otro que el magistrado jefe de los alguaciles, saludó al recién llegado familiarmente; y cuando guiado por la antigua Celia, la cocinera, fué presentado a las señoritas Petigro, que se encontraban en el salón con varias visitas, Cintia le dijo:

— ¡Bien, Gideón! Usted ha querido visitarnos en nuestro percance.

Gideón hizo una venia, pues, como todo el mundo, respetaba a las señoritas Petigro, buenas almas las dos para negros y blancos.

— Vengo a prestarles mis servicios — respondió Gideón.

Fuera, bajo la ventana, una mujer entonó un canto.

«¡El Liberador! ¡El Liberador ha llegado!»



UNA BRISA FRÍA COSQUILLEABA EL CUELLO Y LA ESPALDA DE GIDEÓN.

Gideón, en efecto, llegaba a tomar parte en la campaña organizada para aquella noche por el magistrado, y se le incluiría entre los blancos que a la hora de las sombras irían a vigilar la casa encantada y misteriosa. A los negros se les ordenó partir y no volver hasta la mañana siguiente y bien de día, lo que obedecieron humildemente.

— Yo no quiero quedarme — dijo el viejo Ben, el jardinero.

Y cuando con Celia partieron los de color, se organizó el cordón vigilante. A poca distancia de la casa se formó una rueda en la que los hombres se tocaban casi de hombros, de modo que nadie entrando o saliendo podía esquivar la observación precisa. Al oír la caída de una piedra o el pito del magistrado, los hombres deberían acercarse más a la casa. Así quedaba, pues, combinada la vigilancia.

Las únicas personas a quienes se permitió permanecer en la casa fueron las dos hermanas Petigro y la camarera Ada, las cuales no podrían sentir miedo dado el número de defensores, según decía el magistrado, quien había predicho que nada pasaría esa noche, y que si pasaba alguien sería capturado. El acento orgulloso del magistrado daba la pauta de la suficiencia con que creía actuar.

Gideón estaba presente en el salón cuando el magistrado explicó sus seguridades a las señoritas, las que trataron de ser valerosas, aunque la noche llegaba y las luces se encendieron.

— ¡Naturalmente es ridículo hablar de fantasmas! — dijo la señorita Cintia.

Pero, justamente en esos momentos en que las hermanas se daban mutuamente valor, se oyeron ruidos extraños en la parte alta de la mansión, que hicieron estremecer a todos, inclusive al magistrado...

— ¡Esas son ratas! — afirmó Gideón.

El magistrado puso a Gideón en el jardín al lado de la casa, donde el negro se sentó sobre una caja de madera. Ante sus ojos se dibujaban muy vagamente las siluetas negras de los árboles. Una lámpara ardía allá en la casa y uno que otro rumor que percibíase se apagaba en el gran silencio expectante.

Era una de esas noches en las que la luz de las estrellas no penetra las neblinas que cubren nuestro planeta, una noche húmeda y velada en que parecía detenerse la brisa como una respiración miedosa, miedosa de algo inminente y terrible.

Sentado en su caja entre las tinieblas, Gideón

era una especie de estatua del Pensador. Cerca de allí, el desertor Caín había caído muerto, y detrás del jardín estaba el antiguo cementerio de los esclavos. De modo que si Caín se despertaba, tenía que pasar al lado de Gideón, o tal vez traspasándolo. Una brisa fría cosquilleaba el cuello y la espalda de Gideón. Disimuladamente, conteniéndose, tosió, pues sentía seca la garganta. A una cierta distancia tosió de igual manera alguien. Luego la sombra seguía envolviéndolo todo.

Mas a eso de la medianoche pasada se oyó claramente un ruido de cristales rotos que venía de la casa, seguido de gritos de sorpresa. Un momento de quietud de muerte, después el pito del magistrado. Formas obscuras surgieron de la tierra, golpeándola con gruesos bastones, y se oían pasos pesados. El viejo Gideón no dijo nada, permaneciendo sereno.

El magistrado, profundamente humillado, puesto que su cordón de guardianes no pudo capturar ningún fantasma, dijo al fin:

— ¡Mi Dios! ¡Me han vencido!

GIDEÓN se fué a la casa y encontró temblando de espanto a las dos viejas señoritas y desmayada a la camarera. Mas, encendida una lámpara, el negro misterioso preguntó:

— ¿Dónde cayó la piedra?

La señorita Cintia, con los ojos saltones, respondióle:

— Cayó por esta ventana. Casi mató a Ada, y debe estar por ahí en el suelo. Yo no la veo. Bety, Bety: ¿dónde están mis anteojos?

— ¿Han examinado ustedes esas piedras alguna vez? — preguntó Gideón. — ¿Se parecen a esas cosas de Dios que suelen caer del cielo? ¿Son calientes al caer?

Cintia fué a su escritorio y volvió con una caja de botas llena de piedras. Sus manos temblorosas no acertaban a abrir.

— Aquí están — dijo la pobre mujer. — Véalas. Mucha gente las ha visto, pero ello ¿qué importa? Bety: ¡creo que me estoy desvaneciendo! ¡No puedo sufrir esto otra noche! Yo no sabía que teníamos un enemigo en el mundo, o fuera de él...

Gideón examinó cuidadosamente las piedras, moviendo la cabeza como quien desaprueba algo. Las piedras eran pequeñas, ovaladas, cual huevos de perdiz, muy pesadas y de un color rosado, casi rojizo. Gideón tomó dos de ellas y se las echó al bolsillo de su gran levitón.

CURIOSO de lo que había pasado durante su ausencia, el sol de otro día de agosto surgió absorbiendo las neblinas y recalentando el ambiente, reflejándose además en los vidrios rotos de la famosa casa de las señoritas Petigro, completamente encantada a la sazón. Al mismo tiempo, el viejo Gideón entró en el gran patio muy temprano, para seguir sus investigaciones.

Ya había allí actividad. Los servidores que la víspera se alejaran estaban de vuelta con el fin de conocer los acontecimientos. Algunos vecinos blancos (la gente blanca era rara en aquellos parajes) habían llegado y estaban en el salón cuando Ada bajó corriendo las escaleras.

— ¡Oiga, Liberador! ¡La señorita quiere que vayamos a buscar los baúles!

Gideón corrió a través del patio detrás de la sirvienta. Esta tenía diez y ocho años y era flexible y negra como ciertas serpientes. Sus ojos miraban francamente.

— ¿Los baúles? — preguntó Gideón. — ¿Adónde van ustedes, hermanita?

— ¡Nos vamos para la ciudad! ¡Dios mío! ¡No podemos vivir aquí por más tiempo! ¡Nos volveremos locas!

— ¿Le gusta la ciudad, hermanita?

— Yo no me opongo al viaje. A mí me gustan los cines y los chicos buenos mozos.

— Y entonces, ¿por qué está aquí?

— Porque me obligaron. Mi papá me dió a la señorita Cintia. ¡Aquí nos volveremos locas!

La negrita dió la espalda y subió las escaleras, desde cuya cima volvió a mirar.

— ¡El Liberador! ¡El Liberador llegó! — exclamó la chica.

— ¡Puede que sí! — respondió Gideón, cual si hablase consigo mismo.

En la cocina, adonde fué luego, encontró a Celia lavando platos quizás por la última vez, y al viejo Ben, su marido, escarmenando lana.

— Todo el mundo les dice que se vayan — murmuró Celia. — El magistrado marchóse de mañanita y dijo que era mejor que se fueran. Lo necesitan en la corte, y cuando te mine allí volverá, según dijo también... ¡Jesús, con estas cosas y con este mundo de miseria! ¡Esto es el infierno!

— ¿Cuándo piensan irse a la ciudad? — preguntó Gideón.

— Antes de la noche — respondió la negra. — Y no volverán nunca. Algo me lo dice. Ellas aman esta vieja casa donde han vivido toda su vida. Pero esas son las cosas. Y nosotros nos iremos asimismo.

Así habló la negra terminando su lavado de platos y mirando a Gideón con ojos tristes e hipócritas.

Pero el aspecto sobrenatural del fenómeno tenía atónito a Ben, ocupándole toda su inteligencia.

— El desertor Caín — dijo — espera largo tiempo... Es un espíritu paciente. Pero se ha vengado ahora.

Fuera de la casa Gideón se sintió preocupado. Había hecho una investigación de varios días, al cabo de la cual contemplaba un triunfo personal; pero ahora no había tiempo para realizar el programa ese, puesto que antes de anochecer la casa estaría desocupada. No tendría por qué, pues, el espíritu del desertor Caín, de tirar piedras en las habitaciones vacías... Gideón había fallado por tanto... La noche anterior había aceptado el título de Liberador. Mientras esperaba sentado en la caja, en el jardín, los fantasmas llegaron, hicieron de las suyas y se desvanecieron. ¡El «Liberador» no había podido libertar nada!

El patio estaba lleno de negros, y cuando Gideón bajó las escaleras se agruparon en torno suyo pidiéndole lo que él no podía dar.

— ¿Por qué no capturó usted al fantasma, tío Gideón? — preguntóle una joven graciosa que llevaba un parasol rojo.

Gideón la miró fijamente, y le dijo: — Tú serás algún día un fantasma.

— Cuando lo sea — respondió la mujer — me dejaré pescar por ti.

SI Gideón hubiese sido blanco, habría salido corriendo. Pero siendo como era, con su levitón y sus argollas en las orejas y su sombrero de pelo, tenía que aguantarse allí. El había cometido el error de prestarse a la mofa cuando no había más que un camino que seguir en sus circunstancias. Los profetas de la antigüedad, cuando se sentían apurados, se retiraban a las soledades de las montañas. Así, pues, Gideón, como ellos, debía contar con tiempo para la meditación; y sin decir palabra se abrió camino entre la turba, cruzando los campos en dirección de la floresta, donde se perdió solitario.

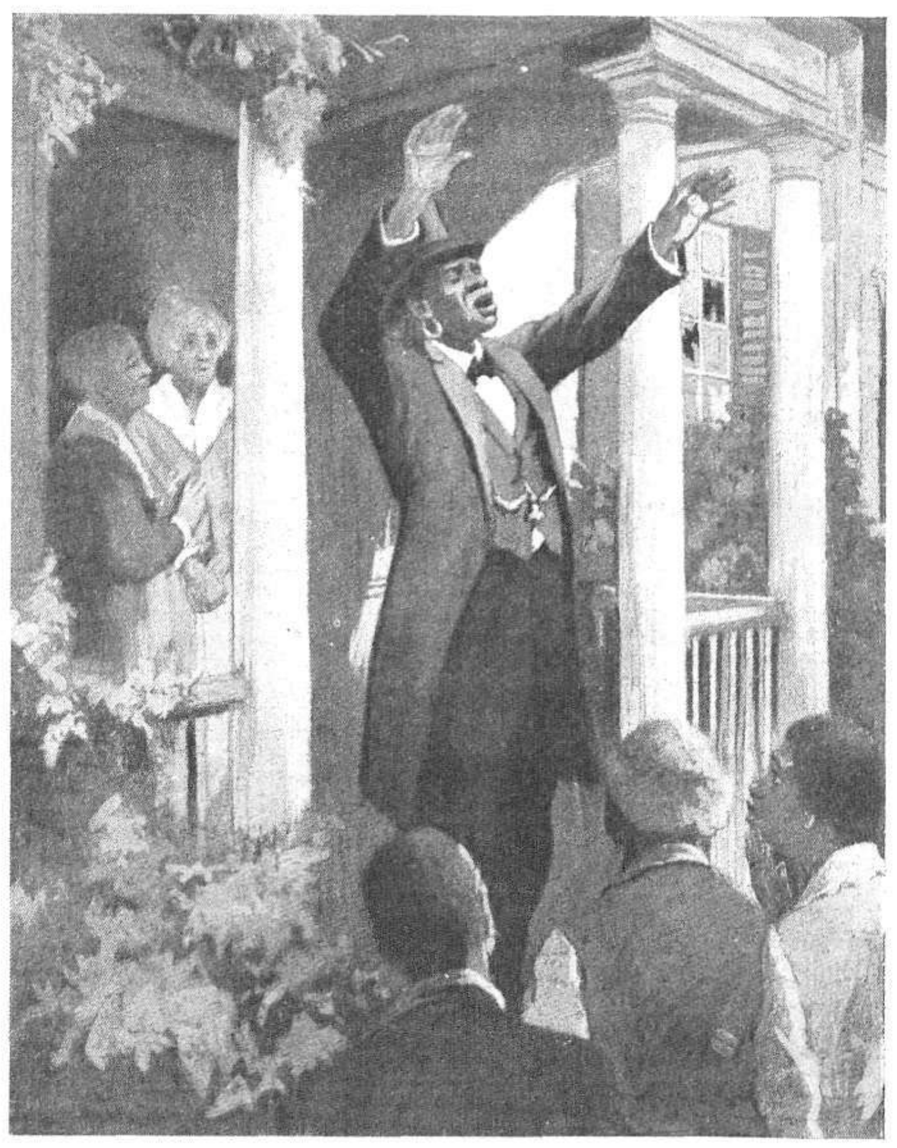
Mas antes de que las sombras comenzasen a cernirse de nuevo sobre la casa encantada se oyó un murmullo entre las gentes; era Gideón que re-

gresaba con cierta majestad que impuso a todos respeto.

Sin detenerse, el negro mago fué hacia el sitio bajo la ventana de la alcoba, que las piedras misteriosas rompieran la noche anterior; recogió primero un objeto pequeño que colocó con premura en un bolsillo; luego encontró un triángulo del cristal roto...

Todos lo contemplaban en silencio y con grande atención

Luego Gideón se dirigió a un surco de flores donde se abrían varias rosas. Metió las manos bajo los pequeños arbustos, recogiendo cuatro piedras de forma y tamaño de huevo de perdiz y de un color rojizo. Abrió su levitón dejando ver un chaleco morado que desentonaba extrañamente en su vestimenta. Cruzábale el chaleco una gruesa cadena de reloj, de cuyo centro pendía una extraña forma, símbolo de una orden secreta — no de este mundo, según se decía — Y en un bolsillo de ese chaleco guardó las piedras encontradas bajo las flores.



LA VOZ DEL MAGO.

SILENCIOSAMENTE, porque el sol estaba bajando a su ocaso y los vidrios rotos de la casa encantada tenían vivos reflejos sangrientos, los admiradores negros siguieron a Gideón hacia la mansión, deteniéndose los más al pie de las escaleras y acompañándolo algunos hasta el *hall* alfombrado. En el sillón principal colocó su sombrero boca arriba, después de lo cual entró solo al aposento de las señoritas Petigro, que empacaban aún sus equipajes con manos temblorosas y rostros doloridos y pálidos. Después, seguido por los sirvientes y por los otros negros, Gideón entró al salón que era el último santuario de la casa señorial, y cuyo mueblaje no había sido tocado. Allí, majestuosamente y con ademanes misteriosos, volvióse y miró con fijeza los rostros de las gentes que lo seguían.

— ¡Acercaos a mí, hermanos. Y cerrad vuestras filas!

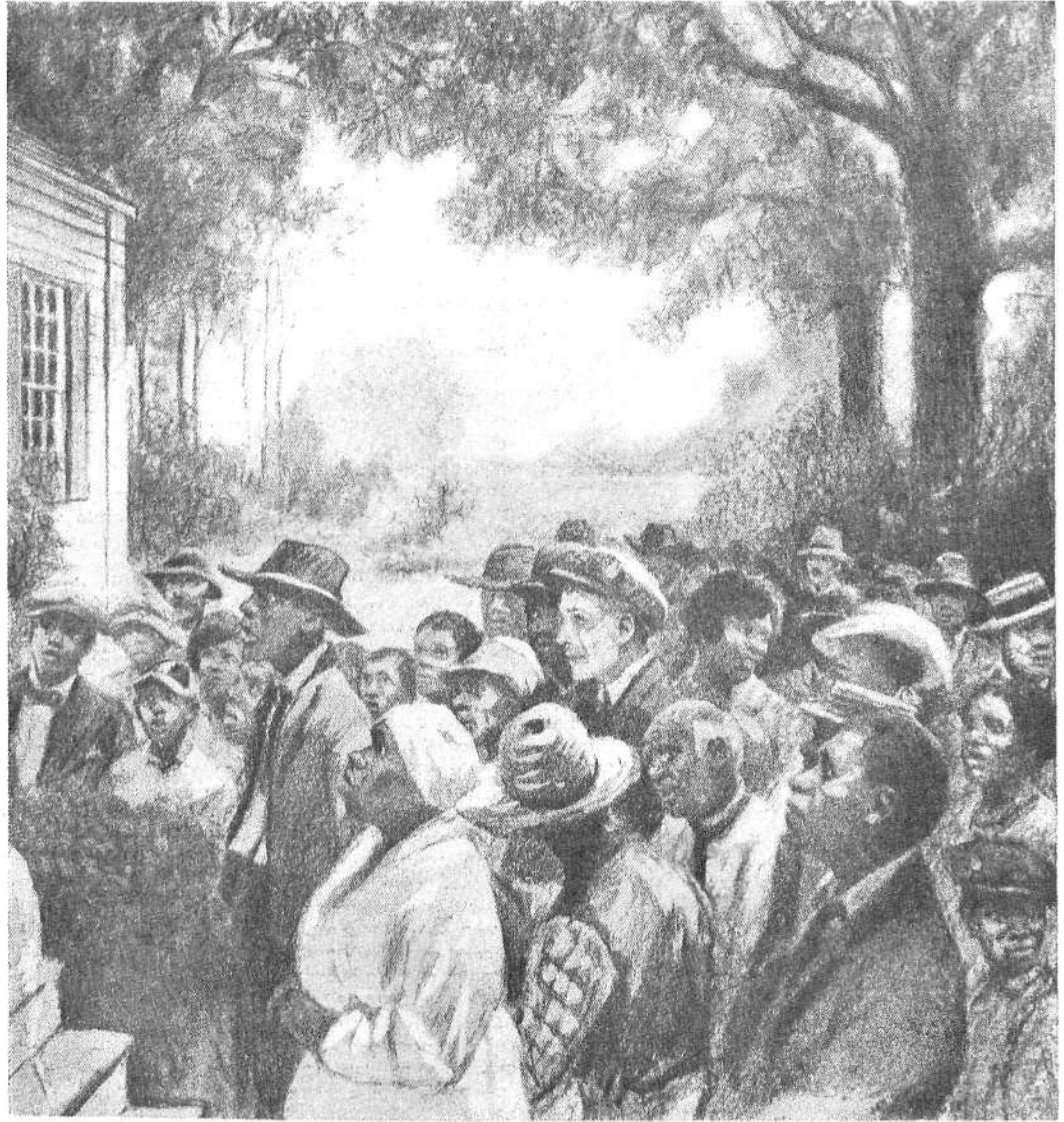
Bajo una de las ventanas rotas se encontraba un bello piano de cola, y Gideón, junto al lujoso instrumento, parecía un músico reverente e inspirado.

Entonces los negros que rodeaban al maestro vieron, asombrados, que Gideón estaba realizando la «conjuración» milagrosa. Pasó sobre el piano sus manos enormes describiendo círculos cabalísticos hasta palpar la parte superior. Luego, mientras todos le contemplaban extáticamente, se dirigió a las ventanas que mostraban las huellas de la violencia misteriosa de los fantasmas, dándoles pases a fin de precaverlos de nuevos atentados.

LOS acompañantes le hicieron calle, y Gideón se encaminó a la recámara donde las hermanas Petigro permanecían, y cerró la puerta, tras de sí. Las ancianas estaban solas, y alzaron sus ojos llorosos para ver a Gideón, quien, levantando las manos sobre las dos mujeres, pronunció las siguientes palabras:

— Ninguna otra piedra caerá. *Ellos* no las molestarán más.

Las damas, consumiéndose en sus asientos, contemplaron al mago, quien prosiguió:



EL MILAGRO SE DEBE A LA ESPADA DEL SEÑOR Y DE GIDEÓN...

— Pero ello será si ustedes tienen confianza en mí y hacen lo que yo digo.

— Confío en usted — repuso doña Cintia. — ¿Qué desea que hagamos?

Gideón fué hacia la puerta y púsose a escuchar por la cerradura.

— Deseo — dijo volviendo hacia las damas, — que notifiquen al magistrado su decisión de quedarse aquí y que digan a todas las otras gentes que se recojan en sus piezas y permanezcan en ellas. Además, ustedes harán como que duermen, y a eso de las once, cuando yo venga y golpee las ventanas ustedes me dejarán entrar en secreto y en silencio.

— ¿Cuál es su ciencia? — preguntó doña Cintia con un suspiro.

— Yo sé lo que está escondido a los ojos mortales.

— ¡Caramba, Gideón! ¿Es usted, es usted... un farsante?

El manto del misterio cayó de los hombros del negro... Pero luego dijo, confidencialmente:

— No, señorita, no soy un farsante... *esta* vez...

Ella estudió su faz, y pensó en los rumores que había oído, los que afirmaban que la policía de la ciudad usaba los servicios de Gideón.— Tal vez...— se dijo, agregando en alta voz:

— Nos quedaremos.

— ¡Cintia! — murmuró Bety.

Desde la escalera despidió Gideón a los negros, afirmando que las damas habían puesto su confianza en Dios.

— Entonces nos vamos — dijo un hombre bajito y regordete a quien siguió su familia.

Los sirvientes, cuando la noche medrosa descendía, vieron partir no solamente a la turba sino al Liberador. Lo vieron subir a su carricoche, arreglar los luengos faldones de su levita, coger las riendas y animar a la paciente Dalila, tomando la dirección de donde habían venido.

Por último, de acuerdo con las órdenes de doña Cintia, que estaba llena de miedo a despecho de haber puesto toda su esperanza en Dios, los residentes de la casa encantada y maldita se retiraron a sus respectivas habitaciones. Y, luego, las hermanas Petigro no vieron — dos horas después — una alta silueta con sombrero de pelo que se abría paso a través del jardín llegando hasta el portal. Una de las puertas estaba entreabierta y la figura pudo al cabo ser percibida por las dos damas temerosas, que estaban completamente vestidas aunque la hora nocturna era avanzada.

— Yo estaré aquí en el corredor, cerca de la puer-

ta — murmuró, agregando: — Puede que caiga otra piedra, pero después no caerá una más. ¡Alabado sea el nombre de Dios!

El hombre se colocó en un punto desde el cual dominaba el corredor, el dormitorio y el salón del frente. Sobre la puerta delantera había cristales intactos a través de los cuales penetraba un rayo de luna, que es la luz preferida por los duendes.

El vigilante esperó, pegado contra la pared, a la manera de una antigua armadura de museo.

De pronto, del mismo modo que siempre sucedía, la escalera comenzó a crujir. De nuevo, sin aparente razón ni causa, se sintieron los ruidos en la parte superior, que estaba inhabitada. Una luz trémula pasó, subiendo luego las escaleras... Y más de una vez el viejo Gideón se enjugó el sudor frío de la frente con la manga de su levita.

El viejo reloj de la alcoba había dado apenas las dos campanadas de la madrugada, cuando se abrió una puerta sigilosamente. Con gran cautela Gideón espiaba desde su violento escondite y casi lanza un grito... Abajo, en el corredor, casi invisible, el fantasma marchaba dirigiéndose al sitio en que estaba el negro.

Ello sucedió en un instante. Se oyó la rotura de un vidrio, y una piedra rodó por el suelo sin alfombra. Una mujer gritó, y una voz estentórea estalló en los ámbitos de la casa maldita:

— ¡Te cogí, Jezebel. Estás presa, hija de Babilonia!

De tal suerte, el domingo por la mañana se supo por todas partes que Gideón había cogido al fantasma de la mansión de las Petigro, y una turba de gente de color se congregó en poco tiempo.

Dentro del salón, cuyas puertas permanecían cerradas, Gideón estaba de pie cerca del piano. Todo *vestido de negro y desentonando el color de su chaleco* y la blancura de su cuello de celuloide del que pendía una rara corbata.

Frente a los librados estaba el Liberador, y delante de éste se hallaban las dos hermanas y el magistrado, que llegó con los rumores sensacionales.

Gideón hablaba:

— En primer lugar no quiero que ustedes digan cómo he descubierto el misterio... Pues ello desacreditaría al Señor... Pues ningún duende ha tirado jamás piedras aquí. Ellas son muy pesadas y un fantasma no puede alzarlas, pues se le saldrían de sus dedos débiles. Además, las piedras tiradas son iguales a las que se encuentran debajo de los rosales, en el jardín. Segundo: bajo estas ventanas estaban escondidas algunas de las piedras que rompieron los vidrios por dentro de la casa, desde donde *tuvieron que ser arrojadas.*

— ¡Siga, siga! — ordenó el magistrado.

— Luego, por la tarde, yo descubrí más cosas, convenciéndome de lo afirmado: las piedras han sido tiradas desde adentro mismo.

Aquí Gideón hizo una pausa. Luego agregó:

— ¿Qué conclusión puede sacarse de todo esto? — preguntó, como si estuviera en un púlpito. — Todo parece demostrar que el enemigo estaba dentro.

— Pero — interrumpió doña Cintia — las piedras vinieron de afuera. Rompieron los vidrios y rodaron sobre los pisos. Yo las oí con mis oídos y las vi con mis ojos.

— Luego — agregó doña Bety — no había nadie en la pieza con nosotras cuando las piedras caían. Nadie sino Ada, quien no podía hacer *tal* cosa. Además ella no tiene razón ninguna de odiarnos.

Gideón, por toda respuesta, sonrió condescendientemente, y dijo:

— ¡Oh, sí, señorita! Ada *tenía una razón.* A ella le gustan mucho las cosas de Sodoma y de Gomorra... Ella desea ir a la ciudad, pero no quiere dejarlas a ustedes ni romper lo dispuesto por su padre al entregarla. De manera que ha hecho lo posible para que ustedes vayan a la ciudad, e irse con ustedes...

— Ello suena muy bien — dijo el magistrado, — pero nadie puede estar dentro de una habitación y tirar piedras desde afuera.

Gideón sacó de su bolsillo un gran reloj, expresando que tenía que decir un sermón a mediodía en una iglesia y que su tiempo era contado ya. Un sermón sobre Jezebel de la *Biblia,* dijo expresivamente, que era una encantadora mujer. Pero hay una aquí en esta casa que podría darle lecciones a Jezebel. ¿Quiere usted verla, señor magistrado? Mi ayudante *la tiene allí en el dormitorio... Volveré dentro de* un instante — dijo finalmente. Y cuando volvió, Gideón traía la cautiva cogida por las muñecas, y parándola en el centro, le dijo:

— ¡Párate aquí, Jezebel! ¡Mírame, hija de Baal! Tu padre te trajo al lado de estas damas, según me ha dicho su espíritu, manifestando que no te perdonará hasta que demuestres a estas señoras y al magistrado lo que has estado haciendo...

Luego sacó Gideón de su chaleco dos de las piedras en cuestión, y dándoselas a la camarera Ada, díjole:

— Tienes bastante práctica, de modo que esperamos la demostración y pronto.

La faz de la muchacha no se vió cambiar, dado que era negra; pero sus ojos, como fascinados, contemplaron al Liberador. Y la negrita, tomando bien las piedras misteriosas — una en cada *mano* — las arrojó con tal destreza y con tanta premura, que nadie se dió cuenta. Una mano había tirado su piedra a una vidriera; la otra mano había hecho rodar por el suelo la segunda piedra, dando así la completa ilusión de que la piedra que rompiera el cristal había rodado en el piso de la habitación...

De fuera llegaban rumores de tumulto curioso, cuando el magistrado se levantó y dijo:

— Quería ella ir a la ciudad, ¿verdad? ¡Pues ahora irá!

Después, Gideón salió, y dirigiéndose al público, que le había esperado con gran impaciencia, expresó levantando la voz oracularmente:

— No volverá a caer en esta mansión piedra alguna tirada por manos invisibles de misteriosos fantasmas, ni duendes. ¡Así sea! ¡Amén!

Los oyentes se acercaron al orador mágico. Aquí y allá una cara blanca desentonaba entre la multitud como una rara flor, y dibujaba una leve sonrisa... Pero la mayoría de los oyentes, llena de admiración, aplaudía la destreza del mago negro.

— Dinos cómo operaste el milagro, Tío Gideón — gritó una voz de entre la multitud.

Gideón levantó sus grandes manos hacia el público. Las argollas de sus orejas brillaban raramente, lo mismo que su gran cadena sobre el chaleco caprichoso, que sostenía un símbolo de poder sobrehumano y que recogía la luz solar. Y la voz que estaba habituada a conmover multitudes dijo finalmente:

— El milagro se debe a la espada del Señor y de Gideón...



SAMUEL A. DERIEUX

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS POR E. C. M.

Página Infantil

Niña de Aguirre



Niña de Zubizarreta

FOTOS DE WITCHIP



Marthita Albino Pagés



EVOCACION

EN UN JARDIN PORTEÑO

ÓLEO DE GIGLI

Enlaces



Morra - Córdoba

en su residencia



Jiménez Pastor - Gowland

en la iglesia de San Agustín.



Sobotka-Espeche Jiménez

en la residencia de D. Federico Pasman.



Justo - Pees Savory

en su residencia.

fotos de Vargas, Arroyo y Bell.

En la Institución Mitre



El vicepresidente de la entidad, ingeniero Octavio S. Pico, leyendo su discurso en la ceremonia de la distribución de premios a los vencedores de los certámenes organizados por la misma y correspondientes a los años 1922 y 1923, conmemorándose al mismo tiempo el 102.º aniversario del natalicio del general Mitre.

Congreso de intendentes en La Plata



Grupo de intendentes municipales de la provincia de Buenos Aires que concurrieron a la primera asamblea del congreso inaugurado para tratar asuntos relacionados con el desenvolvimiento de las comunas y su más eficiente gobierno.

En la Liga Patriótica Argentina



El doctor Manuel Carlés, presidente de la prestigiosa institución, acompañado de la señorita Delia Torres y del cabo Faustino Aguirre, premiados con medalla de oro al Mérito, la primera por una acción patriótica y el segundo por un rasgo de valor.

Mutualidad Antituberculosa del Magisterio

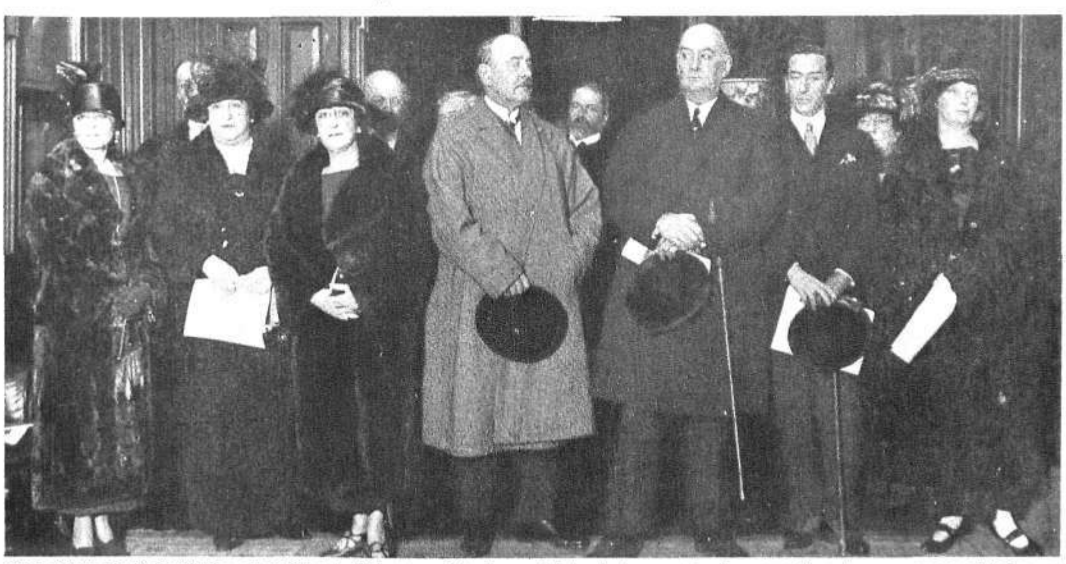


El doctor Guillermo Bosco, fundador de la escuela Presidente Mitre, con sus secretarios, presidiendo la sesión inaugural de la segunda asamblea de delegados a tan humanitaria agrupación.



Núcleo de los representantes de la capital y del interior que tomaron parte en las importantes deliberaciones presentadas en dicha asamblea antituberculosa.

Exposición Guirand de Scevola



El presidente de la República, el ministro de Relaciones Exteriores, el intendente municipal y conocidas damas y personalidades con el notable pintor, cuyas obras, expuestas en el salón Witcomb, merecieron los más amplios elogios de la calificada concurrencia que asistió al acto de la inauguración.

En honor del ministro de la Guerra



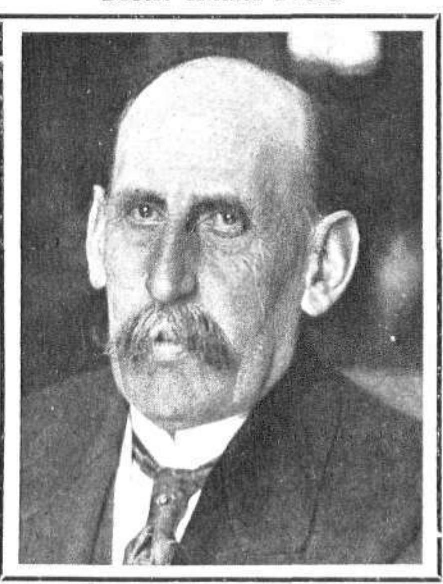
Altos jefes del ejército que fueron comensales en el banquete ofrecido por el agregado militar de la embajada de Norte América, coronel John D. Long, en honor del coronel Agustín P. Justo.

Demostración al profesor Drocchi



Asistentes al banquete que un grupo de amigos, colegas y ex condiscípulos ofreció a dicho profesional por haber sido nombrado miembro del Consejo General de Educación de la provincia de Buenos Aires.

Doctor Emilio Frers



Era el desaparecido un político de acendrado patriotismo, de cultivada intelectualidad y de austera conducta, que supo, durante los largos años que prestó eficaces servicios a la administración pública, poner de manifiesto sus grandes dotes de estadista. Su deceso significa una verdadera pérdida para la nación, a cuyo bienestar y progreso tanto contribuyó con su talento, energía y laboriosidad.

Festival en la Sociedad Rural Argentina





Grupos de señoritas y jóvenes que asistieron al té danzante organizado por la Asociación Hogares Cristianos con el loable fin de allegar recursos para las obras que sostiene.

FOTOS DE ARROYO Y BELL.



DOS PRESTIGIOSAS FIGURAS DE LOS CÍRCULOS MILITARES Y DEPORTIVOS DE NUESTRO PAÍS: EL GENERAL GARMENDIA Y EL DR. DELCASSE.



LOS SALUDOS Y DEMÁS PRELIMINARES DEL INTERESANTE ASALTO SOSTENIDO ENTRE LOS SEÑORES BONNEMAISON Y JOSÉ REALMONTE.

NOTABLE EXHIBICIÓN DE ESGRIMA CON ESPADA DE COMBATE

EL DOCTOR DELCASSE CON EL SEÑOR FLORO LAVALLE EN UNO DE LOS MOMENTOS MÁS CULMINANTES DE LA LUCIDA DEMOSTRACIÓN A QUE DIÓ LUGAR EL MATCH ENTRE AMBOS. LOS CONTENDIENTES FUERON MUY FELICITADOS POR LA ALTA ESCUELA DE ESGRIMA DESARROLLADA.

EL GENERAL GARMENDIA Y EL DOCTOR DELCASSE TIRANDO. LOS ILUSTRES VETERANOS FUERON CARIÑOSAMENTE FESTEJADOS AL REALIZAR SU ENCUENTRO, EN EL QUE DEMOSTRARON QUE, A PESAR DE SUS EDADES (81 AÑOS EL PRIMERO Y 71 EL SEGUNDO), MANTIENEN BIEN ALTO EL NOBLE ESPÍRITU DEPORTIVO Y LA ENERGÍA FÍSICA.

EL DOCTOR DELCASSE Y EL SEÑOR GIUSTINI SOSTENIENDO UN BRILLANTE ENCUENTRO DURANTE LA HERMOSA FIESTA QUE PARA CONMEMORAR EL VIGÉSIMO ANIVERSARIO DEL CERCLE DE L'EPEE, SE REALIZÓ EN EL DOMICILIO PARTICULAR DEL PRIMERO, EN BELGRANO

FOTOS DE BELL

LAS GRANDES INUNDACIONES DEL LITORAL

El desbordamiento del Río Uruguay causa considerables perjuicios y algunos accidentes personales en las zonas anegadas.



Zona inundada de la parte baja de la ciudad de Concordia. — A consecuencia de la enorme crecida del rio, el agua alcanzó gran altura en algunos puntos, quedando anegada la mayor parte de la ciudad.



Aspecto de la calle Jujuy, en que se advierte a varios vecinos utilizando improvisadas balsas para trasladarse de un lado a otro llevando víveres y otros socorros a las familias necesitadas.



Animales que fueron conducidos a los lugares libres de las aguas, las que cubrieron completamente los campos de deportes y varios jardines contiguos, inutilizándolos.



Tiendas de campaña donde se asilaron, con algunos de sus enseres, mil quinientas familias que perdieron sus hogares, huyendo precipitadamente de la creciente que amenazaba sus vidas.



Uno de los barrios anegados por la corriente, que se considera la más extraordinaria de las registradas hasta la fecha por su vasta acción destructora.



Vista general de un amplio sector de la ciudad azotada por las avalanchas de la creciente. A las pérdidas materiales y los penosos trastornos ocasionados por la inundación, hay que lamentar algunos accidentes personales ocurridos en varias jurisdicciones.

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL.

DICHO Y HECHO, POR SIRIO
"RAQUELA", OPERA ESTRENADA EN EL COLON



VIOLENTO CHOQUE DE TRENES EN LAS LINEAS DEL F. C. OESTE



Interesante fotografía tomada a la altura del kilómetro 11 de la vía, próximo a la estación de Liniers, a pocos minutos de producirse el formidable choque entre un tren eléctrico de pasajeros y un convoy de carga, quedando materialmente deshechos dos coches del primero y varios del segundo.



Estado en que quedó la parte delantera del vagón-motor, después del accidente que puso en peligro a buen número de pasajeros.

No hubo que deplorar, en esta colisión ferroviaria, otras víctimas que tres heridos leves, mientras que las pérdidas materiales son de importancia, sobre todo para la empresa del F. C. Oeste, por la total destrucción de dos coches del tren de pasajeros.



El motorista Domingo Bosco, que conducía el tren de pasajeros.

Según las versiones más autorizadas, se atribuye al motorista la culpa del desastre, quien no advirtió las señales de peligro hechas desde la cabina próxima indicándole que la vía no estaba libre.

DERRUMBAMIENTO DE UNA PARED EN UN EDIFICIO EN CONSTRUCCION

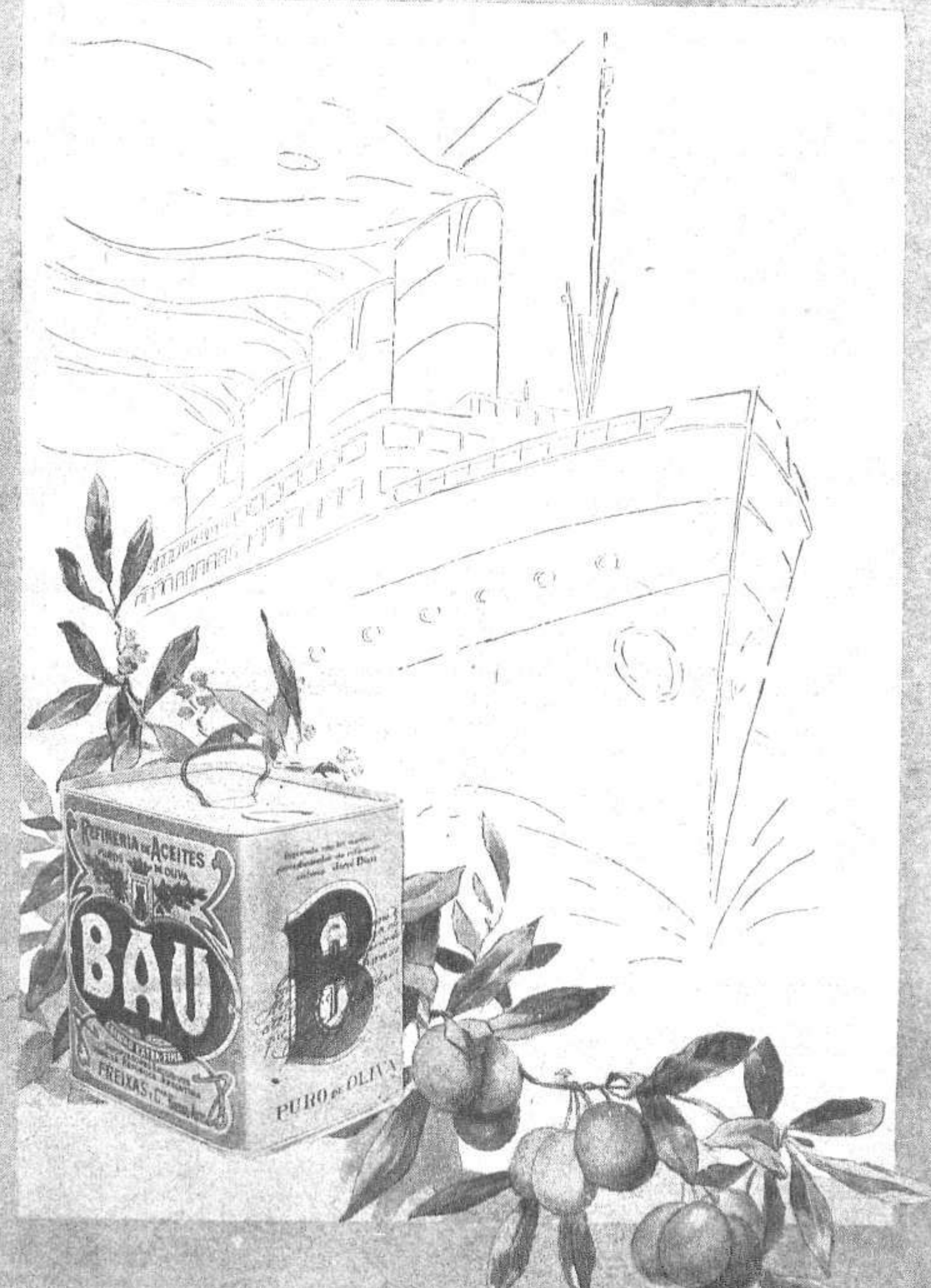


El edificio en construcción, situado en la calle Rodriguez Peña, entre Tucumán y Viamonte, cuya pared del frente, de 18 metros de altura por 10 de extensión, se desplomó accidentalmente.



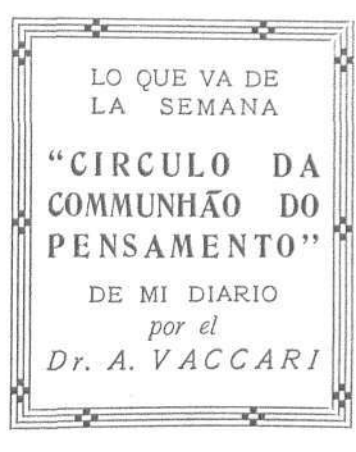
Uno de los dos automóviles que se hallaban parados cerca de la pared y que fueron sepultados entre los escombros, salvándose su conductores por encontrarse alejados momentáneamente.

Freixas y C.ia
AGENTES



La marca Bau representa siempre
la garantía positiva del mejor aceite

Puro de oliva



Cuando un hombre empieza a ser conocido fuera de los estrechos límites de su tierra, puede caminar algo echado para atrás, pues cada cual debe darse no solamente su lugar sino también la postura que le corresponde.

Hace cosa de un par de meses recibí de São Paulo do Brasil una carta, en la que se me invitaba a firmar una solicitud adjunta para ingresar en el «Círculo Esoterico da Communhão do Pensamento».

Si alguien ha visitado la ciudad de São Paulo sabrá donde queda la calle Senador Feijó.

— O «Circulo da Communhão do Pensamento», senhor — me dijo un brasileño a quien consulté el asunto — tem por fim promover o despertar das energias creativas latentes no pensamento de cada associado, de accordo com as leis das vibrações invisiveis, fazer que esas energías convirjam no sentido de asegurar o ben estar physico, moral e social dos seus membros, mantendo-lhes a saude do corpo e do spirito...

— ¿Así que tenemos energías creativas latentes en el pensamiento?

— Poderosísimas... Con ellas podemos mantener sano nuestro cuerpo y cuidar también la salud de los demás... Hay que despertarlas... ¿Por cuál de las fosas nasales respira en este momento o senhor?

— ¿Por cuál de las fosas nasales? Por las dos.

— O senhor está equivocado... Vea de averiguarlo mejor...

— Por la izquierda...

— ¿Ha visto?... Comprima o senhor con su mano izquierda el costado derecho y aguarde unos segundos... Asim... ¿Por cuál das suas narinas está respirando ahora?

— Por la derecha...

— La respiración no se altera a no ser por una operación artificial como la que le he indicado. Se modifica naturalmente cuando una persona está en perfecto estado de salud, se altera de una a otra fosa nasal a intervalos regulares.

Como para mí ésta resultaba una novedad, miré con cierta extrañeza a mi interlocutor, que siguió muy tranquilamente su lección sobre respiración y fosas nasales.

— Realice usted esta experiencia: Siéntese cómodamente sobre una silla y ahí fique durante unos diez minutos, antes de que aclare el primer día de la segunda semana de la luna creciente. Si acaso en el momento de sentarse no respirase o senhor por la narina derecha, mediante la compresión que le he enseñado, corrija esa respiración. En cuanto el día aclare, notará o senhor que la respiración ha pasado a la izquierda y permanece a la izquierda por cinco gharis...

— Disculpe... No entiendo lo de los gharis.

— Un día y una noche se componen de 60 gharis y cinco gharis, por consiguiente, equivalen a dos horas. Cada dos horas la respiración pasa de una narina a otra. Pero hay más. En la segunda semana de la creciente, y precisamente en los primeros tres días, la respiración empieza por la fosa nasal izquierda y pasa en los tres sucesivos a empezar por la derecha. Bien entendido al amanecer...

— Y bueno... ¿Pero con todo eso?

— Con todo eso quiero demostrarle que alguna razón ha de haber en ello y la importancia suma que tiene una función generalmente descuidada. Una respiración bien dirigida puede dar lugar a verdaderos milagros...

— Y puede llevar al manicomio también... Así he oído decir...

— Todos los abusos producen desórdenes... Por eso he dicho una respiración bien dirigida... O senhor piense en un color cualquiera: amarillo, verde, colorado, blanco o negro... ¿Ha pensado ya? No me diga nada... Expire el aire de sus pulmones con naturalidad, sin esfuerzo ninguno... Asim...

El señor brasileño colocó la mano derecha debajo de mi nariz y la fué alejando lentamente hasta una distancia de doce dedos más o menos.

— El color imaginado por o senhor es el amarillo.

— Es cierto... Curioso... ¿Y cómo sabe usted?

— Todo depende del ejercicio... Cuando la mano deja de advertir el soplo de la respiración hay que calcular la distancia que separa la mano de las fosas nasales.. Si llega a cuatro dedos, el color imaginado es el rojo; a un dedo, el negro; a ocho dedos, el verde; a doce, el amarillo.

— ¿Y yo podría llegar a conocer los colores como los conoce usted?

— Seguramente... Pero, como en todas as coisas'é necessaria a perseverança.

— ¿Sabe que empiezo a interesarme? ¿Quiere instruirme en algunos principios?

— Escuche: Nosotros admitimos cinco fuerzas principales, las que han dado origen al mundo y lo conservan: éter, aire, luz, tierra y agua... Son cinco principios que dan lugar a 12 corrientes cada 24 horas y cada corriente dura dos horas. El principio etéreo es incoloro, amargo, omnipenetrante; el aéreo es verde, ácido, en continuo movimiento; el luminoso, colorado, picante, caliente; el térreo, grumoso, dulce, amarillo, y por fin el acuoso se caracteriza por el color blanco y sabor astringente... Como de dos en dos horas vibra uno de estos principios, es fácil adivinar muchas cosas. Piense o senhor en una flor... ¿Ha pensado?... Bueno... O senhor está pensando en una flor amarilla.

— Es cierto... ¿Y eso será porque en este momento vibra el principio térreo?...

— Exactamente.

— ¿Cuáles son las fuerzas más indicadas para tratar las enfermedades?

— La térrea y la acuosa... Son las más vigorosas, y es tan cierto esto que la vibración del principio térreo se percibe cuando el individuo respira a doce dedos de la nariz y la del principio acuoso a 16 dedos...

— Indudablemente lo que usted me dice despierta mucho interés, pero, ¿no le parece que si los hombres llegaran a saber la manera de dirigir ciertas fuerzas lo harían en su propio interés, lo que por cierto puede agravar el estado de egoísmo feroz en que se está hundiendo el mundo?

— No crea que a todos se les enseña todo lo que se puede aprender... Sería como poner entre las manos de un loco una antorcha encendida, mientras el loco camina entre barriles de pólvora... Pero cuando se conocen los sentimientos altruístas de un candidato, no hay inconveniente en que llegue a saber la forma que le permite evitar y eliminar enfermedades y sinsabores...

— He oído decir que muchos que se han entregado a estas prácticas se han vuelto locos... en pocos días...

— Es cierto... Los que no saben obedecer a las instrucciones que les vienen impartidas, tienen un fin miserable.

— ¡Ah! — exclamé.

Y me quedé pensativo.

Alguien me decía:

— No te metas... Si quieres desarrollar tus cualidades interiores, lo mejor es seguir otro camino, más largo, pero menos peligroso... ¡Cuidado ... ¡No te olvides del que conociste en Córdoba ... También quiso hacer su aprendizaje con sistemas análogos y se encuentra completamente dominado por esas mismas fuerzas que pensaba manejar a su talante.

El brasileño parecía leer uno por uno mis pensamientos y callaba, sonriéndose de vez en cuando. Por fin me dijo, dejándome helado:

— La persona en la que usted está pensando hizo mal uso de sus poderes... Ella misma se lo confesó a usted... acuérdese bien... Se lo dijo durante un almuerzo en pleno campo... ¿Es cierto?... Ha recibido lo que merecía... Todos cosechamos lo que sembramos... Si siembra usted trigo no puede esperar que el suelo le brinde tomates... Firme usted la solicitud de ingreso a nuestro Círculo... Le conviene...

¿Cómo ese diablo de hombre pudo leer con tanta exactitud lo que pasaba en mi cabeza en ese momento?

Nadie puede imaginarse la sensación que produce estar frente a un hombre al que no se puede esconder absolutamente nada... De repente me sentí como niño sorprendido en flagrante y me dí cuenta de lo providencial que es la ley que no permite todavía a la mayor parte de los hombres comprender el pensamiento de los demás.

Es bueno que la cabeza tenga forma de un cofre cerrado, tanto para poder lucir un sombrero sobre la misma, cuanto para no dejar traslucir lo que hierve adentro. Es demasiado pronto para eso. No estamos listos todavía.

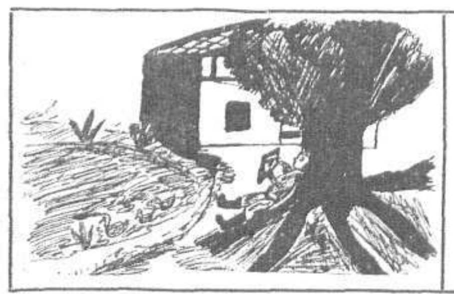




CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



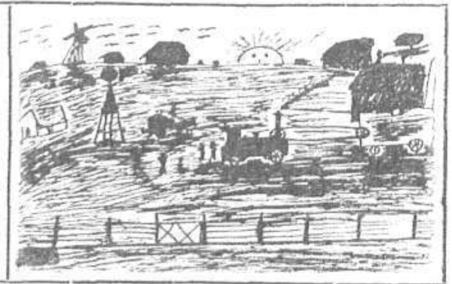
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



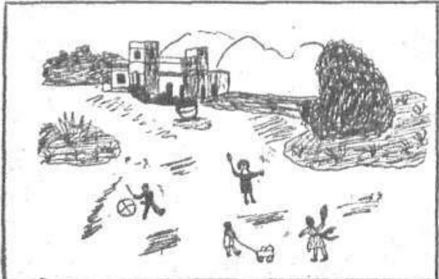
1447. — Leyendo CARAS Y CARETAS.
RAQUEL EDITH CAMPRETTI.



1448. —Ramonita rezando.
FROILÁN CORONADO.



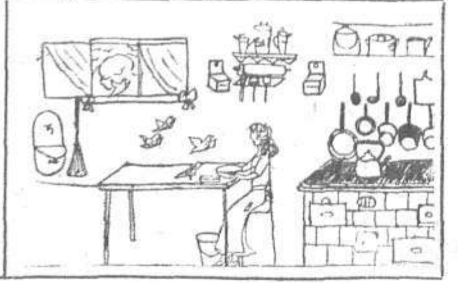
1449. — Una buena cosecha.
ZUNILDA P. CHIESSA BEVILACQUA.



1450. — Una casa de campo.
BEATRIZ ODINA OLIVIER.



1451. — Jugando al subi-baja.
PABLO SORRENTINO AGUIRRE.



1452. — Ayudando en la cocina.
LOLITA MARINEU.


EL IDEAL DE
LA MUJER
es ser bella por sobre todas las cosas. Si usted, señora, alimenta ese anhelo, use diriamente en su toilette el
Polvo Graseoso
LEICHNER
y tendrá la base de la belleza facial poseyendo la maravilla de un cutis fresco, delicado y fino, con albura de nieve y suavidades de raso. Elija entre los perfumes violeta, jazmín y heliotropo el más grato a su gusto; y entre los tonos blanco, rosa, "rachel" (crema) y "chair" (carne) el que mejor cuadre a su tipo.
(Precio en la capital federal $ 1.50 la caja)
Mánica

LA HUMILDAD DEL ORIGEN

Por ADELIA DI CARLO

El padre de Albertito regresó aquel día a su casa cabizbajo y con una expresión casi de enojo. Su esposa, que lo observó, le preguntó en seguida, qué le había sucedido.

— ¡Ah! — respondió — he presenciado una escena tristísima.

La madre de Alberto, éste y su hermanita Elena se miraron con asombro y curiosidad.

— ¡Figuraos! — dijo aquél. — Uno de nuestros obreros, anciano ya, pero el más bueno, el más honesto, el más querido, ha experimentado hoy un gran dolor... ¡Quiera la suerte que yo nunca lo sufra!... Era la hora de salida para almorzar, y, junto con él, habíamos traspuesto la puerta del negocio, cuando vemos venir hacia nosotros a tres jóvenes bien vestidos.

— Mirad, mirad, señor — exclamó el viejo, — uno de esos jóvenes es mi hijo, estudiante en Buenos Aires. ¿Cómo se encuentra aquí?

Grande era la alegría del obrero. Mientras tanto los jóvenes se habían aproximado. El anciano saludó a su hijo, y éste... ¡lo he visto con mis ojos!, tuvo un ademán despreciativo, y alargó el paso. Pero el obrero cruzó la calle y llegó hasta él. Padre e hijo cambiaron pocas palabras; después los jóvenes continuaron el camino. El anciano se detuvo a mirarlos mientras se alejaban, pero si yo no lo hubiera auxiliado creo que habría caído.

— ¿Qué os pasa? — le pregunté. — Quizá os ha emocionado fuertemente ver de improviso a vuestro hijo? — Sí, sí, — me dijo el pobre anciano. Estaba muy pálido y lloraba.

Cuando nos separamos le oí murmurar como hablando consigo mismo: «¡Ciertamente es casi un doctor, es amigo del hijo del ministro de la gobernación, y yo soy un pobre obrero!»

— ¿Entendéis? El doctorcito, elegante, con amigos altamente colocados, se avergüenza de su padre obrero!... ¡de su padre!

Albertito nunca había visto a su papá tan enojado, y para calmarlo lo abrazó. Cuando se hubo tranquilizado, fué a su biblioteca y sacó de ella un libro que dió a su hijo. Este, en el capítulo titulado «La humildad del origen», leyó:

«Homero, el más grande poeta de Grecia, fué un cantador ambulante; Tomás de Kempis, era un copista e inmortalizó su nombre con el libro «Imitación de Cristo»; Guillermo Herschel, el célebre astrónomo, tocaba el oboe en una banda militar y el órgano en los oficios religiosos, cuando comenzó sus estudios de las matemáticas y de la astronomía. No teniendo dinero para comprar un telescopio, con gran trabajo lo construyó él mismo y llegó a descubrir un gran planeta, Urano. Un obispo describía a san Vicente de Paúl un magnífico palacio que poseía, y san Vicente, a quien todos rendían homenaje por su gran caridad, le contestó: — «¡Oh! lo conozco muy bien: cuando yo era niño llevaba a pacer el rebaño en los prados que lo circundan.»



Grupo de cocainómanas y morfinómanas que sirvieron para dictar una conferencia en la Asistencia Pública, por el doctor Leopoldo Bard.

La difusión de la toxicomanía

La apetencia por los alcaloides

Hace más de diez años, en conferencias y publicaciones, puede decirse que he sido el primero en nuestro país que ha señalado los graves peligros de la toxicomanía, de esa apetencia por la morfina, cocaína, éter, etc.

Insistí en mis conferencias dadas en el local de la Asistencia Pública año tras año, llevando casos de enfermas donde se podían observar las consecuencias del funesto mal y demostrando ante el auditorio los peligros de esos «creadores» fantásticos de «paraísos artificiales» — entre los concurrentes, distinguidos colegas reputaron que era una exageración el peligro de la difusión del mal, que solamente se presentaba entre cierta clase de mujeres, y que sus estragos eran relativos y sin importancia de ningún género. Desgraciadamente hoy la toxicomanía constituye ya un problema entre nosotros, y prueba a esos colegas quién tenía razón y cuánto bien pudo haberse hecho en aquel entonces, aplicando recursos de previsión enérgica. Hoy ya las cosas han cambiado, y solamente una legislación represiva enérgica puede dar resultados para abatir el mal.

Los Mentidos Paraísos.

Grandes son los peligros de la difusión del uso de los tóxicos, de esos titulados creadores de paraísos terrenales, porque, en más de una ocasión, entre la espesa cortina de humo, en medio del paroxismo de un delirio, se vislumbra el último soplo de una vida.

La vida no es sino realidad. El opio, la cocaína, el éter, el hachich no son sino el sueño de un día, que se resuelve luego en cruel agonía, con final más o menos rápido.

Las prescripciones brillantes de los efectos de la morfina, del opio, de la cocaína, del hachich, que tanto daño han hecho y hacen con su proselitismo, no son otra cosa que el mundo imaginario, fruto del delirio, de un estado de anormalidad hecho por psicópatas, afectados ellos mismos por la toxicomanía. Baudelaire, Farrere, son ejemplo de ello, y en sus narraciones entremezclan ensueños dorados con visiones de muerte. Baudelaire, en sus «Paraísos artificiales», señala, en algún capítulo, las dificultades que tuvo que vencer para desasirse del espectro de la manía tóxica que lo había envuelto, y escribe:

«Ojalá puedan todos desarrollar más energías en sus esfuerzos y conseguir por último el mismo éxito; que luego se renace, aunque se sientan todos los tormentos de un hombre que pasa de un mundo a otro.»

Y termina diciendo: «Algo me queda aún del recuerdo de ese estado; no se han sosegado la terrible enfermedad y la agitación de la tempestad; las legiones que pueblan las pesadillas se retiran paulatinamente; sueños que prosiguen tumultuosos, semejantes a las puertas del paraíso, cuando nuestros primeros padres se volvieron para contemplarlos, como dice el verso de Milton: *Está lleno de rostros y de brazos que amenazan.*»

Visión de la Muerte.

Esa es la visión de la muerte que parece enlazar, no dejando desasirse a la víctima; como un pulpo lo envuelve con sus tentáculos, y entre eternas congojas, la vida esfúmase entre ayes de dolor.

Gómez Carrillo comentaba en un artículo la difusión extraordinaria que había adquirido el uso de la morfina, de la cocaína, del éter, y del hachich en París, donde, en algunas visitas hechas a los cabarets y demás locales de Montmartre, pudo observar cómo se ponía en práctica aquello de Baudelaire, «el buen sentido aconseja que tomemos las cosas de la tierra como transitorias y casi inexistentes, pues sólo en los ensueños está la realidad verdadera». En esos antros de depravación, la turbamulta de inconscientes se autosugestiona

en la afición al infinito, creyendo que la imaginación es factible de ser mutada para siempre, llevando el espíritu hasta los dinteles del paraíso.

La Traición de la Iniciación.

¡Cuán engañosos y traidores son los placeres de la iniciación! La momentánea agudeza del espíritu, la hipertrofia general de la sensibilidad, la huída a tambor batiente hacia etéreas regiones, una vez descubierta la fuente, el manantial de goces morbosos, siempre está en el preludio. Los goces artificiales, eso que llaman la «euforia», no tardan en alejarse de una manera brusca, cuando ya se inician los prodromos de una enfermedad, que casi siempre es incurable; quiero referirme a la sed del veneno.

Realmente no es aplicable aquello de Payot; no pensemos como Calígula, que anhelaba que los romanos no tuviesen más que una cabeza para decapitarlos a todos de un solo golpe. Es inútil semejante deseo para los enemigos que tenemos que combatir; la causa de casi todos nuestros fracasos, de casi todas nuestras desgracias, es una sola: la falta de voluntad, la abulia; el horror por el esfuerzo durable, nuestra pasividad, la ligereza, la disipación, son otros tantos nombres para designar este fondo universal de pereza que es a la naturaleza humana lo que es la gravedad para la materia. El horror al esfuerzo durable no es atributo de los pueblos progresistas y civilizados, es de pueblos salvajes.

Alguien ha dicho: los pueblos, como los individuos, se comportan de una manera distinta con respecto a su apetencia por determinados tóxicos, y es así como Dupouy sostiene que el humo del opio toma carta de ciudadanía en Francia, mientras que no pasa lo mismo en Inglaterra, aun siendo ellos los traficantes por excelencia del opio y donde la eteromanía tiene muchos adeptos; en cambio en ciertos puertos y ciudades, como Tolón, Brest, Lorient, París, hanse instalado fumaderos privados y públicos, a pesar de todas las prohibiciones, leyes y reglamentos.

Cuadro del Morfinómano.

¡Qué cuadro tan triste el del morfinómano! Es el de un individuo que ha llegado a la decadencia completa de todas las facultades, y que por este mismo hecho se ha convertido en un ser inútil, despreciable para la sociedad.

Cuando se encuentra un morfinómano inveterado, llama inmediatamente la atención por su apariencia y su aspecto general. Su modo de andar es el de un hombre ebrio, un autómata, vacilante; parece empujado por el viento; sus ojos están fatigados, ojerosos; las pupilas contraídas y perezosas para reaccionar a la luz.

Poco a poco no vive más que para satisfacer su pasión, no retrocediendo ante nada para procurarse la droga, sometiéndose a toda clase de bajezas; poco tarda en entrar en el período de caquexia. Pálido, la cara terrosa, los ojos uraños y apagados; una delgadez espantosa (las facciones alargadas), el semblante lleno de arrugas profundas, el cuerpo lleno de abscesos y forúnculos, privado casi siempre de todo sentido moral, es un autómata inerte, no encontrando actividades sino bajo la acción de dosis de tóxicos, y sucumbe por la caquexia o por una afección intercurrente, a menos que, disgustado de la vida y de sí mismo, termine sus días por el suicidio.

Al principio ha gozado los efectos de la «euforia», de la *soi-dissant* droga; ha probado la satisfacción y la felicidad cuando acababa de hacerse la inyección, era en todo otro hombre, ascendía a un mundo ideal, hipotético, donde no encontraba ni los disgustos, ni las rivalidades, ni la voluptuosidad de éste.

Los Fenómenos de Intoxicación

Desde la iniciación se producen los fenomenos de intoxicación. Las perturbaciones digestivas aparecen, y son acompañadas de sequedad de la boca, náuseas e inapetencia; la memoria desfallece, la voz se hace ronca, el insomnio rebelde, el carácter agrio, el enfermo está impresionable, de mal humor y tiene la tendencia a quedarse agazapado, como embobado, una especie de estado de embrutecimiento; no piensa más que en él y se desinteresa por todo lo que a él no se refiera.

Desde muy temprano se manifiesta una inercia moral absoluta, una ausencia de voluntad y un egoismo exagerado.

La Necesidad Vital.

Cuando llega a ese estado, el morfinómano tiene una «necesidad vital» del alcaloide; esa es, para él, un elemento indispensable para su existencia, algo sin lo cual no concibe la vida, que resulta de otra manera una pesadilla.

Los elementos de su sistema nervioso, impregnado de toxina y acostumbrado a su concurso, no puede entrar en pleno ejercicio sino bajo su influencia.

La constipación es pertinaz; las noches son terribles. Si llega a cerrar los ojos, despierta bajo la influencia de pesadillas horrorosas, acompañadas de alucinaciones.

Los Fenómenos de la Abstinencia.

Privado del alcaloide, el toxicómano experimenta todas las sensaciones del hombre que sufre o se muere de sed; son los llamados fenómenos de abstinencia que tanto perturban a estos enfermos y que son tan dolorosos.

Paulatinamente se hace abúlico e inquieto; su atención se pierde, renuncia a sus tareas



Cocainómana y morfinómana atendida varias veces en la Asistencia Pública.

habituales y presenta los signos de una irritación o de una ansiedad sin cesar creciente. Triste, decaído, oprimido, acaba en un estado de inconsciencia, y sus ojos, de mirar atónito, revelan el grado de embrutecimiento a que ha descendido.

Enfermedad sin Rescate.

Y es una enfermedad sin rescate. En el estado de semisomnolencia observan de soslayo, de tiempo en tiempo, a las personas que lo rodean con mirada atónita, que evidencian por su embrutecimiento de la cocaína o del éter, buscan en el aturdimiento de la morfina un remedio a todos sus decaimientos, a contrariedades de familia, a sus desequilibrios comerciales, industriales o de otro género.

Los Esclavos del Vicio.

Como el que, encontrándose bajo el imperio del alcoholismo, restablece por la copa de caña de la mañana sus miembros agitados por temblores involuntarios, ahuyentando lejos de sí las molestas pesadillas y las terribles alucinaciones que lo han abrumado durante toda la noche, lo mismo el toxicómano trata de calmar los movimientos desordenados de sus miembros por una nueva dosis de su medicamento que corroe su alma; es por una nueva dosis de morfina que ese nuevo desgraciado trata de combatir el triste estado que debe en parte a su debilidad de espíritu, cuando la depresión moral, unida al malestar corporal, persiste después de la eliminación de la morfina y le permite darse cuenta nuevamente de su situación desesperante y de su decrepitud, tanto moral como física; en este caso, la depresión moral es como aquella que sigue a la borrachera alcohólica; desgraciadamente los momentos durante los cuales la existencia de estos enfermos es soportable sin la influencia de la morfina o de la cocaína se hacen más y más cortos y la necesidad de recurrir a este agente se hace cada vez más imperiosa; el círculo vicioso en el cual esos individuos se mueven se estrecha pronto, al punto que les será imposible resistir mucho tiempo al mal que mina su organismo, desorbitado por el vicio.

Un Grave Error.

Quienes piensan que los morfinómanos, cocainómanos y fumadores de opio pueden solamente reclutarse en los bajos fondos sociales sufren una grave equivocación; puede que allí se hayan iniciado muchos, pero ya el mal se ha difundido, y muchos degenerados, viciosos, han llevado la toxicomanía a sus hogares, donde un estado de neuropatía congénita o adquirida ha hecho que, en terreno propicio, la enfermedad se haya localizado. Hemos podido observar toxicómanos que eran empleados, obreros (muy pocos, más obreras), profesionales (no muchos), hombres y mujeres sin ocupación que dan un gran porcentaje, y la estadística ofrece un sin fin de casos en ciertos bajos fondos sociales.

L E O P O L D O   B A R D

MI ACEITE DE OLIVAS "CONDAL"

es importado única y exclusivamente para todas aquellas personas de exquisito paladar y delicadas del estómago y no puede confundirse con la vulgaridad de los malos Aceites que se venden en plaza a fuerza de reclame.

Por esta causa fundamental es hoy el preferido del público, el que más se vende y el único insustituíble.

He aquí algunas opiniones autorizadas

acerca de las bondades del exquisito Aceite de Olivas

"CONDAL"

Dr. ELISEO CANTON
A los fines que se desean:
Certifico haber usado con muy buenos resultados el aceite marca **CONDAL**, tanto como substancia alimenticia cuanto por su acción favorable en el tratamiento de determinados procesos hepáticos.
Firmado E. CANTON.
Noviembre 5 de 1919.

Dr. LOPEZ BANCALARI
Director del Hospital Durán.
Certifico que el aceite **CONDAL** es un excelente depurativo para las afecciones del hígado, siendo su uso recomendable para los constipados.
Noviembre 5 de 1919.

Dr. ARTURO AMUCHASTEGUI
Certifico que el aceite **CONDAL** por su extraordinaria refinación, es sumamente agradable al paladar y de resultados prácticos para los enfermos del estómago e hígado.
Octubre 30 de 1919.

Dr. ANTONIO MARE.
Jefe de servicio del Hospital Muñiz.
Certifico que el aceite **CONDAL** es sumamente agradable al paladar y de resultados maravillosos para las personas que lo toman con fines curativos.
Octubre 30 de 1919.

Dr. ERCILIO RODRIGUEZ
El aceite **CONDAL** es un alimento de primer orden, particularmente recomendable por su pureza y fácil digestión a los enfermos del aparato digestivo.

Dr. MARIO FUSCHINI
Del Hospital Muñiz.
La refinación extraordinaria del aceite de oliva **CONDAL** es beneficiosa por su agradable paladar a todas aquellas personas que lo usan para fines intestinales.

Dr. AGUSTIN G. REBUFO
Certifico que el aceite **CONDAL** por su extraordinaria refinación es sumamente agradable al paladar y de resultados prácticos en los enfermos hepáticos.

Dr. F. MARCOVECHIO
El aceite **CONDAL** es perfectamente tolerado en todos los padecimientos gastro-intestinales crónicos y de inestimable valor en las afecciones del hígado de origen calculoso.
Octubre 27 de 1919.



UNICO IMPORTADOR:

FERNANDO SANJURJO

ALSINA, 1000 — Buenos Aires

U. T. 4862, Rivadavia - Coop. 230, Central

Dr. PABLO PIRATE
Médico de Policía.
El médico que subscribe certifica haber prescripto el aceite **CONDAL** en ciertas afecciones hepáticas, con resultado satisfactorio. Además, lo usa con el mismo resultado particularmente.
Marzo 10 de 1919.

Dr. LUIS U. RABUFFETTI
Del servicio de Clínica Médica del Hospital Alvear.
El aceite oliva **CONDAL** no encierra, según su análisis químico, productos nocivos, y es un producto útil en la dietética de diversas afecciones.
Octubre 23 de 1919.

Dr. M. SOBRE CASAS
Certifico que el aceite **CONDAL** no contiene substancias nocivas; según resultado de su análisis químico puede ser empleado en la alimentación.
Octubre 24 de 1919.

Dr. LUIS O. FIRPO
Certifico que el aceite **CONDAL** puro de Oliva, prescripto a los pacientes de afecciones al hígado y gastro-intestinales, en su alimento ha dado excelentes resultados.
Noviembre de 1919.

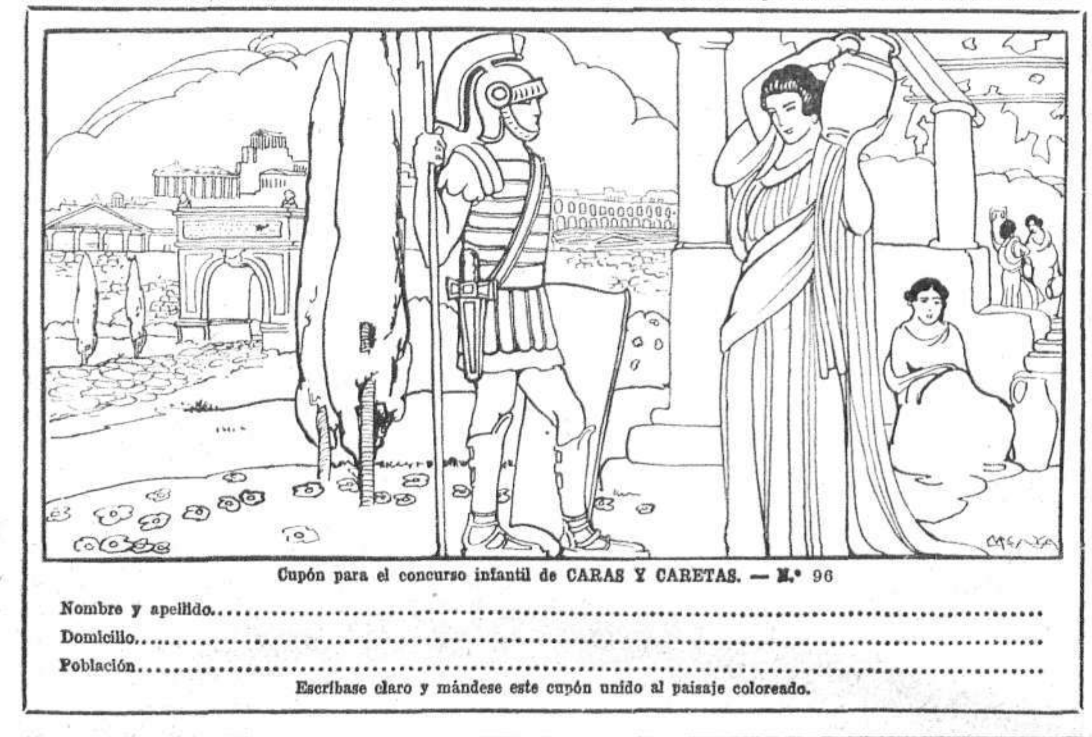
Dr. MOISES PORCEL ITURRALDE
Prosector del Hospital Alvear.
Certifico haber usado con fin terapéutico el aceite **CONDAL**, que por su análisis químico intachable y su delicado sabor lo ha hecho un eficaz coadyuvante en el tratamiento de varias afecciones internas; especialmente hepáticas e intestinales.

Dr. JUAN BOTINELLI
El médico que subscribe certifica que receta a sus enfermos afectados de tetiasis biliar y colitis el aceite de oliva **CONDAL** con buen resultado, y que por su gusto agradable y su pureza lo toman sin repugnancia.
Noviembre 1.° de 1919.

Dr. RAFAEL F. GRIGERA
Me es grato manifestarle que el aceite de oliva **CONDAL**, del cual es usted introductor, por su pureza y agradable sabor está perfectamente indicado en las personas que sufren de constipaciones crónicas y pereza funcional del hígado.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.
Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 96

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.


Señora:
Tenga usted presente que para obtener un cuerpo esbelto, elegante y distinguido debe visitar la
CASA IZQUIERDO
CARLOS PELLEGRINI, 490
y adquirir uno de sus famosos modelos de CORSE o FAJA, únicos que por su calidad y científica confección dan al cuerpo comodidad y soltura, conservando siempre la característica de belleza y distinción.
Nuestro departamento de expedición despacha en el día todo pedido que se nos confíe, siendo por nuestra cuenta los gastos de envío.
NUESTRO REGALO
"Pictorial Review" del mes de Julio de 1923
Gratis
A toda señora que nos envíe pesos 1.00 le mandaremos el molde de este precioso Tapado de gran actualidad en la medida que nos indique y, como Regalo, un ejemplar de nuestra revista de modas y literatura "Pictorial Review" (edición de lujo en colores) correspondiente al mes de Julio de 1923.
Presentamos nuestro modelo "Aurora". Preciosa faja (35 centímetros de alto) cerrada atrás, con cordones adelante, muy cómoda y práctica, confeccionada en rico tricot elástico mercerizado, y 4 ligas de seda.
$ 25.-
CASA IZQUIERDO
LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA
C. Pellegrini, 490 - Buenos Aires
Unión Telefónica 4913, Libertad

EN LA HORA DEL TE

POR
LUZ Y SOMBRA



Vestido de reps de seda azul marino con delantal y pequeño galón de perlas.

Todo el lujo, todas las ventajas que nos pudieran ofrecer las grandes confiterías de nuestra metrópoli no podrían nunca compensar, para la señora de buen gusto, esas recepciones íntimas dadas en su propia casa, con todo el confort que sólo un hogar puede ofrecer. La hora del te en otros tiempos ha sido la hora de intimidad, la de las pequeñas confidencias y de las grandes indiscreciones, la hora de la conversación animada y brillante. Cambiados los tiempos, la conversación ya no existe, ya no se sabe qué decir, los diarios lo dicen todo, y probablemente ellos son los que mataron la conversación. Hoy, en las reuniones elegantes, y en las íntimas también, se leen versos, se recitan monólogos, se canta y se bailan los bailes modernos. El te no es ya un pretexto para una hora de intimidad, sino una alta manifestación de elegancia, y como tal hay que tomarlo. Sin embargo, es hoy día más que nunca de moda convidar a las relaciones, aunque con menos frecuencia que antes, precisamente por el carácter que se va dando a estas reuniones.

Una dama veneciana ha recientemente lanzado, en Europa, una idea que ha conquistado todos los ambientes elegantes y se va abriendo camino también en las Américas. A principios de enero pasado dicha señora hizo mandar a sus relaciones siete invitaciones distintas para los siete tes que ofrecería en la temporada. Eran tes «de color», y cada invitación llevaba el color y la flor del te relativo: la rosa, la violeta, el lila, la genciana, el renúnculo de oro, el lirio y el resedá, indicando además la fecha y la hora del te.

La sala en que tendrá lugar la recepción estará decorada en armonía con la flor indicada. Ante todo, las mesitas no se usan ya altas y redondas, sino bajitas y exagonales, cubiertas por un pequeño mantel con bordado moderno para que acompañe al estilo japonés de la mesita y de los sillones de mimbre. Es conveniente que el papel de la pared sea de tono neutro y el moblaje obscuro y de línea severa si es de estilo antiguo, pero los estilos modernos pueden resultar también de un lindo efecto si sus colores no chocan con la decoración. En todo caso, para el día de la recepción se puede hacer desaparecer los muebles inoportunos, dando el sitio de honor a los pequeños muebles de te y a algunos de esos almohadones gigantes hoy de moda, pero siempre cuidando la armonía de los colores. Cada mesita tendrá su lamparita cuyos velos (abat-jour) estarán entonados con la decoración general y con la decoración floral. Tendrán, además, el jarrito de la leche, la azucarera y el platito de dulces.

No son de aconsejar los almohadones de color sobre cada silloncito, pues quitan esbeltez al conjunto y pueden desarmonizar con el moblaje. Las señoritas amigas de la dueña de casa ayudarán a ésta en la tarea de preparar esas decoraciones y en la de «servir» durante la recepción. Naturalmente, no hay aparición de mucama ninguna, todo se hace por las mismas convidadas. A una señal de la que preparó la perfumada bebida, todas las señoritas designadas acuden a la mesa central, y todas juntas salen, cada una llevando en su bandeja la tetera humeante, hacia las mesitas en flor.

Vestido de crepe de Chine verde almendra. Nótese la forma novedosa de las mangas.

Habrá, así, la «tarde violeta», la «tarde de las rosas», la «tarde de oro», etc.

La vajilla armonizará, cuanto sea posible, con el color del conjunto, o será blanca. Con el servicio indiano (tarde de oro) de cálidos colores, las telas, las cerámicas y los velos serán en color oro, y unos pocos renúnculos desfallecerán, sobre cada mesita, en su vasito bajo de metal dorado y cincelado, pequeña obra de arte.



Vestido de voile-chiffon, color "téte de négre".

Los vestidos de las concurrentes armonizarán, naturalmente, con el color de la recepción. Las señoras, al recibir la invitación — con diez días de anticipación por lo menos — saben que en la tarde de las violetas, por ejemplo, será permitido el negro y los tonos del viola obscuro para las señoras ancianas, el lila para la juventud rubia y el blanco para la morena.

La tarde de las lilas es de un efecto fantástico.

Las servilletas son de tela lila, bordadas ligeramente en blanco, las tazas del mismo color. Lilas blancas y lilas lila son como una caricia de tonos y de perfume sobre cada mesita.

El te de las rosas resulta de un encanto indescriptible e inolvidable... Grandes, inmensos vasos macizos, colocados aquí y allá, desbordando rosas, rosas, rosas...

Cuando todas las lamparitas están prendidas, se apaga la luz de la araña central.

En la íntima y suave claridad, entre los perfumes de las flores, la armonía de los colores y los discretos centelleos de las piedras preciosas, el alma sedienta vive su sueño, los ojos descansan de su inquieta rebusca de impresiones nuevas. Luego el salón volverá a ser inundado de luz y la música endiablada convidará a danzar...



Más que cualquier razón

convencerá a usted una sola prueba práctica respecto a la calidad exquisita y refinada, y a la clase notablemente superior que caracterizan al

Agua de Colonia Mendel

Esto, unido a su perfecta fabricación y a la persistencia de su perfume tan delicado como agradable, constituye el mérito propio al cual debe su éxito.

Pida usted un frasquito de muestra y se le enviará gratuitamente por correo.

PERFUMERIA MENDEL
Buenos Aires — Guardia Vieja, 4439

$ Para Vd...

Mande su dirección y recibirá gratis un manual para aprender a escribir a máquina y folletos explicativos de los cursos que enseñamos por **correspondencia.**

Tenedor de Libros, Contador Mercantil, Taquigrafía, Correspondencia, Ortografía, Caligrafía, Aritmética, Mecánico, Electricista, Dibujo, Chauffeur, Constructor, Maquinista.

Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos primeros meses de estudio.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
1059, Lavalle, 1059 - Buenos Aires

Nombre.........................

Dirección ....

Localidad...................C.C.



Enlaces



Lunati-Elizalde. — Capital.



Casanouve-Rubini. — Coronel Vidal.



Señorita Teresa Alessio con el señor Vicente Cetraro. — San Fernando.



Señorita Angela Delia Dobo con el señor Guillermo Cipriano. — Capital.



Señorita Virginia S. Granel con el señor Silvio Montenegro. — Rosario.



Estos son los Vinos que se distinguen cuando se prefieren los mejores.

BENEGAS Hnos. & Cía. Ltda.

Soc. Anón. Industrial y Comercial

744, FLORIDA, 744 — Bs. Aires

U. Telef. 1752 y 1365, Retiro

Coop. Telef. 3708, Central

Trapiche

RESERVA

TRAPICHE DERBY

TINTO

MENDOZA

De Arenaza



El señor jefe de la oficina de correos local rodeado por un grupo de niños entre los cuales ha difundido los beneficios que proporciona el Ahorra Postal.

PENSAMIENTOS

Si la democracia se inspira en la enseñanza de la razón inspirada por la fe; si precaviéndose de teorías falaces y subversivas acepta con religiosa resignación la necesaria diversidad de clases y condiciones; si en la investigación de las soluciones posibles de los problemas sociales no pierde nunca de vista las reglas de la caridad sobrehumana que Cristo declara nota característica de los suyos, en una palabra, si la democracia quiere ser cristiana, dará a vuestra patria paz, prosperidad y dicha. — *León XIII.*

Los derechos del hombre los garantizan las leyes, pero la influencia los inutiliza.

La propiedad de un país consiste no en la fuerza de sus fortalezas, ni en la belleza de sus edificios públicos, sino en el número de sus ciudadanos cultos, en sus hombres de educación, ilustración y carácter; en esto estriba su verdadero interés, su principal fuerza, su verdadero poder.

Los pensamientos son como los tapices enrollados; la reflexión los desenvuelve y los muestra al público. — *Temístocles.*

Ninguna cosa es tan útil para disponer nuestra alma a conseguir la perfecta sabiduría como las calamidades, las tentaciones y los disgustos. — *S. Juan C.*

EN LA

EXPOSICION UNIVERSAL

DE

RIO DE JANEIRO, 1922,

el popular alimento argentino

"Germinase"

en competencia con los productos similares del mundo entero,

HA OBTENIDO LA MAS ALTA RECOMPENSA:

"MEDALLA DE ORO"

ANOTAMOS complacidos ese nuevo triunfo de la Industria Nacional, representada dignamente, en este caso, por un producto que cuenta con arraigadas simpatías y ocupa un lugar preponderante en los hogares argentinos y americanos.



Baliño Hnos. & Cía.

Fundadores en la Argentina de la

INDUSTRIA DE ALIMENTOS DIETÉTICOS

1361, CALLE GALLO, 1371 — Buenos Aires

El paraje era severo, de adusta severidad. En el término del horizonte, bajo el cielo inflamado por nubes rojas, fundidas por los últimos rayos del sol, se extendía la cadena de montañas de la sierra, como una muralla azulado plomiza, coronada en la cumbre por ingentes pedruscos y veteada más abajo por blancas estrías de nieve.



El pastor y su nieto apacentaban su rebaño de cabras en el monte, en la sima del alto de las Pedrizas, donde se yergue, como gigante centinela de granito, el pico de la Corneja.

El pastor llevaba anguarina de paño amarillento sobre los hombros, zajonas de cuero en las rodillas, una montera de piel de cabra en la cabeza, y en la mano negruzca, como la garra de un águila, sostenía un cayado blanco de espino silvestre. Era hombre tosco y primitivo; sus mejillas, rugosas como la corteza de una vieja encina, estaban en parte cubiertas por la barba naciente no afeitada en varios días, blanquecina y sucia.

El zagal, rubicundo y pecoso, correteaba seguido del mastín, hacía zumbar la honda trazando círculos vertiginosos por encima de su cabeza y contestaba alegre a las voces lejanas de los pastores y de los vaqueros, con un grito estridente, como un relincho, terminando en una nota clara, larga, argentina, carcajada burlona, repetida varias veces por el eco de las montañas.

El pastor y su nieto veían desde la cumbre del monte laderas y colinas sin árboles, prados yermos, con manchas negras, redondas de los matorrales de retama y macizos violetas y morados de los tomillos y de los cantuesos en flor...

En la hondonada del monte, junto al lecho de una torrentera llena de hojas secas, crecían arbolillos de follaje verde negruzco y matas de brezo, de carrascas y de roble bajo.

Comenzaba a anochecer, corría ligera brisa; el sol iba ocultándose tras de las crestas de la montaña; sierpes y dragones rojizos nadaban por los mares de azul nacarado del cielo, y al retirarse el sol, las nubes blanqueaban y perdían sus colores, y las sierpes y los dragones se convertían en inmensos cocodrilos y gigantescos cetáceos. Los montes se arrugaban ante la vista, y los valles y las hondonadas parecían ensancharse y agrandarse a la luz tibia del crepúsculo.

Se oía a lo lejos el ruido de los cencerros de las vacas, que pasaban por la cañada, y el ladrido de los perros, el ulular del aire; y todos estos rumores, unidos a los murmullos indefinibles del campo, resonaban en la inmensa desolación del paraje como voces misteriosas nacidas de la soledad y del silencio.

— Volvamos, muchacho — dijo el pastor. — El sol se esconde.

El zagal corrió presuroso de un lado a otro, agitó sus brazos, enarboló su cayado, golpeó el suelo, dió gritos y arrojó piedras, hasta que fué reuniendo las cabras en una rinconada del monte. El viejo las puso en orden; un macho cabrío, con un gran cencerro en el cuello, se adelantó como guía, y el rebaño comenzó a bajar hacia el llano. Al destacarse el tropel de cabras sobre la hierba, parecía oleada negruzca, surcando un mar verdoso. Resonaba igual, acompasado, el alegre campanilleo de las esquilas.

— ¿Has visto, zagal, si el macho cabrío de la tía Remedios va en el rebaño? — preguntó el pastor.

— Lo vide, abuelo — repuso el muchacho.

— Hay que tener ojo con ese animal, porque malos dimoños me lleven si no le tengo malquerencia a esa bestia.

— Y eso ¿por qué vos pasa, abuelo?

— No sabes que la tía Remedios tié fama de bruja en tó el lugar.

— Y eso ¿será verdad, abuelo?

— Así lo hay dicho el sacristán la otra vegada que estuve en el lugar. Añaden que aoja a las presonas y a las bestias y que da bebedizos. Diz que la veyeron por los aires entre bandadas de culebros.

El pastor siguió contando lo que de la vieja decían en la aldea, y de este modo departiendo con su nieto, bajaron ambos por el monte, de la senda a la vereda, de la vereda al camino, hasta detenerse junto a la puerta de un cercado. Veíase desde aquí hacia abajo la gran hondonada del valle, a lo lejos brillaba la cinta de plata del río, junto a ella adivinábase la aldea envuelta en neblinas; y a poca distancia, sobre la falda de una montaña, se destacaban las ruinas del antiguo castillo de los señores del pueblo.

— Abre el zarzo, muchacho — gritó el pastor al zagal.

Este retiró los palos de la talanquera, y las cabras comenzaron a pasar por la puerta del cercado, estrujándose unas con otras. Asustóse en esto uno de los animales, y apartándose del camino, echó a correr monte abajo velozmente.

— ¡Recontra! Es el chivo de la tía Remedios — dijo el zagal.

— Corre, corre tras él, muchacho — gritó el viejo. Y luego azuzó al mastín, para que persiguiera al animal huído.

— Anda, Lobo. Ves a buscallo.

El mastín lanzó un ladrido sordo, y partió como una flecha.

— ¡Anda! ¡Alcánzale! — siguió gritando el pastor. — Anda ahí.

El macho cabrío saltaba de piedra en piedra como una pelota de goma; a veces se volvía a mirar para atrás, alto, erguido, con sus lanas negras y su gran perilla diabólica. Se escondía entre los matorrales de zarza y de retama, e iba haciendo cabriolas y dando saltos.

El perro iba tras él, ganaba terreno con dificultad; el zagal seguía a los dos, comprendiendo que la persecución había de concluir pronto; pues la parte abrupta del monte terminaba a poca distancia en un descampado en cuesta. Al llegar allí, vió el zagal al macho cabrío, que corría desesperadamente perseguido por el perro; luego le vió acercarse sobre un montón de rocas y desaparecer entre ellas. Había cerca de las rocas una cueva que, según algunos, era muy profunda, y sospechando que el animal se habría caído allí, el muchacho se asomó a mirar por la boca de la caverna. Sobre un rellano de la pared de ésta, cubierto de matas, estaba el macho cabrío.

El zagal intentó agarrarle por un cuerno, tendiéndose de bruces al borde de la cavidad; pero, viendo lo imposible del intento, volvió al lugar donde se hallaba el pastor y le contó lo sucedido.

— ¡Maldita bestia! — murmuró el viejo. — Agora volveremos, zagal. Habemos primero de meter el rebaño en el redil.

Encerraron entre los dos las cabras, y después de hecho esto, el pastor y su nieto bajaron hacia el descampado y se acercaron al borde de la sima...

El chivo seguía de pie sobre las matas. El perro le ladraba desde fuera sordamente.

— Dadme vos la mano, abuelo. Yo me abajaré — dijo el zagal.

— Cuidiao, muchacho. Tengo gran miedo de que te vayas a caer.

— Descuidad vos, abuelo.

El zagal apartó las malezas de la boca de la cueva, se sentó a la orilla, dió a pulso una vuelta, hasta sostenerse con las manos en el borde mismo de la oquedad, y resbaló con los pies por la pared de la misma, hasta afianzarlos en uno de los tajos salientes de su entrada. Empuñó el cuerno de la bestia con una mano y tiró de él. El animal, al al verse agarrado, dió tan tremenda sacudida hacia tras, que perdió sus pies; cayó, y en su caída arrastró al muchacho al fondo del abismo. No se oyó ni un grito, ni una queja, ni el rumor más leve.

El viejo se asomó a la boca de la caverna.

— ¡Zagal, zagal! — gritó con desesperación.— Nada, no se oía nada.

— ¡Zagal! ¡Zagal!

Parecía oírse, mezclado con el murmullo del viento, un balido doloroso, que subía desde el fondo de la caverna.

Loco, trastornado, durante algunos instantes, el pastor vacilaba en tomar una resolución; luego se le ocurrió pedir socorro a los demás cabreros, y echó a correr hacia el castillo.

Este parecía hallarse a un paso; pero estaba a media hora de camino, aun marchando a campo traviesa; era un castillo ojival derruído, se levantaba sobre el descampado de un monte; la penumbra ocultaba su devastación y su ruina, y en el ambiente del crepúsculo parecía erguirse y tomar proporciones fantásticas.

El viejo caminaba jadeante. Iba avanzando la noche; el cielo se llenaba de estrellas; un lucero brillaba con su luz de plata por encima de un monte, dulce y soñadora pupila que contemplaba el valle.

El viejo, al llegar junto al castillo, subió a él por una estrecha calzada; atravesó la derruída escarpa, y por la gótica puerta entró en un patio lleno de escombros, formado por cuatro paredones agrietados, únicos restos de la antigua mansión señorial.

En el hueco de la escalera de la torre, dentro de un cobertizo hecho con estacas y paja, se veían, a la luz de un candil humeante, diez o doce hombres, rústicos pastores y cabreros, agrupados en derredor de unos cuantos tizones encendidos.

El viejo, balbuceando, les contó lo que había pasado. Levantáronse los hombres, cogió uno de ellos una soga del suelo y salieron del castillo. Dirigidos por el viejo, fueron camino del descampado, en donde se hallaba la cueva.

La coincidencia de ser el macho cabrío de la vieja hechicera el que había arrastrado al zagal al fondo de la cueva, tomaba en la imaginación de los cabreros grandes y extrañas proporciones.

— Y si esa bestia fuera el dimoño — dijo uno.

— Bien podría ser — repuso otro.

Todos se miraron, espantados.

Se había levantado la luna; densas nubes negras, como rebaño de seres monstruosos, corrían por el cielo; oíase alborotado rumor de esquilas; brillaban en la lejanía las hogueras de los pastores.

Llegaron al descampado, y fueron acercándose a la sima, con el corazón palpitante. Encendió uno de ellos un brazado de ramas secas y lo asomó a la boca de la caverna. El fuego iluminó las paredes erizadas de tajos y de pedruscos; una nube de murciélagos despavoridos se levantó y comenzó a revolotear en el aire.

— ¿Quién abaja? — preguntó el pastor con voz apagada.

Todos vacilaron, hasta que uno de los mozos indicó que bajaría él, ya que nadie se prestaba. Se ató la soga por la cintura, le dieron una antorcha encendida de ramas de abeto, que cogió de una mano, se acercó a la sima y desapareció en ella. Los de arriba fueron bajándole poco a poco; la caverna debía ser muy honda, porque se largaba cuerda, sin que el mozo diera señal de haber llegado.

De repente la cuerda se agitó bruscamente, oyéronse gritos en el fondo del agujero, comenzaron los de arriba a tirar de la soga y subieron al mozo, más muerto que vivo. La antorcha en su mano estaba apagada.

— ¿Qué viste? ¿Qué viste? — le preguntaron todos.

— Vide al diablo, todo vermeyo, todo vermeyo.

El terror de éste se comunicó a los demás cabreros.

— No abaja nadie — murmuró desolado el pastor. — ¿Vais a dejar morir al pobre zagal?

— Ved, abuelo, que esta es una cueva del dimoño — dijo uno. — Abajad vos, si queréis.

El viejo se ató, decidido, la cuerda a la cintura y se acercó al borde del negro agujero.

Oyóse en aquel momento un murmullo vago y lejano, como la voz de un ser sobrenatural. Las piernas del viejo vacilaron.

— No me atrevo... Yo tampoco me atrevo — dijo; — y comenzó a sollozar amargamente.

Los cabreros, silenciosos, miraban sombríos al viejo. Al paso de los rebaños hacia la aldea, los pastores que les guardaban acercábanse al grupo formado alrededor de la sima, y al enterarse de lo ocurrido, rezaban en silencio, se persignaban varias veces, y seguían su camino hacia el pueblo.

Se habían reunido junto a los pastores mujeres y hombres, que cuchicheaban comentando el suceso. Llenos todos de curiosidad, miraban la boca negra de la caverna, y, absortos, oían el murmullo que escapaba de ella, vago lejano y misterioso.

Iba entrando la noche. La gente permanecía allí, presa aún de la mayor curiosidad.

Oyóse de pronto el sonido de una campanilla, y la gente se dirigió hacia un lugar alto para ver lo que era. Vieron al cura del pueblo, que ascendía por el monte acompañado del sacristán, a la luz de un farol que llevaba este último. Un cabrero les había encontrado en el camino, y les contó lo que pasaba.

Al ver al viático, los hombres y las mujeres encendieron antorchas y se arrodillaron todos. A la luz sangrienta de las teas se vió al sacerdote acercarse hacia el abismo. El viejo pastor lloraba con un hipo convulsivo. Con la cabeza inclinada hacia el pecho, el cura empezó a rezar el oficio de difuntos; contestábanle murmurando a coro hombres y mujeres una triste salmodia; chisporroteaban y crepitaban las teas humeantes, y a veces, en un momento de silencio, se oía el quejido misterioso que escapaba de la cueva, vago y lejano.

Concluídas las oraciones, el cura se retiró, y tras de él las mujeres y los hombres, que iban sosteniendo al viejo para alejarle de aquel lugar maldito.

* * *

Y en tres días y en tres noches se oyeron lamentos y quejidos, vagos, lejanos y misteriosos, que salían del fondo de la sima.

PIO BAROJA

DIBUJO DE AGELO

De El Triunfo (F. C. O.)



Miembros de la comisión administradora de la Cooperativa de Consumo Agrícola y Ganadera de Lincoln que asistieron al almuerzo campestre dado por dicha institución en la quinta del señor R. Sequeiro.

UNA GRAN SOPRANO RECUPERA SU VOZ DESPUÉS DE CINCO AÑOS DE CONSTANTE SILENCIO

Una de las figuras dramáticas del mundo lírico es, sin duda alguna, Lucrecia Bori, porque la voz que había perdido fué recuperada más tarde, y actualmente esta artista canta con la misma gracia y fluidez de antes. Desde su aparición en Roma, en el papel de Micaela de la ópera «Carmen», la Bori obtuvo éxitos continuos en Europa, después en la América del Sur y más tarde en los Estados Unidos. Repentinamente su voz maravillosa de maga desapareció casi por completo.

La Bori estuvo siempre convencida de que un día feliz recuperaría su voz, y siempre insistió en que volvería a cantar ante el público que tan justamente la había aclamado. Por espacio de cinco años la Bori no perdió nunca la esperanza, y después de muchos meses de soledad y silencio, durante los cuales hasta le fué prohibido hablar en voz baja, pudo tararear un poco, y luego entonar gradualmente una nota tras otra. Los meses se convirtieron en años, pero, por fin, vino el día en que la Bori volvió a ser una de las primeras cantantes del mundo. La voz de oro de esta artista no sólo fué recuperada en todo su esplendor sino que, debido a los cinco años de descanso forzado, sus exquisitas notas han ganado en fuerza y expresión. La encantadora artista ha vuelto a saborear las delicias inefables del éxito, presentándose nuevamente en la escena lírica que un día triste se vió obligada a abandonar con el corazón transido por el más acerbo dolor.



En nuestro gran surtido de alhajas encontrará usted el modelo de su preferencia a precios de verdadera ocasión.

PRECIOSA PULSERA de plata platinada, forma de gran fantasía, modelo de última moda, con zafiros y diamantes del Brasil, a........................... $ **30.—**

GEMELOS reforzados en oro 18 kilates Fix, garantidos por 20 años, $ **9.—**

ANILLO reforzado en oro 18 kilates Fix, con monograma en esmalte, garantido por 20 años, a pesos....... **12.—**

RIQUISIMO PAR DE AROS de plata platinada, ganchos de oro garantido, con zafiros y brillantes del Brasil, $ **22.—**

AROS DE ULTIMA MODA, en plata platinada, ganchos de oro garantidos, con brillantes y zafiro símili. **Precio de reclame,** pesos....... **16.—**



AROS alta fantasía en plata platinada, ganchos de oro garantido, con zafiros y brillantes del Brasil, a....... $ **24.—**

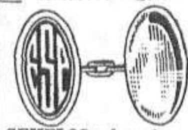
AROS de plata platinada, ganchos de oro garantido, con topacios, zafiros o brillantes negros del Brasil, a pesos...... **20.—**

FINISIMOS AROS última creación, en plata 900 con perlas macizas reconstituídas AFRHODITE, garantidas, inalterables, a pesos......... **8.—**



ANILLO macizo de plata 900, con nombre grabado en esmalte, a........... $ **5.50**
El mismo, en oro 18 kilates, a.... $ **18.—**

En pago aceptamos figuritas de cigarrillos a pesos 0.02 cada una



GEMELOS reforzados en oro 18 kilates Fix, garantidos por 20 años, con su monograma en esmalte, a pesos.......... **12.—**

LA ARGENTINA
GRAN JOYERIA M. CASAL
440 Bdo. de Irigoyen 454



Mejore su apariencia

Williams proporciona a su cutis el cuidado necesario para su mejor presencia. Uselo regularmente y verá cuan suave y confortable se encuentra su rostro.

Nunca mejor que ahora

Uno de los ingredientes del Jabón Williams es de un valor importantísimo, pues evita las irritaciones del cutis haciendo la acción de afeitarse sencilla y agradable.

Su espuma abundante y cremosa no se seca en la cara, permitiendo que la navaja corte la barba más rebelde con entera facilidad.

El que se afeita una vez con Jabón Williams adquiere la costumbre de afeitarse diariamente



Venta en todas partes.



MAYON Ltda., Agentes de J. B. WILLIAMS Co.

Enlaces



Señorita Anita Linares con el señor Bartolomé Charo. — Tortugas.



Bravo-Florido. — Lincoln.



Señorita Delia Fidalgo con el ingeniero Antonio Escauriza. — Rosario.



Señorita Fernanda Rodoni con el señor Antonio Celleria. — Bayauca.



Bressan-Lafargu. — Rosario.



L'HOMME CHIC

ne porte que les

TIRANTES CH. GUYOT

LA PRIMERA MARCA DEL MUNDO

Rechácense las imitaciones.

En casos de

SOBREPRODUCCION

de ACIDO URICO

con eliminación defectuosa la

Salvitae

es preferible a otros remedios, porque no causa ninguna irritación o malestar, ni debilita el organismo, aún con administración continuada.

De venta en todas las Farmacias.

Dep.: ILLA & Co., Maipú, 73. Bs. Aires

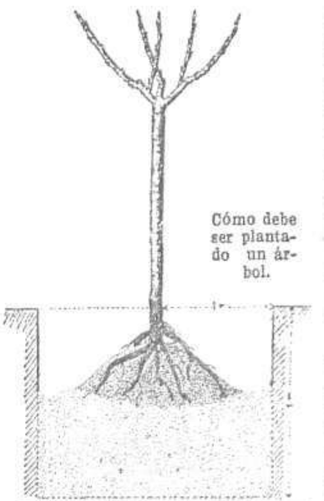
Si no puede usted obtener la SALVITAE en la farmacia donde se surte, le mandaremos un frasco por correo, franco de porte, al recibo de $ 3.60 m/l.

AGRICULTURA

LA TAREA MAYOR DEL MES: PLANTACION DE ARBOLES

Aunque en el territorio de la república se pueden plantar árboles desde mayo hasta septiembre, según las diversas zonas, la época actual, el mes en curso, es la más adecuada para esta operación, estando las plantas en estado de reposo absoluto y por tanto en las mejores condiciones para el transplante desde los viveros hasta su lugar definitivo.

Efectivamente, vemos que en todas partes se plantan árboles: en las quintas, para reponer los frutales muertos y para ensanchar nuevas zonas de producción; en las estancias, para la formación de montes de abrigo para las haciendas o de parques de adorno y ornamentación, y en las chacras, para montes de leña.


Cómo debe ser plantado un árbol.

Pero aun así, no tenemos suficiente producción frutal y forestal adecuada para satisfacer las necesidades de nuestro país y sus habitantes; el cultivo de árboles frutales encuentra en todo el territorio de la república condiciones inmejorables para su rápido y provechoso desarrollo: en Tucumán, con especialidad los naranjos; en Córdoba, los higos; en el Chaco y Formosa, los bananos; en Mendoza y San Juan, las nueces; en el delta paranaense, toda clase de frutas; y esto no obstante, importamos naranjas del Paraguay, nueces de Chile, bananas del Brasil, pasas de España, castañas y avellanas de Italia; y respecto de la producción forestal, aunque tenemos casi medio millón de kilómetros cuadrados de territorio cubierto de bosques naturales, importamos madera de Estados Unidos y Europa y tenemos la pampa extensa desnuda y desprovista completamente de arboledas.

Debemos, pues, plantar árboles, muchos árboles, frutales y forestales, para satisfacer el consumo y para mejorar las condiciones de vida de los habitantes de la campaña; toda casa de campo, ya sea de propietario o arrendatario o medianero, deberá estar provista de quinta frutal y de monte para leña, pues la arboleda arraiga al hombre y lo vincula a la tierra que explota y cultiva; es elemento de cultura y de progreso, de bienestar y de salud; y es, en fin, fuente de recursos inagotables y valiosos para los individuos y para las naciones.

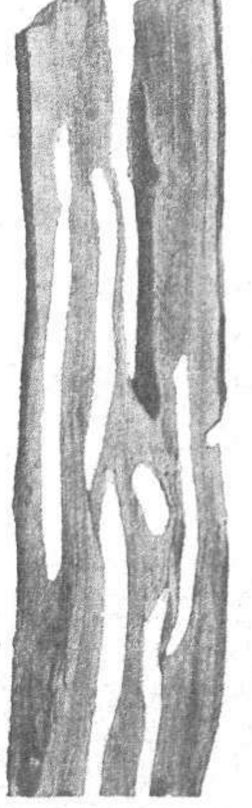
INSECTOS NOCIVOS: LOS TALADROS

Otra plaga de las más difundidas en nuestras quintas frutales, y podríase decir en casi toda la república, es la de los taladros y taladrillos, así denominados según su mayor o menor tamaño, pues los hay del diámetro de un lápiz y de diez centímetros de largo, hasta de un milímetro de espesor.

Existen numerosas especies de estos insectos, cuya evolución completa puede durar desde varios meses hasta dos y tres años; es en estado de larva o gusano que hacen mayores daños a las plantas; estas larvas son de color blanquecino, amarillento, con cabeza de mayor diámetro que el cuerpo, provista de fuertes mandíbulas; las de los taladros grandes perforan o agujerean las ramas mayores y el tronco de los árboles en sentido longitudinal, excavando galerías numerosas y largas, que comunican a veces unas con otras; algunas especies van obturando las galerías con sus excrementos a medida que avanzan; otras, en cambio, los eliminan, junto con el aserrín que producen, por agujeros laterales que abren a cada tanto y que son los que denuncian su presencia; los taladrillos, en cambio, hacen sus galerías debajo de la corteza de los árboles que atacan, entre ésta y la madera; las perforaciones que los denuncian son de diámetro muy pequeño: apenas un milímetro.

Los frutales más atacados son los durazneros, los damascos, los ciruelos, los perales y los manzanos, y también algunos forestales como las casuarinas y los eucaliptos.

Se comprende que las plantas atacadas por estos insectos en sus troncos y ramas principales, se debilitan, sus funciones vegetativas quedan alteradas y mueren y se secan en pocos años.


Galerías en el tronco de un árbol hechas por el taladro.

Los medios para combatir estos insectos resultan, en la práctica, un tanto débiles en cuanto a sus efectos, porque se nota su presencia solamente cuando el daño está hecho; como medio preventivo debe efectuarse durante el invierno el raspaje del tronco de los árboles para limpiarlos de toda corteza seca y levantada y mantenerlos limpios y lisos, pues se evita así que las hembras depositen en ella sus huevos, y se pintará después el tronco y ramas gruesas con lechada de cal y acaroína; para combatir las larvas en sus galerías se aconseja echar en los agujeros superiores de las mismas y por medio de una alcuza, agua hirviendo, o bien sulfuro de carbono, tapando luego todos los agujeros con bosta y arcilla o tierra; este gas, que es volátil y venenoso, difundiéndose por las galerías, matará las larvas; se tendrá cuidado de podar toda rama atacada por los taladros o taladrillos; y en fin, se deberá cortar y quemar todo árbol viejo o seco atacado por estos insectos, conservando las plantaciones limpias y en buen estado vegetativo mediante las buenas prácticas culturales para que los árboles se mantengan fuertes y resistentes a los ataques de estas plagas y otras enfermedades que de las mismas derivan.

HUGO MIATELLO,
ING. AGRÓN.

Especialidades de la Casa América



Cuerdas para toda clase de instrumentos. Pidan Catálogo N.º 30.

Buena comisión a Revendedores.

VIOLINES FINOS

Modelo STRADIVARIUS

Fabricación esmerada, sonoridad incomparable.

N.º 4100 bis. —**Violín** tipo «Conservatorio», completo, con estuche, arco y pez, a $ 33.—

N.º 4101 bis. — **Violín** de orquesta, completo, con estuche, arco y pez, a... $ 38.—

N.º 4102 bis. — **Violín** de salón, completo, con estuche, arco y pez, a $ **45.50**

N.º 4103 bis. — **Violín** de gran orquesta, completo, con estuche, arco y pez, a $ **53.—**

Otros modelos desde **$ 25.** Solicite gran catálogo ilustrado N.º 24, enviando $ 0.20 en estampillas. (Embalaje gratis).

CUERDAS ARMONICAS

Con el fin de dar a conocer nuestras cuerdas insuperables, hacemos por un tiempo limitado las siguientes ofertas, porte pago a cualquier punto:

Encordado fino, para estudio..................	$ **1.90**
Encordado extra, para concierto, con 4.ª de plata	» **2.60**
Encordado «**Concertola**» gran concierto, 4.ª de plata	» **3.40**
Comprando los tres encordados en una sola vez...	» **7.50**

Nuestras CUERDAS ARMONICAS darán doble valor a su guitarra.

Pídanos un encordado de ensayo y se convencerá. Oferta extraordinaria por un tiempo limitado.

Encordado Tripa Romana impermeable «Colorada», con bordonas de seda amarilla, a...... $ **2.70**

Encordado Tripa Romana impermeable «Amarilla», con bordonas seda violeta, a.. $ **3.60**

Encordado Tripa Romana «Concertola», con bordona, seda violeta, a...... $ **4.20**

Por los tres encordados juntos cobramos solamente $ **10.—** Porte pago a cualquier punto de la República.

Cuerdas para toda clase de instrumentos.

Pidan Catálogo N.º 30.

Buena comisión a Revendedores.

GUITARRAS "AMERICA"

Aun mantenemos nuestras ofertas especiales.

N.º 3013. — En cedro, con mosaico..............	$ 12.50
N.º 3015. — Modelo fino, en nogal, con cenefa.....	» 17.—
N.º 3002. — En nogal con incrustaciones de nácar..	» 25.—
N.º 3021. — Guitarra de concierto................	» 36.—

Solicite gran Catálogo ilustrado N.º 23, enviando $ 0.20 en estampillas.

APARECIO EL

NUEVO METODO "AMERICA" Para aprender a tocar el ACORDEON por cifra, sin necesidad de maestro, conteniendo una colección de piezas fáciles.

OFRECEMOS POR TIEMPO LIMITADO este precioso ACORDEON de 8 bajos y 19 voces, con el nuevo método y embalaje gratis, por sólo

$18

El método solo, $ 1.50. Grandioso surtido de **Acordeones a piano, semitonados** y **cromáticos**, exclusivamente artículos finos modelos de **"STRADELLA"**, y **Bandoneones Alemanes**, que ofrecemos a precios de verdadera oportunidad.

Solicite catálogo ilustrado N.º 26, enviando $ 0.20 en estampillas.

N.º 101

Regio GRAFOFONO

AMERICA

con gran corneta amplificadora del sonido. Motor Suizo, sólido y silencioso, membrana doble con goma aisladora. Nuestra gran oferta extraordinaria:

$49.50

con seis piezas, 200 púas y embalaje gratis.

Otros modelos de Grafófonos y Concertolas, desde ... **$ 35.00**

Solicite gran Catálogo ilustrado N.º 21.

DISCOS:

Siempre Grandes Novedades en Bailables Nacionales y Extranjeros, Cantos populares, Operas, Música Clásica, etc., etc. Ya apareció el suplemento N.º 19, de Junio. Solicítelo. Gran catálogo general de discos remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas.

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

Av. de Mayo 979 BUENOS AIRES

No tenemos Sucursales. No cerramos los Sábados.

De Chivilcoy

Ecos de la catástrofe cuya nota gráfica publicamos en el número anterior. Nómina y retratos de algunas de las víctimas.



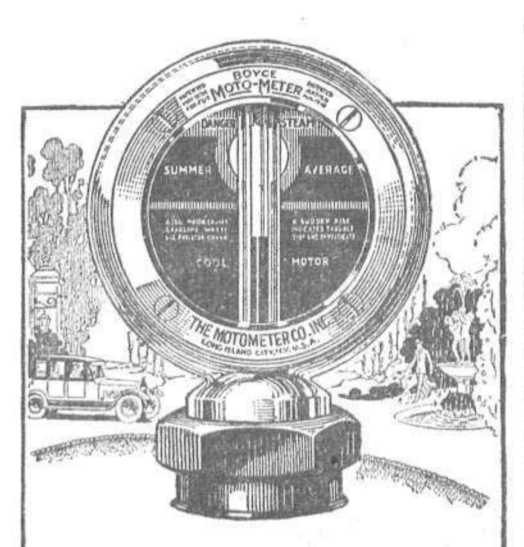
Señor Luis B. Galli, muerto. — Señor Lorenzo Ibarra, herido. — Señor José Bardi, herido. — Señor Ernesto González, herido. — Señor José Pico, herido.







Señor Joaquín Alvarez, herido. — Señor Carlos Barrone, herido. — Señor Antonio Barrone, herido. — José Barrone, herido. — Señor Nicolás Barrone, herido.



EL Boyce Moto-Meter es un indicador indispensable de la temperatura del motor. Es un medidor, que *sin fallar*, descubre daños en el motor, diez o quince minutos antes de que el chofer mas experimentado los pueda descubrir.

El Boyce Moto-Meter evita el desgaste prematuro, los cojinetes y cilindros quemados, las válvulas combadas y los émbolos dañados. Inmediatamente indica la correa rota en el ventilador, radiadores con fugas y otros daños.

El Boyce Moto-Meter aumenta la vida de su motor en *miles de kilómetros*. A la primera indicación de demasiado calentamiento, la ancha columna de líquido rojo sube hasta la señal de peligro indicando que hay que detenerse e investigar.

El Boyce Moto-Meter indica cuando un motor frío e ineficiente desperdicia combustible y trabaja forzadamente en cada revolución.

Si Ud. usa un Boyce Moto-Meter en su automóvil, y observa su motor, Ud. nunca volverá a usar su automóvil sin él

THE MOTO-METER COMPANY, INC.
LONG ISLAND CITY, L. I., E. U. A.





Partes de Enlace
e Impresos
de Carácter Social



Nuestra constante dedicación a tales Impresos nos permite asegurarle que ninguna Imprenta como la de LUIS L. GOTELLI, Cangallo, 828, entre Suipacha y Esmeralda, presentará a usted con mayor lujo cualquier Impreso que se le encargue. Perfección insuperable en

Participaciones de Enlace
Participaciones de Nacimiento
Menús
Invitaciones
Papel y Sobres para correspondencia
Tarjetas Timbradas
Tarjetas Litografiadas
Tarjetas Impresas, etc.
Timbrados en general.

Como propaganda. Remitimos al interior muestras y precios de un rico papel y sobres de fantasía, con monograma en relieve o sin él, en cinco colores distintos.

También remitimos muestras de Partes de Enlace con sus precios.



PAPELERIA E IMPRENTA COMERCIAL Y DE LUJO
LUIS L. GOTELLI
CANGALLO, 828, entre Suipacha y Esmeralda
BUENOS AIRES



LA CLUECA

AQUELLA tarde, la clueca se había recogido al gallinero más temprano que de costumbre. Detrás de ella, semejantes a doce ovillitos de oro moviéndose como por milagro, los doce hijos habían seguido a la madre, y allá adentro, cada uno con la mayor dificultad, se habían encaramado en el viejo cesto de paja que les servía de cama, cobijándose lo mejor que pudieron bajo el ala materna.

Ellos mismos, los pequeñuelos, se habían extrañado de recogerse tan pronto aquella tarde; pero acá fuera, el bando de las otras gallinas atribuía eso a enfermedad de la clueca, porque la pobre, con su pepita, les daba lástima con aquel sufrimiento tan grande. Un poco aterradas, habían asistido, hacia tres días, a la operación que la clueca había sufrido, y que algunas de ellas, en aquella grey, sabían que era muy dolorosa. La pluma que le clavara en el pescuezo la vieja que cuidaba de ellas había sido lo mismo que nada, y si mal estaba, peor quedó la pobre. Todavía traía aquella pluma, pero casi seca, porque no echaba nada, y mientras tanto, sin hacerle bien, la afligía como si fuese un estigma... tanto o más que la propia enfermedad...

Por eso se había recogido pronto la clueca, dejando afuera, en el corral, gozando todavía del resto de la tarde, al bando de las compañeras.

¡Ay, esas sí que eran felices! Por el agujero del gallinero oíalas ahora cacarear, y no tardaría en venir el maíz de la caída de la tarde, que la vieja traía todos los días para ellas en su mandil, alegrando con el placer de costumbre cuando, por causa de un grano, había a veces riñas entre todas, el bando de las compañeras...

Sólo ella, enferma, casi que no sabía ya lo que era comer, y aquella misma tarde, muerta de sed, había envidiado la gota de agua que uno u otro de sus polluelos, bebiendo en la cazuela, dejaba, después de hartarse, caer del pico como una perla.

Pero ella, ni comer ni beber porque era muy grande la pepita y no podía. Y por lo que hace a cacarear, ni lo bastante para que la oyesen los hijos, para amonestarlos, para dirigirlos, cuanto más para una de esas tiradas que en otro tiempo le habían hecho, al romper la mañana, su fama de cantarina. Los gallos que ella apasionara los celos en que había hecho arder a tantas rivales, altercados, intrigas, combates, ¡qué lejos estaba todo eso ahora! En los bebederos, ella misma se había enamorado muchas veces de su figura esbelta; si no lo hubiese adivinado ya en la devoción de los gallos, de tantos como la habían amado, y que al clarear las mañanas, todos los días, le declaraban su amor desde los gallineros de alrededor, lo habría adivinado, en la envidia de las otras, ese prestigio mágico de su belleza...

A cierto gallo, sobre todo, ya viejo, y como ella ahora, ya también sin entusiasmos, se diría que lo había hechizado; y ahora mismo, viéndola recoger temprano con su nidada, ese viejo y torpe apasionado (pero hermoso, aun así, en su justa decrepitud), no había tardado en recogerse también. Sutil, había pasado, habíase sumido en el fondo en la sombra densa y levantando un vuelo pesado, habíale sentido posarse donde pasaba las noches, en un palo de un rincón del gallinero. Cansancio quizá de la vida, quizá enfermedad también, ¿quién le decía a ella, no obstante, que él no se había recogido porque la veía recogerse, porque la veía enferma, por un impulso de compasión que era ahora, tal vez, como la agonía de su viejo amor?

Por lo que hacía a sus compañeras, las de su generación, eran ya pocas, y ésas, como ella misma, con más recuerdos de la mocedad que recordadas; y en cuanto a las jóvenes, a muchas las había ella criado, y, sobre todo, no era ya de ella de quien tenían celos...

Además, ella era buena compañera, y quitando algunos prontos de genio por amor de los hijos, si tenía que protegerlos o si los mó-

lestaban, hasta en el comedero era moderada, y en el bebedero, y muchos pollitos de otras gallinas la querían como si fuese abuela, y a los pollos, alguna que otra vez, por la mañana, los enseñaba ella misma a cacarear.

¡Ah, pero esos buenos tiempos habían pasado! Ya había empollado aquella nidada con poca salud, y sorprendiéndose a veces sin paciencia para aguantar a los hijos, ignoraba si sería por eso o si por verla quizá enferma por lo que ellos mismos, pobrecillos, parecían a veces también enfermos.

... Y, sin embargo, ellos se habían cobijado todos lo mejor posible debajo del ala materna; y aunque muy enferma, era feliz por tener tan caliente a sus pequeñuelos, y ahora, de seguro, todos dormían, y tal vez soñaban...

* * *

Al anochecer, las gallinas todas habíanse ya recogido, y alguien había tapado por fuera, con una piedra, la entrada del gallinero. Ese alguien había ido a verla un instante mientras las otras comían; pero se había retirado muy triste, y ahora, en la casi obscuridad del gallinero habíase establecido poco a poco el silencio, y por fin ya no se veía nada.

Pasaba el tiempo; pero la clueca no podía dormir, y oprimida por una carraspera tenaz, afligíala, más que la enfermedad, ora la inmovilidad en que se encontraba por amor de sus pequeñuelos, ora esos estremecimientos irreprimibles de todo el cuerpo cuando la sacudía algún acceso más fuerte.

¡Estaba, pues, muy enferma, y tal vez iba a morir! Y, sin embargo, había sido toda su vida muy servicial para merecer aquella suerte, un sufrimiento de aquellos; y ese mismo nombre de clueca, muy parecido, después de todo, a un mote, le venía de las muchas nidadas que había sacado, cada una de las cuales — ¡y no tenían cuenta! — le había costado una enfermedad. Fiebre, que era lumbre en esas tres semanas de incubación, tantas veces repetidas; y después, en las convalecencias, esos mil cuidados con sus pequeñuelos, para alimentarlos, para cuidarlos, para enseñarlos...

Episodios, también los tenía su biografía, y algunos de ellos muy heroicos, y tristezas, esas no tenían cuenta. ¡Cierto huevo de pata que ella había incubado, había echado afuera a un monstruo; y aquella vez que lo vió entrar en el río — temblando por él como por un hijo, aunque la naturaleza le dijese que no lo era, — iba matándola el susto, ante la idea de que se le ahogaba! Después, cuando le vió nadar, ¡qué alegría!

Otro se le ahogó otra vez; pero ese era bien hijo suyo. Descuido; se fué a beber a la pila, y allí se quedó; y ella, entretenida con los demás, cuando le buscó y le halló muerto, por poco se vuelve loca de dolor.

Las querellas con las vecinas eran a todas horas, si acudían a lo que andaba picoteando para ella y para los suyos; y ahora, cerca ya de expirar, pesábale en la memoria una gran culpa: aquel picotazo feroz con que había matado a un pollito ajeno una vez en que el pobrecito, también tenía enferma a su madre, vino, humilde, a picarle en el pecho en busca de un grano, guardado allí como en un granero, para los que eran suyos. De eso pediría ella perdón a Dios; y aun eso no fué, en verdad, queriendo, y se redimió de ello, por la vida adelante, con mucha obra de caridad.

Por otra parte, había cumplido en su vida todos sus deberes, y muchas veces, muchas, había dejado incluso de comer, para que los suyos no tuviesen hambre. Si se le extraviaban, los buscaba, y uno que no apareció una vez le exacerbó más, para toda la vida, su odio a los gatos, a quienes trató siempre, desde ese día, como a enemigos, y de eso no se arrepentía.

Las mojaduras que había cogido en el campo, con sus hijuelos abrigados bajo las alas, se diría hasta que le sabían bien; y si se le erizaban las plumas y arrastraba las alas, a la vista de ciertos perros, era porque había oído que algunos eran traicioneros y comilones; pero había vivido en paz con la mayoría.

En suma, para defender a sus hijitos no había huído nunca ni aun del hombre, y a algunos se había echado con pico y uñas, y por lo que hace a las raposas, muchas la habían conocido, aunque de lejos...

* * *

¡Pero lo que no mejoraba, pobrecilla, era su pepita! ¡Cansada ya de sufrir, encima de eso se sentía peor con el frío de la noche! No tardarían en cantar los gallos, y sentía que el rum-rum de la pepita y los accesos que tenía a veces, y que parecían tos, no habían dejado pegar los ojos, allá encima, al compañero... Mala noche también para sus pequeñuelos; pero menos mal que los inocentes, cansados y mal comidos, engañaban el hambre con el sueño, que era fatiga...

Mientras tanto, durante la noche le entró un temblor de frío. La pepita la sofocaba, y ella sentía ya, uno por aquí, otro por allá, moverse inquietos a sus pequeñuelos. Todavía no había amanecido; pero allá fuera, esparcidos, oíase ya cantar a los gallos. ¿Qué había sido de su fuerza? ¿Qué había sido de su alegría, que ningún encanto tenía ya para ella esa madrugada?... Pobrecilla, el frío se apoderaba de ella; y unos debajo de un ala, y otros debajo de la otra, algunos desabrigados ya, sentía a los hijuelos temblar de frío, muy inquietos, en la obscuridad, todavía cerrada...

—¡Ah, si al menos naciese el día!

Pero he aquí que le sobrevenían algunas intermitencias en los sentidos. No dormía, de seguro; aquello no era sueño; pero ya se le apagaba la memoria; desvanecíale la luz del instinto, y poco a poco ya no sentía nada. Inerte instantes después, y, por fin (¡cantó el gallo de su palo!), le vino un espasmo y cayó en la muerte...

En ese momento aclaraba la mañana, y sobre el cuerpo tibio de la madre, que en la propia muerte permanecía dócil, se acurrucaban ahora, piando, los pobre polluelos.

TRINIDADE COELHO

DIBUJOS DE BONOMI



De Maipú

Comisión directiva de la Asociación Damas de Beneficencia recientemente instituida en esta localidad por la plausible iniciativa del reverendo padre R. Baixauli.

HOJAS DE ROSA

Jamás una persona que esté sujeta al penoso mal de las laboriosas y tardías digestiones podrá ostentar en su tez esa suave, despercudida, fina y sonrosada contextura que hace exclamar a las gentes, tratándose sobre todo de una mujer joven y bonita: ¡Si son hojas de rosa!

Así como las rosas mismas no florecen frescas y lozanas cuando las calcina el sol y la tierra áspera y dura no les proporciona las substancias necesarias para su desarrollo, así la flor humana se marchita y arruga cuando su aparato digestivo no funciona con regularidad y eficacia.

Las damas ocurren generalmente a afeites a base de substancias minerales para ocultar los vicios o imperfecciones de un mal cutis, sucediendo con esto lo que sucedería si un jardinero ignorante quisiera esmaltar los pétalos de las flores naturales con pinturas y colores corrosivos.

Hay, pues, que atacar el mal en la raiz. Hay que modificar el sistema digestivo, que gobierna el sistema circulatorio. La sangre pura forma los tejidos sanos y mórbidos, y la piel, que es la expresión externa de éstos, se suaviza, limpia y aterciopela, debido a la riqueza de esa generosa corriente en la que reside la vida y la salud. Las

PILDORITAS REUTER

REUTER'S LITTLE PILLS FOR THE LIVER
ESTREÑIMIENTO
DISPEPSIA
DOLOR DE CABEZA
OBESIDAD

que normalizan la digestión y expelen del organismo los productos nocivos, favorecen la asimilación de los alimentos y la formación de los glóbulos rojos, y son hoy tal vez el único agente misterioso de todas esas bellísimas y deslumbrantes contexturas de mujer que nos dejan extáticos por la soberana hermosura de sus semblantes, ante los que las rosas verdaderas se doblegan en un saludo de admiración.

Por esa razón, no hay mujer bella que no haga uso de las Pildoritas Reuter, que con su eficaz y evidente acción coadyuvan a mantener el prestigio de su juventud y su hermosura.



Teñirse el pelo, no deshonra.

EN nuestra época no conviene aparentar ser viejo. El porvenir es para los jóvenes, y sin embargo ¿cuántos jóvenes hay que son canosos?

Es muy fácil devolver al cabello y barba encanecidos su color primitivo. Para eso está el

AGUA SALLES

que desde hace 60 años se vende en Francia y más de cuarto siglo en la República Argentina. Los tintes que da el AGUA SALLES son naturales, a tal punto que es imposible notar que el cabello ha sido restaurado.

De fácil uso, económica, innocua, no ofrece inconvenientes si se emplea de acuerdo con las instrucciones que lleva el frasco.

NO CONTIENE SALES DE PLOMO NI PARAFENILENEDIAMINA.

Se vende en las Farmacias, Tiendas y Perfumerías.

POR MAYOR:

A. LOURTAU y Cía. - PARANA, 182. Bs. Aires - En Montevideo: SARANDI, 429

De Tres Arroyos

Trágico accidente ocurrido en la carrera automovilística Bahía Blanca-Tres Arroyos-Bahía Blanca. — El auto de carrera N.º 3 después del vuelco que costó la vida a su dueño y conductor, señor González. — En ángulo: Señor Claudio González.


SOLUCION DUFOUR
¡Sálvese a tiempo!
adoptando prontamente un recurso para contener las bronquitis, pulmonías, tuberculosis, catarros, laringitis y otras enfermedades análogas.
La Solución Dufour
le pondrá a resguardo de todos los peligros. Vigoriza los pulmones y los bronquios destruyendo los gérmenes por muy tenaces que sean.
EN VENTA:
DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.
sus secciones y toda buena farmacia.

CONSULTORIO

N.º 1989. — *¿Cuándo se inventaron los ladrillos?*

BRAULIO QUIROGA. — Lomas

El uso de los ladrillos es antiquísimo y se encuentra en los primeros tiempos de la arquitectura.

En el capítulo XI del «Génesis», al hablar de la construcción de la torre de Babel, dice: «Venid, hagamos ladrillos y cozámoslos al fuego».

«Venite, faciamus lateres, et coquamus eos igne; habuerunt que lateres pro sasis et bitumen pro caement». De modo que en la construcción de la famosa torre es donde tenemos primero noticias de haberse usado el ladrillo. Cuando Faraón esclavizó a los hijos de Jacob, muchos de ellos estaban empleados en la fabricación del ladrillo que servía para construir sus magníficos palacios. También conocieron los israelitas una clase de ladrillos cuya fabricación es más sencilla y no necesita de la acción del fuego: es lo que hoy día se llama el adobe; así es que Faraón, para impedirles esta fabricación, les privó de la paja con que unían la mezcla del barro para hacerle, según se ve en el capítulo V del «Exodo».

En le Asia, cuna de la civilización antigua, los principales edificios eran de ladrillo, compuesta su pasta de tierra arcillosa mezclada con paja y astillas pequeñas de madera, secándolos al sol para que adquiriesen dureza, y cociendo los que de arcilla tan sólo se formaban en hornos preparados al intento.

Las célebres murallas de Babilonia, mandadas construir por la reina Semíramis, y que han sido consideradas como una de las maravillas del mundo, eran de ladrillo cocido.

En Bubasto, antigua ciudad del bajo Egipto, se encuentran todavía antiquísimas ruinas de edificios, especialmente templos, construídos con ladrillo.

Los griegos también conocieron la fabricación del ladrillo, y Pausanias refiere que los muros de Mantinea eran de ladrillo, y que parte de los templos y murallas de Atenas eran de piedra y ladrillo, así como también los de los etruscos.

Pausanias hace la observación de que en Mantinea y en su espesa muralla se emplearon ladrillos cocidos y también crudos, secados al sol, siendo estos últimos preferibles para las plazas de armas por resistir más el impulso de las máquinas de guerra, teniendo sólo el inconveniente de disolverse con facilidad en el agua.

Agesípolis, conociendo esto cuando sitió a Mantinea, dirigió sobre sus murallas el curso del río, que habiéndodolas socavado en pocos días las derribó, con grande asombro de los sitiados.

Vitrubio, escritor del tiempo de Augusto, dice haber visitado en Atenas los restos del Areópago, que estaba construído con ladrillos y adobes.

Los romanos no conocieron el ladrillo sino en la época de la República, mejor dicho, en la del Imperio. Tres eran las clases de ladrillos que construían, a saber: los que tenían un pie de largo y medio de ancho y que los griegos también conocieron bajo el nombre de «didoro», que era el ladrillo común; segundo, el que tenía cuatro palmos por cada lado, invención pura de los romanos, y que se llamaba «tetradoron», y tercero, el «pentadoron», de cinco palmos, que era el destinado a las obras públicas.

También emplearon los romanos ladrillos de dos pies de largo y uno de ancho, y algunos mucho mayores, pero sólo los usaban en grandes edificios. De esta clase se han encontrado varios en Tarragona y en las ruinas de Itálica.

Los ladrillos cuadrados sólo se usaban para los pavimentos, como hoy día las llamadas baldosas, usándose después los circulares y triangulares.

Vitrubio, Posidonio y algunos otros autores dicen que en las cercanías de Itálica se construían unos ladrillos que no necesitaban más que secarse al sol, y adquirían tal consistencia que ni el agua ni el hierro los hacían pedazos.

Los árabes fueron los que perfeccionaron más el ladrillo. Sus antiguas torres, sus murallas y sus magníficos alcázares son los mejores testimonios de este adelanto. Así como los romanos fueron los primeros en usar el ladrillo cuadrado para los pavimentos, ellos inventaron el azulejo, con el que adornaban los pisos y las paredes de sus alcázares.

La maquinaria también se ha introducido en la fabricación del ladrillo, y el trabajo que antes hacían en un horno de ladrillo veinte hombres en una semana, lo hacen ahora las máquinas en dos horas.

N.º 1990. — *¿El cuerpo humano puede arder en contacto con el fuego, o espontáneamnete si se halla embebido de alcohol?*

CARLITOS. — Tolosa.

Hace un siglo poco más o menos era bastante común entre el vulgo, y aun entre algunos fisiólogos, la opinión de que el cuerpo humano puede arder en contacto con el fuego, y también a veces espontáneamente si se halla embebido de alcohol. En un *Essai sur les combustions humaines*, publicado en 1800, M. Lair decía que la combustión espontánea no puede realizarse más que en el cuerpo de mujeres; y cita el caso de una señora aficionada a las bebidas alcohólicas que a los 80 años de edad, en ocasión de hallarse junto al fuego, ardió hasta que se le consumió toda la carne. Zola, cuyas obras contienen tantos errores de toda suerte, cita en una de sus novelas el caso del anciano Macquart, «que ardió como una esponja impregnado de aguardiente», y en breve no quedó de él más que un charco de grasa y un montón de ceniza. Devergie en 1854 admitía como posible la combustión espontánea, y hacía observar que las víctimas son de ordinario no sólo alcohólicas sino también individuos con mucha grasa.

En 1857 pereció en Darmstadt, víctima de quemaduras, la condesa de Goerlitz, y ciertos peritos atribuyeron la muerte a una combustión espontánea, mientras que otros, entre ellos Liebig, consideraron que la combustión fué provocada por una mano criminal; y, en efecto, fué detenido un individuo que se declaró autor del hecho. Este es el último caso que suele citarse de la pretendida combustión espontánea.

Actualmente no admite ya ningún fisiólogo la posibilidad de semejante fenómeno. En efecto, el cuerpo humano no es capaz de arder, y el total de las materias combustibles que contiene no llegarían, si se inflamasen, a hacer hervir el contenido de agua del cuerpo. En el caso de los alcohólicos, aun suponiendo completa impregnación de alcohol, cosa que no ocurre ni los tejidos la soportarían, no por esto sería el cuerpo más combustible, ya que Liebig ha demostrado que la carne que ha permanecido largo tiempo sumergida en alcohol no gana en propiedades combustibles. Los casos de cremación de cádaveres han confirmado la dificultad que ofrece el cuerpo humano para arder.

N.º 1991. — *¿Cuál es el escritor mejor remunerado del mundo?*

POETA. — Ciudad.

El famoso novelista británico Rudyard Kipling es uno de los escritores mejor remunerados del mundo. En cierta época se le pagaba a razón de tres chelines por palabra, es decir 75 centavos oro aproximadamente, y habiéndolo sabido otro escritor, se propuso hacerle objeto de una broma que tenía un poco de sátira. Le dirigió al efecto una carta en la cual decía: «Mi querido señor: Muchísimo aprecio sus producciones literarias, pero no siendo, por desgracia, rico, debo privarme del placer de pedirle un largo artículo. Tengo que contentarme, pues, con una simple muestra de su magnífica prosa. Y como no dispongo más que de tres chelines, que encontrará usted adjuntos a la presente, le ruego que me remita una sola palabra escrita por usted».

Kipling, cortés y práctico, tomó la cosa por el lado bueno. Se guardó los tres chelines y escribiendo en un papel la palabra «gracias», se la remitió al firmante de la carta.



El artículo legítimo lleva siempre la marca

Quaker Oats

Diez y Seis Alimentos en Uno

En el alimento hay diez y seis elementos que los adultos debieran tomar y los niños necesitan tomar para obtener salud, vigor y desarrollo.

Siete de ellos son minerales para formar los huesos, los dientes y la sangre, etc. Algunos son elementos de formación del organismo y otros son para infundirle vigor.

Los hombres de ciencia y los médicos de todo el mundo afirman que esos diez y seis elementos se encuentran en el QUAKER OATS.

Como alimento para los niños en estado de desarrollo, nada puede comparársele; no tiene igual para los enfermos y personas débiles; ningún otro alimento produce tanto vigor y vitalidad como el QUAKER OATS.

Todo el mundo necesita QUAKER OATS **todos** los días.

El QUAKER OATS se vende en latas enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado, único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.



PERFUMERIA ATKINSON

LONDRES

INSOUCIANCE

POLVO
EXTRACTO
LOCIÓN

ROYAL BRIAR

POLVO
EXTRACTO
LOCIÓN

AGUA DE COLONIA
DE
FAMA MUNDIAL

POLVO ROYAL BRIAR
ATKINSON

POLVO INSOUCIANCE
ULTIMA CREACIÓN DE ATKINSON



Alumnos del Colegio de la Inmaculada Concepción acompañados por el R. P. Rector Joaquín Añón, que les administró el sacramento de la primera comunión.

Concurrentes al festival organizado por el Lawn Tennis Park Club en honor de los socios que contribuyeron al éxito del torneo atlético realizado últimamente.

Oferta Especial a los Agentes

LOCALIDADES DONDE NECESITAMOS AGENTES

Provincia de Buenos Aires.
Cañuelas.
Colón.
Coronel Suárez.
Chivilcoy.
Lincoln.
Mercedes.
Pehuajó.
Pigüé.
Rauch.
San Antonio de Areco.

Provincia de Córdoba.
Bell-Ville.
Huinca Renancó.
Morteros.
Pilar.
Villa María.
Villa Dolores.

Provincia de Corrientes.
Corrientes.
Bella Vista.
Monte Caseros.

Provincia de Entre Ríos.
Colón.
Concordia.
Gualeguay.
La Paz.
Paraná.

Provincia de Jujuy.
Humahuaca.
La Quiaca.

Provincia de La Rioja.
La Rioja.
Chamical.
Chilecito.

Provincia de Salta.
Cafayate.
Metán.
Rosario de Lerma.

Provincia de Santa Fe.
Esperanza.
San Justo.
Sunchales.
Vera.

Prov. de Santiago del Estero.
Añatuya.
La Banda.

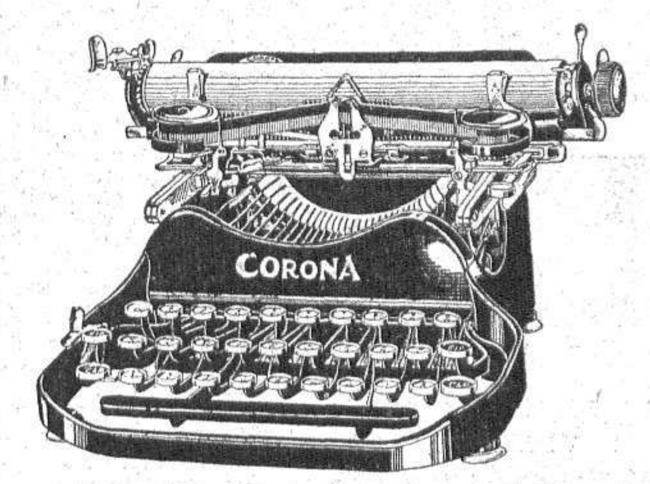
Provincia de Tucumán.
Concepción.
Monteros.

Gobernación de Los Andes.
San Antonio de los Cobres.

Gobernación de La Pampa.
General Acha.
Macachín.
General Pico.

Gobernación de Santa Cruz.
Río Gallegos.

Gob. de la Tierra del Fuego.
Ushuaia.



NECESITAMOS, en los lugares que se indican al margen, Agentes activos que quieran cooperar a difundir **nuestro novísimo sistema de ventas,** empleado para la colocación de la máquina de escribir

CORONA

SERÁN preferidas aquellas personas de responsabilidad comercial que ya se ocupen de la venta de máquinas, autos, fonógrafos, aparatos fotográficos, máquinas de coser, etc., y que cuenten con buenas relaciones comerciales en sus respectivas localidades.

LA MÁQUINA "CORONA" ha conquistado un bien merecido lugar prominente en el mundo mercantil. Sin complicaciones inútiles, ella posee todo lo que puede exigirse en materia de máquinas de escribir: escritura siempre visible, teclado universal, cinta de dos colores y automáticamente reversible.

Cuesta sólo $ 195 m/n, al contado, con un 10 % de descuento; a plazos, la vendemos por diez cuotas mensuales de $ 19.50 papel c/u.

Solicítense datos completos por carta a la

Cía. La Camona. 39-Maipú-43. Bs. Aires



ANDINO. — Empleados de la fábrica de papel y amigos del señor Claudio Andino que ofrecieron a éste una demostración de afecto con motivo de su próximo viaje a Europa.

LA POLÍTICA "ROJA" EN VLADIVOSTOK

Vladivostok, uno de los principales lugares de la provincia marítima del Amour, era la residencia voluntaria de los «blancos», bajo el mando del general Dietrics. Este hombre, enérgico y de valor (se le atribuyen a él los planes de la famosa campaña de Galicia), sostenía la ciudad con 1.500 soldados poco más o menos. Sus tropas, en gran parte compuestas por oficiales zaristas, no hacían allí la existencia austera de gentes a quienes incumbe la defensa de un territorio seriamente amenazado. Desmoralizados por la persecución revolucionaria, contaminados por la vida de crápula que se aprovecha de todo trastorno político, y habiendo perdido totalmente la confianza en el éxito final, estos soldados no tuvieron el valor de combatir y esperar una muerte heroica. Desde que las tropas japonesas evacuaron la ciudad, conforme a los compromisos pactados, los «blancos» hicieron una retirada prudente sobre la Manchuria. De manera que sin disparar un solo tiro, sin combate, los primeros regimientos «rojos» penetraron en la plaza, y la ocuparon bajo las órdenes del coronel Grosko. Fueron recibidos por la ciudad con gran indiferencia. El comandante de los «rojos», un tal Oubrevitch, que se dice que es de origen judío-polaco, llegó dos días después. Era capitán bajo el antiguo régimen, y se le atribuyen condiciones de inteligencia y de energía. Juventud, por lo menos, es indiscutible que posee, pues sólo tiene 31 años. Se cree que los «rojos» harán aquí una política decorosa, pues Vladivostok es un puerto abierto sobre el Pacífico; tiene sobre sí las miradas del mundo.



"Cozy Glow"

no hay más que uno

El *"Cozy Glow"* es fabricado exclusivamente por la Westinghouse, con todo el esmero y pericia que caracterizan a todos los productos de ese nombre. Con el *"Cozy Glow"* el calor es instantáneo e intenso.

El calor reverbera en un reflector de cobre de buen tamaño y la ligereza del aparato es tal, que puede llevarse de un punto a otro de la casa.

En venta en todas las buenas casas de electricidad y en nuestros salones de venta.

Precio $ 30.00 m/n

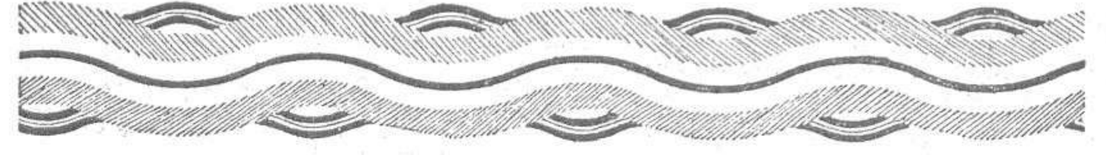
Contra reembolso, flete pago, $ 33.00 m/n.



Westinghouse

Cía. Westinghouse Electric Internacional S. A.

Córdoba	Buenos Aires	Tucumán
Colón, 59	Avenida de Mayo, 1035	Junín, 66



La cadena

Por Félix Esteban Cichero



PEPITA y Enrique no eran absolutamente felices ahora. Aquel hijo que estrechó los vínculos morales y afectivos de ese matrimonio, que Enrique había dicho ser el eslabón de oro que venía a unirlos en el porvenir, constituyó finalmente la pesadilla de ambos, no tanto por lo que ella creía como por lo que él la sugería. El, literato agudo que destacó su estilo por la pujanza de la ironía chispeante de cada frase, llegando a su hogar cambiaba completamente. Tornábase grave, un poco duro en sus modales e intransigente en sus opiniones. Si el hijo, a quien decíasele Baturro, lloraba, la casa se daba vuelta. Si se reía, el padre se alarmaba y decía:

— ¡Vamos, que eso es de un hombre... o al menos de un muchacho mayorcito! ¡No sea la suya una precocidad fatal!

Y tanto había diche y tanto sufría Enrique por las «precocidades» de Baturro, que al fin Pepita dejó también de festejar las gracias del niño y terminó por verlo todo por el lado trágico.

BATURRO amaneció afiebrado. El termómetro marcaba 39°. El padre se enloquecía y molestaba a su mujer. Quería ingerirle diez remedios a la vez... Finalmente tiróse de la cama y sin pensar que había estado una hora dando y suspendiendo órdenes y «perdiendo tiempo», cuando llegó el momento de ver al médico — pues según él atravesaba en aquél, por un momento fatal, «quizás el más grave» de todos los pasados, que eran tantos — echóse a la calle en mangas de camiseta, corriendo y resoplando como un loco. Llegó, a las tres cuadras, a lo del médico. Entró sin fijarse quienes estaban en el vestíbulo esperando. La primera puerta que vió abrióla violentamente. El médico, que se hallaba revisando un enfermo, se sobresaltó. Quiso rechazar á aquel intruso: imposible. Este le asió de los brazos, gritándole frente a la cara, que ponía espantada ante el médico:

— ¡Ya, ya mismo, doctor! ¡Se me muere! ¡Venga usted... aquí... aquí... tres cuadras!

El médico pidió tiempo al menos para terminar de atender el enfermo que tenía medio desnudo, sobre la mesa.

— ¡No, doctor! ¡No puede ser! ¡Andando, que si se me muere... usted no certifica!

Parecía un loco. Imponía. Arrancando al médico del consultorio, le arrastró hacia afuera y hasta no llegar a su casa no cesó de empujarle y amenazar a medio mundo. Votaba contra los santos como un hombre de taberna. En su furia no comprendía la ridícula situación en que se había colocado. Llegaron. El niño lloraba ferozmente en aquel momento y el padre lo despojó de las ropitas, precipitadamente, para que el médico lo examinara mejor. El doctor Jiménez agitó el termómetro que extrajo de un tubito de metal y lo aplicó; mientras le tenía el bracito cruzado sobre el pecho, le inspeccionaba. La boquita de Baturro se contraía nerviosamente y babeaba mucho. La fiebre se mantenía: 39°.

— ¿Ve; ve usted, doctor? ¡Es mucha fiebre!

El médico sonrió, ya seguro de lo que se trataba. Sin embargo, el padre del enfermito se exasperó por aquella sonrisa y protestó:

— ¿Qué? ¿Se ríe usted? ¿Y esa fiebre, doctor?

Sonrió más acentuadamente y contestó:

— Es un diente, señor...

Y bajando el labio inferior del nene mostró la inflamación de la encía; agregando:

— No es nada; estas cosas vienen a veces así...

Enrique se avergonzó. Miró turbado al médico y dijo:

— ¿Sabe usted quien soy, doctor?

— En realidad... de vista sólo conozco a usted.

— Y de nombre — afirmó Enrique, un poco tocado en su amor propio: — y de nombre, doctor, aunque no pueda saber a quien pertenece mi nombre...

El médico le miró, convencido de que no comprendía aquella explicación que se le quería dar.

—Pues... ¡asómbrese, doctor! ¡Soy literato y me llamo Enrique Muñoz!

Rió el médico porque ahora comprendía b i e n. ¡Enrique Muñoz — pensó — el ironista! ¡Si parece él mismo una ironía! Y se complació en mostrarle la simpatía que le profesaba.

— No le parecía hace un momento...

— En realidad — dijo el doctor Jiménez —estaba usted un poco descompuesto...

— ¡Era un changador!

— No... Haga usted justicia a los changadores, que no se asustan por estas cosas...

— También es cierto... — Y asaltado de nuevo por una preocupación, agregó:—¿No receta, doctor?

— Nada, señor... Hisopitos de agua con azúcar... La señora sabe... — terminó diciendo al dirigir un breve saludo a Pepita, que no había dicho palabra aún, pues Enrique entró con tanta precipitación que no dió lugar siquiera a que saludara al médico.

PEPITA! ¡Pepita!! ¿Oyes? Ah... ¡Baturro se queja!

Despertó ella, sobrecogida de temor. Dejóse caer de la cama y se inclinó sobre la del hijo: Baturro dormía con respiración despejada, amplia, los bracitos abiertos y las piernas, regordetas, algo reco-

gidas. Las carnecitas rosadas y frescas le brillaban por el sudor que las cubría.

—No... nada...—dijo ella en voz bajísima y ya próxima a Enrique, temiendo recordar a Baturro.

—¿Que nada? ¡Si, hija! ¿No habrá comido algún hollejo de fruta, algún coquito?... Porque es extraño que se queje.

—Es que no se queja...

—Pero se quejaba...

—No, Enrique; te habrá parecido, o soñarías...

—No; lo oí claramente... ¿Que no? ¿Y eso?...

—Yo no siento...

—Sí... escucha... A ver, hija... el termómetro...

—Lo despertarás.

—No importa... Peor sería verle enfermar... ¡Oh, eso sería terrible, hija! Las cosas tomadas a tiempo siempre tienen remedio. ¡Dicen que hay tanta difteria! ¿Te acuerdas de Vicente? Bueno; perdió al nene... y empezó así... Se quejaba una noche... ¡Oh, Pepita! ¿Oyes?... Le pondré el termómetro... eso no cuesta nada...

—¡Ah, Enrique, qué mortificación con tus obsesiones! Si el nene no tiene nada...

—¡El termómetro, te digo! ¿Dónde está?

—Ahí... en tu mesita...

Tomó el termómetro, rezongando, con el humor alterado. Fué hacia el nene y le aplicó la fría barrita de vidrio bajo el bracito derecho. Baturro no despertó. No había fiebre... pero Enrique siguió con el tema de que el nene se quejaba. En eso estaba cuando una especie de gemido le hirió el oído. Era una celosía mal cerrada que producía aquel finísimo chillido que a Enrique le parecían quejidos de Baturro. El viento sopló más fuerte y aquel gemido se convirtió en un ruido. Pudo creer que no era Baturro...

II

Mientras tanto, Baturro había crecido a pesar de los sustos y predicciones fatales de su padre. Un día llegó muy pálido, con mareos y visiblemente descompuesto. Enrique no estaba. Desde hacía tres días viajaba por el norte. El diario le destacó a Salta con motivo de una elección general. Baturro aprovechaba con sus compañeros del nacional las salidas de la ciudad de su padre, y «hacía de las suyas». En su casa, sin embargo, «conservaba la línea», como él decíales a los amigos.

Cuando llegó a su casa echóse boca abajo sobre la cama, y con la sirvienta hizo llamar a su madre. Era aprensivo y cualquier dolencia le desesperaba. Sin duda sus padres habían sembrado a su alrededor motivos suficientes para que lo fuera así... Llegada la madre, la impuso de su indisposición. Ella quiso besarlo, como acto de primer auxilio; no lo consiguió: Baturro tenía apretada la boca contra la almohada... Se impuso el médico; fué requerido con urgencia y sin conocimiento de Baturro. Mientras tanto, la madre le preparaba un pocillo de te.

No fué poca la sorpresa de Baturro cuando, media hora después, llegaba el médico. Protestó. No quería médico y estuvo a punto de echarse a disparar... Sólo su gran respeto por la madre lo contuvo. El médico empezó por donde debía: el termómetro, elemento tan familiar a Baturro, que no registró un sólo décimo de fiebre. Luego, el pulso: normal. Después, la lengua... El médico sonrió al percibir el fuerte olor a menta que tenía en la boca debido a las pastillas chupadas. Dejó al «enfermo», a quien mandó a sentarse al fresco. A la madre la sorprendió con el diagnóstico:

—No es nada... Empieza a ser hombrecito... y por eso está así.

—Este... doctor: ¿la causa, me la puede dar?

—Es el primer cigarrillo.

La madre se desesperó horriblemente con aquella noticia. ¡Su hijo fumaba! ¡Oh, qué perdición! Y «haciéndose cruces» y meditando las palabras que diría al muy pícaro para persuadirlo de que aquello estaba mal hecho, al mismo tiempo que le prometería ocultarle el caso al padre, «que lo mataría de una soba» si se enteraba, fuése en busca de Baturro cuando hubo despedido al médico. Lo que vió fué horrible y la llenó de inquietud. Baturro, mientras la sirvienta le prodigaba algunos cuidados por mandato de Pepita, medio colgado del cuello de aquélla, luchaba por estamparle un beso en la cara. Sin duda esto era otra «precocidad» del niño, y era menester también ocultárselo a Enrique y evitar el reto que Baturro se merecía. La escena era, a su juicio, muy bochornosa y debía evitar que el niño perdiera el respeto...

III

Baturro se recibió de abogado. Era uno de esos profesionales recibidos con buenas clasificaciones por inteligencia natural, pero indolente, como criado entre mimos que fué. No faltaba, a pesar de su mayoría de edad y de su título, a las «obligaciones de familia», que consistían, a saber: en estar «a la hora» en la mesa, acostarse temprano y decir a qué sitios iba cuando salía sólo... Baturro, por cierto, hacía lo primero con regularidad, pero de lo segundo sólo se podía encargar de controlarlo el vigilante de facción en la esquina de su casa, que dos veces lo confundió con algún ladrón que saltaba el balcón. Sin embargo, Enrique y Pepita consideraban a su hijo incapaz de una felonía de aquellas...

Quedó abierta la ventana una noche, en una de esas salidas, y el viento la golpeó a su capricho. Tanto ruido despertó a los tranquilos padres que, muy agitados, acudieron a cerrar la ventana. El, principalmente, pensó que Baturro podía tomar una pulmonía si continuaba durmiendo entre aquella ventolina. No fué poco el asombro al ver la cama vacía y destendida. La alarma trascendió, y ella, sin que lo pudiera impedir Enrique, pidió auxilio desde el balcón. El agente de facción puso las cosas en claro: todas las noches sucedía lo mismo, pero ésta, fatalmente, el viento se opuso a que se mantuviera la impunidad. Cuando Baturro regresó, tocando la madrugada, volvió por el lugar que salió. Todo estaba tranquilo. A la media luz del foco, que llegaba por la ventana, dispúsose a entrar a la cama y «a descansar, hasta medio día». Listo ya, frotóse las manos, como si quisiera quitarse el poco de frío recogido en la calle. Se acostó, miró la ventana, y pensó en la noche siguiente...

Los padres habían comprendido que la cadena estaba desunida precisamente por el eslabón que antes la ligara, y era el momento de esperar que Baturro se independizara. Por lo pronto, a la mañana siguiente, Enrique puso su llave de la puerta de calle en manos de Baturro. La escena fué silenciosa, triste, demasiado sencilla...

Fin



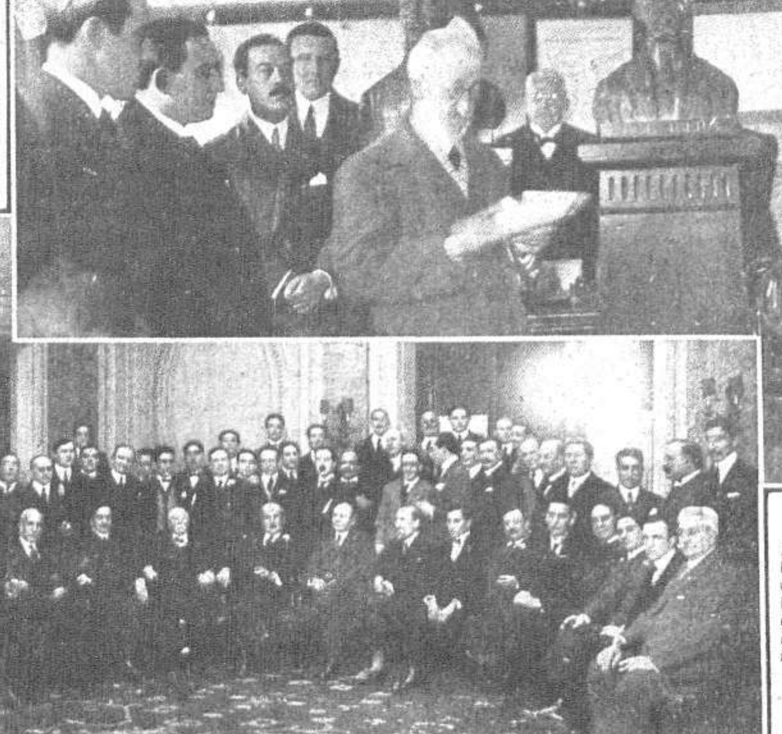


El doctor Manuel Menchaca con un grupo de correligionarios que concurrieron a saludarlo a su llegada a esta ciudad, en la cual inauguró el Comité Pro Nueva Constitución.

Concurrentes al banquete ofrecido por la comisión directiva del Club Alemán a los aviadores señores Udet y Heinecke por sus éxitos en las arriesgadas pruebas aéreas efectuadas últimamente.


En los días de grandes solemnidades patrias, cuando todos se congregan a festejar dignamente la gloriosa efemérides, se brinda con los
Vinos Arizu
El Orgullo de la Producción Nacional
Soc. Anón. Viñedos y Bodegas "Arizu"
Avenida de Mayo, 1035 — Rivadavia, 1032
BUENOS AIRES
Sarmiento, 564/67 — Moreno, 931
ROSARIO
RESERVA
PINOT BLANCO
VOLUMEN NETO 700 cm³
BODEGAS ARIZU
SOCIEDAD ANÓNIMA
MENDOZA
BUENOS AIRES

El señor José Riera, uno de los fundadores del Centro Unión Dependiente, agradeciendo en un conceptuoso discurso el homenaje tributado por los miembros de esa entidad al inaugurar los bustos de él y del señor Juan F. Larrechea.



Miembros del Colegio de Procuradores después del banquete dado en el Jockey Club, celebrando la inauguración de esa entidad.

La demanda es enorme!

Puerta para cocina
Nº 22



y nuestras **Puertas** y **Ventanas** de **cedro** van inundando paulatinamente la República.

Los interesados no se dejen sugestionar por los precios aparentemente baratos de las **Puertas** y **Ventanas fabricadas con madera inferior**, que nunca darán el rendimiento esperado.

Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo:

1-2-3-4-13-14-15-16-17-18-19-20-21
22-23-24-25-26-27-35-36-47-48-51-52

Ventana Nº 17

de cedro

Puerta N.º 22
De 2.00 x 0.70 c/u. $ 47.—
» 1.80 x 0.70 » » 45.—

Solicite catálogo

Ventana N.º 17
De 1.00 x 0.60 c/u. $ 26.—
» 0.80 x 0.55 » » 24.—
» 0.60 x 0.40 » » 19.—

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

Acordamos 5 % de descuento.

TORTOSA Hnos.

Escritorio: Charcas 2941 — · — Buenos Aires

ALFA-LAVAL

DESNATADORAS
Y
Máquinas de Ordeñar

INSTALACIONES ECONOMICAS PARA CREMERIAS Y GRANJAS

INSTALACIONES PARA FABRICACION DE CASEINA

PIDAN CATALOGOS Y PRECIOS

Goldkuhl y Brostrom Lda.

CHACABUCO, 199 BUENOS AIRES

En los campos góticos



LLÁMASE aquí, en España, tierra de Campos a los antiguos Campos Góticos, al centro de la Reconquista leonesa, una región comprendida en parte de las provincias de Valladolid, Palencia, Zamora y León. Tierras lavadas por lluvias seculares, esquilmadas por seculares cultivos y que rinden sus aguas al padre Duero. Toro, la antigua ciudad de Toro, debe su nombre a una descomposición de la denominación latina de *Campi Gothorum*, campos de los godos, sin que tenga que ver nada con el toro que figura en su escudo, como León, del latín *Legionem*, nada tiene que ver con el león heráldico. En estos campos se alzan Medina la del Campo, donde murió Isabel la Católica, y Medina de Rioseco. Se alzan no, sino que se tienden. Y sus dos nombres son dos hallazgos. Medina la del Campo, aunque no propiamente en tierra de Campos, sino a la otra ribera, la izquierda, del Duero, una ciudad perdida en medio del campo — y gracias que el ferrocarril la ha cocivilizado con otras — y Medina de Rioseco, ya que un río seco, o mejor un gran lago en seco, el lecho desecado de una vasta sábana de agua antediluviana parece ser toda esta tierra. Aparécesenos cual un mar aterrestrado, hecho tierra; una pampa.

A lo lejos se derrite en el cielo la línea horizonte y acá y allá emergen, como barcos, las iglesias de los lugarejos. Al caer de la tarde, a la puesta del sol, se funden unos en otros los más dulces matices que visten a estos campos góticos. Y es una solemne callada sinfonía de tintas que parecen haberse vertido del cielo. Diríase un canto litúrgico que entona los recuerdos de la reconquista leonesa, que se hizo luego castellana.

En estos campos góticos, leoneses, yérguense de trecho en trecho los cuadrados robustos castillos que dieron nombre a Castilla. Y estos castillos, desnudos, cuadrados, a modo de aras gigantescas, son como grandes arcones de piedra en que, como en las viejas arcas domésticas ya vacías el aroma de las ropas que guardaron, queda en ellos el dejo del Romancero. Las tierras que ungió la historia entonan en silencio, en las noches de luna, leyendas inmortales. La sangre heroica con que fueron bautizadas sube en vapor invisible al cielo.

Anoche, 31 de marzo, a orillas del Carrión, bajo la luna llena, en esta sosegada ciudad de Palencia, soñaba la torre gótica de San Miguel. La soñaba y no la contemplaba, porque era un sueño. La torre parecía tejida con razas de luna y que colgaba del cielo a la vez que flotaba sobre las aguas del río quieto. Los instantes se amontonaban y recordaba con unos buenos amigos aquellas palabras del gran poeta ibérico Maragall cuando pedía a cada momento que se detuviese. Y aquello otro de la eternización de la momentaneidad. La torre de San Miguel, con su grande y rasgado ojo claro, con su larga pupila vertical, miraba soñadora al espejo del Carrión. Más a nuestra izquierda la catedral palentina, modesta y recatada, con su aire conventual, recogía en la albura de las piedras los albores de la luna. Ni una cresta de sierra en cuanto la vista alcanza.

En tierra de Campos, en los campos góticos, se está lejos de las sierras. Piérdense de vista las del norte y las del sud de la cuenca del Duero. *Sierra* es un término propiamente castellano, que ha pasado a la nomenclatura geográfica de otros idiomas. Las crestas de nuestras cordilleras presentan el aspecto de una sierra. Y la sierra procede, sin duda, del cuchillo mellado. Si se examina con una muy fuerte lente de aumento el filo de una navaja de afeitar, aparece como una sierra. Aquí, en este campo tendido, en esta inmensa tabla, sólo cortan la línea horizontal algunos tablazos o mesetas cuyo contorno es horizontal también. A modo de enormes escalones o de estrados. Blancos de color, de yeso. Y en sus capas — son como hojaldre — se lee la lenta sedimentación del poso de avenidas seculares. Se lee la lucha milenaria del agua con la roca y como el agua — «como todo lo manso, terca» que dijo Rosalía de Castro — fué mellando día a día, siglo a siglo, milenio a milenio, las crestas rocosas de las montañas. Y hoy la oveja raspa con sus dientes la rala y menuda hierba que enverdece la soledad de los aluviones.

Una paz inmensa desciende desde el cielo sobre estos campos bañados de historia. Y tal cual iglesiuca románica, perdida y olvidada en medio de los campos, como Santa Cruz de la Zarza, cerca del lugar de Rivas, nos habla de los visigodos, nos habla de la fusión de los visigodos con los hispano-romanos y de la fragua del pueblo castellano-leonés que preparó la románica reconquista.

De esta tierra de Campos, cama de aguas que pasaron, lecho de luchas heroicas, surge la voz de la epopeya. De una epopeya desnuda, tendida a todo cielo, llena de luz, libre de nieblas; de una epopeya de llanura, de una epopeya en que no danzan ni bromean trasgos, duendes, brujas, gigantes ni seres cuajados con brumas montañesas o selváticas. Aquí, en esta tierra épica, todo es llano y claro y terrestre.

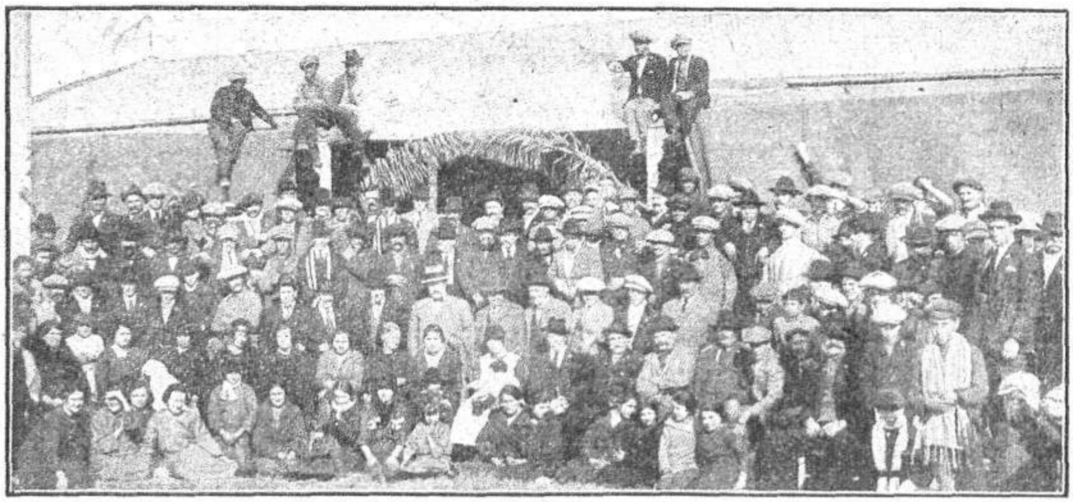
Y, sin embargo, esta tierra palentina, épica, crió los huesos de Jorge Manrique, el de las inmortales coplas. «Recuerde el alma adormida — avive el seso y despierte — contemplando — como se pasa la vida — como se viene la muerte — tan callando...» Y luego el hombre de los campos, de la cama de las aguas que pasaron, decía: «Nuestras vidas son los ríos — que van a dar en la mar — que es el morir...» Y soñaba en la mar, en la muerte, aquí, lejos, muy lejos de la mar. «Nuestras vidas son los ríos...» El río es vida; el padre Duero es, con sus hijos, el Carrión, el Pisuerga, los demás ríos de los campos, la vida. En el espejo del Carrión se siente vivir la torre de San Miguel, que anoche nos susurraba las coplas de Jorge Manrique. «Pues la sangre de los godos — y el linaje y la nobleza — tan crecida — ¡por cuantas vías y modos — se sume su gran alteza — en esta vida!» Toda esa historia que hincha estos campos no fué más que rocío de los prados. Mas «aunque la vida murió — nos dexó harto consuelo — su memoria.» Por debajo de la epopeya de la Reconquista, estos campos góticos entonan las inmortales coplas de Jorge Manrique.



Miguel de Unamuno




Boccanegra
Las señoras concuerdan en afirmar que el aceite de oliva "BOCCANEGRA" no puede substituirse, pues, por sus cualidades, es el que más se presta para la mejor preparación de platos sanos y delicados.



RUFINO. — Concurrentes al almuerzo criollo ofrecido por la comisión directiva de la Federación Agraria Argentina conmemorando el 11.° aniversario de la fundación de dicha entidad.

GRANOS DE ORO

Es necesario tener algún dinero contante y algunas provisiones para los malos tiempos; pero, más que todo, es urgente poseer algunos principios rectos, algunas reglas para dirigir la vida y la conducta, unos cuantos puntos de vista justos, y unas cuantas ideas sanas acerca de los hombres, de las cosas, de las instituciones y los intereses.

— La noche más obscura es esa obscuridad en que se extravían, se estancan y se pierden los seres poco ilustrados.

— El verdadero tesoro y la gran fuerza de la humanidad es, por tanto, un patrimonio de ideas, de luces intelectuales y morales, de puntos de vista sobre el mundo y sobre nuestro destino.

— No debe ahorrarse ningún esfuerzo para favorecer la aparición, la manifestación de la verdad. Buscarla, conocerla, difundirla, es la salvación de la humanidad.

— Tengamos siempre el valor de manifestar nuestra opinión. No ocultemos nunca ni disimulemos nuestras intenciones.

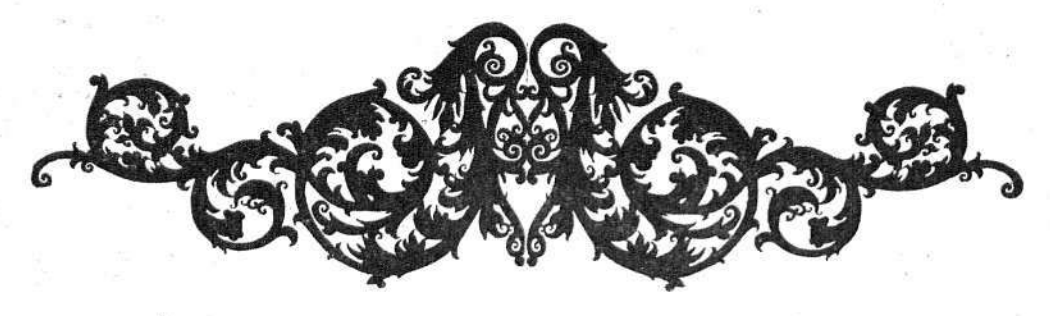
— Si se posee una bandera no es para metérsela en el bolsillo.

— Ostentad vuestras ideas como una bandera y hacedlas sonar como se toca un clarín.

RICARDO WÁGNER.

El genio es el relacionador de la eternidad con lo transitorio.


PRODUCTOS
SUPREMA
Aun más bella será Vd...
y sentirá íntima alegría al notar la admiración que produce la belleza de su rostro, si usa diariamente en su tocador los exquisitos productos
SUPREMA
POLVO GRASOSO
Deliciosamente perfumado, suaviza y hermosea el cutis. La caja...... $ 1.10
AGUA DE COLONIA
Su piel quedará fresca y sana con su uso constante. El frasco.......... $ 2.20
DE VENTA EN TODAS PARTES
Soc. General de Perfumes Productos
SUPREMA
P. BURS y Cía.
Bolívar, 1725
Buenos Aires
Remitimos GRATIS una muestra del rico Polvo Grasoso SUPREMA.
SUPREMA





NO HUBO MAS VIÑA EN SAN LUIS

TRADICION PUNTANA

SABIO pedir es aquél: del agua mansa me cuide Dios, que de la brava me cuido yo. Pues, dado es el hombre, por valiente o imprudente, a fiar de todo, y más aún de los otros hombres, que si semejantes son por la ley de Dios, no son tan semejantes por la ley de la vida, o de la necesidad; cada pillastre hay al que no se le hallaría semejante ni en las mismísimas cuevas del Diantre! Y esos pillastres, hábiles en toda suerte de picardías y añagazas, son el agua más mansa y dormida que deseara navegante mercader para llevar su fortuna. Así, bien se colige que, el pedir el amparo de Dios contra tales, es sabio y resabio bien pedir. Mas no habrían de conocer tal pedir los Reverendos Padres de la Compañía de Jesús, que tenían residencia y grandes dominios como a media legua de la ciudad, aguas arriba del riacho llamado Chorrillo, y no habían de conocer tal pedir, porque tan sabios Reverendos no eran de caer en falta así como así.

Pero... La ciudad de San Luis de la Punta de los Venados se fundó algo más hacia el oeste de donde hoy se halla, y entre el monte, como empecinados raigones, aun se encuentran ruinas. Allí les faltó el agua a los pobladores y la mudaron al *Bajo;* mas éste no fué buen lugar, que, si en unas por poco, aquí pecó por mucho, y se vió amenazada la población del insulto de las inundaciones. Parecía no querer Dios, Nuestro Señor, que aquella ciudad se fundara; pero ya se ve que al que insiste nada resiste, y llevándola a un tercer lugar, al fin quedó quieta y estable la Ciudad de San Luis de la Punta de los Venados, más llevada y traída que tienda de campaña...

Pasaron los años y la ciudad quedóse quieta en su tercer asiento, en tal manera que ya se pudo creer sería aquél por los siglos de los siglos. Pero si la ciudad se iba poblando rápidamente, en gracia y virtud a ofrecer grandes ventajas, y a ser punto de obligado descanso en los viajes a las ciudades del norte y oeste, la mayor cantidad de gente hacía ver, cada vez con mayor fuerza, que la agua del pobre Chorrillo apenas si llegaría a alcanzar para la pila de la iglesia. No es al decir, porque el agua iba alcanzando tan para poco, que ya era nada. Los vecinos echaron de ver bien pronto la verdadera y más principal causa de aquella apretura, y llevando el asunto a Cabildo, dijo un tal don Martiniano de la Puga, hombre de más malas pulgas que perro faldero:

— Menester es que Sus Mercedes oficien una bien enérgica nota a los Reverendos Padres de la Compañía pidiéndoles den suelta al agua, que de no, por criar sus malas viñas y pícaros frutales, la población sufre de sed... Miren Sus Mercedes de no olvidar el advertirles que la población padece a causa de ellos, pues si poca es la agua que trae el Chorrillo, menos es la que ellos nos dejan llegar... y mal, muy mal está, que si Nuestro Señor Jesucristo mandó dar de beber al sediento, sean sus representantes en la tierra quienes nos condenen a morir de sed.

Regidores y vecinos se miraron con asombro, que en jamás se le había oído a don Martiniano de la Puga tan extenso y elocuente discurso, pues, a mucho andar, decía tres palabras y cuatro juramentos tremendos, y ya estaba todo dicho y mandado. Miráronse con asombro, y en saliendo de él escribieron y mandaron la nota tal y como... quizá con mayor suavidad que, como dijera don Melchor de Marena:

— Tiempo nos quedará siempre para pelear con Sus Reverencias; ahora pidamos en buena forma.

Y así aceptado, allá se partió una emisario con el oficio, con orden de entregarlo en las propias manos del jefe de los Padres, cosa que hizo sin tropiezo, regresándose con la noticia de que habían de leer la nota reunidos, y la contestarían como fuera menester.

Y dieron en correr los días; en correr sin que la prometida respuesta llegara, en manera que su marcha fué tan lenta como el delgado hilillo de agua que traía el Chorrillo, que parecía arrastrarse perezoso y desfalleciente.

— Mal va esto — les dijo una mañana don Martiniano a sus amigos, que aun cuando no era autoridad oficial, tenía la de ser el vecino más respetado y temido, y metiéndose en la Casa de Cabildo llamó a los señores Regidores, y les dijo. — Mal, y muy mal va esto, que los Reverendos Padres dan la callada por respuesta, y esto no es de buena crianza, ni de buen orden; oficien nuevamente Sus Mercedes, pero con frases gruesas. ¡Voto al Diantre!

No fué menester cambiar pareceres, que todos estaban de acuerdo, y otra vez bajo el dictado de don Melchor de Marena se escribió la nota, mas sin las frases tan gruesas como don Martiniano de la Puga quería.

Hízose el mismo juego: fué el emisario, le recibieron muy bien y prometieron contestar *como fuera menester.*



Y... vuelta a correr los días en la mala enfermedad de la espera, que tan presta y dolorosamente consume la paciencia; y vuelta a no llegar la ansiada respuesta.

Montó en cólera don Martiniano de la Puga, y haciendo escribir una nota con cuatro palabras y cuatro tremendos juramentos, llevóla él mismo a los Reverendos Padres. Mas no le recibieron éstos, *por estar en oración*, como le dijo un sacristán con cara de travesura, y el señor de la Puga se tornó echando más chispas que pedernal en despeñadero..

Y vuelta a correr días... pero pocos, muy pocos, que, como al tercero no llegara la respuesta, mandó don Martiniano de la Puga convocar al pueblo, y así que éste se halló reunido en la plaza:

— Vecinos — les dijo con el fiero talante que le era tan propio — si en entrando el Sol no han contestado los Reverendos Padres, iremos todos en busca de la respuesta...

Todos aceptaron, y parlando y riendo, armándose unos con hachas y otros con azadones, aguardaron la entrada del Sol.

Entróse el Sol y brilló una Luna tan bella y pulida como el espejo de plata de Gabriela... y no llegó respuesta alguna.

Don Martiniano de la Puga se puso a la cabeza del mayor grupo, y haciendo un ademán partió seguido de todos los vecinos, que no quedaron en los hogares más que los niños. Envueltos en un silencio amenazador, marcharon aguas arriba, costeando el Chorrillo. Y en llegando a las viñas y plantíos, sin proferir palabra, arrancaron y talaron todo, todo...

Arrancado y talado viñas y frutales, se abrieron las compuertas, y el agua corrió libre, murmurante y retozona, y en su cabrilleo pareció una enorme sierpe de plata...

Los vecinos se enternecieron hasta sentir húmedos los ojos. ¡Aquello era la vida! ¡Aquello era la felicidad! Y animados, en la excitación de la faena, regresáronse a la ciudad parlando en voz alta, alegres, satisfechos.

Los Reverendos Padres no parecieron por lado alguno; estarían en oración...

Y diz la crónica, mi lector amigo, que si de allí en más tuvo agua la ciudad, no hubo más viña en San Luis de la Punta de los Venados por años de años.

E. RICHARD LAVALLE



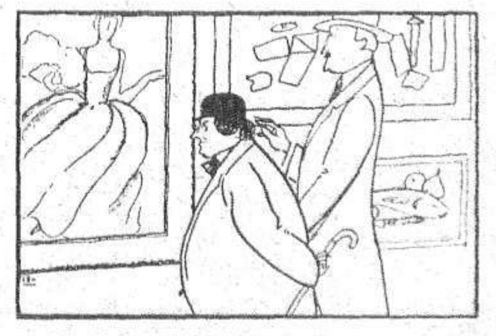
— Yo le doy cien mil pesos a mi hija como dote... pero retengo el 10 %... de comisión.



— ¡No te aflijas! Pérdida de dinero no es mortal.
— Sí, ¿pero si tú te mueres quién va a querer una viuda sin plata?



— ¡Lo que cuesta criar estos animalitos!...



— ¡La tela es muy buena!
— ¡Qué va! ¡Si es lienzo de ochenta centavos metro!

Distinguidas señoras y señoritas a cuyo cargo estuvo la organización de los festejos efectuados para conmemorar el 75.º aniversario del Statuto Italiano.

Conjunto de señoritas que interpretaron los números de canto en la fiesta realizada al inaugurarse el Centro Artístico Femenino.

Galletitas
cubiertas con
chocolate

Morenas

De sabor tan exquisito y delicado, que las pone a la altura de los mejores bombones importados.

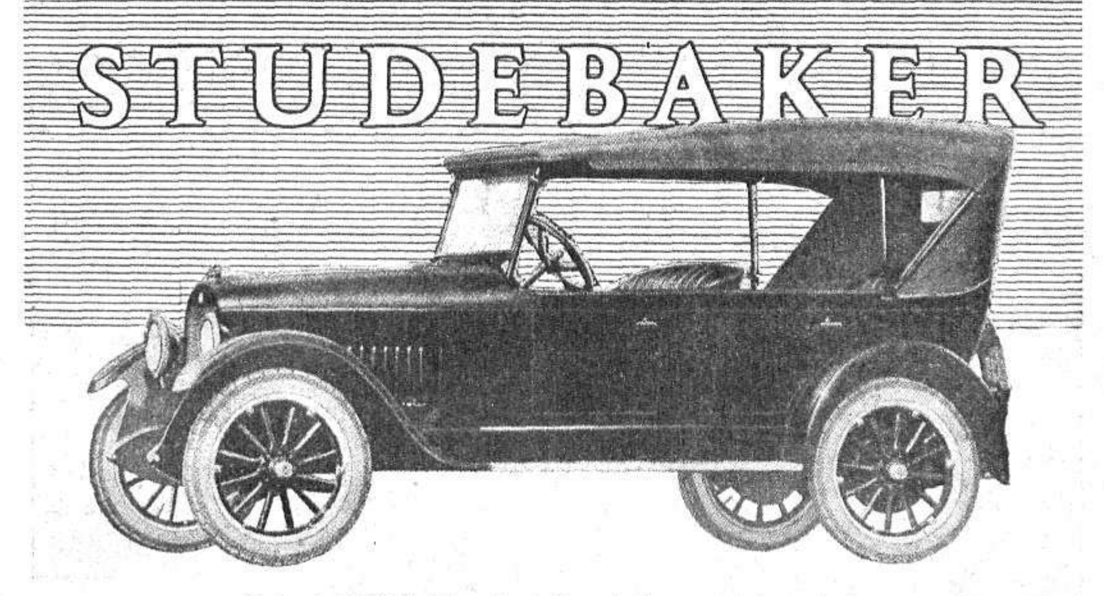
Pruébelas Vd.





Grupo de ingenieros civiles que efectuaron una jira de estudio por los principales establecimientos industriales de las provincias del norte.

La señorita Elvira González con un grupo de amigas y colegas que la hicieron objeto de una espontánea manifestación de aprecio con motivo de su próximo enlace.



Motor de 23 H. P. (fórmulas teóricas inglesas o americanas); eje cigüeñal de cuatro cojinetes, prefectamente labrado a máquina; válvulas inclinadas; carrocería toda de acero; neumáticos antideslizantes de cuerdas. Construído en su totalidad por STUDEBAKER, la empresa fabricante de automóviles de seis cilindros más grande del mundo.

El Studebaker Seis Liviano con su nueva y perfeccionada carrocería — construída completamente de acero — ha sido el centro de atracción en todas las exposiciones de automóviles de 1923.

Además de su duradera construcción de acero, la nueva carrocería se distingue por su elegante forma. Una faja en rebajo se extiende alrededor de la carrocería abarcando el radiador y dando a todo el coche un armonioso aspecto. Háse aumentado la largura y la anchura, de modo que hay espacio más que suficiente para cinco personas.

Comprende también numerosos refinamientos. Las lamparitas laterales se han colocado en la base del parabrisas; cortinas de tormenta que ajustan a la perfección, guarnecidas de varillas de acero en tres lados y que se abren con las portezuelas; el parabrisas de una sola pieza, a prueba de lluvia, no obstruye la vista del conductor.

Mecánicamente, el Seis Liviano no ha sufrido alteración alguna. Es el mismo coche de construcción sólida, que tan bien se ha desempeñado siempre en las manos de 100.000 personas que poseen estos automóviles ligeros de seis cilindros. Su chassis está dotado del mismo motor potente y adaptable — un motor que se ha destacado por su resistencia, suavidad de funcionamiento y economía; pues las pruebas que para verificar el consumo de gasolina se han llevado a cabo, en número de 27, en varias partes del mundo, han sentado un promedio de 9,5 kilómetros por litro.

El Studebaker Seis Liviano representa un admirable valor intrínseco en el ramo de automóviles, que es fruto únicamente de los inmensos medios de producción y 71 años de experiencia fabril con que cuenta la empresa Studebaker.

Con el mayor gusto enviaremos a quienes los soliciten, impresos descriptivos del coche Seis Liviano.

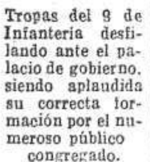
THE STUDEBAKER CORPORATION OF AMERICA

Montevideo:
Avenida 18 de Julio, 912

Buenos Aires
Avenida de Mayo, 1235



De Corrientes



Tropas del 9 de Infantería desfilando ante el palacio de gobierno, siendo aplaudida su correcta formación por el numeroso público congregado.



MERCEDES. — Primeros colonos que vienen a este departamento para dedicarse a la agricultura en grande escala, y de cuyas iniciativas se esperan halagüeños resultados.

El tren, como amo de casa, invadía la estación, produciendo el barullo que origina siempre la entrada del jefe en su departamento. Las planchas giratorias gemían bajo el peso de las ruedas, produciendo sonidos de metralla; el guardaagujas abría los rieles para que el señor tomase la vía del andén; los banderines se agitaban, las vibraciones del timbre eléctrico convocaban a la servidumbre, y mientras los guardafrenos se iban despeñando de la imperial de los coches, las secciones de la estación vomitaban por sus puertas telegrafistas, empleados de la tracción, cargadores y acarreadores, que iban y venían arrollados a los gritos de:



—Miranda; veinte minutos; *restaurant*.

Por fin el monstruo se paró y se puso a respirar, descansando de su carrera vertiginosa, si bien permitiéndose de vez en cuando algunos silbidos por si alguien ponía en duda la solidez de sus pulmones.

Entonces empezó el descenso de los viajeros, de frente los delgados y de espalda los gordos, reproduciéndose las invariables frases de:

— Aprisa, que no hay tiempo que perder.

— ¡Ay, que me caigo!

— La niña.

— Por aquí.

— El saquito.

— Mis *sapates*, que los llevo en chancleta.

Lo que esto último decía era doña Restituta, la esposa de don Canuto, empleado en el Tribunal de Cuentas, que por primera vez se dirigía a París y practicaba el francés por el camino. Porque se me olvidaba advertir a ustedes que la acción se desarrolla en el *express* de Madrid a la capital de la República vecina.

— Póntelos pronto.

— Ya están.

— Y recuerda que se llaman *souliers*.

— ¡Ay! ¿Como el novelista?

— Lo mismo.

Entre estas y las otras (las otras fué un alto, que, como mujer, se permitió hacer doña Restituta al pasar por unos kioscos para ver lo que había dentro), llegaron al *restaurant*, donde ya los esperaban, almorzando, no sólo los compañeros de viaje más activos o menos curiosos, sino también los procedentes de Bilbao desembarcados cinco minutos antes.

Por fortuna la gente era poca y encontraron al momento dos sitios libres, que ocuparon, no diré para comer, sino para engullir los manjares que con mucha agitación, pero con poca actividad, se sirven por lo común en las fondas de los ferrocarriles españoles.

—¡Qué mujer tan *bonite!* —dijo doña Restituta, fijándose en una buena moza que tenía enfrente y a la que su marido le había asestado ya dos miradas, capaces de partir el pollo que en vano se afanaba por trinchar.

—¡Sí, no es fea! — respondió hipócritamente el consorte.

— ¡Cómo te *mire!*

Y en efecto, la señora parecía como que buscaba quien le pagase el almuerzo. No me entretendré en dibujarles a ustedes la cara, en primer lugar porque estoy de prisa, y después porque cada cual tiene su tipo de belleza y temo no contentar a todos. Era guapa; y como circunstancia agravante poseía un lunar en una de las comisuras del *morro* (como decía un poeta aragonés) que abría las ganas a cualquiera; testigo don Canuto, que se hizo servir tres veces de unos macarrones a la parmesana, que hincar el tenedor y sacarlo hecho una madeja de filamentos, producidos por el maridaje del Parma y del Gruyére, era todo uno.

A doña Restituta también se le abrió el apetito, pidió segunda ración, y como la vecina hiciese otro tanto, hubo un cruce de sonrisas entre los tres, que, rompiendo el hielo, indujo a la expansiva esposa a exclamar:

— *Ils sont trés riques.*

— *Ce plat est réellement délicieux* — confirmó la bella desconocida. Bastó esto para dar vuelo a la conversación. Cinco minutos después sabían los cónyuges que Mlle. Nini era el nombre de la del lunar, su patria Beaucaire y su rumbo París.

— ¡Ay! ¿Va usted a París? Y nosotros *saucisse.* (!!).

Desde aquel punto quedó firmado el pacto de alianza y se convino en que todos ocuparían el mismo departamento, lo cual llenó de júbilo a la francesa, que viajaba sola, encantó a don Canuto, que se iba poniendo alegre como unas castañuelas, y sacó de quicio a doña Restituta, que, pensando en los progresos que en aquellas horas iba a hacer, le preguntó por lo bajo a su marido:

— ¿Cómo se dice en francés *borracha?*

— *Grise.*

Y añadió, resueltamente, como prólogo a sus futuros diálogos:

—*Mademoiselle, j'ai una suerte grise.* Don Canuto se limpió el sudor con el pañuelo. El criado empezó a cobrar, y viendo que la vecina sacaba su monedero, doña Restituta, arqueándose por encima de la mesa, le detuvo el brazo y dijo:

—*Il ne faltait pas plus. Mon époux paguera.*

No hubo medio de resistir, porque acto continuo, con la campana echada al vuelo, la desbandada se pronunció y, naturalmente, se hizo general

—Que no es este el coche.

—Que sí.

—Que mira la sombrerera.

En fin, entre éstas y las otras, aunque no como la vez pasada, doña Restituta se sentó junto a Mlle. Nini y don Canuto en el rincón enfrente de ésta. La locomotora dió un silbido y la galomana exclamó:

—*Le pite.*

Anda que andarás y nunca llegarás, la media naranja del empleado en el Tribunal de Cuentas, engolfada en hacer oraciones con el Ollendorf en la mano, no se fijó en que a su marido tan pronto se le ponía la cara de color de canario como se le teñía de pimiento morrón, y que lo mismo sudaba que daba diente con diente.

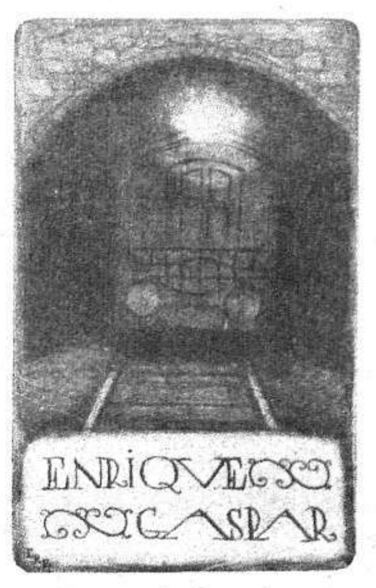
¡Caramba! La cosa no era para menos. Encontrarse a los cincuenta y cinco años con que se ha inspirado una pasión volcánica; porque no cabía duda, Nini no le miraba para mayor disimulo, pero la procesión iba por dentro; quiero decir que los pies sostenían un diálogo por debajo de la manta que los cubría a los dos, que aquello parecía la sinfonía de la *Semíramis* tocada a cuatro manos en un piano de cola.

El amor es como la luna, que o crece o mengua, pero que no se está quieto nunca. Iba, pues, subiendo de punto la situación, cuando la vista de Pasajes, sonriendo a los viajeros desde la hondonada, les hizo asomar a todos la cabeza a la ventanilla. De pronto, como si el mundo se hubiera sepultado en un abismo, la obscuridad más profunda los envolvió y una humedad de sótano humedeció los semblantes. Era un túnel; cada cual se restituyó a su asiento.

El coche empezó a respirar las primeras ráfagas de luz y un minuto después el sol de la libertad volvía a lucir para aquellos prisioneros de las entrañas de la tierra. Don Canuto miraba el paisaje, Nini tenía la cara vuelta al lado de doña Restituta.

—¡Bribones!—gritó ésta, dejando caer la gramática y sacudiendo un par de bofetones con ambos remos a la francesa y a su marido.

Iban ambos a protestar de tan rudo ataque, cuando al mirarse de frente vieron que el hilo de los lentes de Nini estaba enredado por un extremo en el cuello de don Canuto.



DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA

AL hacer sus compras de artículos de tocador, Lociones, Extractos, Polvos, Jabones, etc., le rogamos pida que sean marca MYRURGIA, pues son superiores a sus similares por su delicado perfume y esmerada preparación.





"MADERAS DE ORIENTE"
LOCION, EXTRACTO Y POLVOS

"MYRURGIA"

PERFUMERÍA ESPAÑOLA

Del país en que
las flores son
las más bellas
del mundo.

Cada caja de polvo Maja Goyesca de MYRURGIA contiene una sorpresa para su compradora.





GOROSTEGUI H^NOS Y C^IA
BERNARDO DE IRIGOYEN, 1544
U. T. 3079, Buen Orden

Pidan catálogo gratis



El R. P. Saldaña Retamar, con un grupo de amigos íntimos, que le hicieron objeto de una demostración de aprecio con motivo de sus bodas de plata sacerdotales.

Concurrentes al acto de la entrega del artístico pergamino con que los miembros de la cofradía obsequiaron al prestigioso sacerdote.





avisos de medicamentos contra la TOS que sólo sirven como calmantes.

Las Pastillas y Jarabe

DASAC

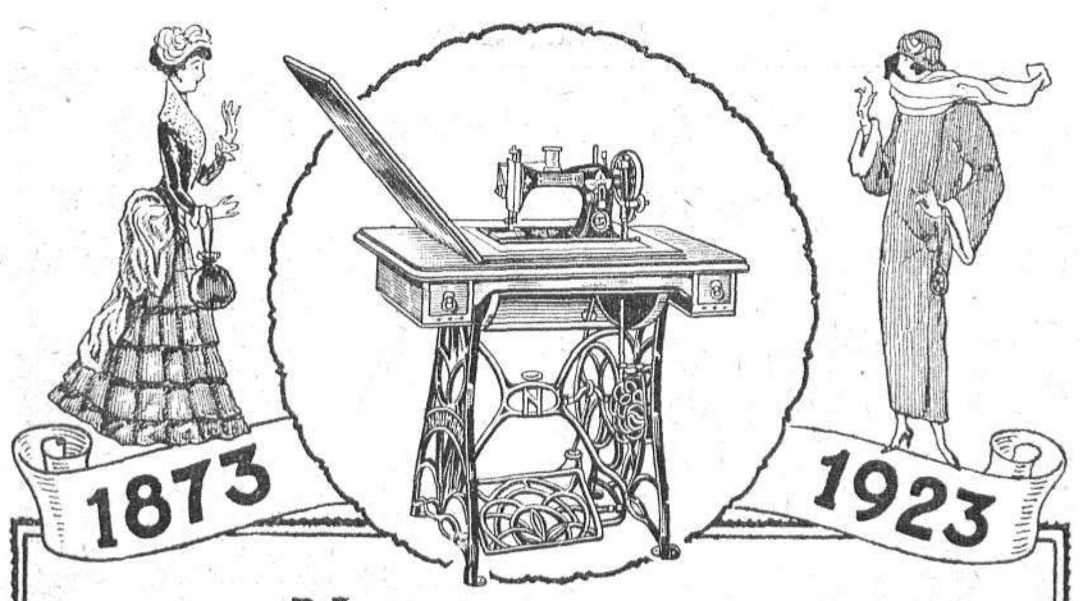
evitan y combaten todo

RESFRIO, TOS y CATARROS

PASTILLAS, la caja, $ 1.00
JARABE, el frasco, „ 1.20

EN TODAS LAS FARMACIAS

UNICO DEPOSITARIO:
Droguería Americana
Bmé. MITRE, 2176
BUENOS AIRES



Hace 50 años
que se vende la
"NAUMANN"
en la ARGENTINA

A través de tres generaciones viene afianzándose, a base de sus méritos exclusivos, el prestigio de esta afamada

MAQUINA DE COSER Y BORDAR

LIVIANA, SILENCIOSA COMODA Y DURABLE

En ella está compendiada la experiencia de medio siglo y el aprovechamiento de los mejores materiales que es posible adquirir para la fabricación de una máquina ejemplar.

Todos los detalles de su mecanismo perfecto tienen la seguridad y precisión necesarias para GARANTIZAR un rendimiento de servicio constante y duradero.

Comparando la CALIDAD con el PRECIO la "NAUMANN" resulta la más barata de todas.

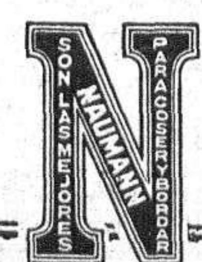
SE VENDEN AL CONTADO Y A PLAZOS

GRATIS recibe toda compradora lecciones de bordado hasta la completa enseñanza.

SE ENTREGAN CON ACCESORIOS

GRATIS otorgamos diploma de profesora de bordado al final de curso.

La "NAUMANN" sirve para coser, bordar, vainillar, calar, etc.



PIDA INFORMES HOY MISMO a sus Agentes y Vendedores en cualquier punto de la República o en los siguientes locales de venta: Buenos Aires: Carlos Pellegrini, 326 - Belgrano: Mendoza, 2468 - Flores: Rivadavia, 8326 - Avellaneda: Avda. Miire, 933 Lomas: Laprida, 257 - Quilmes: Rivadavia, 311 - Tigre: "La Numancia" - La Plata: Calle 6, N.° 876, o a sus

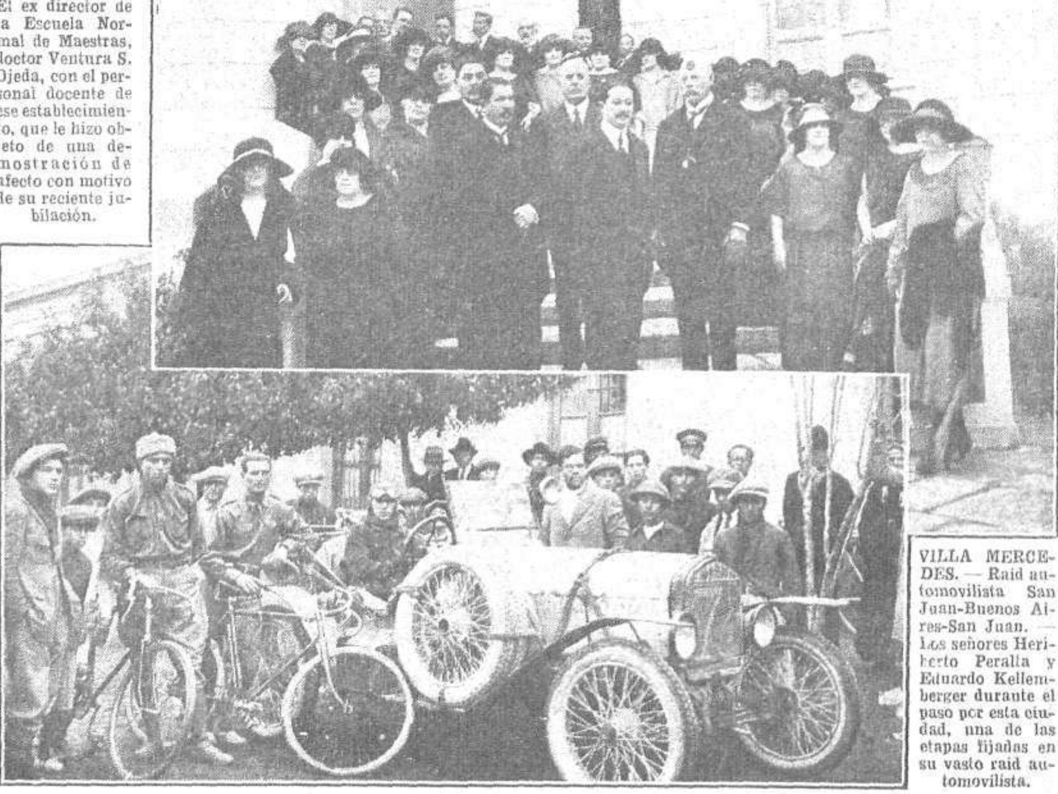
UNICOS INTRODUCTORES

KIRSCHBAUM & Cía. - INDEPENDENCIA, 401-37
BUENOS AIRES

U. Telef 293, Avenida



De San Luis



El ex director de la Escuela Normal de Maestras, doctor Ventura S. Ojeda, con el personal docente de ese establecimiento, que le hizo objeto de una demostración de afecto con motivo de su reciente jubilación.

VILLA MERCEDES. — Raid automovilista San Juan-Buenos Aires-San Juan. — Los señores Heriberto Peralta y Eduardo Kellemberger durante el paso por esta ciudad, una de las etapas fijadas en su vasto raid automovilista.

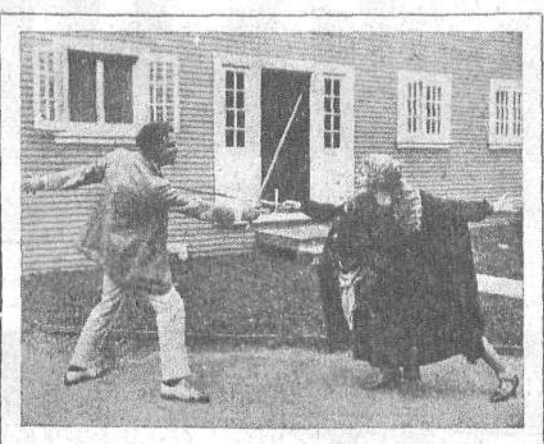
TEATRO DEL SILENCIO

«DON CARLOS»

DEL programa Bijou (nombramos al pecador), es una película con pretensiones de época, interpretada discretamente por los artistas latinos Enrique Roma, R. Badaloni y Elena Lunda; una cinta *originalísima* en que vemos llorar a Felipe II, aquel monarca que no se conmovió, y siguió rezando el rosario, cuando le anunciaron la pérdida de la flota «La Invencible» cerca de las costas británicas contra las que se dirigía. «Yo no la envié contra Dios; la envié contra Inglaterra» —fué su respuesta.

Pues bien; a este soberano español de cuyo carácter sin par registra la Historia rasgos geniales, le han avillanado y enflaquecido el espíritu los productores de esta cinta, hasta el extremo de presentárnoslo rechazando a una infantita, su hija, riñendo, espada en mano, con el príncipe don Carlos, su hijo, y valiéndose cobardemente de terceras personas para espiar a su esposa: todo ello tan grotesco, dislocado y fantástico como el capricho del adaptador.

En fin; que estas cintas de «época» deberían estar prohibidas desde un simple punto de vista pedagógico: por las falsedades históricas que propagan, pervirtiendo así el recto sentido del público acerca de diversos acontecimientos.



Betty Compson, la "rufiana", manejando el afilado florete contra el físico del actor Bert Lytell y apuntándole al lado más "vulnerable": el corazón.

«A LOS HOMBRES»

SUPER-PRODUCCIÓN en ocho actos, es una elegante cinta, una cinta de distinción, como dicen los yanquis, en que aparece Gloria Swanson, que todavía ocupa sitio de preferencia en el firmamento cinemático, quitándose y poniéndose sombreros, casquetes, plumas, vestidos, abrigos, kimonos y pieles en tal abundancia, que «aquello» más bien parece un bazar femenino que una película con «argumento». Unas trece «toilettes» nada más.

Hemos dicho argumento y lo hemos puesto entre comillas porque... es de los peliagudos y de los que dejan pensativos a los espectadores de ambos sexos, que no les cabe en la cabeza el «juego» matrimonial a que se entrega la protagonista; una especie de curiosa carambola, a saber: Gloria se casa con uno, y aunque, al principio, le dice que con él «pan y cebolla», después de casada observa con disgusto que su marido no es un elegante de primera, y que, en algunas ocasiones, sus besos despiden cierto olorcillo cebolluno. Aprovechando la «delicadeza» de estas circunstancias, otro hombre pulcro, que sabe fumar con limpieza y hacerse la corbata con gusto, va poco a poco seduciéndola y cercándola; ella, en rápidas y «odiosas» comparaciones, establece diferencias entre el marido y el amante presunto, y, por fin, *desengaña* a su consorte diciéndole que no puede ser feliz a su lado y al mes de enyugamiento.

Este Juan Lanas se conforma, sintiéndolo mucho; el divorcio los separa y Gloria va a caer, henchida de caprichoso amor, en los brazos del otro, que resulta ser un divertido sinvergüenza con sus líos fuera de casa. Total: que la «infeliz» mujer sufre una enorme decepción con su segundo, y entonces, reaccionando, de nuevo va a caer en los brazos del primero. ¿Eh? ¿Qué dicen ustedes?

«¿SE HA VUELTO LOCO EL MUNDO?»

ES una comedia dramática a base de Elinor Fair y de Vicent Coleman, dos artistas insignificantes que en esta ocasión no han podido siquiera disimular lo aburrido y vulgar del asunto entre las dos familias, el cabaret con camareros de antifaz y alas y las demás escenas que estamos hartos de ver repetirse en la pantalla.

Película de ínfimo orden, tan inexpresiva por sus intérpretes como por el argumento.

«LA LINDA IMPOSTORA»

PERTENECE al género inocentón y artificial, de esas que, hace algunos años, desplegaban los productores yanquis para cautivar el corazón de las dactilógrafas, mostrándoles las «posibilidades» de ser millonarias.

Aquí, a lo largo de este metraje, la blonda Catherine Mc. Donald, que es la heroína, salta de un escritorio para sustituir a una artista, a la que se parece mucho, en una fiesta particular que unas viejas rentistas ofrecen en un gran hotel. Y... ¿necesitamos explicar a la lectora perspicaz que allí se tropieza con un hombre, que este hombre es riquísimo y además muy guapo, que se adoran, que surgen algunas «dificultades» con que el operador estiró las escenas, y que, a la postre, estalla el consabido beso y todo se resuelve idílicamente? No, no hace falta decirlo; se supone todo esto y algo más.

«LA NIÑA DE LOS CINCO DÓLARES»

AGRADA porque Viola Dana, la gentil y rubia estrella, es artista de veras, de simpática expresión y de dulces sonrisas; y en cuanto al barbudo, viejo y nobletón judío que la recoge, llegando a quererla como a una hija, también hay que aplaudirlo. Del argumento bastará decir que la niña fué «pignorada» por un trota-calles, el cual paga todos los años diez centavos de intereses para conservar «fresca» la papeleta y poder sacar el «objeto» cuando se le antoje... hasta que un día va a reclamar su prenda. No lo consigue y la comedia termina en plena felicidad para todos los que la merecían.

Entretienen las escenas de esta cinta.

«EL REPÓRTER DETECTIVE»

ES un trozo de folletín interesante, bien adaptado a la escena, con un protagonista que hace espléndido alarde de sus agilidades, salvando incidentes como cualquier profesional del circo, por ejemplo, cuando camina por encima de carruajes y automóviles en movimiento. El asunto, alrededor de un diamante llamado el Ojo de Buda, ofrece la clásica «trayectoria» de todos los de su género: al principio misterio, luego complicaciones y al final un desenlace a gusto de todos, triunfando siempre los honrados y las mujeres.

«YO SOY LA LEY»

ES un drama silvestre, por tierras del Canadá, con paisajes muy bien obtenidos y actores que desempeñan sus respectivos papeles con discreta naturalidad. Interviene la policía montada de aquella región; hay un asesinato pasional de por medio, una maestra de escuela muy linda y un hermano despreciable a quien le llega el condigno castigo, siendo todos los episodios muy movidos y el escenario de la naturaleza muy atrayente.

En estas cintas sin extravagancias de «gran mundo», ni cabarets deslumbrantes, ni antojadizas damas, ni caballeros «imposibles» y maniáticos, es donde la producción norteamericana se luce sin recurrir a efectismos y artificios para la enorme «galería» de su público.

Mas una cosa es el negocio y otra el arte, y pocas veces van de la mano por el mundo.

NARCISO ROBLEDAL.

QUEMU QUEMU (Pampa). — El gobernador, teniente coronel Arturo Núñez, acompañado por el capitán Martinez, el juez doctor Dosso Levea, los comisarios A. Chas y A. Arrigorria, el subcomisario José A. Scoti y los oficiales Viscondo y Caballero.


Baratti y Cía
Muebles
Anexo Lavalle 1302
Frente al PALACIO de los TRIBUNALES
9 de Julio
1816-1853-1923
En esta magna fecha en que el gran pueblo Argentino conmemora el aniversario de su independencia, nosotros nos sentimos orgullosos de poder conmemorar nuestro
70 ANIVERSARIO
luchando con ánimo sereno por el engrandecimiento de la industria
NACIONAL
y a pesar de haber sido totalmente destruído por el fuego nuestro grandioso establecimiento comercial el 16 de Febrero último.
En breve plazo será inaugurado nuestro GRANDE y LUJOSO PALACIO en la calle Corrientes 1145, el que será dedicado exclusivamente para exposición de muebles.
Nuestra casa fué fundada en 1853.
Baratti y Cía
Muebles

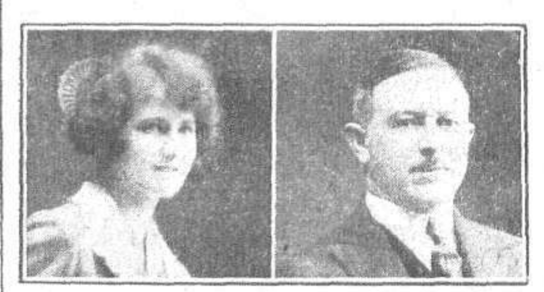
Enlaces



Señorita María Goyeneche con el señor Isaac Carricart. — Lobería



Toscano-Allemand. — Lincoln.



Señorita Julia Molina con el señor R. D. Cullongh. — Casilda



Pacapello-Gaulucci. — Arenaza.



Señorita Isabel Pérez con el señor José Olázabal. — Trenque Lauquen.



PIPERAZINE MIDY

La ALTURA a que ha llegado es la mejor prueba de su EFICACIA SIEMPRE CONSTANTE. POR ESO se destaca de todas sus similares.

La **PIPERAZINE MIDY** ha SIDO y SERA SIEMPRE el remedio soberano para el tratamiento del **REUMATISMO, GOTA aguda y crónica, ARENILLAS, URICEMIA, LITIASIS renal y vesical.**

La **PIPERAZINE MIDY** se vende en todas las farmacias.

LABORATORIOS MIDY - 4, Rue Colonell Moll - Paris

Representantes para la Argentina y el Uruguay:

CAILLON & HAMONET

Casilla correo 543 Buenos Aires



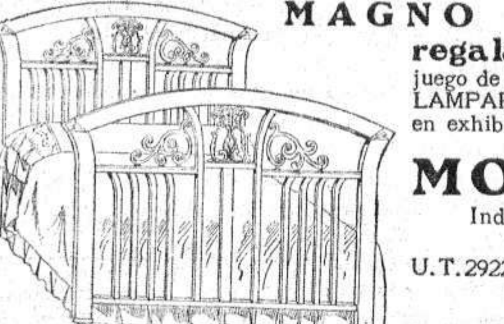
El glorioso día de la Patria

despierta en cada argentino el sacrosanto deseo de ver culminar al máximum la grandeza económica y la prosperidad nacional. Un resorte poderoso que afirma las bases de la nacionalidad es la

INDUSTRIA NACIONAL

Hasta el **17** del corriente, asociándonos al

MAGNO ANIVERSARIO



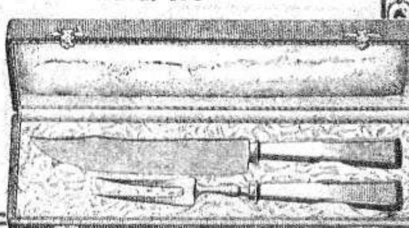
regalaremos a todo comprador un juego de TRINCHANTE de plata con estuche, LAMPARAS de pie y otros artículos que están en exhibición.

MOLINA Y CIA.

Industriales netamente argentinos.

ESMERALDA, 153

U.T. 2922, Av.

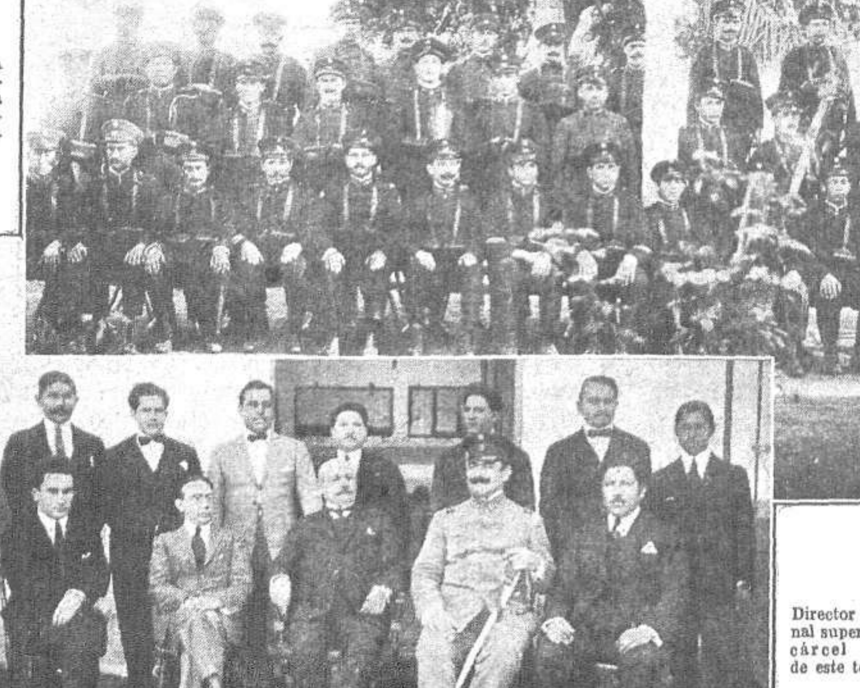


MODELO 122

Cama de bronce de 2 plazas

última creación

RESISTENCIA (Chaco). — Piquete de Guardia Cárceles recientemente organizada en ésta.



Director y personal superior de la cárcel nacional de este territorio.

SARRASQUETA VIGILANTE ENAMORADO O EL LENGUAJE DE LA VARITA

—¡A la orden! ¡Sin novedad!

—Las morochas me atortolan.

—Mi corazón es tuyo.

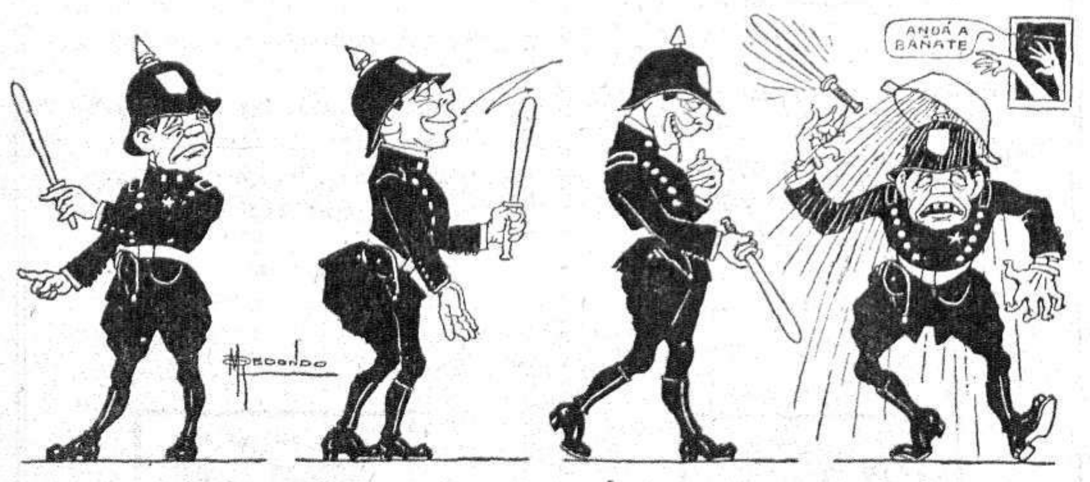
—¡Me muero de neurastenia por vos!

—Estoy muy triste y cabrero.

—Salí y te convidaré a un completo.

—Vení al bailongo.

—No seas ingrata y cebame un mate.



—Voy a proceder con vos, y te voy a encanar.

—Dispárame un largo beso.

—¡Dame el sí!

—¡Por fin soy feliz!

DIBUJOS DE REDONDO.

SON "HECHOS", NO PALABRAS CIENTIFICAS, LO QUE DESEA USTED.
SON "HECHOS" LO QUE TENEMOS QUE OFRECERLE.
SON "HECHOS" VERDADEROS LAS CURACIONES CON EL "HERCULEX".

INVESTIGUE:

La Sra. Luisa C. de Borghi, al solicitar la Faja Eléctrica, nos decía:

«Mis sufrimientos son tal como las preguntas contestadas en el cuestionario y además sufro muchísimos dolores en las muñecas y dedos de las manos, algunas veces casi insoportables, también en todas las coyunturas, rodillas, tobillos y espalda y mucho cansancio de los pies.»

San Lorenzo, F. C. C. A., Septiembre de 1922.

Señor doctor Sanden. — Buenos Aires.

Muy señor mío:

Me complazco en manifestar a usted cuanto me alegra el haberme inspirado usar su Faja Eléctrica de renombre insuperable.

Hace como quince o diez y siete años que he dado principio al uso de ella en distintas épocas; principalmente en los principios fué cuando más necesitaba, empezando el alivio de mis males que me habían invadido todo el cuerpo, atacándome más en la cintura con dolores insoportables.

Hoy, restablecida y en testimonio de mi bienestar, doy a usted fe con estos renglones en acto de gratitud.

Firmado: LUISA C. DE BORGHI.

HECHOS Y MAS HECHOS
AQUI HAY OTRO

Rio Bamba, F. C. P., febrero 25 de 1923.

Señor doctor Sanden. — Buenos Aires.

Muy señor mío:

Tengo el mayor agrado en comunicarle que después de haber usado unos meses su preciosa Faja Eléctrica, me encuentro bien de salud.

Ha desaparecido la terrible nerviosidad que tanto me hacía sufrir, de noche no podía dormir, en cuanto cerraba los ojos hacía sueños fantásticos e incomprensibles y en seguida me despertaba temblando, asustadísima, y ya no podía dormir.

Había días que no podía caminar de debilidad y al menor movimiento que hacía me encontraba mojada de sudor.

Otros días sufría de palpitaciones del corazón que me tenían sofocada, si me bajaba a levantar algún objeto del suelo, tenía que agarrarme de alguna cosa, porque era tal el mareo, que me hubiera caído al suelo. Además, tenía el estómago tan débil, que cualquier cosita que comía, era peor que si hubiera comido diez kilos en seguida sentía una angustia y opresión que me hacían llorar; en cambio, ahora como de todo y nunca siento ningún malestar, al contrario, he aumentado cinco kilos de peso; gracias a la incomparable Faja Eléctrica, la cual aprecio como la joya más preciosa.

No sé si estarán contentos de mi carta, la cual la hice con las verdaderas palabras que me dictaba mi corazón como agradecimiento hacia usted, apreciado doctor Sanden.

Puede usted publicar esta carta si es de su agrado y disculparme la falta de ortografía y la mala escritura.

Sin otro motivo, le saluda con el mayor respeto y agradecimiento. S. S. S.

Firmado: **JOSEFINA DE CHOULET.**

SEÑORAS, SEÑORITAS, ¿POR QUE SIGUEN SUFRIENDO?

Pidan hoy mismo "La Salud en la Naturaleza", un librito que explica cómo miles de señoras han curado en su propia casa. Gratis y libre de porte a todas las señoras débiles y nerviosas.

HORAS DE OFICINA: 9 a 18.

Compañía "SANDEN" - Carlos Pellegrini, 105 - Buenos Aires

Lotería Nacional

PROXIMOS SORTEOS: Día 17 de Julio, de.... **$ 100.000.**

Billete entero, **$ 21.50**; quinto, **$ 4 30.** 24 y 31 de Julio, pesos **80.000.** Billete entero, **$ 16.25**; quinto, **$ 3.25.** A cada pedido debe agregarse **$ 1.—** para envío, certificado y extracto. A vuelta de correo despachará cualquier orden **Leonidas Rojas**

CABELLO, 3715. — Casilla de correo 1047. — Buenos Aires

CARAS Y CARETAS en España.

Pueden adquirirse ejemplares de "Caras y Caretas", en España, en todas las capitales importantes y kioscos de ferrocarril.

Para subscripciones, dirigirse a la SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERIA, MADRID: LIBERTAD, 7 — BARCELONA: Rambla de Centro, 5, 1[?] y 20 — IRUN

JOVEN

Piense usted en su porvenir.

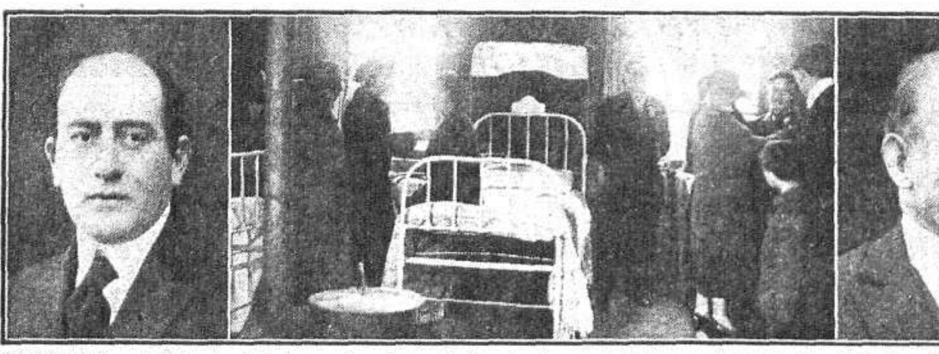
Solicite nuestro valioso folleto **GRATIS** de los cursos de:

MATEMATICAS - MECANICA - ELECTRICIDAD - CONSTRUCCIONES - AGRIMENSURA - DIBUJO TECNICO, ORNAMENTAL Y ARTISTICO - CHAUFFEUR - AVICULTURA - MECANICA AGRICOLA - RADIOTELEFONIA, etc.

ESCUELAS POLITECNICAS DEL PLATA

CARLOS PELLEGRINI, 1136 — BUENOS AIRES

Las únicas especializadas en cursos técnicos por correspondencia.



BARILOCHE. — El jefe de policía, señor Alejandro Grumini, cuya destacada actuación es unánimemente aplaudida en esta localidad.

Señoritas pertenecientes al Círculo Juventud distribuyendo escarapelas nacionales entre los numerosos enfermos que se asisten en el hospital local.

Señor Luis Vespa, secretario del jefe de policía a quien secunda con gran estusiasmo y eficiencia.

LA FIEBRE DE LA VELOCIDAD

Para los que tienen prisa el ferrocarril es ya un lento y anticuado medio de transporte. Los poderosos autos devoran las distancias a razón de 200 kilómetros por hora. Los aeroplanos alcanzan velocidades no menores de 300 kilómetros, mientras que los viejos trenes apenas si logran rebasar la cifra de 100 kilómetros por hora.

París y Londres se encuentran unidos por un servicio aéreo rapidísimo y hasta cierto punto económico. La compañía de transportes aéreos francesa ha llevado en el último año 3.630 pasajeros y 300 quintales métricos de mercaderías, lo que prueba la próspera marcha de la empresa. Otra nueva compañía está organizando, entre París y Londres, un servicio de autobuses aéreos que realizarán el viaje en tres horas. La primera salida de París será a las 8 de la mañana, siguiendo el servicio de hora en hora.

Pero esto no basta; hay que ir más aprisa y alcanzar la velocidad vertiginosa del bólido, y para ello el ingeniero Laur ha inventado el «Espress volante», aparato que consiste en un vagón metálico que presenta la forma de un dirigible que va suspendido de un binario aéreo. El sistema no exige grandes dispendios en la construcción de las líneas; nada de terraplenes, túneles o trincheras; pilotes metálicos de trecho en trecho soportan la línea de suspensión y el cable transmisor de la energía eléctrica. Los vagones de aluminio tendrán capacidad para 60 viajeros. Un motor accionará la hélice de que cada coche está dotado. Se calcula el costo por kilómetro del sistema «Espress volante» en medio millón de francos, lo que hace esperar se difunda el nuevo método, máxime si se compara con los dos millones de francos que exige por kilómetro la construcción de los viejos y anticuados ferrocarriles.


COÑAC
Marqués del Mérito
UNE A SU MERITO EL MERITO DE SU VEJEZ
UNICOS IMPORTADORES:
Gonzalo Sáenz y Cia
MAIPU, 24
BUENOS AIRES

Comentarios



— Temo que va a ocurrir algo espantoso.
— ¿Va a volver el pasado,
el pasado oprobioso?
— El aire está pesado
y hace que uno se enerve.
El sol se pone opaco, el agua hierve.
— Pues yo no noto nada.
— ¡No se fie!
Hay algo que actualmente se derrumba.
La tierra se estremece, el trueno zumba
y Matienzo sonríe.
Brilla el rayo asesino,
se oye como un rumor de terremoto
y resulta un poroto
el Etna comparado con Torino.

— ¡Vamos! ¿Y anuncia usted tales horrores
porque unos senadores
han querido afirmar su independencia?
Nadie habla de eso ya.
— ¡Qué inexperiencia!
Verá usted lo que ocurre. Gómez mismo
me pintó el esperado cataclismo.
Pronto los radicales
que odian al contumaz personalismo
harán unas denuncias colosales.
Se cerrará el congreso,
y tras de las denuncias
vendrán varias renuncias.
— ¡Cómo! Le creo todo menos eso.

— Va a ser una hecatombe
que meterá más ruido que un candombe.
Loza vive intranquilo
y enflaquece Cantilo.
— ¿Y qué es lo que hace Gallo? ¿No protesta?
— Endoreza la cresta
y concibe tragedias a lo Esquilo.
Yo cuando pienso en Gallo ¡se imagina!
se me pone la carne de gallina.

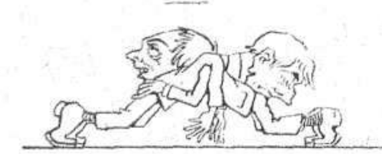


— Ha empezado a temblar el mundo entero.
— Yo creo que exagera.
— No exagero.

Ayer, nervioso y ávido
de noticias, fuí a ver a un compañero
y le dije: «¿Y Elpidio?» Y, al instante,
me habló de esta manera: «Sigue impávido
¡Ahí está lo alarmante!»
Y yo opino lo mismo. Si impasible
Elpidio permanece, ¡esto es horrible!,
la catástrofe llega.
¿Quién es el ignorante que lo niega?

— Bien. ¿Y los diputados?
— Aunque deben estar muy alarmados,
fingen vivir dichosos y contentos
como si no estuviesen enterados.
Y no hacen contorsiones ni aspavientos.
¡Son tan disimulados!
¡Y viese qué sal ática
la de esa gente fina y diplomática!

— ¿Y Melo?
— ¿Me pregunta
por Melo?
— Sí; por Melo.
— Que recelo
algo que me da horror. Me tiene Melo
con los pelos de punta.
— Puede alisarse el pelo.
— ¡No sabe quien es Melo! Es una bomba.
¡un simún! ¡una tromba!



— Sí, desgraciadamente,
se arrojaran hermano contra hermano
¿qué iba a pasar aquí, Dios soberano?
— Nada absolutamente.
Se puede ir dormir tranquilamente.

* * *

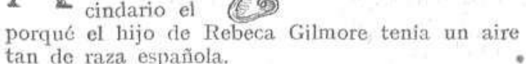


Un gato enfurecido,
arañó a un literato muy discreto
porque éste trató al gato en un soneto
de «cultor nocharniego del maullido».
¡Mucho ojo, literatos,
al hablar de los gatos!

MONOS DE REDONDO.

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Generosidad árabe, por **el Emir Emín Arslan.** Un crimen espeluznante, por **Enrique Méndez Calzada.** Los sombreros grises, por **Leonardo A. Bazzano.** Quídam dives, por **Francisco Grandmontagne.** Al pie de la letra, por **Alberto Pidemunt.** Oh, fuentes encantadas del ensueño, por **Leopoldo Velazco.** Horas melancólicas, por **Oscar Alberto Ibar.** Espiritual, por **Ataliva Herrera.** Nocturno de la lámpara maravillosa, por **Horacio A. Rega Molina.** Cantata, por **Carlos C. Sanguinetti.** Rumo, por **Ernesto Juárez.** Candidatura fracasada, por **Gastón H. Lestard.** Los tres instrumentos de la muerte, por **C. K. Chesterton.** Un sueño, por **Leonidas Andreiev.** La mirada de Dios, por **Eric Maschwitz.** El tigre y el baúl, por **Y. H. Rosny.** El ciego y las uvas; La democracia en los salones, por **Humberto De Campos.** Una prueba de mal gusto, por **E. M. S. Danero.** El doctor misántropo, por **Juan Neruda.** El cazador de fieras, por **Miguel Arlen.** Hombres célebres: Beethoven, por **Eduardo del Saz.**



Naufragio y salvamento de un corazón

Por Lincoln Colcord

A la verdad, no se explicaba el vecindario el porqué el hijo de Rebeca Gilmore tenia un aire tan de raza española.

Su padre había sido un verdadero New England tipo; su madre, que fuera Rebeca Grant antes de su matrimonio, era una sajona pura, hermosa y lozana, con ojos violeta claros y un cabello dorado como mies en sazón.

En cambio, Manuel Gilmore, el hijo de ambos, parecía un muchacho de otra raza, morenillo, fino, siempre polvoriento, inquieto y fresco como un ibérico de los más vivos.

El episodio que vamos a relatar comienza durante la adolescencia de Rebeca Grant, años antes de que el capitán Gilmore apareciera en escena. El secreto se guardó durante bastante tiempo, pero, poco a poco, como suele acontecer, fueron saliendo a la superficie algunos interesantes detalles de la oculta historia.

En aquellos días, Rebeca era una hermosa «girl» de admirable desarrollo físico, esbelta y flexible. Su carácter tranquilo y a la vez reservado hacía aun más interesante su belleza, esparciendo en torno suyo una aureola de prestigio y de misterio. Era considerada generalmente como una diosa provinciana, como una Diana que se dignaba pasear por aquellas calles para admiración de sus vecinos. Su belleza clásica recordaba un poco a las estatuas griegas, merced a ese hieratismo que tanto sugestiona por su hermética perfección.

Entre sus doce y quince años todos los jóvenes «presentables» del pueblo le pagaron su tributo de admiración y de amor, tal que si cumplieran un rito; todos le hicieron la corte, rendidos ante sus encantos, y ella a todos, sin escenas violentas, con toda educación y calma, pero con una energía que daba por tierra con toda esperanza, fué eliminándolos por el turno en que se presentaban.

No era esquiva; sabía escucharlos cortésmente mientras no se «propasaban», mas cuando ellos, entusiasmados — y no era para menos — le declaraban su pasión con vehementes frases, ofreciéndose en matrimonio, entonces Rebeca, con una voz y un gesto que no admitía réplica, les echaba por sobre las ardorosas cabezas el jarro de agua helada de su negativa.

Así, florecida y desdeñosa, fué creciendo la hermosa Rebeca; y cuando ya convertida en una espléndida mujer su nombre era la esperanza de todo soltero, falleció su padre, el capitán Grant, allá por las islas de Java, a bordo de su barco. La verdad: aquel inquieto marino visitaba con muy poca frecuencia su hogar, de modo que su hija no sufrió gran pena al conocer la triste noticia.

Rebeca vivía con su madre en una vieja casa solariega situada en las afueras de la ciudad; ambas, intimamente ligadas, soportaban su soledad; la hija cuidando de la escasa salud de la vieja, que padecía del corazón, y ésta adorando a su retoño con toda su alma.

En sus frecuentes diálogos de familia, la madre, acariciando con los ojos a su Rebeca, decíale con maternal acento:

— Yo confío, hija mía, en que lograrás ser feliz, casándote con el hombre que mereces. Acaso lo veré yo, aunque ¡ay! poco tiempo me queda de existencia.

— Vamos, madrecita. Usted vivirá todavía muchos años y yo me casaré cuando me enamore de veras.

— Sí, sí—protestaba con blandura su madre;— pero, dado tu especial temperamento, tardarás bastante en caer en las redes amorosas.

Daniel Gilmore habia sido compañero del capitán Grant durante once años, y al morir éste fué encargado del comando del mismo barco.

En la sala de la casa de las dos Rebecas madre e hija, podía apreciarse el retrato del muerto, un buen mozo bronceado por todos los vientos del mar. Cerca de su efigie hallábase la de su colega el capitán Gilmore, un cuarentón de aspecto sólido, soltero y sin obligaciones.

A raíz del fallecimiento de aquél, el capitán Gilmore, ya sea por recomendación especial, bien porque lo creyera de su deber, hizo un corto alto en sus viajes y arribó al puerto de aquella ciudad para, como buen amigo del difunto, dar la noticia y el pésame a su familia.

Apenas visitó a las dos mujeres, y a ruegos de ellas hubo de ser huésped grato en aquel hogar por algunos días, estableciendo así un paréntesis de descanso en sus continuos viajes, el hombre sintió una súbita sacudida, una sacudida interior que le hizo estremecer de pies a cabeza. Tal fenómeno fué provocado por la joven Rebeca.

Desde luego pensó, partiendo derecho y con su habitual nobleza, pedirle su mano; pero un miedo, un temor incomprensible helaba su corazón, paralizando su lengua.

Por otra parte, las finas y caballerosas atenciones de él para con la familia en seguida encontraron eco. Rebeca, la hija, retribuía con amabilidad sus cordiales cortesías, y la madre se acordaba con emoción de su marido, cuya imagen se avivaba en su imaginación a la vista del capitán Gilmore.

En varias veladas y a instancias, sobre todo, de la joven Rebeca, el marino hablaba largamente del muerto, contando algunas de sus aventuras y particularidades de su carácter, y ambas mujeres se mostraban encantadas de su charla interesante.

En el curso de estas conversaciones, que se sucedieron durante los días que el capitán Gilmore permaneció en el modesto hogar de la viuda, podía advertirse una creciente simpatía entre la hija y el huésped. La madre, con evidente satisfacción, vigilaba este acercamiento sentimental y sonreía gratamente al contemplarlos cambiando risueñas impresiones en sus diarios paseos por el jardín, en esas horas propicias del anochecer.

La noche víspera de su partida, cuando el capitán Gilmore penetró en la sala de la casa, Rebeca, la hija, saludó con vehemencia comunicativa y sincera, aunque sin poder ocultar cierto tono de tristeza en su voz, ligeramente insegura.

La señora Grant salió de la sala porque se hallaba ocupada en algunos quehaceres, y pocos segundos después sus pasos oíanse en el piso de arriba.

— Resulta un poco violenta toda despedida entre personas que realmente se estiman, y sobre todo cuando una de ellas se halla expuesta a las contingencias de su profesión de marino — exclamó Rebeca con sincera y risueña cordialidad, mirando de frente al hombre. — Usted ha sido conmigo excesivamente bueno, capitán Gilmore: siempre excelente, agradable y caballeroso.

Y le gratificó con una deliciosa sonrisa.

El marino, en apariencia tranquilo, estaba librando una terrible batalla en su interior; se inclinó

con natural galantería, y luego, disimulando hábilmente su turbación, cruzó la sala con esos pasos peculiares de los hombres de mar acostumbrados a los diarios paseos sobre cubierta para distraer ocios y facilitar digestiones.

Sus ojos fueron rastreando por la alfombra. Era el momento, el único minuto aprovechable. Si lo desaprovechaba, adiós oportunidad... adiós para siempre su secreta ilusión. Otra vez el agua y la soledad, la huraña soltería sin hogar, errabunda y gris. ¡Ah! En tales circunstancias, un naufragio puede ser una diversión.



La bella Rebeca, pensativa, se había comprometido involuntariamente con el capitán.

El corazón se le precipitaba sobre el pecho al decidirse a hablar. Ignoraba — y ese era su tormento — cómo sería recibida su declaración, pues en las muestras de afecto que se le prodigaban no quería, en su nobleza, mezclar la buena amistad al amigo del difunto capitán Grant y al caballero con otro sentimiento particular por el que suspiraba.

Levantando el rostro, un poco pálido por la emoción, y ensayando una sonrisa, el marino se detuvo al fin frente a la muchacha y respondió:

— Rebeca: no habría necesidad de una despedida si usted sintiera como yo siento.

— ¡Oh! Yo también siento, siento mucho.

Los ojos de Rebeca despidieron inusitado brillo; alzó, un tanto ruborosa, su adorable rostro hacia el del capitán y a media voz, insinuante, murmuró:

— ¿Usted quiere decir...?

— Yo quiero decir... yo digo que la adoro a usted, Rebeca. ¿No lo ha adivinado? Amo a usted con todas mis potencias, y mi mayor ilusión en este mundo sería hacerla mi esposa. Ya sé; soy más viejo, mucho más que usted; pero, gracias al Cielo, estoy sano, firme y animoso. Yo puedo ofrecerle un corazón honrado, sin manchas ni debilidades y, además, mi amor, mi devoción, para toda la vida.

— ¡Oh! — exclamó con ímpetu la muchacha al tiempo que, como asustada de su grito, se tapaba con ambas manos la boca. La luz de sus ojos tornóse acerada, obscura y profunda, de gran pena. Repentinamente lo miró con horror. La insospechada declaración del capitán la había aplastado, dijérase.

— Mi querida muchacha — se apresuró a decir él, desconcertado por la fulmínea actitud de la joven: — perdón, señorita; yo no quise alarmarla. Siéntese por favor y óigame unos instantes. Yo confiaba en que usted... No me desprecie hasta tal punto. Yo, al ofrecerle mi amor, le hice el más alto cumplimiento que he podido.

— No, no; no se trata de eso.

Rebeca, anonadada, se dejó caer sobre la silla y se cubrió el rostro con las manos. Ahora comprendía. Todo el tiempo, desde su llegada, el capitán le había estado haciendo el amor veladamente. Su amistad era apariencia, su compañía de correcto huésped era amor disfrazado, amor hacia ella, no «desinteresada» simpatía. ¡Oh, el amor! ¡Siempre el amor, fiebre del mundo, interponiéndose entre los más generosos sentimientos para caer en los egoísmos de la exclusividad y de la posesión!

— Perdone, Rebeca — sonó humilde y tierna la voz de él: — observo que la exteriorización de mis sentimientos la cegaron de sorpresa. Pero... sépalo usted: haría traición a mis más caros sentimientos si no le ratificara mi afecto. ¡La adoro! Parece que me he descargado de un gran peso confesándoselo. No es mucho lo que le pido, Rebeca. Prométame que, mientras yo navegue por esos mundos, usted reflexionará acerca de mi declaración. Es toda mi exigencia. Esperaré, en tanto.

— ¡Oh, capitán Gilmore! — casi gimió la joven, con brusco acento: — usted debe comprenderme. Yo no quiero hacerle infeliz. Yo le admiro y respeto en lo mucho que vale..., yo le quiero a usted... en otro sentido; pero yo no puedo casarme con usted nunca.

El sonrió débilmente, sintiendo el dardo de su fracaso, mas su rudo temple y su recia voluntad no se doblegaban a la primera contrariedad.

— Siendo hombre de mar, soy hombre con el pecho abierto a la esperanza, Rebeca. Usted cambiará con el tiempo, y entonces... Ahora le digo adiós, pidiéndole un año de «gracia».

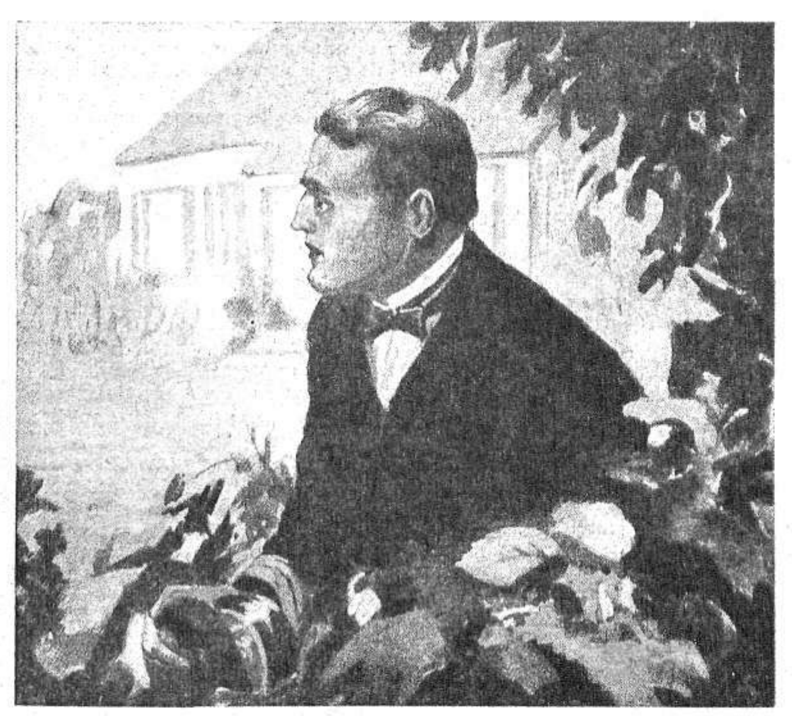
Y el capitán Gilmore partió con la promesa.

El año de «gracia» constituyó una verdadera preocupación para Rebeca. Tan pronto como el marino se fué, sintió la necesidad de los consejos maternales; pero cuando abrió su corazón vacilante ante su madre, descubrió que la influencia de ésta, siendo pasiva, se inclinaba hacia el marino.

— Está bien; no le amas todavía y no debes casarte con él — predicóle a su hija — hasta que no estés segura de ti misma y de su afecto. Procede, querida mía, con la cordura y reserva de siempre.

— Así lo haré, madre. Yo deseo proceder de acuerdo con mis sentimientos, pero ¿cómo conoceré que obro con rectitud?

— Rebeca — sentenció la señora Grant, con ese tono de verdad que nace de la propia experiencia: — en estos delicados asuntos suelen fallar todas las reglas. Dime con franqueza tus sentires acerca del capitan Gilmore.



El capitán Gilmore no se cansaba de admirar a Rebeca, a quien adoraba con toda su alma.

Rebeca agitó su pañuelo en el aire, despidiendo a su prometido. Luego, dirigiéndose a su madre, le preguntó, como distraída:

— Ese muchacho... ¿de qué se trata, madre?

— De un joven que fué recogido por el capitán; algo me dijo acerca de ello.

Transcurridas dos semanas, la señora Grant buscaba a su hija en la cocina para anunciarle:

— Ahí está él — dijo con cierta gravedad, señalando con la cabeza la sala.

— ¿Quién? ¿El capitán Gilmore?

— No. El español.

— ¡Oh! — murmuró, decepcionada, la joven, que soñaba con el pronto regreso de su futuro.

Dándole vueltas a sus optimistas pensamientos, la señora Grant se dirigió a la sala. Mostrábase muy satisfecha por la elección de su hija.

— Rebeca viene en seguida, míster Rodrigo.

— Yo le estimo mucho, madre; pero no para casarme con él. Se me figura como otro padre, vamos.

— Bueno, querida; nada tengo que decirte. Lo que te dicte tu corazón será lo mejor. Yo estoy pronta siempre para aconsejarte, mas nunca te indicaré que contraigas enlace con un hombre a quien no ames. El capitán Gilmore es, por todos conceptos, un noble caballero, y, sin embargo, faltando el amor eso es poco.

Rebeca, confortada por tales conversaciones íntimas con su madre, no por eso veía su situación más clara. La razón hallábase de parte del capitán; el instinto no se decidía, anhelando, sin duda, otro ideal.

Gilmore regresó repentinamente, aprovechando un día más que le concedieron de licencia, y de nuevo habló con Rebeca.

— Aprovecho este feliz retraso que me permite insistir con todo el respeto y cariño que usted me merece. ¿Hay alguna esperanza para mí?

— Sí — exclamó ella casi involuntariamente.

— Entonces dígame, hábleme, por Dios, no sea cruel, y calme mi impaciencia.

— Ella, apremiada por el tono cálido del marino, sintió que sus energías la abandonaban, y una visible debilidad se advirtió en su conturbado semblante.

— Usted regresará y... será feliz, Gilmore.

— ¡Oh! ¡Gracias sean dadas a Dios! — profirió éste. — Ahora sí puedo irme con el corazón henchido, y cuando regrese yo seré el más afortunado de los hombres.

Poco después el capitán, afectuosamente despedido, partía para su destino, diciendo, con radiante faz, ya en la escalera:

— ¡Ah! Ya se me había olvidado noticiarles que he avisado al joven Rodrigo para que las visite a su paso por aquí. Es un muchacho protegido mío, procedente de la Argentina, y ha estado educándose en un colegio; ya se lo dije a usted, señora Grant. Ahora viajará conmigo.

El visitante se puso cortésmente de pie. Luego, al ver una figura cruzar por el pasillo, sus obscuros ojos relumbraron, sus mejillas parecían radiar y una juvenil expresión admirativa se expandió por su persona.

Al entrar Rebeca en la sala, el muchacho, sin disimular su gesto de gratísima sorpresa, esperó, inclinándose con gracia, a que se le tendiera la mano.

Ella, también, sintió al instante el grato choque psíquico del español. Alto, de esbelta delgadez, de rostro moreno pálido y ojos vivísimos y grandes, Manuel Rodrigo revelaba la prestancia aristocrática de sus antepasados. Apenas contaría diez y nueve años. Era como una flor, un resurgimiento lozano, de la viril raza castellana.

— Rebeca — presentó la madre en tono agudo que rompió el mudo encanto de unos segundos de mutua contemplación: — éste es míster Rodrigo.

Ambos avanzaron cambiando la luz de sus ojos como flechazos. Algo que es irresistible, instantáneo y entrañable les sacudía, y eran como dos dinamos puestos en acorde función por la mano misteriosa que teje nuestros afectos.

— Mucho me alegro de conocerle y de que haya venido a saludarnos — exclamó ella con simpática franqueza, sintiendo que sus labios expresaban los anhelos de su corazón.

Y le tendió la mano, que fué aprisionada por otra a cuyo contacto la sangre de sus venas aceleró su curso, coloreándole las mejillas.

— Muchas gracias — sonó la voz vibrátil del joven. — Su madre de usted me ha rogado que las acompañe a cenar y, desde luego, acepto encantado.

Cenaron.

La señora Grant fué la que mantuvo la conversación, pues Rebeca y Rodrigo, como abstraídos y en otro plano, se limitaban a responder con vagos monosílabos de asentimiento mientras se contemplaban arrobados.

La noche primaveral, templada y serena, brindaba con su frescura.

El visitante y la muchacha salieron a disfrutar del magnífico espectáculo que les ofrecía la naturaleza.

—¡Ah, mi adorada, mi soñada, mi estrella! — murmuró Rodrigo con acento pasional casi al oído de la joven, que se estremecía al contacto con su brazo: — Me parece, ¡estoy seguro!, que os he amado siempre, que nos hemos conocido desde hace mucho tiempo.

Rebeca no pareció sorprenderse de semejante declaración. También a ella se le figuraba que Rodrigo era *su* Rodrigo desde hacía una eternidad.

No hubo disimulos ni reservas ni coqueterías, ni esos naturales fingimientos que constituyen el prólogo de todo amor. Sus corazones, desnudos y palpitantes, se atraían con innegable fuerza; y ambos, al cambiar el primer beso, sellaron para siempre el compromiso de sus almas.

Al cabo de tres días el joven español despedíase de madre e hija, llevándose consigo la rendida voluntad de ésta.

——

Una mañana de aquel final de otoño Rebeca recibió una fervorosa carta que decía:

«Alma mía: ¡Ven! Acabo de llegar a Boston después de un viaje por las Indias Orientales y deseo verte para que formalicemos nuestro amor ante el altar. ¿Por qué esperar más, vida mía? Nos adoramos y debemos ser felices cuanto antes. Pasaremos juntos los días que me han concedido de licencia y luego yo partiré de nuevo y tú me aguardarás siendo ya mi esposa, y así, con tu dulcísimo recuerdo, me darás alientos para continuar mis viajes. Te espero con impaciencia. Dos horas de tren y caerá en tus brazos tu *Rodrigo*.»

La carta, caída sobre el regazo, dejó pensativa e inquieta a la joven; su espíritu sufría una de esas decisivas conmociones de las que suele depender nuestro futuro destino.

¿Tendría que hablar a su madre, explicándole su viaje repentino?

¿Y cómo explicarle, sin atentar contra su delicada salud, que era Rodrigo y no el capitán Gilmore quien la llamaba con requerimientos irresistibles?

¿Cómo confesar que faltaría a su compromiso con el marino y que estaba dispuesta, contra todas las voluntades del mundo, a entregarse en cuerpo y alma en los brazos del gentil español?

Dos horas después, con una sencilla maleta en la mano y habiendo dejado unos renglones a su madre, explicándole que el capitán Gilmore la llamaba con urgencia desde Boston, Rebeca corría a la estación para juntarse con su amado en aquella ciudad.

——

«Mi querida Rebeca: Un poco me extraña tu silencio, puesto que no me has contestado a mi última de hace cerca de un mes. Dentro de dos semanas estaré en ésa, y figúrate mi impaciencia por abrazarte y porque, ¡al fin!, nos unamos para siempre.

»Una mala noticia que me ha tenido afligido. ¿Te acuerdas del español míster Rodrigo, aquel joven mi protegido que les visitó a ustedes el año pasado por el otoño? Ayer, en la noche, no sabemos cómo, cayó por la borda y seguramente se ahogó. Nos fué imposible recuperar su cuerpo a pesar de las maniobras que ordené y de los botes echados al agua para socorrerlo.

»Recibe un millón de besos de tu prometido *Daniel*.»

Primero un grito, luego un cuerpo que cae.

Cuando Rebeca abrió los ojos y se halló acostada en su lecho, teniendo a su cabecera a su madre con los ojos húmedos, su mente, al recobrar la noción de lo pasado, sintió como si mil puñales le traspasaran las entrañas. Próxima a ser madre, su naturaleza dolorida, al recordar la pérdida irreparable de su esposo secreto, anegábase en una condenación desesperada. El brutal golpe que le asestaba el destino en su doble condición de esposa amante y de madre tiernísima significaba para ella un sufrimiento más allá de sus menguadas fuerzas.

Y después de confesarse con su madre: — Perdóneme y que Dios me perdone también. Yo no he sido mala; he seguido los impulsos de mi corazón... Dígale a él... al capitán...

— Descansa y no te aflijas, hija mía; hay que tener fortaleza. Considera que no eres tú sola, que no vas a ser tú sola la castigada por la desgracia. Tu hijo...

— ¡Quiero morir..., morir..., dormir para siempre, madre mía! — sollozó inconsolable la enferma.

Unos golpes sonaron en la puerta de la habitación.

La señora Grant, con su semblante de angustia surcado por las lágrimas, dió unos pasos en dirección a la entrada; pero ya la figura del capitán Gilmore avanzaba hacia el lecho de Rebeca. En los documentos del ahogado había descubierto el amor de los dos jóvenes y su enlace.

La enferma, al verle, cerró los ojos y su faz se coloreó de vivo carmín. Luego un prolongado suspiro levantó su pecho bajo las sábanas. Uno de sus brazos pendía como desmayado al borde de la cama.

— Lo sé todo; vengo a salvarla y a ofrecerme, *querida* Rebeca — sonó, grave y segura, la voz del marino.

— ¡Dios mío! — gimió ella cubriéndose el rostro, en un brusco arranque de desesperación. — ¡No, no soy digna de vuestro perdón..., de vuestro cariño, Daniel! ¡Yo lo adoraba; no pude..., me fué imposible resistir mis impulsos hacia él... y ahora... ahora, ¡ay!, yo quiero morir..., morir..., mor...!

Un acceso de convulsivos sollozos estallaron de su pecho. El marino, pálido como un muerto, aprisionaba una de sus manos. La señora Grant, silenciosa y dolorida, se dobló sobre el cuerpo de la enferma, confundiéndose ambas en un apretado abrazo.

Súbitamente un grito, un grito agudo, grito de madre, vibró en la estancia.

Rebeca acababa de dar a luz un niño.

——

Del brazo del marino, la convaleciente sonreía al buen sol, paseando por las veredas del jardín.

— ¿Oyes querido? Me parece que el bebé nos llama con sus vagidos.

— ¡Ah! *Nuestro* hijo. Vamos, vamos a prodigarle nuestras caricias.

— ¡Qué bueno, qué noble eres, mi Daniel! — susurró ella.

— Al menos — sonrió él con una hermosa sonrisa varonil — procuro serlo; pero he de confesarte mi feliz egoísmo. Ahora te siento mía, toda mía, depurada por el infortunio... y leo en tus miradas que me perteneces, que una nueva Rebeca me tiende sus brazos sin restricciones sentimentales. ¿Qué más puedo apetecer?

La viuda, sin proferir una palabra, tal era su emoción, tendió sus labios en una actitud adorable de apasionada sumisa, y él le rozó la frente con los suyos.

En la ventana de enfrente, la señora Grant, con el bebé en los brazos, contemplaba la escena con expresión inefable.

——

El vecindario — ya lo hemos dicho — no se explicaba el aire de raza española del niño Manuel, hijo del capitán Gilmore y de Rebeca Grant; pero hay secretos familiares que no es necesario pregonarlos a voces por las calles.

FIN

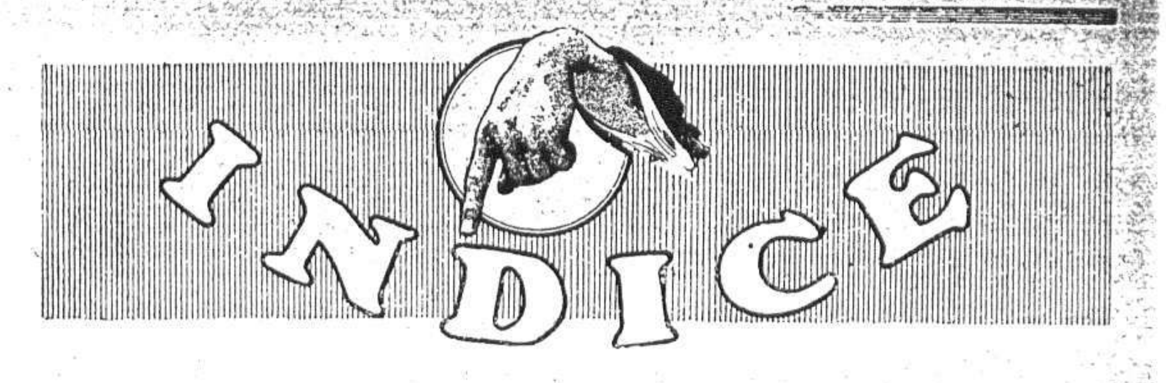




AÑO XXVI

CUARTO BIMESTRE DE 1923

NUMEROS 1292 AL 1300



DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO

COLABORACION

PROSA

VERSO

REDACCION

Número 1294. — Baile en el Centro «Los Satélites de Saturno».—Demostración al señor Goicoa.—Festival pro orfelinato de Rosario.—Baile en el Club «La Amistad». — Fiesta de confraternidad brasileño-uruguayo-argentina. — Caras y Caretas en el Ministerio de Instrucción Pública. — Exposición Mir. — Exposición Leonie de Matthis. — Firpo hacia el campeonato mundial. — Alumni v. Veteranos. — Universitarios v. Belgrano. — Celebración del 14 de Julio. — En honor de los marinos del «Uruguay». — Club Banco de Boston. — Club Empleados de Compañías de Seguros. — Inauguración de un nuevo dispensario antituberculoso. — En memoria del Hermano Marcelino. — Festival escolar en homenaje a Venezuela. — La creciente del río de la Plata. — Sirvienta maltratada. — Acto de abnegación de un guardabarrera. — En defensa del honor de su cuñado. Uxoricidio.

Número 1295. — En la sección 10 de policía. — Institución progresista de Correos y Telégrafos. — Homenaje al señor Allievi. — 53 aniversario de la fundación del Colegio Militar. — Caras y Caretas en la Aduana de la Capital. —Exposición Peláez. — La divisa punzó. — Nuevo edificio de «La Razón». — Doctor B. C. Branca. — Señor Bruno Cittadini. — La sección argentina en el museo de Bruselas. — En el club argentino de mujeres. — Congreso sudamericano de box. — Federación de asociaciones católicas de empleados. — Festival gimnástico en la Asociación C. de Señoritas. — Banquete en la legación del Japón. — Fiesta en la 3ª brigada de la Liga Patriótica Argentina. — Paseo del regimiento 1.º de Infantería. — Platense v. Defensores de Belgrano. — «Coronadora», ganadora del clásico Shaw. — Asesinato de Pancho Villa. — Homicidio perpetrado por una banda de forajidos. — Sangrienta obra de un demente. — Intenso drama en un hogar. — Anciana muerta por un vigilante. — Derrumbamiento fatal.

Número 1296. — Festival infantil en casa del señor Paz. — En la Kodak Argentina Ltda. — Festival de la Asociación Cooperadora de la escuela San Martín. — En el asilo Constanza R. M. de Bunge. — Caras y Caretas en los teatros nacionales: El origen del hombre y La madre del cardenal. — Doña Remedios Escalada de San Martín. — Aniversario de la revolución del 90. — Exposición Aldo Severi. — En honor del señor Fighiera. — Nuevo jefe de la Inspección General de Justicia.— En el frigorífico Anglo Sudamericano. — Pro jubilación de empleados particulares. — Independencia del Perú. — Desorden en una asamblea radical. — San Lorenzo de Almagro v. Platense. — Independiente v. Bánfield. — Rugby. — Tennis. — Carreras. — Experimento Voronoff en el padrillo Irigoyen.

Número 1297. — Club atlético empleados de Caras y Caretas. — En el regimiento 8.º de Caballería. — «El pavo real» en el Cervantes. — Caras y Caretas en la Dirección General de Correos y Telégrafos.—La muerte de Harding. — Kermesse británica a beneficio del hogar para marineros. — Celebración de la fiesta nacional suiza. — Club social Marcelo T. de Alvear. — Homenaje a la memoria de doña Remedios Escalada de San Martín. — Conferencia del doctor Palacios. — Mitin del partido socialista. Exposición de tejidos de la Liga Patriótica Argentina. — La carrera aérea por la copa Wright. — Asesinato en Villa Madero. — Trágico final de una partida de naipes. — Esclarecimiento de dos crímenes cometidos por una banda de salteadores.

Número 1298. — Segunda conferencia económica nacional. — Los grandes clásicos en el Hipódromo Argentino. — En el Tennis Club Argentino. — Margarita Xirgú en el San Martín. — Funeral cívico a la memoria del presidente Harding. — Firpo hacia el campeonato mundial. — Sociedad de Medicina Veterinaria. — Nuevo presidente del Departamento Nacional de Higiene. — En el hospital Tornú. — 117 aniversario de la Reconquista de Buenos Aires. — Fiesta nacional del Ecuador. — Festival en honor de Bolivia. — Partida del tren de turismo de los F. F. C. C. del Estado. — En el club de Flores. — Tiraboschi cruza el canal de la Mancha. — Dramático suceso.

Número 1299. — Colación de grados en la Facultad de Derecho. — Ermette Zacconi. — Homenaje a la memoria de doña Remedios Escalada de San Martín. — La fragata «Sarmiento» en Hamburgo. — El «Génova Football Club». — Primera presentación del team italiano. — Aniversario del fallecimiento del general San Martín. — Asociación de damas católicas. — Festival a beneficio del hospital italiano. — Inauguración de la calle Luis M. Drago. — Celebración de la fiesta del árbol. — En la Asociación Española de Socorros Mutuos. — En el asilo «Felicia Ramón de Palacios».—Visita del profesor Lustig. — A la memoria de Belisario Roldán. — Argentinos v. Extranjeros. — Trágica muerte del señor A. Martínez Pita. — Intenso drama en un hogar. — Asesinato por cuestiones de trabajo. — Ladrón muerto por un vecino.

PROVINCIAS

Buenos Aires. — Villa Domínico: Demostración al señor Gueraldoni. 1292. — Llavallol: Colocación de la piedra fundamental en la sociedad cosmopolita de Socorros Mutuos. 1292. — San Fernando: Elección de autoridades en el club del Progreso. 1292. Velada infantil del club Billiken. 1292. — Festival a beneficio de la viuda e hijos de Domingo Gregorio. 1293. — Fiesta escolar. 1294. — Banquete en la sociedad Le Gauloise. 1295. — Baile en la sociedad francesa de S. M. 1296. — Zárate: Equipos de football del club Defensores Unidos. 1292. — General Rodríguez: Fiesta campestre. 1292. — 9 de Julio: Disertación del reverendo padre Napal. 1292. — Carmen de Las Flores: Comisión directiva del centro popular de Las Flores. 1292. — Arenaza: El jefe de Correos y niños de la localidad. 1292. — Fiesta campestre. 1299. — El Triunfo: Almuerzo campestre. 1292. — Chivilcoy: Ecos de una catástrofe. 1292. — Maipú: Comisión directiva de la Asociación de Damas de Beneficencia. 1292. — Tres Arroyos: Accidente en la carrera automovilística Bahía Blanca-Tres Arroyos-Bahía Blanca. 1292. — Fiestas organizadas por el ejército de Salvación. 1293. — Villa Luro: Lunch en la Fraternidad Ferroviaria. 1293. — Te danzante. 1295. — Ramos Mejía: Te ofrecido por la familia Galarce. 1293.—Luján: Inauguración del Mercado de Frutos. 1293. — Bolívar: Banquete al doctor Solés. 1293. — Francisco Madero: Reunión social. 1293. — Necochea: Banquete al señor Orué. 1293. — Lomas de Zamora: Fiesta de la familia [illegible] 1294. — Festival [illegible] 1295. — Comisión directiva del club de Señoritas. 1299. — Victoria: Beneficio de la escuela nacional ferroviaria. 1293. — Ecos de los festejos patrios. 1294. — Baile organizado por la comisión de fiestas patrias. 1295. — Festival. 1299. — Ituzaingó: Baile en el club social. 1294. — Avellaneda: Notas gráficas de la inundación. 1294. — Primera comunión infantil. 1296. — Conferencia del doctor Fernández Verano. Fiesta cinematográfica. 1297. — Partido de football. 1298. — Inauguración de la escuela para niños anormales. 1299. — Carlos Tejedor: Banquete al señor Arrebillaga. 1294. — Ayacucho: Comisión directiva del centro San Luis Gonzaga. 1294. — Fiesta familiar. 1299. — Navarro: Match de football. 1294. — Pueyrredón: Fiesta en la sociedad de fomento. 1294. — Ramallo: Procesión de agricultores. 1294. — Colón: Kermesse en el círculo italiano. 1294. — Barker: Excursión campestre. 1294. — San Martín: Picnic de la Fraternidad. 1295. — Lanús: Inauguración del alumbrado eléctrico. 1295. — Ecos de las fiestas patrias. 1297. — Personal docente de la escuela profesional de mujeres. Notas de un festival. 1296. — Bernal: Banquete a los padres salesianos. 1295. — Junín: Bodas de plata. 1295. — Procesión religiosa. 1299. — Villa Mauricio: Festival patriótico. 1295. — Libertad: Banquete al señor Lagomarsino. 1295. — Teams del «Club Talleres y del F. C. M.». 1298. — Mercedes: Banquete al señor Amavet. 1295. — Tristán Suárez: Baile familiar. 1295. — Dolores: Reunión social. 1296. — Olivos: Bendición de una imagen. [illegible] — Arroyo Seco: Festival artístic[illegible]

TERRITORIOS

NOTAS EXTRANJERAS

DIBUJOS

EN COLOR

EN NEGRO

RETRATOS FOTOGRAFICOS

GRUPOS DENOMINADOS

el ministro La Cierva. — Los generales Silvestre y Navarro. — El doctor Alvear, el conde de Felizano y otros. — El doctor Alvear, miembros del gabinete, intendente municipal y otros. — Mr. Spencer, doctor Gallardo, Le Breton y otros. — Almirante Barilari y otros. — El internuncio apostólico y otros. — El doctor Alvear y jefes del ejército y armada. — El señor Barendrect y ministros nacionales. El señor Jiménez de Azúa y otros.

NÚMERO 1294. — El señor Vera y otros. — El doctor Alvear y otros. — El ministro de Colombia y otros. — El representante de Portugal y otros. — Mr. Millerand y otros. — Víctor Manuel III y otros. — Señoritas S. Colombres, E. Fidanza, R. Colombres, M. E. Casas, Z. Botto, A. Valdéz, M. Araya, M. Zinny, A. Palenque, E. Mairini, E. Maldini y S. Santos Girons. — El doctor Gallardo, almirante Domeq García, señor D. Muñoz y otros. — El doctor Carlés y otros.

NÚMERO 1295. — El doctor Lagomarsino y otros. — El doctor Senet y otros. — La señora Luisi y otras. — El doctor Alvear y otros. — El embajador de España y otros. — El doctor Saravia y otros. — El marqués de Amposta y otros. Señoritas S. Padilla, E. y J. Cossio, M. E. Peña, J. López, C. Valdéz, M. Ortiz, D. Guasch, J. Freire, S. Poviña, S. Torino, C. Gorozabel, L. Terán y M. Campero. — El señor Darcy y otros. — El señor Vaccaro y otros.

NÚMERO 1296. — Señor Echeverría y otros. — Señor Cantoni y otros. — El reverendo padre Villalba y otros. — El marqués de Amposta y otros. — El señor Cantilo y otros. — El señor Laurencena y otros. — El encargado de negocios del Perú y otros. — El señor Fighiera y otros.

— El doctor Alvear y otros. — La señora de Alvear y otras. — Firpo y otros.

NÚMERO 1297. — El señor Finasco y otros. — R. P. Suárez y otros. — El señor Giusti y otros. — El doctor Palacios y otros. — El doctor Carlés y otros. — El doctor Egger y otros. — El ministro de Marina y otros. — Mr. Harding y otros. — Hon. Mussolini y otros. — Víctor Manuel III y otros. — Los reyes de España y otros. — Don A. Maura y otros. — Señor Patiño, el infante don Fernando y otros. — Señor Verduga y otros.

NÚMERO 1298. — El ministro de Bolivia y otros. — El ministro del Ecuador y otros. — El doctor Noel y otros. — Doctores Matienzo, Gallo, Aráoz Alfaro y otros. — El doctor Cantilo y otros. — Doctor Alvear y su señora. — Doctor Alvear y damas. — El doctor Alvear y el doctor Mosca. — Señor Zuberbühler y otros. — Señoras C. R. Baudón, C. S. de Maturana, señorita Cabrera y doctor M. Varela y R. Cruz. — El señor Rey Pastor y otros. El doctor Noel, señor Carvalho y otros.

NÚMERO 1299. — Doctores Laclau, Sassi y otros. — Doctor Mosca y otros. — Doctor Alvear y otros. — Profesor Lustig y otros. — Monseñor Beda Cardinali, marqués de Amposta y otros. — Doctor Noel y otros. — Monseñor D'Andrea y damas. — Señores Castello, Morurzi, De Fra, Bergamino, Moscardini, Sardi, Neri, Catto, Bellino, Santamaria, Girani, Balloncilli, Romano, Barbieri, Bullando y Leale. — Doctor Ebert y otros. — Capitán de navío Brana y otros. — Señora de Alvear y otros. — Señoras de Alvear y Colombres. — Familias de Antille, Larguía, Alvarado y Quiroga. — Señoritas R. Colombres, M. Escudero, L. Uranga y O. Fidanza. — El doctor Alvear y otros.

FOTOGRAFIAS DENOMINADAS

ARROYO. — La creciente del Río de la Plata. 1294. — 53 aniversario del Colegio Militar. 1295. — En el regimiento 5 de Caballería. 1297. — Primera presentación del team italiano «Genoa Club». 1299.

ARROYO y BELL. — En el instituto Mitre. En la Liga Patriótica Argentina. Congreso de intendentes en La Plata. Mutualidad antituberculosa del magisterio. En honor del ministro de Guerra. Demostración al profesor Drocchi. Fiesta en la Sociedad Rural Argentina. 1292. — Banquete del ejército y la armada. En la legación de Holanda. Conferencia del doctor Jiménez de Azúa. En el departamento de policía. Bendición de la torre Barolo. Fiesta nacional norteamericana. Exposición oficial de arte italiano. Desfile de los institutos filantrópicos argentinos. 1293. — Aniversario de la revolución de 1890. *Exposición del pintor Aldo Severi. En honor del señor* Fighiera. Nuevo jefe de la inspección general de justicia. En el frigorífico «anglo-sudamericano». Pro jubilación de empleados particulares. Celebración de la independencia del Perú. Notas gráficas teatrales: «El origen del hombre» y «La madre del cardenal». 1296. — La gran carrera de aviación por la copa Wright. Kermesse británica a beneficio del hogar para marineros. Celebración de la fiesta nacional suiza. Club social teniente coronel *M. T. de Alvear.* Homenaje a la memoria de doña Remedios Escalada de San Martín. Conferencia del doctor Palacios. Mitin del partido socialista. IV exposición de tejidos en la *Liga Patriótica* Argentina. *1297.* — Sociedad de medicina veterinaria. Nuevo presidente del Departamento Nacional de Higiene. En el hospital Tornú. Asamblea de la Bolsa de Comercio, contra los nuevos impuestos. 117º aniversario de la reconquista de Buenos Aires. Fiesta nacional del Ecuador. Festival en honor de Bolivia. Partida del primer tren de turismo de los F. F. C. C. del Estado. En el Club de Flores. 1298. — Aniversario del fallecimiento de San Martín. Asociación de damas católicas. Festival a beneficio del hospital italiano. Inauguración de la calle L. M. Drago. Celebración de la fiesta del árbol. En la asociación española de S. M. En el asilo F. Ramón de Palacios. Visita del profesor Lustig. A la memoria de Roldán. 1299.

ARROYO, BELL, PALERMO y MOLINELLI. — San Lorenzo de Almagro v. Platense. Independiente v. Banfield. — San Isidro v. Belgrano. — Tennis. — Stayer II.

ARROYO, BELL y VARGAS. — La sección argentina en el museo de Bruselas. — Inauguración de un busto del general Güemes. — En el club argentino de mujeres. — Congreso sudamericano de box. — Federación de asociaciones católicas de empleados. — Festival gimnástico de la asociación cristiana de señoritas. — Banquete ofrecido por el ministro de Japón. — Fiesta en la 5ª brigada de la Liga Patriótica Argentina. — Fases del regimiento 1.º de enfantería. 1295.

ARROYO y VARGAS. — Alumni v. Veteranos. — Universitarios v. Belgrano. 1294.

BELL, FEDERICO. — El conflicto en la Facultad de Medicina. — *Notable exhibición de esgrima.* 1292. — *Fiesta de confraternidad Brasileño-Uruguayo-Argentina.* 1293. — En el asilo Constanza Ramos Mejía de Bunge. 1294. — *Segunda conferencia económica nacional.* 1298. — Siluetas de dolor y penitencia. 1299. — Colación de grados en la Facultad de Derecho. 1299.

CHIAVAZZA. — Visita del doctor Alvear a la ciudad de Rosario. 1295.

BRASIL, CORRESPONSAL DE. — Banquete en el ministerio de Relaciones Exteriores en honor del señor Mota y Araújo. 1292.

ESPAÑA, CORRESPONSAL DE. — Desfile de la caballería de Ceuta. — *Notas gráficas de la llegada de los aviadores* Couthino y Cabral. 1292. — Lo que España no puede olvidar. 1293. — Fiesta de la flor. — La reina Victoria en el stud real. 1294. — Banquete en la legación de Bolivia. — Llegada a Lequeitio de la ex emperatriz Zita. — Los reyes presencian un partido de football. 1297.

FRANCIA, CORRESPONSAL DE. — *Notas gráficas de la estada* de Millerand en Estrasburgo — Desfile de los garibaldinos en París. 1292. — Homenaje a Pasteur en Estrasburgo. — Fiestas de la *Renaissance Royal en París.* 1294. — Notas gráficas de una exposición canina. 1297.

ITALIA, CORRESPONSAL DE. — Inauguración del congreso internacional femenino. — Homenaje en Fiume al soldado desconocido. 1292. — Ceremonia en memoria de los caídos en Borgo Pío. — Fiestas del Estatuto. — Concurso atlético. — Torneo femenino de tennis. 1294. — Aniversario de la batalla del Piave. 1297.

MEJICO, CORRESPONSAL DE. — Notas gráficas del match Firpo-Hibbard. 1296.

PERU, CORRESPONSAL DE. — Notas gráficas de la celebra-

LOS LIBROS

VARIEDADES

ENLACES

NECROLOGIA

Número 1293. — Federico Cook.

Número 1294. — Pedro Preusche. — Angela C. de Sampietro. — Ramona C. de Gil. — Elvira V. de Burcastegui. — Joaquín A. Prieto. — Pedro Benetti. — Horacio C. Araújo. — Ramón García. — Vitale F. Paccarello. — Daniel Castellano. — Enrique Seener.

Número 1295. — Amalia de Carlo de Busan. — Isaac González. — Hugo S. Alesina. — Manuel Pérez Castiñeira. — José Malfaria. — Luis Petersen. — Bartolomé Borzone. — Domingo Martinelli.

Número 1296. — María P. de Impimi. — Isabel Sintes Berretta. — Dominga L. de Felippa. — Justo M. Céspedes. — Saverio Nigris. — Luis E. Reynoso. — Alberto Silvoso. — Benedicto A. Peretti. — José Estanga. — Antonio Guimarey. — Sindulfo M. Centeno. — Luis A. Pagano.— Guillermo González Etchepare. — Santiago Zoppi.—Angel Nicolás Palazzo. — Luis Ayala.

Número 1297. — Josefa Millán de Calizia. — Clementina Capuand. — Carmen Argento de Mantuand. — María L. Sosa. — Catalina Baghetto. — Zulema Maimá de Brignole. — Ana B. de Bértolo. — Amalia Monti de Parodi. — Rosa B. de Maifezzoni. — Máxima J. de Najle. — Carolina C. de Mazzutti. — María V. de Copello.— Luis Rauc. — Hugo S. Alesina. — Juan Lombardo. — Ramón M. Fernández. — Dionisio Brihuega. — Francisco Ricci. — Félix Piré. — Leónidas H. Villanueva.

Número 1298. — Rosario R. de Tezanos. — Carolina R. de Madonni. — Ofelia Núñez. — María A. L. de Belcco. — Antonio A. de Silva. — Inocencio Maglio. — Vicente Santinelli. — Julián Traversa.

Número 1299. — Carlos Torre. — Francisco Galetto. — B. Pérez. — Enrique P. Luiskens. — Rufino Alvaro. — Juan Fernández. — Enrique A. Bassi. — José Moreno. — Agustín Zaffaroni.

GALERIA INFANTIL

N[illegible]o 1292. — Niña de Aguirre. — Niña de Zubizarreta. [illegible]artita Albina Pagés.

N[illegible] 1293. — Juan C. Airoldi. — José Larisgoitia. — [illegible]ia Amelia Messaferro Craig.

Nú[illegible]o 1294. — María E. Haydée y Zulema Colombet. — Berta y Roberto Etchelet Sanderatz. — Juanita y Renée Barreiro.

Número 1295. — Beatriz L. Magnoni. — Roberto Molteni.— Juan C. Chirigaren Bacigalupo.

Número 1296. — Saúl Braceras Cucullu. — Armando Solari Vivet. — María Luisa Estrada.

Número 1297. — Elida Casanovas. — Jorge O. Milne. — Juan C. Pavasso Roffo.

Número 1298. — Niña de Fitzpatrick. — Lía R. Rivero. — Margarita R. Kenny.

Número 1299. — Pedrito y Jorge Fasce. — Niñas de Herrán Mackinlay. — Martita Herrán Witcomb.

ESTRELLAS DEL CINE

Betty Compson y Bert Lytell. 1292. — Cecil B. de Mille. 1293. — Antonio Moreno. 1294. — Jackie Coogan. 1295.

SECCIONES ALTERNADAS

Inventos, recetas y procedimientos útiles: Número 1291

Pasatiempos: Números 1294, 1296, 1299.

Ajedrez: Número 1297.

Telegrafía y telefonía sin hilos: Números 1294, 1296, 1297, 1298, 1299.

Consultorio: Números 1295 1299.

Comentarios: en todos números.

Correo sin estampilla: en todos los números.

Concurso infantil para colorear: en todos los números.

Concurso de dibujos infantiles: en todos los números.